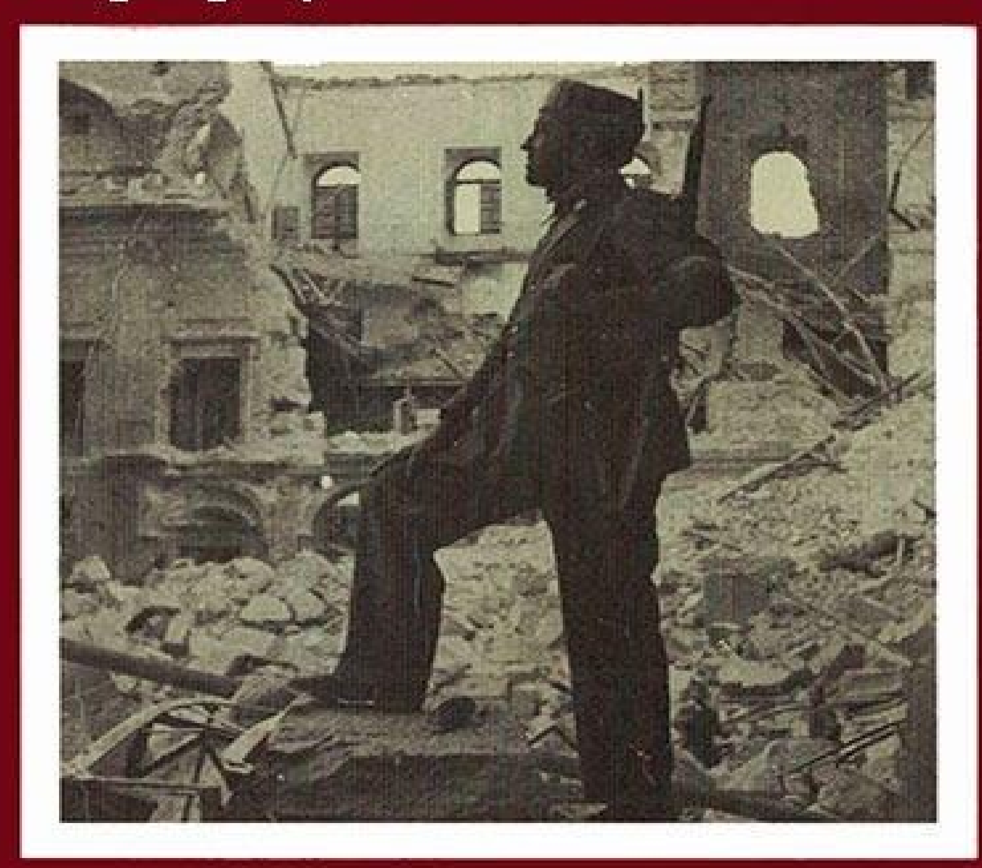
Defensa del Alcázar

Una epopeya de nuestro tiempo



Ángel Palomino

Sitiados con sus mujeres y sus hijos,
lo resistieron todo.



Las interminables guerras que de antiguo han asolado y forjado a España dejaron en el espíritu español el hábito de encastillarse y resistir lo irresistible. En ciertos asedios y defensas desesperadas las virtudes hispanas, sobriedad y capacidad de sufrimiento, han eclipsado el tópico de nuestra insolidaridad e individualismo.

Castilla y Cataluña deben su nombre al castillo, presente en su paisaje y señor de nuestra historia. Numancia soriana, Sagunto levantina, Zamora leonesa. Tarifa andaluza con Cádiz, donde «las gaditanas se hacen tirabuzones con las bombas», Gerona catalana. Zaragoza aragonesa, Baler de los últimos de Filipinas y el Alcázar de Toledo son testimonio de una tradición milenaria: la del español que se encastilla, aprieta los dientes y aguanta lo que le echen.

El Alcázar de Toledo es, quizá, la cumbre y el resumen de esta constante hispánica: asombró al mundo, lo puso en pie. Un puñado de hombres, sitiados con sus mujeres e hijos, lo resistieron todo, desde la coacción inhumana, la voladura, la artillería pesada o el asalto a la bayoneta. Y vencieron. Este libro es la historia diaria de unos héroes humildes que «sólo» cumplían con su deber. Dos meses y medio intensos en los que conmovieron al mundo, encastillados al servicio de una idea superior y de la propia estima. Historia de fe. Hoy, sesenta años después, Historia de todos.

Ángel Palomino

Defensa del Alcázar

Una epopeya de nuestro tiempo

ePub r1.0
Titivillus 22.03.2021

Título original: *Defensa del Alcázar*
Ángel Palomino, 1995

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A mis amigos
Antonio Gálvez Medina,
Maximiliano Fink del Río,
José Quero Samos,
estudiantes,
y Pepe Villa,
trompeta de la banda de música,
que interpretaba el danzón
con mucho aliciente

Muertos en la defensa del
Alcázar de Toledo

INTRODUCCIÓN

FICHA PARA UN DICCIONARIO

Asedio del Alcázar de Toledo. *El día 21 de julio de 1936 el coronel José Moscardó, comandante militar de Toledo, se une al alzamiento iniciado por el general Franco y otros altos mandos del Ejército. El Gobierno envió contra la ciudad una columna al mando del general José Riquelme, que el día 22 consigue ocuparla a excepción del Alcázar, sede de la Academia de Infantería, Caballería e Intendencia, en donde se concentran las fuerzas del coronel Moscardó, a las que se han unido efectivos de Seguridad y Asalto y la Guardia Civil de la provincia; en total unos mil ochocientos hombres, a los que se suman ciento seis voluntarios civiles. A éstos hay que añadir seiscientos no combatientes, familiares de los guardias civiles y de militares sublevados, además de paisanos temerosos de persecución política, algunos prisioneros y doce trabajadores al servicio de la Academia.*

Los ataques de las fuerzas gubernamentales se iniciaron el mismo día 21 y cesaron el día 28 de septiembre con la conquista de la ciudad por el general Varela.

El Alcázar, destruido por la acción de la artillería, aviación y minas subterráneas, resistió un tenaz asedio acompañado de repetidos asaltos del Ejército de la República. Los asediados se alimentaron con trigo y carne de caballo, soportaron grandes penalidades con ánimo firme y sufrieron numerosas bajas: 430 heridos y 82 muertos.

Uno de los momentos más dramáticos del asedio fue el diálogo telefónico del coronel Moscardó con el jefe de milicias de Toledo, quien le amenazó con fusilar a su hijo Luis si no rendía el Alcázar. Puesto al teléfono el hijo, aceptó morir y animó a su padre a continuar la resistencia. Otro muy destacable es la visita de un sacerdote que ofició misa, dio la absolución colectiva a los sitiados e intentó convencer a las mujeres de que salvaran sus vidas y las de

sus hijos saliendo de la fortaleza. La oferta fue rechazada: preferían morir. Finalmente, la voladura de dos minas el día 18 de septiembre. Tras la tremenda explosión, cuatro fuertes columnas de asalto intentaron la ocupación del edificio viéndose obligados a empeñarse en un violento ataque enérgicamente rechazado por los sitiados, a quienes los republicanos creían muertos entre los escombros.

El episodio del Alcázar tuvo gran resonancia internacional en favor de las fuerzas del general Franco.

Éste podría ser el texto de la ficha redactada por un estudiante para una de esas «crónicas» que convierten los períodos históricos en sucesión de despachos periodísticos.

Aún podría ser más breve, fría y descomprometida. El *Diccionario de Historia de España* de Jorge Ventura (Plana y Janes, 1976) dice:

Alcázar de Toledo (Sitio del). *Es uno de los episodios más sobresalientes de la guerra civil española. En el Alcázar se atrincheraron las fuerzas nacionalistas al mando del general* [sic] *Moscardó, resistiendo durante diez semanas los embates de los republicanos. Junto a los militares se refugiaron numerosos civiles. Moscardó rechazó todas las propuestas de rendición, llegando a preferir que los contrarios mataran a su hijo Luis antes que claudicar*.

Pero este libro no es ni fría y breve ficha técnica ni ejercicio de literatura épica. Podemos hacer literatura épica del mayo del 68, e incluso de la defensa de Madrid por los madrileños, que es como si a los habitantes de Sarajevo los convirtiésemos literariamente en héroes voluntarios. El Alcázar —aunque la ha tenido— no necesita literatura épica: es épica pura; la realidad admirable de una resistencia hasta más allá de los límites humanos; hazaña extraordinaria, ejemplar; capítulo de la Historia del que todos los españoles sin excepción pueden sentirse orgullosos.

I
Inicio, algo embarullado, de una epopeya

«USTED PRIMERO, MI GENERAL»

—Va usted a ser responsable de la destrucción del Alcázar.

—Cumplo con mi deber de español, mi general.

—Tengo la artillería dispuesta y las tropas, cuento con medios para aniquilarle. Ésta es la última vez que le doy la oportunidad de evitar el derramamiento de sangre. Si no renuncia a su actitud, mandaré atacar inmediatamente.

—Pues vamos a verlo; puede usted empezar cuando quiera.

Así empezó la guerra del general Moscardó y de los héroes del Alcázar. Una brillante página de la Historia —de toda la Historia—: hechos que, de haber sucedido hace siglos, serían hoy mito, leyenda universal.

Y lo son. Porque legendaria es aquella gesta, una leyenda afortunadamente tan testimoniada y documentada que hoy podemos relatarla con precisión casi absoluta y hasta con fría objetividad de crónica fiel: de reportaje.

RAZONES PARA DESOBEDECER

Con esas frases tensas, definitivas, terminó la conversación entre el general Riquelme, jefe de la división orgánica de la que dependía Toledo —y de la columna de operaciones enviada para aplastar la sublevación— y el coronel Moscardó, comandante militar de la plaza y director de la Escuela Central de Gimnasia. El «puede usted empezar cuando quiera» estableció en forma inequívoca la posición del coronel; fue como un caballeresco «señores enemigos, empiecen a disparar».

Pero su actitud no se debía a la consideración de que trataba con unos «señores enemigos», sino todo lo contrario. En opinión del coronel y de sus oficiales, el general Riquelme estaba faltando a su deber y traicionándolo. La desobediencia era obligada respuesta a una orden inaceptable para un oficial del ejército de una república democrática: entregar municiones y armamento a las milicias de los partidos políticos marxistas y anarquistas.

UN VIAJE RELÁMPAGO

La «rebelión» del coronel Moscardó va a manifestarse a lo largo de una sucesión de conferencias telefónicas.

El día 18 de julio viaja en autobús de línea a Madrid para ultimar algunos preparativos del viaje a Berlín, donde encabezaría la representación militar española participante en los Juegos Olímpicos. También es su intención captar noticias respecto a la posibilidad de una respuesta militar a la situación caótica producida tras el asesinato de Calvo Sotelo. En Capitanía General le confirman una noticia que acaba de conocer en la terminal de la línea de autobuses: el levantamiento del Ejército de Marruecos. Al observar la gran confusión producida por el acontecimiento y las reacciones dispares entre sus compañeros decide regresar inmediatamente a Toledo y reincorporarse a su cargo de comandante militar de la plaza y provincia.

Antes de regresar ordena por teléfono al capitán de Caballería Emilio Vela que convoque a los jefes y oficiales de la plaza para exponerles la situación. Y se la expone con calma refiriendo lo que ha podido ver en Madrid: los altos mandos están tomando decisiones junto a los políticos del Frente Popular y sus jefes de milicias. La mayor parte de los jefes y oficiales están escandalizados y no se muestran dispuestos a tolerarlo. Oídas las opiniones, todas coincidentes, de los reunidos, decide ordenar el acuartelamiento de las tropas. Que eran muy escasas.

> *El jefe del Estado Mayor de Italia, Goffredo Canino: «El Alcázar de Toledo, para los militares de todos los países, constituye un símbolo puro de aquello que se entiende como honor militar, cualesquiera que sean las condiciones en que se produzcan. Sé que en los corazones y en la mente de los soldados españoles este sentimiento está profundamente enraizado desde hace siglos. Viva España y su Ejército.»*

POCOS PARA EMPEZAR UNA GUERRA

En Toledo no hay lo que se dice una guarnición, es decir, unidades del ejército, regimientos o batallones operativos. Sus centros militares son la

Academia que siempre fue de Infantería —y entonces lo es, además, de Caballería e Intendencia— la Escuela Central de Gimnasia, la Caja de Recluta número 3 y la Fábrica Nacional de Armas, más unos modestos servicios de Intervención y Farmacia.

Hecho el cómputo de fuerzas disponibles, el resultado es desolador. Las vacaciones han dispersado a la mayor parte del profesorado de la Academia y la Escuela de Gimnasia. Igualmente, se encuentra disfrutando permiso parte de los suboficiales y la tropa.

Cada uno de los mandos reunidos en tomo al coronel expone la situación de su fuerza y la suma total no es como para levantarse en armas: incluidos mandos, oficiales, suboficiales y tropa, doscientos cincuenta más o menos.

Modesta fuerza para empezar una guerra. El coronel piensa que, pocos o muchos, todos han de ser puestos en servicio, dicta la orden de acuartelamiento y se pone al habla con los mandos de las fuerzas de Orden Público, más numerosas y muy bien organizadas.

UN POLÍTICO EN LA ENCRUCIJADA

El gobernador civil, Manuel María Guzmán, pertenece a uno de los partidos del Frente Popular, pero es hombre moderado que ha vivido, con evidente disgusto, la invasión de la capital y la provincia por las milicias populares, que en aquellos días suman más de veinticinco mil hombres; unos dos mil en Toledo.

Al habla con el coronel Moscardó, éste le comunica su decisión de acuartelar las tropas y no pone objeción alguna.

Hay en Toledo una compañía de la Guardia de Asalto, fuerza creada por la República y, en principio, supuestamente contraria a la rebelión, aunque un gran número de sus componentes se unieron a ella desde que estalló el conflicto o se pasaron al bando nacional a lo largo de la contienda. En los primeros momentos fueron trasladados en taxis a Madrid, quedando en Toledo un pequeño grupo del que el teniente, un sargento, un cabo y dos guardias se pusieron a las órdenes de Moscardó. Y lo mismo los quince hombres del Cuerpo de Seguridad al mando de un sargento. Tanto unos como otros dependían del Ministerio de la Gobernación y, en la plaza, del gobernador civil.

BENEMÉRITO INSTITUTO

UN SOBRE LACRADO

El comandante del puesto de la Guardia Civil, en un pequeño pueblo de la provincia de Toledo, recibe el mensaje: *Siempre fiel a su deber*.

Es el día 18 de julio; la casa cuartel, un homo. Fuera, sol, chicharras, rumoreo de gallinas. El comandante del puesto se ha dirigido apresuradamente a un armario cerrado con llave y ya tiene en las manos el sobre lacrado que, desde varios días antes, está impaciente por abrir.

Las instrucciones son claras y detalladas. Llama a sus hombres y les comunica la orden de traslado con sus mujeres y sus hijos, lo que pueden llevar de sus pertenencias y todo el armamento, equipo y munición. Primero han de concentrarse en la cabecera de línea o en la de compañía, situadas, éstas, en Toledo (dos compañías), Ocaña y Talavera de la Reina.

LOGÍSTICA DE PRECISIÓN

El teniente coronel Romero Basart, jefe de la Comandancia de Toledo, consigue así reunir la fuerza que haría posible la defensa del Alcázar. La operación ha sido cuidadosamente preparada y se ejecuta con exactitud pese a las enormes dificultades que supone reunir grupos tan dispersos acompañados, además, de sus familias. Solamente una «línea» (sección), la de Tembleque, no puede llegar; sus treinta hombres son apresados y hay diferentes versiones, todas dramáticas, sobre su fin. La perfecta organización, minuciosamente detallada, permite que las compañías de Ocaña y Talavera realicen el traslado a Toledo el día 22, cuando ya la provincia está en manos de las milicias, los comités locales mandan en las carreteras con puestos de control en cada pueblo y las tropas de Riquelme entran en la ciudad.

En anteriores contactos con el coronel Moscardó, el teniente coronel Romero las ha puesto a sus órdenes. Oportunamente comunica al gobernador civil su decisión de concentrar las fuerzas. El gobernador opina que no hay motivo para desconfiar y justifica la orden de concentrar las fuerzas en la

capital cuando en la España rural pequeños destacamentos son asaltados por partidas de revolucionarios armados que asesinan a los guardias y a sus familias.

La Guardia Civil será la fuerza más importante en la defensa del Alcázar. Sin ella, una resistencia tan prolongada hubiese sido imposible. Moscardó, con los suyos, héroes como tantos a lo largo de la historia: héroes muertos.

EL ESTADO DE LA NACIÓN

CIUDAD SUBLEVADA

Como tantas otras ciudades con guarnición o establecimientos militares, Toledo se sumó al Movimiento iniciado por el Ejército en Marruecos. En muchos lugares de España gran número de civiles se unieron a la sublevación decididos a luchar en defensa propia contra la revolución que, según el propio presidente de la República, Manuel Azaña, había acabado con el orden democrático: «El Ejército no se sublevó contra la República, sino contra la chusma que se había apoderado de ella».

En la ciudad del Alcázar ya existía un antecedente notable de la afinidad entre la población civil y el Ejército frente a la actividad desordenada y prerrevolucionaria con que estaba invadiendo el Frente Popular las calles y las instituciones.

ROMERÍA EN EL VALLE

El día 1 de mayo de 1936, fiesta del Trabajo, desfilaron por la plaza de Zocodover y por las calles de la ciudad las milicias marxistas uniformadas. Compañías de milicianos, milicianas y «pioneros», con camisas y gorrillos militares, a las órdenes de mandos visiblemente armados, coreaban *La internacional, Joven Guardia*, pareados ripiosos y consignas revolucionarias; «Patria no, comunismo sí», «U, Hache, Pe», (Unión de Hermanos Proletarios, el Frente Popular). Existía, pues, en toda España una organización subversiva armada y encuadrada en unidades tácticas, un poder respaldado por el Gobierno de la República y por las autoridades que, en aquella ocasión, habían asistido a la romería roja con que las organizaciones marxistas sustituyeron la que, tradicionalmente, se celebraba ese día en honor de la Virgen del Valle. Estas milicias sumaban en la capital más de dos mil hombres, además de las unidades femeninas e infantiles.

LAS FUERZAS «REACCIONARIAS»

Frente a ellos existían, casi clandestinamente, las agrupaciones juveniles de la derecha, tradicionalistas, Acción Popular (gilroblistas) y los jóvenes de Acción Católica que, dado el furor antirreligioso de las izquierdas, eran considerados adversarios políticos; todos reaccionarios: «fascistas». Con ellos, en absoluta clandestinidad, la Falange; su sede, situada en Zocodover, junto al gran reloj que, con el Cristo de la Sangre, preside la plaza, fue asaltada por las milicias del Frente Popular tras su triunfo en las elecciones de febrero de 1936. Los falangistas eran perseguidos, apaleados y encarcelados sólo por el hecho de serlo.

UN MUCHACHO, DE PRONTO, SE HACE HOMBRE

Yo tenía catorce años —dice un testigo— *cuando me afilié al SEU en el instituto. Un año después era «falangista de primera línea», formando escuadra con otros diez estudiantes. Después de las elecciones, nos reuníamos en los locales de los Estudiantes Católicos; el jefe de mi escuadra era Pepe Canosa. Los comunistas habían asaltado nuestros locales y tiraron por los balcones mesas, máquinas de escribir, multicopistas…, todo menos el fichero que trataron con el mayor cuidado. Un obrero de mi casa me advirtió que había visto mi ficha en la Unión Local de Sindicatos, que era el cuartel general comunista. «Tu ficha con tu foto», me dijo. En la foto tenía yo trece años, y la recorté de una que me hizo mi madre en Madrid, en el parque del Retiro, delante del cercado de los elefantes. Yo no podía gastarme el dinero en unas fotos de carnet, y la recorté; pude eliminar a mi hermana, pero detrás de mi cabeza se veía la trompa del elefante.*

Nos reuníamos para casi nada; nuestros dirigentes estaban en prisión y poca cosa podíamos hacer. Teníamos dos presos en la cárcel de Toledo y otros en Madrid. Un buen hombre, Plácido, dueño de una modesta casa de comidas, regalaba cada día el almuerzo para los cautivos. Yo fui dos veces a llevárselo. Plácido no era falangista, ni siquiera político, pero lo fusilaron los rojos quizá solamente por eso. Tenía los vales con el sello de la Falange, porque él era un hombre del pueblo, o sea, un hombre educado de nacimiento, con ese señorío natural que se lleva en la sangre, y nunca dijo

que la comida la regalaba: «Ya echaremos cuentas cuando podáis», eso decía.

El sello de la Falange era una virguería; no sé cómo lo hizo uno de los nuestros, yo lo vi en la mano de Orteguita; era de goma de borrar. Alguien había tallado en ella el emblema con una cuchilla de afeitar; un manitas. Pero la verdad, el sello no servía de gran cosa. Nuestros compañeros más conocidos andaban huidos. A Zacarías Hernández lo cazaron unos bestias; era un tipo bragado, peleón más de la cuenta, les plantaba cara él solo en la calle. Un día se juntaron un montón y salieron a buscarle; era una turba, cientos de comunistas, y lo llevaron a rastras casi, maniatado, golpeado, hasta el Gobierno Civil, y allí lo entregaron sin más acusación que la de fascista. Así que estábamos deseando que los militares acabaran con todo aquello.

Manuel Azaña: «Franco no se sublevó contra la República, sino contra la chusma que se había apoderado de la República.»

DE LAS URNAS AL PODER. DEL PODER A LA REVOLUCIÓN

Desde febrero, la toma del poder con apariencias democráticas se estaba convirtiendo en la toma de las calles con técnicas revolucionarias. Unos sindicalistas que habían asesinado al dueño del bar Toledo, José Moraleda, fueron amnistiados y recibidos como héroes. Una delegación de padres de alumnos del Colegio de los Hermanos Maristas visitó al gobernador civil, Vicente Costales, en solicitud de protección para sus hijos, que eran agredidos a palos, cada día, a la salida de las clases; el gobernador fue muy claro: «Agradezcan ustedes que los reciba el gobernador civil y no el comisario del soviet provincial que, naturalmente, los hubiera enviado a la cárcel».

LA HORA DEL PASEO

Un hombrecillo pregonaba por las calles el diario comunista *Mundo Obrero*, cuya lectura podría resultar divertida si no fuese porque era pura invitación a la revuelta. En sus páginas se daba a los lectores información religiosa: los frailes fornicaban con las monjas y éstas mataban a sus niños, los curas

violaban a las niñas y entontecían al pueblo; información económica: los terratenientes explotaban a los campesinos y desdoncellaban a las jóvenes campesinas; información internacional: los obreros rusos eran dueños de sus campos y de sus fábricas, nadie explotaba a nadie, los beneficios eran para el pueblo, el ejército era el pueblo y la religión había sido arrasada, borrada del mapa. Gracias a la revolución comunista, Dios había muerto.

Los alumnos de la Academia salían a la hora de paseo todos los días, se juntaban con chicas, novias y amigos o, simplemente, recorrían, arriba y abajo, la calle Ancha o del Comercio y la plaza de Zocodover, como era costumbre entre los jóvenes toledanos: así empezaban muchos amores.

SE PIERDE UNA BOFETADA

Unos cadetes paseaban por la calle Ancha. El vendedor de *Mundo Obrero* estaba graciosillo aquel día y se fue tras ellos voceando su periódico. El pregón era sobradamente conocido; los alumnos no pensaron que fuese, en aquella ocasión, destinado especialmente a ellos y siguieron paseando sin darse por enterados. El vendedor, al verse tan poco atendido, se situó a su lado y repitió el pregón tendiéndoles, inútilmente, el periódico. Finalmente, confiando en unos compañeros que lo escoltaban sin disimulo, se plantó de frente y repitió su oferta en tono desafiante. Uno de los cadetes le quitó el periódico de la mano y lo tiró al suelo, él respondió gritando «Viva Rusia» y recibió una bofetada al tiempo que le contestaban con vivas a España. Salieron en su defensa los escoltas, recibieron también las bofetadas correspondientes, sonó un tiro, o dos, se supone que de los guardaespaldas en huida, acudieron los cadetes que paseaban por alrededor y se unieron a sus compañeros gritando «Viva España».

UN GRUPO DE MILITARES PERTURBA EL DESORDEN REINANTE

El paisanaje se detuvo expectante; los cadetes, formando un grupo compacto, se dirigieron a Zocodover sin parar en sus gritos, siempre el mismo: «¡Viva España!», nada más.

En las terrazas del café Español y del bar Toledo la gente los vio pasar con simpatía e incluso con algún aplauso.

Al llegar a la altura del café Suizo se acercó a ellos un oficial profesor; les ordenó enérgicamente que se dirigiesen inmediatamente al Alcázar y se

presentasen al oficial de guardia.

Un practicante, miembro de Izquierda Republicana, comentaba:

—¡Esos alumnos deben ser sancionados por dar gritos subversivos!

—¿Qué gritos subversivos?

—Gritan «Viva España» como los de Falange —respondió, indignado.

Y el castigo llegó: al día siguiente desembarcaban en Zocodover dos o tres generales que se detuvieron unos momentos en la plaza, rememorando quizá sus paseos de cadete o con el propósito de inspeccionar el escenario del incidente. Tras unos momentos de charla, subieron a los coches y se dirigieron al Alcázar.

QUIEN QUITA LA OCASIÓN…

Como resultado de su visita no hubo, al parecer, sanciones personales. Pero, de acuerdo con instrucciones del presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, Casares Quiroga, exigiendo mano dura, se convino en retirar a los cadetes de la circulación. Profesores y alumnos fueron trasladados al campamento de los Alijares, próximo a la ciudad, donde cada año realizaban las prácticas de fin de curso. Medida dura y humillante que se completó suspendiendo indefinidamente los cursos de educación física de la Escuela Central de Gimnasia para oficiales y suboficiales, que fueron pasaportados a sus destinos aunque nada habían tenido que ver con el incidente.

Así se llegó a los últimos días de junio de 1936, y al término de las clases teóricas y prácticas. El coronel director consultó con los gobernadores militar y civil la forma en que se haría el regreso de los cadetes al Alcázar.

Las chicas de Toledo estaban impacientes por verlos otra vez animando Zocodover; la población esperaba con interés la solución final del conflicto que había anticipado las prácticas de aquel curso. La prensa local anunció el regreso.

Tanto el gobernador militar como el director de la Academia esperaban que se les ordenase hacer el regreso en forma discreta, pero el gobernador civil —ya no era aquel Costales con vocación de comisario del pueblo, sino don Manuel María Guzmán, a quien hacía muy poca gracia el matonismo revolucionario— opinó que debería hacerse sin reservas ni restricciones: desfilando con bandera, banda y música.

La superioridad había decidido suprimir los quince últimos días del curso que —de no haber convertido en jornada histórica un día normal el

modestísimo vendedor del modestísimo *Mundo Obrero*— debería terminar el 15 de julio. Siempre, al regreso de las prácticas en los Alijares, el curso se prolongaba durante esas dos semanas con exámenes y otras actividades. En aquella ocasión todo esto se hizo con notable incomodidad y muchas prisas en el campamento; el 30 de junio regresaban los cadetes con el curso totalmente concluido y las notas en el macuto. Al día siguiente todos estarían lejos de Toledo. No hubo convocatorias ni consignas ni voces que incitaran a algo parecido a una manifestación o concentración; se sabía que la Academia iba a volver al Alcázar desfilando. Aquellos cadetes que habían gritado el casi prohibido y mal visto «Viva España» volvían con el arma al hombro y la bandera por delante.

CON TAMBORES Y CORNETAS

Mucho antes de la hora señalada, la cuesta de las Armas, la del Alcázar y Zocodover estaban llenas de gente. Fue un desfile triunfal; la gente —gente de todas clases— devolvía, multiplicados, a aquellos cadetes los vivas a España en un acto de entusiasta adhesión. Las terrazas de los cafés se convirtieron en tribunas para el clamor y la ovación. Los cadetes volvían tostados de sol y encendidos de ánimo. Desfilaron briosamente al ritmo de *Los voluntarios*, tan generoso en acompañamiento de tambores y cornetas.

Fue un alzamiento anticipado. Sin pólvora ni sangre; sólo con júbilo de españoles entusiasmados por ejercer un viejo derecho casi derogado: vitorear a su patria. Derogación tácita que se repetiría en los años setenta, cuando políticos y creadores de opinión sustituyeron el nombre de España por el de «Este-país», dando lugar a una frase, irónicamente nostálgica: «Este país antes llamado España».

Pese a tanto clamor, a tanto «exceso» patriótico, no se registró incidente alguno: la derecha tuvo su día de euforia y la izquierda, de reflexión.

En el ambiente de temor —y frecuentemente de terror— prerrevolucionario, aquel desbordamiento desafiante de unos civiles identificados con el Ejército fue un 18 de julio solitario, inesperado, espontáneo y profético.

Los cadetes, que serían después, durante mucho tiempo, la imagen mítica de la gesta del Alcázar, iniciaron aquel día su más largo período de vacaciones. Algunos se reincorporarían precipitadamente a la Academia para unirse al alzamiento. Otros muchos lo harían en las ciudades más próximas a

su residencia y participaron en la guerra como oficiales provisionales; veinticuatro cayeron defendiendo el cuartel de la Montaña en Madrid. Finalizada la guerra, los supervivientes concluyeron sus estudios en la antigua Academia General de Zaragoza.

EL ASEDIO DÍA A DÍA

18 de julio. Sábado

Al recibir las noticias de África, el coronel Moscardó regresa de Madrid a Toledo y procede al acuartelamiento de las tropas de la guarnición. Primeras agresiones callejeras de pistoleros a la Guardia Civil. Nueve cadetes acuden desde Madrid y se presentan en la Academia.

19 de julio. Domingo

Llamadas del Ministerio de la Guerra ordenando que se envíen a Madrid las municiones de la Fábrica de Armas y se entreguen armas a las milicias.

20 de julio. Lunes

Negativa definitiva a enviar las municiones. Concentración de los guardias civiles y de sus familias en el Alcázar. También acuden civiles y militares retirados.

21 de julio. Martes

A las siete de la mañana se declara el estado de guerra y se despliegan fuerzas para la defensa de la ciudad. El gobernador civil republicano se refugia en el Alcázar.
Primeras acciones hostiles de las milicias locales. Primer bombardeo aéreo sobre el Alcázar. Una columna, a las órdenes del general Riquelme, es rechazada desde el hospital de Tavera. Se trasladan las municiones de la Fábrica al Alcázar. Riquelme hace el último requerimiento de rendición al coronel Moscardó. Las primeras bajas: dos muertos, tres heridos y ocho contusos.

DÍAS DE TELÉFONOS AL ROJO

El inicio de la epopeya del Alcázar de Toledo duró cuatro días, 18, 19, 20 y 21 de julio de 1936, en los que las líneas telefónicas alcanzaron elevadas temperaturas. El episodio puede ser reproducido a cámara lenta, desarrollarlo en la moviola. Pero, mientras las imágenes desfilan ligeramente desdibujadas, «movidas» ante nuestros ojos por efecto de la cámara lenta, hay momentos de gran intensidad dramática en los que las figuras adquieren un vigor extraordinario. Son, especialmente, los de las conversaciones telefónicas del coronel Moscardó con quienes le ordenaban entregar el armamento a los milicianos que habían desfilado el día 1 de mayo coreando consignas como «Patria no, comunismo sí», y a las milicianas garbosas, «Hijos sí, maridos no», muy femeninas, hay que reconocerlo; hoy no quieren maridos ni hijos.

El jefe local de las milicias socialistas, Cándido Cabello, pensó que si los cadetes se habían marchado de vacaciones y sus armas permanecían ociosas en la Academia, él podría requisarlas, como se estaba haciendo en Madrid, y dotar de fusiles, ametralladoras y morteros a algo más de un batallón. Nadie pidió su opinión al comandante militar de la plaza; simplemente, bastaba darle una orden que comprendía, también, el envío a los compañeros madrileños de la munición almacenada en la Fábrica Nacional de Armas.

Cinco son las comunicaciones previas al asedio que se han podido reconstruir, pues de todas ellas hubo testigos a uno y otro lado de la línea, aunque no hubo aparato que las grabara ni taquígrafos que pudieran reproducirlas literalmente, por lo que las versiones publicadas difieren ligeramente unas de otras; como relatadas de memoria.

UN GENERAL PERPLEJO

La primera fue el domingo 19 de julio. Llamaba el jefe de servicio del Ministerio de la Guerra, al parecer el general Manuel Cruz Boullosa, que, sin saberlo, estaba el hombre jugándose el puesto.

Después de identificarse, comunicó al coronel la orden:

—Envíe inmediatamente a Madrid las municiones de la Fábrica de Armas.

—Haga el favor de darme la orden por escrito.

—No hay tiempo para escritos. Necesitamos esa munición urgentemente.

—Mande un telegrama cifrado.

—¿Es que no se fía de mí?

—Es que una orden de tal gravedad es mejor que se mande por escrito. Además, no tengo camiones para enviarlas.

—Requise vehículos civiles.

—Repito: antes mándeme la orden por escrito.

Ésta es la versión esquemática del diálogo, y cualquier militar daría la razón al coronel Moscardó. Una orden cuyo cumplimiento implica gran responsabilidad no puede darse de manera tan informal, aunque el general sospechase que el comandante militar de Toledo sólo intentaba eludir su cumplimiento. Evidentemente, no estaba por la labor y sólo pretendía ganar tiempo sin mostrar una clara actitud de rebeldía.

El general Cruz Boullosa fue, al parecer, uno de los personajes más trágicos entre los relacionados con la sublevación de Toledo. Su hijo, el cadete José de la Cruz Presa, estaba en el Alcázar. Él y unos compañeros se habían incorporado desde Madrid en automóvil por propia iniciativa. El general pidió a Moscardó que ordenase a su hijo regresar a Madrid; el coronel respondió que la decisión correspondía al alumno pero que haría lo que pudiera. No fue fácil convencerlo; el joven cadete manifestó, respetuosamente, que deseaba permanecer en la Academia; era su destino y existía una orden de acuartelamiento que él obedecía con total satisfacción, pero, ante los argumentos del coronel y el hecho de que en la puerta de la Academia le esperaba un coche con un comandante enviado a arrestarlo, acató la orden de su padre y se presentó a él en Madrid. Después abandonó su casa y se unió a los sublevados del cuartel de la Montaña. Allí murió el día 20, con otros cadetes, luchando o, probablemente, asesinado. Asesinado como Luis Moscardó. Trágico paralelismo entre comportamientos tan opuestos.

EL TENIENTE CORONEL SE ENFADA

Es de suponer que el pobre general Cruz colgó muy desanimado el teléfono tras su conversación con Moscardó y fue al despacho del teniente coronel Hernández Saravia, que era quien —pese a su relativamente modesta graduación— mandaba en el ministerio por orden y con el respaldo y la total confianza del presidente Azaña, quien lo había reingresado en el Ejército

como ejecutor de sus planes: unas profundas reformas militares que le obsesionaban desde muchos años antes.

El general Cruz, cariacontecido, informó:

—El coronel de Toledo pide que se le dé la orden por escrito.

—¡Orden por escrito! ¡En una situación tan grave usted permite que le pida órdenes por escrito!

No se sabe cómo salió el general del despacho de Hernández Saravia, pero fue destituido; a pesar de ser uno de los generales de probado talante republicano, no se le confió después mando alguno y murió durante la guerra sin recuperar la confianza de sus superiores: arrinconado.

El teniente coronel Saravia pidió que le pusiesen al habla con el coronel Moscardó. Habló con autoridad de general o de ministro y energía creciente a medida que progresaban en el diálogo y tropezaba con la sencilla argumentación de un comandante militar que no manifestaba propósito de incumplir una orden pero exigía razonables garantías de autenticidad en descargo de posibles responsabilidades. Ni el tono conminatorio ni la amenaza consiguieron modificar su actitud. El teniente coronel Saravia decidió que se imponía el uso de la fuerza y pasó el asunto al jefe de la I División Orgánica, general Riquelme.

Un diputado del PSOE en misión militar

Así fue transcurriendo el día. El Gobierno y los partidos de izquierda generaban, con notable desorden, una frenética acumulación de iniciativas; el partido socialista envió al diputado José Prat para que actuase con toda autoridad; cualquiera, en momentos de confusión, puede ejercerla presentándose en los centros de poder, asumiéndola y dando órdenes. El diputado socialista fue al Gobierno Civil; llevaba una lista de las milicias del Frente Popular y se la puso encima de la mesa al gobernador.

—Ésta es la gente con que contamos; ordene el inmediato envío a Madrid de la munición de la Fábrica de Armas, pida a la Academia el armamento de los alumnos y al jefe de la Guardia Civil todas las armas sobrantes; vamos a entregárselas a las milicias.

—Hay que pedírselo al comandante militar.

—Sí, claro, pídaselo. Es una orden del Gobierno de la República.

GOBERNAR LO INGOBERNABLE

El gobernador civil era izquierdista moderado. Menos izquierdista desde que asumió el mismo cargo en Albacete y tuvo que enfrentarse con los problemas que «los suyos» le planteaban en toda la región, donde el paro, el atraso, la incultura, la injusticia social, el hambre y la promesa de una dictadura del proletariado que cambiaría su amarga situación los animaba a poner en práctica lo que los políticos les habían prometido en la campaña electoral cuando se les repetían viejas consignas, «las hoces no servirán ya para segar el trigo sino para cortar las cabezas de los terratenientes». Largo Caballero anunció su propósito de instaurar en España la dictadura del proletariado tanto si ganaban las elecciones como si las perdían porque, en este caso, las masas obreras se lanzarían a la lucha como en 1934 (la llamada Revolución de Asturias), pero esta vez para vencer[1]. El gobernador recibía informes de la Guardia Civil y de Asalto con noticia de disturbios cada día más graves contra los que poco podía hacer a causa de la pasividad que le imponía el Gobierno. Consecuentemente, no puso objeciones al proyecto del jefe de la Guardia Civil y autorizó la concentración de sus efectivos en la capital. Disciplinadamente, cumplió el trámite que le encargaba el diputado José Prat y habló con el coronel Moscardó transmitiéndole la orden. Y podría asegurarse que no se sintió contrariado cuando le informó de que el comandante militar esperaba órdenes del Ministerio de la Guerra y no podía aceptar las que le llegaran de autoridades civiles. Y menos, aunque esto no lo dijera, las de un modesto diputado.

RECUENTO DE EFECTIVOS

El día no había sido ocioso para el coronel Moscardó. Su decisión era firme desde que efectivos de la Guardia de Asalto salidos del cuartel de Pontejos, es decir, del Ministerio de la Gobernación, al mando de un capitán de la Guardia Civil, habían detenido en su domicilio al líder del Bloque Nacional y presidente de la Real Academia de Jurisprudencia, José Calvo Sotelo, asesinándolo en un vehículo de las citadas fuerzas y abandonando después su cadáver en el cementerio del Este.

A lo largo del 18 de julio, tras la reunión con los oficiales y jefes presentes en la plaza, los cuales expresaron con toda franqueza su parecer y se

declararon decididos a unirse al Alzamiento, continuó su actividad empezando por el planteamiento y estudio de la situación real.

Con el teniente coronel Romero Basart —que le fue informado del desarrollo de la concentración de sus unidades hacia la capital— estudió el despliegue de sus fuerzas para enfrentarse con las milicias locales, mantener el orden y, en caso necesario, defender la ciudad.

No tuvo que esperar mucho; aquella misma noche del 18 de julio, pistoleros de las milicias izquierdistas atacaron en Zocodover a los guardias civiles apostados en los soportales de la histórica plaza tan próxima al Alcázar.

Aún no sabía —tardaría días en averiguarlo— el número exacto de los efectivos disponibles. Según cálculos aproximados, a sus doscientos cincuenta militares se añadirían unos seiscientos guardias civiles más parte de la Guardia de Asalto, la Guardia de Seguridad —un pequeño destacamento al servicio del Gobierno Civil— y un número indeterminado, no menos de un centenar, de paisanos de diferentes partidos, principalmente falangistas.

CONFUSIÓN, DUDAS, CONTRADICCIONES

Al ministerio van llegando buenas noticias; los focos de rebelión de Madrid y Barcelona están siendo sofocados, y lo mismo los de las guarniciones próximas, Alcalá, Albacete, Guadalajara. Toledo aún es una incógnita para los optimistas, que nunca faltan: no se ha dado el primer paso, el acto solemne de la proclamación del estado de guerra.

¿Es Moscardó un rebelde o, simplemente, un militar ordenancista que se niega a entregar las armas a las milicias? El general Riquelme no se hace ilusiones, pero confía en que su presencia al frente de una columna disuasoria pondrá fin al episodio.

Son días y horas de gran agitación, confusas actitudes y noticias contradictorias. El mismo gobernador civil no parece muy seguro de quiénes son «los suyos», si unos militares enfrentados al Gobierno o unos políticos dispuestos a armar —y unir a parte del ejército y las fuerzas de Orden Público— a los revolucionarios que llevan meses perturbando el orden y haciéndole imposible el ejercicio de su autoridad.

Hay un documento que refleja con lacónica precisión la incertidumbre de aquellos momentos, el Diario de Operaciones del coronel Moscardó:

Día 18 de julio de 1936. Sábado.

Por la mañana se tuvo noticia del levantamiento general de las fuerzas de nuestro Ejército en África, por lo que se procedió al acuartelamiento de las tropas de la guarnición y concentración en Toledo de la Comandancia de la Guardia Civil.

La comandancia militar se estableció en el domicilio del antiguo Gobierno Militar, calle del Carmen.

A las veinticuatro horas fue agredida la Guardia Civil de servicio en Zocodover por elementos extremistas, teniendo la Guardia Civil tres heridos. De otros sitios de la población fue tiroteada la Guardia Civil, y las noticias que se recibían de la provincia acusaban gran excitación.

El coronel, desde el mismo día 18 de julio, inició este Diario de Operaciones, lo que prueba su convicción de que las noticias del Alzamiento en Marruecos y la reacción observada en Madrid son el principio de un período de acciones militares: de guerra. Para él, ese período empieza en el momento en que ordena el acuartelamiento de sus tropas.

A partir de ese día anotará las novedades de cada jornada en forma precisa y lacónica. El Diario es uno de los documentos fundamentales para la historia del asedio.

TRES DÍAS ENDIABLADAMENTE COMPLICADOS

Mientras duró el asedio del Alcázar —y lo mismo en los meses que siguieron a la liberación— resultaba dificilísimo entender cómo se habían desarrollado los acontecimientos; los testigos hablaban y unas noticias se daban, literalmente, de patadas con otras: el general Riquelme habla desde dentro de Toledo con el coronel Moscardó el día 21; sus tropas han llegado sólo hasta el cementerio y la Fábrica de Armas; el comandante Villalba continúa defendiendo el hospital de Tavera; aviones gubernamentales bombardean el Alcázar; la munición de la Fábrica es transportada en presencia de fuerzas de la columna de Riquelme en pleno día sin sufrir una sola baja ni perder un solo cartucho; las milicias locales, que llevan hostilizando a los recién sublevados desde el día 18 y han desaparecido tras producirse el Alzamiento, se mueven con facilidad —aunque sin comprometerse en combate franco— por toda la ciudad desde que el Alcázar empieza a ser bombardeado.

El día 21 es especialmente complicado para el coronel Moscardó, que consigue seguir adelante casi milagrosamente. A ello contribuyen tres magníficos jefes: Romero Basart, Méndez Parada y Villalba.

El teniente coronel Romero Basart, que dirige la concentración de las fuerzas de la Guardia Civil y las despliega de acuerdo con el plan de defensa.

El comandante de Artillería don Pedro Méndez Parada, que está por casualidad en la Fábrica de Armas cuando las avanzadas de Riquelme rodean la Fábrica.

El comandante Villalba, que, con una pequeña tropa, impide a la columna de Riquelme entrar en Toledo.

Estos tres jefes tendrían más tarde un papel muy destacado en la defensa del Alcázar. Aunque, como se verá, allí se distinguió todo el mundo.

Son días casi inexplicables, pero el tiempo y la investigación de documentos, testimonios y crónicas permite hoy recomponer los hechos con total precisión.

La lectura del Diario de Operaciones del coronel da una idea aproximada de la acumulación y entrecruzamiento de incidencias y acciones de unas y

otras fuerzas en aquellos tres días:

Día 19 de julio. Domingo.

Por la mañana llamaron por teléfono al coronel comandante militar, de Madrid, diciendo lo hacía el jefe de servicio del Ministerio de la Guerra, y ordenando se enviasen a Madrid todas las municiones disponibles en la Fábrica, previa la requisa de camiones, no cumplimentándose esta orden por esperar su confirmación por telegrama cifrado, dada la gravedad de la orden.

Por la noche se presentó el diputado socialista Prat en el Gobierno Civil para que se enviasen las municiones a Madrid y para que la Guardia Civil entregase su armamento, así como el disponible en la Academia de Infantería, Caballería e Intendencia, a las milicias extremistas, de las cuales traía una relación dicho diputado.

Por la noche, el comandante militar tuvo una conferencia con Madrid, desde donde hablaba una persona que decía ser Saravia, reiterando con urgencia la orden del envío de las municiones a Madrid durante todo el día siguiente.

El gobernador civil comunicó al comandante militar la visita del diputado Prat y sus pretensiones, que fueron negadas en absoluto por el coronel.

Día 20 de julio. Lunes.

En este día se tuvieron noticias de que la orden de envío de las municiones fue recibida directamente por el coronel Soto, jefe de la Fábrica de Armas, acordándose no remitir las municiones ni entregar las armas, que a más habían de ser custodiadas por doscientos guardias civiles de esta Comandancia.

Por la noche de este mismo día, el inspector de la Guardia Civil, general Pozas, conminó al jefe de la Comandancia para que se cumplieran las órdenes anteriores, amenazándole, en caso contrario, con el envío de una columna y bombardeo de la plaza, asegurando que él cumplía lo que prometía. Por la noche se concentró la Guardia Civil y sus familias en el Alcázar.

Día 21 de julio. Martes.

***A las siete de la mañana, y con toda solemnidad, fue declarado el estado de guerra en Toledo y su provincia**, siendo detenidos y conducidos al Alcázar, donde se estableció la comandancia militar, el gobernador civil y su familia, dándose orden de detención de los principales dirigentes, no*

pudiéndose detener más que uno, Francisco Sánchez López, maestro de la Cárcel.

Se hizo una ***distribución de fuerzas*** *para seguridad y defensa de la plaza, ocupando o reforzando el Hospital de Tavera, Fábrica de Armas, convento de los Carmelitas, Bancos, Ayuntamiento, Catedral, Zocodover, Correos, Telégrafos, Teléfonos, Miradero, Cuartel de Asalto, puertas y puentes.*

A las nueve y treinta se presentó un avión enemigo*, que lanzó proclamas invitando a la rendición, y* ***empezó el tiroteo****, por parte del enemigo, desde todos los puntos de la población.*

A las ***quince y treinta*** *se presentó otro* ***avión enemigo*** *que* ***bombardeó el Alcázar*** *y sus dependencias, lanzando doce bombas que causaron desperfectos.*

A las dieciocho *se presentó una escuadrilla de* ***tres aviones*** *que bombardeó el mismo objetivo,* ***causando bajas*** *en la fuerza que guarnecía el Alcázar, y lanzó doce bombas.*

Durante ambos bombardeos el enemigo de Toledo hostilizó todos los frentes con mucha intensidad.

El general Riquelme*, por la noche,* ***llamó desde Toledo al comandante militar****, conminándole a la rendición, preguntándole qué motivos había para la actitud adoptada; contestándole que, ante todo, el amor a España, que se veía en poder del marxismo, nuestra confianza ciega en el general Franco y la deshonrosa e indigna orden de entregar a las milicias rojas el armamento de los caballeros cadetes.*

Sobre las ***diecisiete horas*** *apareció* ***una columna enemiga*** *por los alrededores del cementerio, dirigiéndose una parte sobre la Fábrica de Armas y otra sobre el Hospital de Tavera, guarnecido por las fuerzas de la Escuela Central de Gimnasia, reforzadas por un destacamento de la Guardia Civil; dicha columna estaba provista de bastantes armas automáticas y apoyada por cuatro coches blindados, rompiendo el fuego contra el Hospital de Tavera únicamente, siendo contestada por el destacamento, que impidió el paso del enemigo.*

Ante el peligro de que el enemigo pudiese ocupar la Fábrica y se apoderara de las ***municiones****, objetivo preferente, se dispuso el* ***traslado de todas las existencias al Alcázar****, para lo cual se organizó un convoy de camiones que subieron unos setecientos mil cartuchos.*

Bajas en este día: ***un soldado y un guardia civil muertos****; tres heridos y ocho contusos.*

EL DÍA MÁS ENDIABLADAMENTE COMPLICADO

El día 21 la Historia madruga: a las siete en punto de la mañana ya está en marcha. En la transcripción del Diario de Operaciones de ese día he destacado en negrita los principales acontecimientos. Y el Diario es, sólo, la versión de un testigo, el más importante, el comandante militar. Otros testigos confirmarán que sucedieron más cosas, pero las relacionadas en el Diario no son pocas.

07.00 HORAS. DECLARACIÓN DEL ESTADO DE GUERRA

La sección de tropa con banda de cornetas y tambores forma en el patio del Alcázar. El capitán de Caballería Emilio Vela Hidalgo, profesor de la Academia, lee con voz clara y tono de arenga el bando por el que se declara en Toledo y su provincia el estado de guerra. A continuación desfila por la cuesta del Alcázar y hace alto en la plaza de Zocodover. Mientras las fuerzas están en posición de arma presentada y el capitán Vela repite la lectura del bando, un paisano armado de mosquetón presenta su arma como un soldado más. ¿Quién puede ser? ¿Qué significa su extraña presencia allí? Le piden que se identifique. Todo aclarado: es el capitán farmacéutico Benito Casado. El toque de cornetas y tambores lo sorprendió a hora tan temprana y, sin tiempo para vestirse de uniforme, ha cogido un mosquetón de la Farmacia Militar y, al encontrarse con la tropa en Zocodover, toma parte en el acto lo más correcta y bizarramente que se le ocurre.

La fuerza mandada por el capitán Vela se dirige, a continuación, a un punto clave, la Casa del Pueblo, que es centro de mando de las milicias socialistas. No es una provocación, sino un aviso a quienes tienen órdenes emanadas de sus partidos y del mismo Gobierno de oponerse a la iniciativa militar. De aquellas ventanas podría surgir la respuesta armada a la declaración del estado de guerra: no hay respuesta. A partir de aquel momento las milicias del Frente Popular permanecen ocultas hasta que hacen acto de presencia la aviación y las avanzadas de la llamada «Columna Toledo» del general Riquelme. Se repite la lectura ante el edificio de la Diputación Provincial y sólo entonces, cuando regresan hacia el Alcázar, se los hostiliza con fuego de fusil, al que el capitán ordena que se responda poco menos que con disparos al aire ya que no es posible localizar el origen de la agresión. Al

mismo tiempo se está intentando la detención de dirigentes del Frente Popular.

GOBERNADOR CIVIL

El coronel Moscardó consigna en su Diario la detención del gobernador Manuel María Guzmán, diputado de Izquierda Republicana por La Coruña. Se hace constar que es detenido, aunque va al Alcázar por deseo suyo; el gobernador pide amparo para él y su familia; ha sido violenta y amenazadoramente recriminado por su actitud frente al coronel Moscardó en las negociaciones para la entrega del armamento y las municiones. En ningún momento ni él ni su familia serán tratados como prisioneros, y al concluir el asedio continúa en libertad y aliviado de preocupaciones políticas. En realidad, sólo hay un prisionero aquel día: un buen hombre de ideas izquierdistas, el maestro de la cárcel don Francisco Sánchez; los dirigentes de milicias y partidos afectos al Gobierno están en paradero desconocido.

07.00 A 09.00 H. DISTRIBUCIÓN DE FUERZAS

Se hace con efectivos de la Guardia Civil. En ningún momento se planteó el coronel Moscardó la idea de impedir por la fuerza la ocupación de Toledo. El despliegue sólo tiene por objeto evitar la acción de las milicias locales —muy numerosas aunque mal armadas y poco instruidas—, impedir el acceso a la ciudad de grupos milicianos procedentes de la provincia y obstaculizar, en lo posible y sin orden de resistencia a toda costa, la llegada de las esperables unidades operativas procedentes de Madrid. Por ello, en el despliegue se incluyen los posibles objetivos de las milicias locales, bancos, telégrafos, emisora de radio, ayuntamiento, etc., y una serie de puntos que configuran la línea exterior de primer contacto con el enemigo. Hay dos puntos fuertes; uno, por su importancia estratégica y táctica, la Fábrica de Armas, y otro por su valiosa situación táctica, el hospital de Tavera.

Se establece así un arco defensivo a caballo sobre la más que probable zona de aproximación del enemigo, la que tiene por eje la ruta de Madrid. La guarnición de la Fábrica está apoyada por fuego de ametralladoras desde la Diputación y el convento de carmelitas, y la del hospital de Tavera domina los accesos por la carretera de Madrid, y las de Ávila y Mocejón, que confluyen justamente en el hospital.

Confía el coronel en que fuerzas nacionales procedentes del norte ocuparán Madrid en un plazo de pocos días, de horas quizá. Esto resolverá automáticamente la situación de Toledo, que está asegurada mientras las milicias locales, apenas activas, no reciban una aplastante ayuda exterior. En caso de que las columnas de Mola no consigan ocupar Madrid, el auxilio habrá de llegar por el sur o por la línea del Tajo.

Si estas previsiones no se cumplen y el Gobierno de Madrid decide reconquistar Toledo, el coronel sabe que no dispone de efectivos para defender el perímetro urbano. Por lo tanto, su plan consiste en apoyar la resistencia en la fortaleza del Alcázar y en una zona fuertemente guarnecida a su alrededor: nunca en encerrarse en el edificio y hacer una guerra de subsistencia al amparo de sus sólidos muros. La línea exterior de defensa comprende varios edificios anejos a la Academia: la zona norte, formada por el Gobierno Militar, la Farmacia, la cuadra y los pabellones, lindando con la calle del Carmen y frente al hospital de Santa Cruz, edificio histórico que va a ser la «trinchera» opuesta a los defensores de ese vital sector.

Al este hay dos grandes explanadas escalonadas y varios edificios anejos: el picadero. Capuchinos, el comedor de cadetes y Santiago.

Todas estas posiciones defienden los accesos al Alcázar y son, a su vez, defendidas desde la fortaleza con fuegos dominantes y cruzados que harán prácticamente imposible la aproximación del enemigo mientras resistan.

Pero este despliegue no parece que haya de ser inmediato. La reacción gubernamental debe exigir varios días de preparación. Eso es lo que quizá piensa el coronel Moscardó, puesto que no adopta medidas de aprovisionamiento casi obligadas cuando al Alcázar están llegando centenares de guardias civiles con sus familias y hay, además, una guarnición a la que alimentar. Mañana será tarde.

09.30 H. CON EL DEDO EN EL GATILLO

No, no va a tardar en reaccionar el Gobierno. El teniente coronel Hernández Saravia —rápidamente ascendido a coronel— nombra jefe de la I División Orgánica al general José Riquelme, encomendándole con gran interés reducir el foco rebelde de Toledo. El general lo intenta por todos los medios: mientras habla con Moscardó por teléfono tratando de llegar a un acuerdo que evite el choque armado, está como tirador con el dedo en el gatillo. Habla, pero no se fía y, en espera de que el coronel pase su Rubicón declarando el estado de

guerra o lo piense mejor y se ponga del lado del Gobierno, llama al coronel de Estado Mayor José Asensio Torrado, amigo íntimo del Partido Comunista y bien relacionado con los mandos de sus milicias, y le encarga la organización urgente de una columna de operaciones para marchar sobre Toledo.

Si estarían Hernández Saravia y Riquelme preparados para responder, que a las nueve treinta ya vuela sobre Toledo el primer avión que esperaba desde el día anterior la orden de partir con las proclamas, previsoramente impresas, invitando a los rebeldes a rendirse.

Las milicias locales, desde numerosos puntos de la ciudad, tirotean el Alcázar y los lugares ocupados por la Guardia Civil. Sin consecuencias.

15.30 h. Primer bombardeo

Pese a tan preocupante visita, el Alcázar vive momentos de euforia. En el patio hay una animación extraordinaria que se ve interrumpida por el primer bombardeo; un avión arroja doce bombas, mucho ruido y sólo desperfectos.

17.00 h. Comparece el enemigo

Los observadores ven aproximarse las avanzadas que manda personalmente el general Riquelme; llegan al cementerio, marchan hacia la Fábrica de Armas y siguen aproximándose a Toledo por la carretera de Madrid. La aguerrida guarnición del hospital de Tavera les cierra el paso.

18.00 h. Segundo bombardeo

Esta vez son tres aviones y causan las primeras bajas con otras doce bombas; la moral no decae, al contrario, se fortalece: la guerra ha empezado y hay que vivirla sabiendo que la vida está amenazada y es necesario protegerse. No sólo de las bombas; coincidiendo con la acción de los aviones, las milicias locales han tiroteado desde todas partes. Cada ventana es transformada en parapeto.

La munición de la Fábrica

El coronel director de la Fábrica no es partidario de entregar armas ni municiones a las milicias; pero se le hace muy difícil desobedecer al Gobierno. Amigo del presidente Azaña, republicano, militar profesional, hombre leal, sin duda, a sus principios, sabe que le están demandando decisiones contrapuestas y, para él, imposibles.

El personal de la Fábrica, unos mil quinientos trabajadores, está en contra de los sublevados y de que se les entregue la munición. Más aún: están dispuestos a cargarla en los camiones que envíe el Gobierno tan pronto como lleguen.

Pero en la Fábrica hay unos invitados que van a ser providenciales para el coronel Moscardó: el comandante de Artillería Pedro Méndez, del Taller de Precisión de Madrid, con diecisiete tenientes recién salidos de la Academia de Segovia que están realizando, a sus órdenes, un cursillo de prácticas relacionado con la industria militar.

Hay, además, en la Fábrica una sección de tropa enviada de Madrid para su protección. Son soldados de reemplazo del Regimiento de Infantería 2.

Cuando el comité obrero propone al coronel Soto que el personal se turne en la vigilancia de los talleres y almacenes para defenderlos en caso necesario, el comandante Méndez ofrece colaborar con sus diecisiete alumnos, sin desechar la presencia de los trabajadores; treinta obreros, más la sección de Infantería, más él y sus oficiales serán suficientes; el resto del personal, que está en huelga por orden del Gobierno y de los sindicatos, puede marcharse; la seguridad está garantizada.

Aceptada su propuesta, el comandante y los tenientes, que hasta el día 19 han dormido en la Academia, se quedan permanentemente en la Fábrica.

La proclamación del estado de guerra produce efectos inmediatos: los obreros, atemorizados, optan por fugarse; los soldados del Regimiento 2 se autolicencian, de acuerdo con lo ordenado por el Gobierno que autoriza la deserción en las plazas donde se produzca el Alzamiento, y desaparecen con los obreros. En esta situación se produce un hecho decisivo: llegan diez camiones ocupados por fuerzas de la Guardia Civil a las órdenes del teniente Ángel Delgado. El comandante Méndez se hace cargo de la situación y ordena a sus diecisiete oficiales que, con los hombres del teniente Delgado, carguen la munición en los vehículos. Las tropas de Riquelme están ya ocupando el cementerio; se dirigen, por su ala derecha, hacia la Fábrica y, ante la resistencia que encuentran en el hospital de Tavera, responden con fuego de ametralladoras y cañón bombardeando el hospital y la puerta de Visagra.

En la Fábrica, tenientes artilleros y guardias civiles trabajan apresuradamente en la carga de la munición, cuando se presenta en la puerta del establecimiento una unidad avanzada de la columna de Riquelme.

La Guardia Civil ha montado un servicio de vigilancia con doce hombres. Dan el alto, y del grupo se destaca un militar de uniforme con bandera blanca.

Dice que pertenece a la «Columna Toledo» y que trae un mensaje del general Riquelme. El coronel Soto ordena que lo conduzcan a su presencia y lo recibe junto al comandante Méndez. Sorprendentemente, el emisario del general es un cabo. Pero lleva un mensaje muy claro: o la Fábrica se entrega a las fuerzas del Gobierno o será destruida. Concede al coronel un cuarto de hora para decidirse.

El coronel responde que entregará la Fábrica a las fuerzas de Riquelme, pero, mientras tanto, el comandante Méndez ordena que se acelere la carga de los camiones.

Cuando, terminada la operación, los camiones emprenden la marcha hacia el Alcázar, los hombres de la columna de Riquelme, cuyos efectivos pueden calcularse en dos compañías, permanecen inactivos, intimidados quizá por la presencia de los guardias civiles y los oficiales artilleros que, arma al brazo, protegen el precioso cargamento encaramados en lo alto de los camiones.

Sin encontrar resistencia por parte de las milicias locales a lo largo de su forzosamente lento recorrido, todo él por las acusadas pendientes que conducen desde el nivel del Tajo hasta la parte más alta de la ciudad, los camiones llegan a Toledo, penetran en el recinto del Alcázar y se alinean en la gran explanada oriental. Menos uno que se averió a poco de coronar la cuesta del Alcázar y fue descargado allí mismo, en la puerta de Carros.

También parte de los componentes del grupo se ha quedado atrás. Faltan en el último recuento doce de los guardias civiles que se desplegaron para vigilar el perímetro de la Fábrica. No fueron avisados. Debieron de convencer al coronel Soto y al comité marxista de que se habían quedado voluntariamente, porque se sabe que varios días después aún hacían guardia allí.

La operación de carga y transporte ha durado menos de dos horas, y las fuerzas del coronel Moscardó disponen de unos setecientos mil cartuchos más para la defensa. Sobraron muchos, pero sin ellos la defensa hubiese sido, quizá, imposible.

21.00 H. LA ÚLTIMA LLAMADA DEL GENERAL

Informado de que no hay tropas sublevadas por las calles, y pese a que no ha podido eliminar el obstáculo del hospital de Tavera, el general Riquelme tiene un gesto de valor y entra en Toledo. Una llamada telefónica desde el interior de la ciudad puede influir en el ánimo de Moscardó. La conversación es muy tensa, tal como el coronel la refleja en su Diario. Lo termina haciendo constar, con ejemplar laconismo, su bautismo de sangre: el del Diario, el del asedio.

PRIMERA SANGRE

Es el resumen de un día más que endiabladamente complicado; el coronel traslada a su Diario la película de tantos acontecimientos que van desde el paso decisivo, alzar la bandera de la rebeldía, hasta la última conversación con el general. La ciudad aún no ha sido conquistada por el enemigo, pero él tampoco la domina. Se siente seguro, se siente, también, decidido a cumplir su deber hasta la muerte; su deber como militar es el servicio a la patria y, en su opinión —que es la de quienes lo rodean y obedecen sus órdenes, y es la de quienes se han alzado contra la anarquía que ha secuestrado al poder político —, el general jefe de la I División Orgánica está incumpliendo, como militar, su principal deber, su deber más sagrado.

No es fácil enfrentarse a un superior y desobedecer sus órdenes. Nunca lo hubiera hecho. Pero la situación es tal, que obedecer a quienes dictan sus órdenes sentados a una misma mesa con los jefes de las milicias marxistas — y eso es lo que se está haciendo en el ministerio, y eso es lo que trata de cumplir con celo el general Riquelme— es traicionar a España y deshonrar al Ejército.

Dura prueba, dolorosa prueba cuando, al finalizar la difícil y complicada, azarosa jornada, consigna en el Diario de Operaciones la última novedad: «Bajas en este día: un soldado y un guardia civil muertos; tres heridos y ocho contusos».

LA PELOTA EN EL TEJADO

Aún faltan por incorporarse gran parte de las unidades de la Guardia Civil. El teniente coronel Romero Basart está en contacto por radio y teléfono con ellas: Ocaña, Talavera, Illescas, Alcázar de San Juan, Quero… La presencia de la columna de Riquelme es una amenaza para su concentración, pero la estudiada logística, la inquebrantable disciplina y la certeza de que solamente

unidos podrán sobrevivir a la revolución, que ya se está apoderando de la provincia, conducirá hasta la capital a la mayor parte de los destacamentos. Disciplina y orden pudieron hacer tal milagro; de otra forma es imposible explicar que, con la carretera ocupada por los hombres de Riquelme, pudieran llegar a Toledo los guardias civiles de Illescas. En Ocaña el capitán Valls y en Talavera el capitán Ossorio comunican a su jefe que al día siguiente estarán en Toledo: «No hay novedad, mi teniente coronel». Pero el día siguiente es el 22: el día en que la columna gubernamental toma Toledo.

La «columna Toledo»

Riquelme es veterano de la guerra de África y general experimentado en el mando. Está decididamente en contra del Alzamiento y recibió con entusiasmo la orden de organizar la expedición contra Toledo.

Es entonces cuando los hechos dan la razón a Moscardó: alrededor de la misma mesa están, con su jefe de Estado Mayor Álvarez Coque, los jefes de las milicias anarquistas y comunistas que, más que a la guerra, están dedicados al pillaje y al asesinato en Madrid. Pero no hay tiempo para remilgos; aquellos hombres le ofrecen milicianos, de quienes elogian su elevado espíritu combativo y el deseo de jugarse la vida en defensa de sus ideales. No son los del general, ni los del ministro —que ya es otro, también militar—, ni los del presidente de la República, Manuel Azaña, pero coinciden en un punto esencial; el enemigo es el mismo para todos ellos: el ejército sublevado.

La columna se considera sobradamente capaz de resolver la papeleta. En pocas horas se ha logrado reunir más de dos mil hombres con acompañamiento de artillería, camiones blindados y zapadores. Su composición es difícil de detallar con exactitud, pero de la documentación investigada por historiadores como Martínez Bande, Salas, Casas de la Vega y las aportaciones de escritores, biógrafos y testigos se deduce que la formaban fuerzas de Infantería de los Regimientos 1 y 2, Guardia de Asalto, una batería de Montaña del 105 y una gran masa de compañías de milicias anarquistas y comunistas.

De todas estas fuerzas, las de Infantería, Artillería y Zapadores eran restos de unas unidades en las que numerosos soldados se habían autolicenciado y bastantes mandos estaban en paradero desconocido o arrestados como sospechosos. Pero, al menos, eran tropas con instrucción, mandos y alguna

disciplina. Los guardias de Asalto eran soldados profesionales y, aunque la disciplina se había debilitado notablemente por la infiltración de comunistas y socialistas, podían ser utilizados con eficacia siempre que los mandos y los infiltrados marxistas tuvieran un objetivo común; y esta vez lo tenían. Las milicias eran el grupo más numeroso y el más inútil para la ejecución de un plan de operaciones: lo suyo no era la táctica ni la coordinación ni la disciplina; ellos iban a Toledo a luchar si se terciaba, pero, sobre todo, a hacer la revolución, es decir, a fusilar curas, beatas y burgueses, a incendiar iglesias y a saquear lo que pudieran. Si para ello era preciso asaltar antes una muralla o vencer la resistencia de un cuartel, lo intentarían, pero que nadie les hablase de planes; les bastaba con saber dónde estaba el enemigo y enfrentarse con él de prisa, de prisa, que después viene lo bueno.

En total, se calcula que entre militares (250), guardias de asalto (500) y los milicianos el general se presentó en las inmediaciones de Toledo con más de dos mil hombres, a los que había que sumar los dos mil de las milicias locales, más los que fueran llegando —que sí fueron llegando— de milicias campesinas.

UN INVENTO: TURISMO EN ARMAS

Toledo será en los días siguientes, hasta el fin del asedio, un atractivo turístico para este tipo de «combatientes» que, en coches requisados y pintarrajeados con siglas y denominaciones caprichosas, se van de excursión a combatir a los facciosos del Alcázar o, por lo menos, a verlos de cerca, a pillar lo que puedan, a darse una vuelta por los sórdidos burdeles o a disfrutar de la compañía de aguerridas milicianas, costumbre ésta muy extendida especialmente entre los grupos anarquistas de la CNT-FAI.

Tan evidente era este tipo de «lucha», que el escritor y periodista Eduardo de Guzmán, con el disculpable deseo de justificarlo, afirmaba que las fuerzas de la CNT tenían orden de hacer la guerra de Gila mucho antes de que Gila la inventase: ir a combatir durante el día y regresar por la noche a Madrid. Esa orden no existió formalmente, pero éste fue su método preferido de participar en el asedio del Alcázar.

Tras la detención ante el hospital de Tavera y la entrega de la Fábrica de Armas, despojada de la munición, Riquelme ve que no puede dar un paso más sin grandes sacrificios que, quizá, sus fuerzas no estén dispuestas a soportar visto lo rápidamente que han vuelto sobre sus pasos al sufrir las primeras

bajas. Con los jefes de las unidades y su jefe de Estado Mayor —que está nervioso y disgustado en aquel ambiente de facción y barricada— estudia el despliegue, mira el reloj, comprende que ha perdido el día, se indigna y, guiado por elementos de las milicias locales que han enlazado con la columna, se dirige a Toledo para echar a Moscardó la última bronca.

Al habla, después, con el ministro le pide más artillería y más aviación; necesita hundir la moral de los rebeldes con una acción de la máxima contundencia.

«Mañana tomaremos café en el Alcázar».

Asimismo lo transmite un periodista.

Durante todo el día el paqueo es intenso. Desde todas las direcciones llueven balas sobre el Alcázar. En las calles aún no manda nadie; pero las milicias locales se mueven.

En Ocaña, Talavera y otros puntos, la penúltima fase de la concentración está puntualmente concluida. Falta rematar el plan: llegar a Toledo.

El comité revolucionario de Ocaña, escamadísimo, pide explicaciones al capitán Valls, que los tranquiliza. Ya no son necesarios para vigilar el penal; el pueblo ha puesto en libertad a los presos, y el Gobierno le ha dado orden de dirigirse a Toledo para combatir a los sublevados.

ANTONIO RIVERA

Es presidente de la Asamblea Diocesana de Acción Católica. El día 21, a la vista de las noticias que llegan de Madrid y de la declaración del estado de guerra en Toledo, toma su decisión, según el testimonio de su prima María de Pablos Ramírez de Arellano, en el libro *El ángel del Alcázar. Antonio Rivera y su ambiente*, y en uno anterior, *Un católico en la gran crisis de España*, de José Manuel de Córdoba.

1936. 21 de julio.

Desde la ventana de su cuarto ve volar Antonio sobre Toledo los primeros aviones que atacan el Alcázar. Oye por la Unión Radio de Madrid que la ciudad está en poder de las milicias rojas y que la columna de Riquelme avanza sobre Toledo.

Todas las familias de la capital escuchamos ansiosamente las noticias que, a su vez, está dando Radio Toledo. Pegados al aparato, oíamos palpitantes la música militar que se emitía alternando con la voz de los locutores.

«Aquí, Radio Toledo… Aquí, Radio Toledo. Atiendan, no se retiren de los aparatos; van a escuchar la proclama del coronel Moscardó».

Nueva expectación, nueva nerviosidad y, al fin, la voz del coronel:

«¡Toledanos, a pesar del intento criminal del Gobierno asesino y vil de Madrid, las tropas que combatimos por una España grande y justa queremos por nuestro honor vencer o morir!».

Y suena el himno de Infantería, sacudiendo nuestras entrañas.

1936. 21 de julio.

Antonio no duda más; ve claro, no tiene consignas sobre su deber; toma por su cuenta la resolución y pidió permiso a su padre para ir al Alcázar.

—Voy a ver si encuentro a Manjón y Montemayor; ellos sabrán lo que hay que hacer.

Mi tío le dijo que le autorizaba, pero que debía despedirse de su madre.

—No, a mamá no le digas nada todavía.

Tenía miedo de apenarla y de que su amor a la familia le impidiese ir al Alcázar. Nos encontrábamos los tres solos:

—Antonio —dije—, llévate ropa. No te vayas así.

—No necesito nada; me basta con esto.

Vi que en un sobre guardaba el Evangelio de San Juan, su rosario y el cilicio.

Y rápidamente, con un sencillo «adiós», sin lágrimas y sin besos, salió para el Alcázar. Los vecinos del barrio, que sentían gran simpatía por Antonio, comentaron extrañados la rapidez de su marcha, y entre un intensísimo tiroteo, subió las empinadas callejuelas hasta llegar a la fortaleza.

Esperar

La población civil de Toledo ha elegido la pasividad. Cada uno confía en la verdad, la razón y la fuerza de «los suyos», pero pocos son los que se comprometen. Las milicias del Frente Popular no ocupan la ciudad; se limitan a testimoniales acciones inconexas de paqueo; la burguesía respira aliviada cuando se declara el estado de guerra, pero no sale a manifestarse; después se atemoriza, se encierra en sus casas; la derecha contiene también su júbilo y solamente algunos jóvenes se presentan en el Alcázar para ponerse al lado de los militares. La ciudad está sublevada, si es que tal cosa puede decirse de una sublevación pasiva, pero no hará patente su actitud —primero la izquierda,

después los demás— mientras no esté claro quién manda en las calles. Es una actitud bastante generalizada en España con excepciones más o menos multitudinarias, especialmente la de Navarra, en donde los viejos tambores carlistas pusieron en pie a miles de voluntarios para luchar contra la República revolucionaria y atea: lo estaban deseando.

Los voluntarios. *Desde la muerte de Calvo Sotelo estábamos esperando eso de que «se echara a la calle el Ejército». Y nosotros con él. Orteguita me avisó: los de Acción Popular nos daban cobijo; podíamos reunirnos en la buhardilla de sus locales, cerca de Zocodover, en la zona de los bancos.*

A las cinco estábamos allí unos treinta «hombres». Yo tenía dieciséis años, y muy pocos habían cumplido los veinte.

Estábamos contentos, algunos habían hablado con el capitán Vela y el teniente Cirujano; los militares contaban con nosotros. Allí vi a Martín Gamero; estudiaba Derecho en Madrid, yo Ciencias Químicas, alguna vez nos habíamos visto de lejos en la Universidad de San Bernardo, él era tres años, por lo menos, mayor que yo, estaba más en contacto con la Falange de Madrid; un veterano. Me enseñó su pistola, de la que sobresalía por la culata un cargador muy largo, como de veinte cartuchos; yo tenía una navaja, ése era mi armamento.

El local —dos o tres habitaciones y un gran camaranchón con el techo inclinado— no tenía luz eléctrica y estaba como un homo.

—¿Qué hacemos?

—Esperar órdenes.

Normalmente, yo regresaba a mi casa algo antes de las diez, para cenar, y después volvía a salir a pasear por el Miradero hasta la una.

Primera formación. *A las diez de la noche hubo un momento de revuelo: al fin ocurría algo. Oí la voz de «a formar». Yo no había «formado» nunca; no habíamos hecho instrucción como los del Frente Popular. Nos alineamos un poco, y entonces vi a Zacarías Hernández, que llevaba la voz cantante. A su lado estaba un chico de regular estatura, como de veinte años, con gafas.*

Zacarías nos revistó, se dirigió al de las gafas, se cuadró, saludó y le dijo algo y «¡Arriba España!». Luego se volvió hacia nosotros:

—El camarada Pedro Villaescusa, jefe provincial de Falange, os va a hablar.

—Acabo de hablar con la autoridad militar y me he puesto a su disposición. Mañana nos presentaremos en el Alcázar y allí tomarán el mando los militares. Ahora se van a nombrar unos servicios.

Eran parejas para vigilar Correos, Teléfonos, Radio Toledo, los puentes y las puertas; los llamó «puntos estratégicos», y entre ellos mencionó también las cocheras de Alegre, lo que me sorprendió y me hizo pensar que la elección de puntos estratégicos era una ciencia: a mí no se me hubiera ocurrido. Sin embargo, comprendí que era una elección acertada y sentí un notable respeto hacia nuestros mandos.

Terminó diciendo que los que no tuviesen servicio se marchasen a sus casas hasta el día siguiente. A mí no me enviaron a ningún punto estratégico, quizá porque la navaja no parecía armamento suficiente, aunque era de Albacete y muy bonita; al abrirla tomaba forma de puñal con una cruz que se desplegaba entre la hoja y la empuñadura. Yo la llevaba por las palizas; te cogían solo en la calle, de noche, y te dejaban molido los de la Unión de Sindicatos.

Tiros. *Después de las once y media salimos y me fui a casa por el camino más corto. Buena idea; empezando a subir la primera rampa de mi calle sonaron disparos sueltos hacia el centro; entrando en mi casa, el tiroteo se oía muy nutrido. En la plaza de Zocodover unos pistoleros habían disparado sobre los guardias civiles. Mi madre, histérica, mi padre, gritando; estaban pasando un susto tremendo a causa de mi tardanza mientras oían por la radio las llamadas a la lucha de los dirigentes del Frente Popular. O sea, que yo me sumé al Movimiento el día 18 de julio, pero ya no pude salir de mi casa hasta el día 28 de septiembre.*

A eso le debo la vida, ya ves. Los que tenían mi ficha de falangista creyeron que estaba en el Alcázar y cuando detuvieron a mi padre ni se molestaron en preguntar por mí para fusilarme con él. Mis amigos que habían estado en el asedio me daban por muerto, como a tantos otros: a los dieciséis años.

Como anunciara a sus voluntarios el jefe de Falange Pedro Villaescusa, las milicias civiles han sido encuadradas a las órdenes de oficiales del Ejército. Apenas hay tiempo para instruirlos: un fusil máuser se carga así, se apunta así y se dispara así.

En el Alcázar todo lo tienen muy claro los militares, conocen el edificio, están en sus unidades. Para los recién llegados, aquello es un mundo de locos: familias enteras de guardias civiles, gente de Toledo —unos medio uniformados con la camisa de su partido, otros de paisano con corbata—, militares de todas las armas y servicios, unos cumpliendo órdenes, otros esperándolas, otros sin saber qué hacer; el patio invadido por una muchedumbre muy unida y animosa, pero aún desordenada y sin alojar.

La mayor parte de las mujeres y los niños están refugiados en los sótanos tras las visitas de la aviación enemiga. El mando gubernamental confía en que el efecto psicológico de las granadas estallando en el interior de la fortaleza bastará para quebrantar el ánimo de los sublevados, pero las cosas han llegado a un punto en España que todos se sienten más seguros allí, unidos en la lucha, que fuera, expuestos a los excesos de las organizaciones revolucionarias.

VELA DE ARMAS

Por la noche, en la capilla, un grupo de jóvenes paisanos espera órdenes. Ya han realizado su primer servicio en la extinción de un incendio producido por un bombardeo. Después, un oficial les dice que el coronel ha pedido voluntarios para hacer una salida y enfrentarse en la calle con las milicias. Todos ellos se ofrecen y pasan a la capilla a organizarse y esperar.

Es una noche larga, de charla ilusionada y preocupada. La mayor parte se ha presentado en el Alcázar sin decírselo a su familia, sin permiso de sus padres, quienes, por suerte, ya están habituados, desde las elecciones de febrero, a las ausencias de sus hijos, que lo mismo se marchan a apoyar mítines en la provincia que a proteger de noche un convento amenazado de incendio o —el día de los comicios— a escoltar monjas y ancianos que de otra manera no se hubieran atrevido a salir para votar. En grupos charlan, comentan anécdotas de los numerosos incidentes vividos en las calles y en la universidad, alguno cuenta un chiste y las carcajadas atraen a otros que engrasan el grupo.

Antonio Rivera es conocido de todos y amigo de muchos de ellos. Le miran con afecto aunque no ven en él un luchador aguerrido; más bien les parece un muchacho moderado, piadoso y poco beligerante. A lo largo de la noche se va acercando a unos y otros, charlan comentando la situación y siempre llega un momento en el que Antonio Rivera, sonriente, pregunta:

—¿Cómo estás tú con Dios?

Todos son creyentes, pero cada cual está con Dios a su manera; los hay de misa diaria y actividad propagandista católica, abundan los de misa dominical y poco más, y algunos tienen la práctica de la religión más o menos abandonada. Con Antonio no hay complejos; él es un apóstol en permanente actividad y lo saben. Por eso, las respuestas son muy sinceras: algunos están

allí jugándose la vida y con la preocupación de algún pecado gordo en la conciencia.

Antonio los anima. Y eso que de lo que habla es de la muerte. De la muerte y de la salvación.

—Bueno, si te parece vamos a rezar juntos el yo pecador y el Señor mío Jesucristo.

Y después de rezar con Antonio se quedan mucho más tranquilos.

Es la guerra

Aunque, a primera vista, el día 22 de julio es, también, muy complicado, los hechos no se apartan de una lógica sucesión de movimientos previstos por uno y otro mando: pasa lo que tenía que pasar.

Lo demás son anécdotas, algunas muy dramáticas y, en ciertos aspectos, sorprendentes. La realidad se puede resumir en dos evidencias: Moscardó completa y articula el núcleo de resistencia, y el enemigo cierra el círculo del asedio.

El Diario de Operaciones lo refleja casi todo: aún no lo saben, pero los defensores del Alcázar empiezan a ser héroes.

Día 22 de julio. Miércoles.

A las cinco horas se presentó un avión trimotor, que bombardeó el Alcázar.

A las nueve de la mañana rompió el fuego contra el Alcázar una batería del 10,5 cm, emplazada en la dehesa de Pinedo.

A las diez horas vuelve la aviación y prosigue el bombardeo contra el mismo objetivo, incendiando la torre SO del Alcázar.

A la misma hora, aproximadamente, el gobernador civil, desde la Diputación Provincial, llamó al comandante militar, dándole dos horas de plazo para la rendición; contestándole —después de una reunión de jefes— con una negativa enérgica, acordada por una gran mayoría.

A las dieciséis horas vuelve de nuevo la aviación, que bombardeó el hospital de Javera y el Alcázar, y por consecuencia sufrieron desperfectos estos edificios, incendiándose una manzana de casas correspondiente a la cuesta del Alcázar y plaza de Zocodover. Durante este tiempo el «paqueo[2]*» en todos los frentes fue muy intenso.*

A consecuencia de la presión enemiga ejercida por la columna, que puso en acción su artillería y aviación, más dos coches blindados, y el no oír fuego

por la Fábrica ni responder ésta a las llamadas que desde el hospital de Tavera se le hacían, suponiendo se había entregado al enemigo y, por tanto, que el esfuerzo todo de la columna se dirigía al hospital, obligaron al comandante jefe del destacamento a evacuar el edificio, haciéndolo antes todo el personal civil alojado en él, habiendo desaparecido durante el trayecto hasta el Alcázar el capitán médico don Andrés Gato, el practicante don José Mena, brigada don Emilio Valero, sargentos don Catalino Carrochano y don Francisco Barroso, tres auxiliares de Cuerpo Auxiliar Subalterno del Ejército, un corneta, un soldado de primera y cinco de segunda, todos pertenecientes a la Escuela Central de Gimnasia; un soldado de segunda, de la Academia de Infantería, y dos guardias civiles.

Todos los destacamentos de la Guardia Civil se replegaron ante la presión del enemigo, a excepción de los de la Radio y Banco de España.

Al anochecer se incorporaron al Alcázar los tenientes de Artillería señores Dorda y Ros, que pudieron evadirse de la Fábrica, a cuya plantilla pertenecían.

A las veintiuna horas llamó por teléfono, desde Toledo, al comandante militar el ministro de Instrucción Pública, señor Barnés (Francisco), y con todo género de razonamientos trató de convencemos para la rendición; acto seguido se reunieron todos los jefes de unidad, incluso los del elemento civil, bajo la presidencia del comandante militar, y acordaron, por aplastante mayoría, seguir la resistencia hasta el último instante. A consecuencia del bombardeo quedaron el Alcázar y sus dependencias sin fluido eléctrico.

Bajas de este día: un muerto, cinco heridos y siete contusos.

LO IMPREVISTO

El coronel hace constar en el Diario la incorporación, al anochecer, de dos tenientes de Artillería. Curiosamente, nada dice de la llegada del grueso de las fuerzas de la Guardia Civil, quizá más de trescientos hombres.

La explicación más lógica es que la llegada de los guardias civiles forma parte del desarrollo normal de la operación; en cambio, la de los oficiales pertenecientes a la plantilla de la Fábrica no era previsible y le confirma que, tras la retirada de la munición, todo el personal a las órdenes del coronel Soto está ya con el enemigo. De su parte o prisionero.

«¡VIVA LA GUARDIA CIVIL!»

La marcha de la 2.ª Compañía de la Guardia Civil desde Ocaña hasta Toledo ha tenido aires triunfales con las banderas ondeando en los vehículos y entre aplausos de los comités revolucionarios que controlan las entradas y salidas de todos los pueblos de la ruta. «Salud, camaradas, adelante, a por los facciosos de Toledo. ¡Viva la Guardia Civil!».

La 3.ª Compañía recorrió su itinerario desde Talavera sin apenas tener que dar explicaciones; imponía respeto y, además, los comités revolucionarios no estaban envalentonados por la presencia de milicias de Madrid ni por el aire inquisidor y beligerante de los recién liberados reclusos del penal de Ocaña.

LA SANGRE Y EL FUEGO, UNA DIALÉCTICA INEVITABLE

El general Riquelme, decidido a aplastar la sublevación a toda costa, sitúa durante la noche su artillería de 105 mm en las alturas de Pinedo, una finca lindante con la carretera de Madrid, y pide que la aviación bombardee el Alcázar al amanecer. Quiere demostrar al coronel Moscardó que no amenazaba en vano y está convencido de que la resistencia se desmoronará cuando la sangre, las llamas y la sensación de estar cogidos en una trampa sin escapatoria posible destruya la cohesión de los sublevados y provoque la indisciplina entre la tropa. La victoria sobre el general Fanjul en el cuartel de la Montaña se va a repetir en Toledo aunque tenga que destruir —y seguramente le duele hacerlo— aquella noble fortaleza en la que aprendió a ser oficial de Infantería.

UN ERROR DE CÁLCULO

Ni los militares ni los políticos acertaron al hacer sus optimistas previsiones confiando en la vulnerabilidad de los muros del Alcázar, fallo disculpable en los políticos pero imperdonable en los militares. Desde el primer momento pensaron que la solución era cosa de unos cuantos cañonazos; después tuvieron que reconocer que unos pocos no bastaban: serían necesarios muchos cañonazos. A ello se aplicaron con tan escaso éxito que, más tarde, consideraron conveniente el uso de la dinamita, seguros de que la mina haría

volar por el aire el edificio con sus incorregibles ocupantes. En cualquier caso, destruir el Alcázar era muy fácil; bastaba utilizar los medios adecuados. Eso creían.

Entre el 18 y el 21 de septiembre —fecha de la voladura y siguientes— soportó la fortaleza cerca de mil quinientos disparos de cañón. Hubo día en que estallaron en el Alcázar «cuatrocientas cincuenta granadas de 15,5 e innumerables de 7,5» (20 de septiembre) y aún quedaba erguido uno —el último— de sus torreones, el sudoeste, que se derrumbaría, al fin, el día 22. Con la caída de este torreón, la silueta del Alcázar sería ya la de un montón de ruinas. Sin embargo, la moral de los sitiados nunca se siente afectada por este implacable avance de la destrucción. Como el optimista que ve la botella medio llena donde el pesimista la ve medio vacía, los sitiados se consuelan con la evidencia de que cada piedra que cae es un parapeto más desde el que pueden disparar contra el enemigo.

Resistir

Pero estamos aún en el primer día del asedio, el 22 de julio. Tras responder a una llamada de quien dice ser el gobernador civil hay una nueva reunión del coronel con todos los mandos, reunión que se repetiría por la noche, asistiendo, además de los mandos militares, los de las milicias civiles. Moscardó se siente obligado a exponer la situación real, técnica, de asedio, y la propuesta del Gobierno a través del ministro Barnés: que hable todo el mundo. Hay opiniones tajantes: resistir, si es preciso, hasta la muerte: lo exige el honor. El Diario permite suponer que hay alguna actitud dubitativa e incluso contraria a la resistencia. Cabe imaginar a algún mando preguntando: «¿Qué garantías nos dan si nos entregamos?», pero es indudable que el acuerdo de resistir «hasta el último instante» fue adoptado «por aplastante mayoría», como lo demostrará el comportamiento numantino de los defensores.

Éxito inicial

El general Riquelme ve confirmadas, en parte, sus previsiones; aviación y artillería, bombas y cañonazos convencerán a los sublevados de que hay que ceder.

Acierta, porque sólo con eso logra meter su columna en la ciudad y decir a Madrid y a la prensa que las fuerzas leales a la República han conquistado Toledo. Esta vez se cumple la discutida regla de que la Artillería (y la Aviación) conquista y la Infantería ocupa.

El comandante Villalba, con su pequeño pero bravo grupo de la Escuela de Gimnasia, Guardia Civil y Colegio de Huérfanos de Infantería, apenas un centenar de hombres, contiene a la columna, impide el paso hacia la puerta de Visagra y permite que se complete la concentración de fuerzas.

Después organiza una dificilísima retirada al Alcázar cuando el coronel se lo ordena, evacuando antes a las monjas, capellán del hospital y civiles que se habían refugiado en su interior. Cuando se retira, lo hace por lugares ya en manos de las milicias enemigas. Y llega al Alcázar dando un largo rodeo y perdiendo algunos hombres en el camino: los desaparecidos que consigna Moscardó en su Diario.

Riquelme tiene incluso la satisfacción de hacer algunos prisioneros: los guardias civiles que se quedaron en la Fábrica, los destacados en Radio Toledo y los del Banco de España; cerca de treinta en total.

La chiquillada

El ministro de Instrucción Pública, don Francisco Barnés, recuerda cómo una vez desmandadas las fuerzas revolucionarias —y esto viene sucediendo desde 1931, pronto, en los primeros meses de la República— su más entusiasta y urgente actividad consiste en quemar iglesias y conventos sin el menor respeto a Zurbarán, Murillo, Berruguete, El Greco y tantos creadores del tesoro artístico español. Temiendo lo peor, se traslada a Toledo, ciudad histórica, sede primada e imperial llena de atractivos para los incendiarios, a ver cómo anda el espíritu iconoclasta de las milicias. No hay que negarle valor ni oportunidad, porque llega el día 22, con la columna de ocupación.

Hombre educado y de buenas maneras, adopta un tono conciliador y cortés en su laudable intento de desactivar el levantamiento que ni los mandos del Ministerio de la Guerra ni el diputado señor Prat ni el general Riquelme ni los cañones y los aviones del general Riquelme han logrado conjurar. Y llama por teléfono a Moscardó.

—Han cumplido ustedes con lo que les dictaba su conciencia —dice—, el gesto ha sido hecho. Pero ¿por qué continuar si no tienen la menor posibilidad de triunfo? Eso sería una chiquillada, mi coronel; chiquillada simpática en

otras circunstancias y hasta digna de admiración, pero en el trance actual, no. Creo que deben desistir.

El coronel le responde brevemente; sonríe al oír calificar de chiquillada lo que está haciendo y piensa en los rostros curtidos de los guardias civiles, en la veteranía y nivel intelectual de los profesores que lo acompañan. Chiquillada; a nadie se le había ocurrido.

Y, cortésmente, contesta al ministro de Instrucción Pública; no cede.

La guerra es un asunto complicado

Riquelme, después, se encuentra con la dura realidad: un comité rojo en el que, con el nuevo gobernador civil, figuran representantes de todos los partidos del Frente Popular, las milicias y los sindicatos. El gobernador civil en funciones es el presidente de la Diputación José Vega López —que será confirmado oficialmente en el cargo—, y se considera jefe de operaciones como máxima autoridad de la provincia. En ejercicio de su autoridad, este sujeto es quien, animado quizá por la noticia de que arde un torreón de la fortaleza, llama al coronel Moscardó y le concede un generoso plazo de dos horas para rendirse. Y este sujeto es quien, instalado en el palacio Arzobispal, aparece en algún documento, tras el saqueo e incendio de templos, vestido de obispo y rodeado de camaradas disfrazados con ropajes litúrgicos. Más tarde, es el ministro de Instrucción quien intenta servir al general la victoria que tan fácil les parece a todos tras los sangrientos episodios de Madrid, Barcelona y otras ciudades en las que la revolución ha triunfado y de las que llegan a la prensa fotografías de jefes y oficiales con los brazos en alto, rodeados de milicianos victoriosos. Hay un clima de euforia, de mañana tomamos café en el Alcázar, de Toledo para la República: un grupo de locos se niega a reconocer su fracaso, los mismos soldados y los guardias civiles reducirán al coronel y a sus secuaces. Se acabó.

Pero los guardias civiles y los soldados también parecen estar locos: tiran con bala.

Las líneas de fuego. Los defensores

Se ha cerrado la primera fase. Las fuerzas de Moscardó ocupan ya sus posiciones. Importantísimas las del recinto exterior que se convierte en acrópolis armada presidida por una fortaleza sin ángulos muertos.

Hay diferentes versiones respecto al número y composición de las fuerzas sitiadas. De acuerdo con los testimonios más autorizados, fueron éstos:

Academia Militar: 248 hombres entre jefes, oficiales, cadetes, suboficiales, ordenanzas y tropa.

Escuela Central de Gimnasia: 43 hombres (jefes, oficiales y soldados).

Guardia Civil: 600 hombres, pertenecientes a las cuatro compañías de la provincia de Toledo.

Diferentes cuerpos: 52 hombres (jefes, suboficiales y tropa).

Disponibles: 10 jefes y oficiales.

Caja de Recluta: 10 jefes, oficiales y tropa.

Cuerpos de seguridad: 25 oficiales y guardias.

Civiles al servicio de la Academia: 12.

Voluntarios de Falange Española: 60.

Voluntarios de Acción Popular: 18.

Voluntarios de Renovación Española: 8.

Voluntarios tradicionalistas: 4.

Voluntarios independientes: 15.

Voluntario republicano autónomo: 1.

Refugiados civiles: 520 mujeres y 50 niños (Codex: museo del Alcázar).

Los atacantes

La línea de asedio es irregular e improvisada. Con el ánimo de dominar a los sublevados de Toledo, la ciudad ha sido invadida por, quizá, cinco mil combatientes; nadie sabe, ni aproximadamente, cuántos son. Cuando Riquelme despliega sus fuerzas, encuentra que «las mejores localidades» para asistir al festejo han sido ocupadas por milicias de muy vario pelaje. Imaginando que todo lo que queda por hacer es mantener cercados a los rebeldes, hostigarlos para hacerles la vida insufrible y esperar que se rindan, han levantado barricadas en todas las calles que rodean el Alcázar, y parapetos en balcones y ventanas desde las que pueden hostigar con fuego de fusil y ametralladora a los sitiados. Hacen una guerra verbenera y hedonista; mientras una parte de la tropa vigila al enemigo y juega al tiro al blanco, otros se van con las milicianas a hacer lo que treinta años más tarde propondrán los *hippies* como pacífica alternativa a la lucha armada. De ello existen abundantes testimonios; declaraciones reticentes de sus mismos compañeros

de lucha, aparte de los que constantemente dan, literalmente horrorizados, los jefes militares de la columna.

El chico que no pudo estar en el Alcázar

Habíamos estado oyendo la radio. Todo eran noticias triunfales, incluida la conquista de Toledo. Ya avanzada la noche conseguimos sintonizar Radio Castilla de Burgos, que nos levantó el ánimo; las columnas de Mola estaban en Somosierra y en Guadarrama.

Nos quedamos levantados mi padre y yo; por la calle, que había estado casi desierta todo el día, empezaron a pasar camiones entoldados, uno tras otro; llegaban del este, como si hubiesen entrado por la puerta del Cambrón, y se dirigían hacia el centro, la calle Ancha, Zocodover. Supusimos que eran las tropas de Madrid. Pasaron tres camionetas descubiertas; llevaban hombres armados, erguidos, con los fusiles cogidos entre las piernas. Había poca luz y no se podía distinguir cómo iban uniformados. «¿Serán los de Mola?», le dije a mi padre; no era una pregunta en realidad; era un deseo, casi un conjuro. «Son los de Asalto», respondió. Detrás, por el mismo camino, llegaron unos milicianos vestidos con mono; se detuvieron casi bajo nuestro balcón y uno de ellos, volviéndose hacia atrás, preguntó a otros que los seguían:

—¿Dónde están las casaputas en este pueblo?

PROCLAMAS SOBRE LOS CUARTELES FACCIOSOS

En la primera hora de la mañana de hoy los aviadores leales al régimen habrán dejado caer sobre las concentraciones y cuarteles rebeldes gran cantidad de proclamas con el texto siguiente:

"¡¡¡Soldados!!!

El egoísmo de vuestros oficiales está sembrando luto, desolación y ruina al país. El pueblo entero, con unanimidad absoluta, ayudado por las fuerzas leales, se ha levantado contra los traidores. España lucha, una vez más, por su independencia, renovando el heroísmo de otros tiempos. En todas partes triunfa la República, aplastando la criminal sublevación.

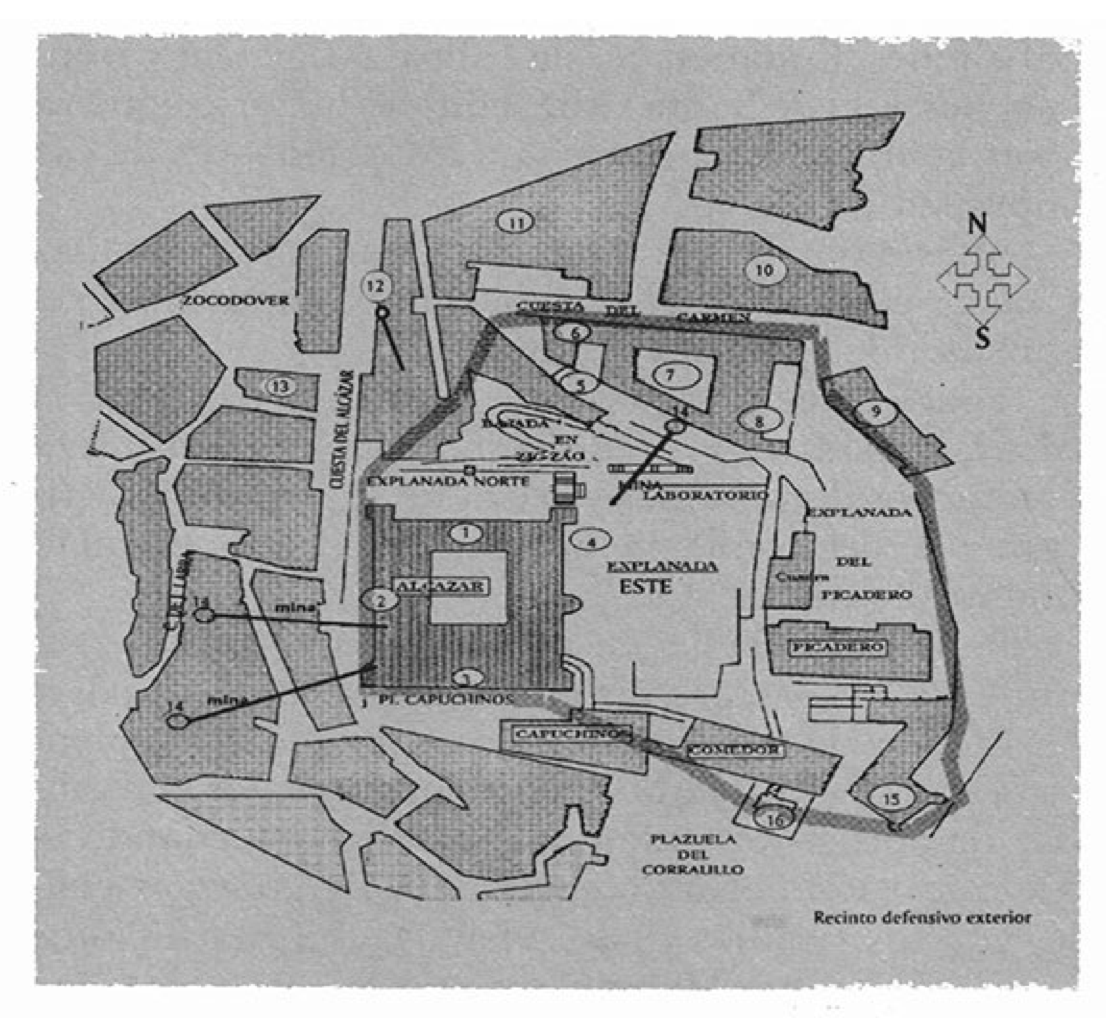
Soldados: Mientras estáis derramando vuestra sangre por una idea que no sentís, propia sólo de militares ambiciosos y de señoritos vagos e inútiles, los cabecillas rebeldes: Franco, Mola, etc., se hallan en sus guaridas a cubierto y procurando o asegurándose la fuga.

¡Soldados! Estáis licenciados por el Gobierno de la República, sois libres. La ley ampara vuestra libertad. No luchéis más contra el pueblo. Convenceos del engaño a que os han llevado y sentid en vuestra conciencia el remordimiento por la sangre humana que sin saber por qué habéis vertido.

En todos los frentes y plazas el soldado abandona por centenares al oficial rebelde. La desbandada es general ante el empuje del pueblo y el conocimiento de la realidad. Vosotros sois los últimos a quienes la verdad no llegó. Por eso aún resistís. Pero aún es tiempo de que desertéis. En el corazón del pueblo siempre se os espera con los brazos abiertos, henchido de generosidad.

¡Soldados! Venid a nuestras filas sin recelo. Abandonad a vuestros oficiales en su criminal locura. Y, si se oponen a vuestra libertad, matadlos. Así es como verdaderamente cumpliréis con vuestro deber."

Ésta es la proclama que un avión arrojó sobre Toledo en la mañana del día 21 de julio. Es la misma que había lanzado sobre varios cuarteles en Madrid y otras guarniciones sublevadas. Los soldados —en general— no siguieron las recomendaciones que en ellas se les hacían. En el Alcázar sólo hubo treinta desertores, la mayor parte en los días más duros del asedio y, especialmente, al conocerse la inminencia de estallido de las minas.



El Alcázar: 1, fachada principal (norte); 2, puerta de Carros; 3, puerta de Capuchinos; 4, puerta de la piscina; 5, puerta de Hierro; 6, farmacia, Gobierno Militar; 7, pabellones; 8, cuadra; 9, casa del trigo; 10, convento de la Concepción; 11, Santa Cruz; 12, primera mina fallida; 13, café Suizo; 14, minas; 15, Santiago; 16, cocina.

22 de julio. Miércoles

De amanecida, segundo bombardeo aéreo. A las nueve horas primer bombardeo de artillería, que causa el primer incendio: la torre suroeste. Las fuerzas de Tavera y de todos los destacamentos alejados se retiran ordenadamente al Alcázar. Se corta el suministro eléctrico. Suceden en Toledo las primeras matanzas de religiosos y los saqueos. En Madrid se da la noticia de la ocupación del Alcázar. Bajas: un muerto, cinco heridos y siete contusos.

23 de julio. Jueves

Histórica conversación telefónica del coronel Moscardó con su hijo Luis y con el jefe de las milicias socialistas, que amenaza con fusilarlo si el Alcázar no se rinde en diez minutos. Bombardeo aéreo y fuego intenso de las milicias. Bajas: dos muertos, un herido y un contuso.

24 de julio. Viernes

Dos compañías de la Guardia Civil hacen una salida en busca de víveres: consiguen tomar rehenes y causar bajas al enemigo antes de retirarse. Dos bombardeos de aviación y dos de artillería, que incendian el torreón noroeste. Comienza a enterrarse a los muertos en el picadero, de madrugada. Bajas: tres muertos, tres heridos y seis contusos.

25 de julio. Sábado

Bombardeo artillero de tres horas, desde el amanecer. Cuatro nuevos bombardeos de artillería y uno de aviación, que lanza proclamas invitando a los soldados a la deserción. El capitán Alba sale para cruzar las líneas enemigas y tratar de enlazar con las posiciones del general Mola en el Guadarrama, ya que Unión Radio de Madrid da como cosa hecha la rendición del Alcázar. Bajas: un muerto, un herido y once contusos.

26 de julio. Domingo

Bombardeos artilleros poco eficaces. Varios reconocimientos de aviación. Fuego ligero muy nutrido. Aparece el número uno de *El Alcázar*, el periódico de los sitiados. Nace un niño en los sótanos. Bajas: un herido y un contuso.

27 de julio. Lunes

Se acaban la harina y la carne. Se distribuye trigo tostado y se empieza a sacrificar los caballos. Un avión no identificado voló sobre el Alcázar, procedente del sur: se supone que es nacional. *El Alcázar* informa de que este día se jugó al fútbol en el patio y de que el niño nacido el 26 fue bautizado por el capitán Sanz de Diego. Bajas: dos heridos y un contuso.

28 de julio. Martes

Tiroteo intermitente. Con la comida se come trigo en lugar de pan mientras se encuentra un sistema para molerlo. Bajas: ninguna.

29 de julio. Miércoles

Tiroteo constante que se intensifica por la noche. Dos aviones sobrevuelan el Alcázar, por la mañana y por la tarde. Bajas: dos muertos y tres contusos.

30 de julio. Jueves

No se responde al fuego ligero del enemigo, que continúa incluso de noche, aunque poco intenso. Se avista un nuevo avión de reconocimiento. Bombardeo de artillería sobre la fachada norte. *El Alcázar* del día anuncia en alquileres «Habitaciones confortables, precios módicos, garantizadas de bombardeo». Bajas: un muerto.

31 de julio. Viernes

Prosigue el normal tiroteo de hostigamiento, «paqueo crónico». Se intenta sin éxito emitir por radio a pesar de no disponer de electricidad, suplida con imaginación. Bajas: dos contusos.

1 de agosto. Sábado

Bombardeo artillero desde la dehesa de Pinedo: 132 cañonazos que hacen arder el picadero por completo y destruyen el comedor de cadetes y otras edificaciones exteriores. El enemigo, desorganizado, usa algunos proyectiles de instrucción mezclados con los de guerra. Bajas: cuatro heridos y cuatro contusos.

2 de agosto. Domingo

Bombardeo artillero desde la medianoche hasta la madrugada. Bombardeo aéreo por la tarde y cañoneo posterior sobre el que comenta *El Alcázar* desde la objetividad profesional: «da la nota que caracteriza a nuestro enemigo de desorganización y falta de competencia técnica». Bajas: un muerto, dos heridos y dos contusos.
Sale de Sevilla una pequeña columna al mando del teniente coronel Asensio Cabanillas. Misión: llegar a Madrid.

3 de agosto. Lunes

Bombardeo artillero de madrugada y por la noche. Fuerzas de la Guardia Civil y de la Falange hacen una salida nocturna y consiguen regresar con veintitrés sacos de trigo de noventa kilos cada uno. Ya se puede fabricar pan al haber conectado a una molturadora de Intendencia una moto. Bajas: un muerto, un herido y un contuso.
Sale de Sevilla la columna de Castejón. Misión: llegar a Madrid.

4 de agosto. Martes

Fuego de infantería durante todo el día y parte de la noche hasta que a las once se inicia un bombardeo artillero: caen 170 proyectiles. Nueva salida de la que se regresa con 43 sacos de trigo. El jefe de los falangistas se descuelga por una ventana y regresa con dos gallinas, huevos, pan y otras vituallas para los enfermos. Bajas: un herido.

5 de agosto. Miércoles

Fuego de infantería a lo largo del día. Bombardeo artillero contra la puerta principal y un reconocimiento aéreo. La noche se caracterizó por un absoluto silencio de la artillería y de los fusiles. Bajas: cinco heridos y cinco contusos.

6 de agosto. Jueves

Día extraordinariamente tranquilo, sin bombardeos artilleros, permite efectuar varias salidas de reconocimiento y requisa. Bajas: dos muertos y dos heridos.

II
La vida empieza a hacerse historia

UN DÍA PARA LA LEYENDA

MOSCARDÓ GUZMÁN

El jefe de las milicias socialistas, Cándido Cabello, tiene su cuartel general en el edificio de la Diputación Provincial. Sus milicias van y vienen; han estado ocupadas en el paqueo y ahora se dedican a la búsqueda de curas, incautación de bienes, detención de sospechosos y ejecuciones sobre la marcha. Curas y frailes son asesinados sin cumplir siquiera el trámite de identificación, interrogatorio ni, mucho menos, juicio. A los civiles sí los conducen al cuartel general para tratar de conseguir delaciones, nombres de elementos de derechas, supuestos cómplices de los sublevados.

Luis Moscardó es hijo del coronel. Una patrulla de milicianos lo ha encontrado en un registro domiciliario, no saben quién es y lo llevan detenido sólo por su aspecto.

Luis estaba el día 22 en el Alcázar, con otros jóvenes paisanos; tenía ya un fusil cuando su padre lo vio y le ordenó marcharse. Había dejado en su casa a la esposa, doña María Guzmán, y al hijo pequeño, Carmelo, de dieciséis años. En principio, su propósito era que permaneciesen junto a él, pero la llegada de los guardias civiles con sus familias le hizo temer una excesiva aglomeración de refugiados, por lo que aconsejó a los jefes y oficiales que, a fin de no agravar la situación, dejasen a sus familiares en casa, y así lo hizo él mismo para dar ejemplo. A Luis le ordenó unirse a su madre y a Carmelo, recomendándole que hiciese lo posible por llevarlos a Madrid, donde podrían pasar inadvertidos. (Véase apéndice número 4 de *¿Así fue?*, de José Luis Vila-San-Juan).

Ahora, Luis está en manos de Cándido Cabello; los milicianos han averiguado quién es y se lo llevan muy contentos al jefe.

Del Diario de Operaciones:

Día 23 de julio. Jueves.

A las cuatro y treinta un avión enemigo efectuó un reconocimiento sobre el Alcázar y alrededores. A las diez horas el jefe de las milicias llamó por

teléfono al comandante militar notificándole que tenía en su poder un hijo suyo y que le mandaría fusilar si antes de diez minutos no nos rendíamos, y para que viese era verdad, se ponía el hijo al aparato, el cual, con gran tranquilidad, dijo a su padre que no ocurría nada, cambiándose entre padre e hijo frases de despedida de un gran patriotismo y fervor religioso. Al ponerse al habla el comandante militar con el jefe de milicias, le dijo que podía ahorrarse los diez minutos de plazo que le había dado para el fusilamiento de su hijo ya que de ninguna manera se rendiría el Alcázar:

A las veinte horas fue bombardeado el Alcázar por un avión trimotor, que arrojó unas quince bombas.

Bajas en este día: dos capitanes muertos; un guardia herido y un contuso.

Con el mismo preciso laconismo de cada día, el coronel deja constancia del acontecimiento que más profundamente le hiere en aquellos días y lo dejará marcado para toda su vida. Y para la Historia.

Cándido Cabello, abogado, gordo, burgués y revolucionario —peligrosa mezcla—, reacciona con ira tras la respuesta de Moscardó a su ultimátum, y sentencia a Luis; han sido testigos de la conversación funcionarios y milicianos, entre éstos un capitán, *el Lunares*, con su gente, que a punto está de llevárselo para ejecutarlo inmediatamente. La amenaza del jefe de milicias se cumple más tarde: el 23 de agosto lo fusilan. Se apellidaba Moscardó Guzmán: una coincidencia inimaginable.

El coronel anota en el Diario la conversación con su hijo como una más de las tentativas telefónicas para obligarle a capitular. Son frases que conmovieron al mundo y que él registra con brevedad y concisión. Serán los testigos de uno y otro lado quienes, conmovidos y asombrados, difundan un diálogo en el que tanto el padre como el hijo muestran esa grandeza que hace de ellos personajes legendarios y ejemplares.

El histórico diálogo entre el coronel Moscardó y su hijo ha sido referido por diversos testigos. Todas las versiones, incluso la del propio coronel, están hechas de memoria, por lo que pueden advertirse pequeñas diferencias, aunque coinciden casi literalmente: ésta es la que consta en el que fue despacho del padre durante el asedio.

Una voz.— *Habla el jefe de las milicias populares*.

Moscardó.— *Aquí, el coronel Moscardó*.

El jefe de milicias.— *Son ustedes responsables de todos los crímenes que se están cometiendo, y de todo lo que está ocurriendo en Toledo. Le doy diez*

minutos de plazo para que rinda el Alcázar. Si no lo hace fusilaremos a su hijo Luis, que está prisionero y lo tengo aquí a mi lado.

Moscardó.— *Lo creo.*

El jefe de milicias.— *Para que vea usted que es verdad lo que le digo, ahora se pone al aparato.*

Luis.— *¡Papá!*

Moscardó.— *¿Qué hay, hijo mío?*

Luis.— *Nada; que dicen que me van a fusilar si el Alcázar no se rinde.*

Moscardó.— *Pues encomienda tu alma a Dios, da un viva a Cristo Rey y muere como un patriota.*

Luis.— *¡Un beso muy fuerte, papá!*

Moscardó.— *¡Adiós, hijo mío! ¡Un beso muy fuerte!*

Moscardó (al jefe de milicias).— *Puede usted ahorrarse el plazo que me ha dado, porque el Alcázar no se rendirá jamás.*

Para quienes, en el extranjero, empiezan a interesarse por los sucesos de signo dudoso que se están desarrollando en España, a partir de ese momento hay un motivo de respeto y admiración hacia el bando de quienes son capaces de tanta entereza y tan abnegado sentido del deber. Y un motivo de sospecha y condena para quienes utilizan tan indignos procedimientos en la que dicen ser lucha por la legalidad, la libertad y la democracia. Desde entonces, la defensa del Alcázar es seguida con interés y con apasionamiento en todo el mundo.

Un niño español en Bayona

Habíamos llegado a Francia fugitivos de la zona roja y estábamos en Bayona esperando un coche que nos trasladaría a Irún. Yo tenía once años y mis hermanos eran más pequeños; nos quedaban más de dos horas de espera y muy poco dinero, así que mi madre escarbó en el bolso y nos metimos en un cine. Entonces, en el noticiario, vi las primeras imágenes de la guerra de España, el asedio del Alcázar, que el público siguió con gran interés: parapetos, milicianos disparando sus fusiles y ametralladoras, artillería bombardeando la fortaleza, Largo Caballero observando con unos prismáticos el efecto del cañoneo, la Pasionaria *arengando a los combatientes, y cuando apareció en pantalla la imagen del coronel Moscardó los franceses que llenaban el cine, un público sencillo de ciudadanos a quienes suponíamos muy ajenos al drama, empezaron espontáneamente a*

aplaudir. He estado muchas veces en Francia, incluso estudié y he vivido allí: nunca he visto una manifestación parecida de simpatía hacia España.

ALGO MÁS QUE TÁCTICA

A lo largo de estos cinco días los acontecimientos han dado por resultado un despliegue de las fuerzas en el dispositivo defensivo externo del Alcázar y en su interior; se ha organizado la resistencia sobre la marcha. Pero toda esa población militar y civil precisa un sinfín de atenciones: alojamiento, alimentación, servicios sanitarios, enfermería y normas, saber qué hacer, dónde obtener lo que les es preciso. El teniente coronel Romero, como responsable moral de la mayor parte de las familias refugiadas, se ocupa de ello desde el primer momento. El alojamiento no es problema; hay mucho espacio en el Alcázar y, lo que es mejor, dado el riesgo que suponen los ataques de la aviación, dispone de espaciosas galerías subterráneas en las que la seguridad es absoluta.

LA DEFENSA

Los víveres se están acabando; las existencias, al iniciarse el asedio, son las normales en un acuartelamiento que se abastece día a día de la mayor parte de los alimentos que componen la comida del personal.

Hay relaciones bastante detalladas de las existencias de víveres: legumbres, arroz, conservas, chocolate, leche condensada… Con las referencias d diferentes investigadores y testigos, la lista más opulenta posible sería ésta:

Patatas	800 kg
Alubias	1200 kg
Harina	400 kg
Arroz	200 kg
Garbanzos	500 kg
Bacalao	120 kg
Aceite	1500 l
Leche condensada	144 latas pequeñas
Ídem	24 latas de 5 kg
Chocolate	100 kg

Por información recogida de diversas fuentes, entre ellas el mismo coronel Moscardó, se sabe que existían pequeñas cantidades de café, azúcar, vino, sal, latas de anchoas, almejas, espárragos, mermelada y salmón, así como algunas verduras, coliflor y guisantes. No se habla de huevos; rara coincidencia.

Con todo lo almacenado, los sitiados hubiesen podido comer, como mucho, diez días; suficiente si, como pensaban los optimistas, el asedio dependiese de los pocos kilómetros que separaban a Mola de Madrid.

Ahí está Toledo, con su Mercado de Abastos, sus tiendas y almacenes —piensa el teniente coronel Romero—; hay que hacer algo.

El personal militar está entusiasmado, los civiles, contentos, la moral es altísima y las incomodidades son aceptadas con el mejor humor. La distribución de la comida no es un desastre por eso, por el buen humor que hace de las interminables colas un tiempo de encuentro, de charla, de intercambio de noticias y esperanzas. Pero no se puede seguir así; las mujeres y los niños necesitan atención más regular; hay que organizar la vida de todos sin descuidar ni una sola de sus exigencias.

Y todo ello bajo la presión de los acontecimientos, del paqueo, los cañonazos, la aviación, los insultos y amenazas que lanzan desde fuera los milicianos, la inquietud por la familia, la llamada de un miserable que exige al coronel el deshonor a cambio de la vida de su hijo.

El coronel está en su sitio. Sugiere soluciones, acepta las sugerencias de los diferentes mandos, ordena las medidas de defensa, alojamiento, distribución de comidas. El Alcázar está funcionando; es una mezcla de cuartel y ciudadela sitiada; se nombran los servicios y se publican en la orden del día. Orden: ésa es la palabra.

El general está muy satisfecho: ha obtenido una victoria muy importante y puede alejarse de este ambiente revolucionario, cochambroso e indisciplinado en el que conviven sus tropas, las milicias incontroladas y las autoridades presididas por ese gobernador que se revistió de obispo. Es jefe de la I División Orgánica, tiene fuerzas en los frentes serranos de Madrid y aquella guerra de la capital es otra cosa: visitas a los frentes, contacto personal con el Gobierno, un Estado Mayor bien dotado; y su casa.

Para empezar, con una inteligente excusa libra a sus tropas de lastre y estorbos llevándose con él un buen puñado de milicianos anarquistas de Toledo. Para ello encarga a su ayudante, el teniente coronel Del Rosal, que forme una columna con parte de tropas de la división y los milicianos anarquistas; en compensación, permite que la nueva unidad se llame «Columna Del Rosal» y la envía, con aires de victoria, al frente de Somosierra.

Sorprende, a primera vista, la abundancia de milicianos alistados en defensa de la República. Sin negar el factor «ideológico», esto es, cierto entusiasmo, muy comprensible, por coger un fusil y darse el placer de perseguir al cura y al burgués, hubo un estímulo poderosísimo: la soldada.

El jornal de un campesino —cuando había trabajo— podía ser de tres o cuatro pesetas, y menos, en jornadas de diez y doce horas. En la industria y el comercio, solamente los oficiales muy capacitados cobraban nueve o diez pesetas diarias seis días a la semana. El Gobierno de la República abrió sus banderines de enganche ofreciendo un haber de diez pesetas al día. Para millones de españoles, diez pesetas al día, trescientas al mes, era un sueldo que jamás alcanzarían. Nunca en su vida.

Los soldados de la zona nacional siguieron cobrando cincuenta céntimos diarios. Un miliciano rojo cobraba trescientas o trescientas diez pesetas al mes; un alférez del ejército nacional cobraba trescientas treinta y tres pesetas con treinta y tres céntimos. Esta retribución se mantuvo hasta muchos años después de terminada la guerra.

Los obreros y los campesinos se alistaban, sin motivaciones ideológicas, en el cuartel más próximo, o en el del amigo que los animaba; lo mismo podía ser de la CNT anarquista, de la UGT socialista o del PC comunista; por razón de vecindad, algunos hasta se alistaron en las milicias de Izquierda Republicana y marchaban al combate gritando «Viva Azaña», aunque ahora parezca increíble.

«El clima, desde el 34, era de guerra civil, y el asesinato del líder conservador Calvo Sotelo por miembros de las fuerzas de Seguridad fue la señal para el alzamiento militar que, al fracasar, desembocó en la guerra civil» (Federico Jiménez Losantos, **La última salida de Azaña***).*

EFÍMERA GLORIA

El general Riquelme se presenta victorioso en Madrid con el orgullo de llevar, además, una columna de refuerzo para la Sierra, donde, desgraciadamente, las cosas van bastante mal y le van a rodar peor. Tanto por sus fracasos en la serranía como por el desprestigio que cada día le va a proporcionar la lucha de sus tropas en Toledo, se verá procesado y despojado del mando muy pronto.

Deja en el asedio del Alcázar a un coronel, diplomado de Estado Mayor, Aureliano Álvarez Coque, historiador, educado y algo mayor para aquella época de puños en alto, milicias incontroladas y mandos revolucionarios. Tiene alrededor del Alcázar unos tres mil hombres, pero sólo la mitad pertenecían a la «Columna Toledo» y, hasta cierto punto, reconocen su mando. Lo demás son partidas de milicias irregulares, hacen la guerra por su cuenta y son las predilectas del gobernador y de los líderes políticos de la ciudad.

En opinión de los altos cargos comunistas que visitan Toledo para disfrutar del espectáculo, el comportamiento de estas milicias es detestable. Para empezar, les parecen demasiados, son cuatro o cinco mil acompañados de varios cientos de «trabajadoras» de los prostíbulos de Madrid. Tanto Líster como Ibárruri y otros altos cargos del partido soviético fueron muy críticos respecto a otras milicias intentando, con ello, cargarles las culpas de sus propios fracasos. Procuraban, además, desacreditar todo lo que no era comunista y persiguieron, hasta el asesinato, a los líderes anarquistas. Líster —que acabaría la guerra con un mando semejante en importancia al de Moscardó, Casado, Yagüe o Escobar, aunque no llegó a ejercerlo, pero sí el de división y cuerpo de ejército— sufrió numerosos reveses, tantos como batallas, y acostumbraba siempre a hacer una crítica feroz de las demás fuerzas, atribuyéndoles errores, falta de valor e incapacidad. Cuando no podía ocultar que también entre sus tropas se había producido alguna que otra desbandada, formaba consejo de guerra sumarísimo a unos cuantos oficiales y

jefes y los fusilaba en veinticuatro horas. Después, se presentaba a sus superiores rodeado de gastadores y enlaces armados hasta los dientes, y largaba un broncazo al Alto Mando por la ineficacia de todos, la falta de material, la cobardía de los aviadores, la venalidad de los políticos y la presencia de fascistas infiltrados en todas partes. Otro de sus trucos más eficaces consistía en sacrificar alguna pequeña unidad en las retiradas. Esto le permitía después decir a la prensa —en la que por infiltración del partido tenía muchos amigos— que en Toledo, en Teruel, en cualquier batalla perdida, los últimos en retirarse o en morir fueron sus hombres, y hasta se inventaba historias de cómo él mismo pudo escapar abriéndose paso a tiros y bombazos entre el enemigo que ya era dueño del terreno.

El coronel Álvarez Coque intenta organizar el asedio, mandar aquel ejército suyo y del gobernador civil, del Comité de Defensa y de los jefes de diferentes milicias de Madrid, especialmente de la CNT.

Hace lo que puede y comunica al Estado Mayor de su división lo que sabe; son novedades rutinarias, fuego de artillería, pequeños ataques y contraataques, bajas y quejas por el comportamiento de las milicias. Por lo demás, está tranquilo; el Alcázar no puede resistir mucho tiempo; la rendición es cosa de días; de horas. Quizá las quince bombas que hoy les ha arrojado la aviación los convenzan de lo inútil de su resistencia. Si supiera que han muerto dos capitanes se sentiría mucho más seguro de la proximidad de triunfo final.

EL CHICO QUE NO PUDO ENTRAR EN EL ALCÁZAR

Mi padre no había visto otra guerra, pero se comportó como un veterano. Estábamos todos levantados desde muy temprano; nos despertó la banda de la Academia y la tropa desfilando con el capitán Vela al frente. Yo le conocía, como al capitán Silió, que era medalla de oro en los Juegos Olímpicos. Vela era también un jinete estupendo y muy simpático; le gustaba hablar con los falangistas.

Mi padre estuvo esperando hasta las nueve y dijo a mi madre que iba a comprar algunas cosas. Volvió cuando llevaban un buen rato sonando tiros. Yo dije a mi madre que me iba a ayudarle, pero se puso histérica otra vez, se plantó en la puerta y me dijo que por allí no se salía y que si quería matarla a disgustos. Cuando empezaron los tiros, hasta que llegó mi padre, estuvo convencida de que no volvería a verlo vivo.

Mi padre volvió con un cesto de mimbre que le habían dejado en la tienda y empezó a sacar latas enormes de chorizos en manteca, boquerones fritos, sardinas y frutas en almíbar; luego, salchichones, tabletas de chocolate, leche condensada… Sin saberlo, estábamos, como Moscardó, preparándonos para resistir un largo asedio.

Al llegar, conectó la radio y oímos el mensaje de Moscardó y por la tarde oímos las primeras bombas de la aviación. Pensé en mis amigos, en Orteguita, Ortiz, Medina. ¿Y Julio? Julio no era de Falange, se había afiliado a los tradicionalistas. Todos ellos estarían en el Alcázar. Cuando oí el estampido de las bombas pensé en ellos. Y sentí envidia. Y vergüenza. Yo debería estar allí, a su lado.

Transcripción: «Comité de Milicias de la Ciudad. Autorizo en representación del Comité a los camaradas Ubaldo Pérez y Eugenio Suárez para que entren en casas particulares, Bancos, etc. etc... para la incautación de todo lo que crean conveniente a favor de nuestra causa, como para fusilar a todos los que opongan resistencia y no sean defensores de nuestra causa. ¡¡Viva el comunismo!! ¡¡Viva el Comité de Milicias!! ¡¡Viva Rusia!! El Responsable del Comité.» Lleva un sello del Secretariado Provincial de la Federación de Trabajadores de la Tierra, Consejo Toledo, y dos sellos del Comité de Milicias y Defensa, con la estrella de cinco puntas como marco.

Luis Bernardino García-Rojo Merlo, natural de Valdepeñas, vecino de Toledo, calle de la Merced nº 17, mayor de edad, de profesión Perito Mercantil, recluso en esta prisión provincial.

Juro por Dios y por mi honor decir la verdad y

Declaro: Que al día siguiente de entrar en esta ciudad las milicias que mandaba el general Riquelme, llevaron detenido a la Diputación provincial donde se encontraba el que suscribe, á Don Luis Moscardó y Guzmán y a otro señor que no se quien era, solo sé que este segundo señor habló con Malaquías Martín Macho y al poco tiempo salió en libertad.

Con motivo de encontrarme en mi oficina de víveres. Secretaría, presencié que Cándido Cabello, hablaba por teléfono con el Alcázar, diciendo que si no se rendían en un plazo de diez minutos, fusilarían al hijo del Excmo. Sr. Moscardó. Acto seguido vi que Don Luis habló con su padre y poco después tomó el teléfono, se puso Cabello y soltando con violencia el auricular y tras unas frases groseras dijo, dirigiéndose á las milicias: "Ya que su padre lo quiere, hacer con él lo que os dé la gana" Al ir a cogerlo el capitán Rico "El Lunares" y las milicias que iban con él se interpuso entre ellos y Don Luis, Malaquías Martín Macho diciendo que no se debía cometer aquel atropello y que mirasen que había prisioneros en el Alcázar que podían tal vez canjear por el referido Don Luis" Acto seguido nos pusimos al lado de Malaquías. Aurelio Pulido y el que suscribe y apoyando dichas manifestaciones se consiguió se marcharan las milicias é instalaron a Don Luis en Fiscalía, donde de acuerdo con el citado Malaquías, le atendieron

A Luis Moscardó no lo mataron inmediatamente gracias a la intervención de alguien que lo consideró más valioso vivo que muerto, según se relata en esta declaración autógrafa y jurada del testigo presencial señor García-Rojo. Conducido a la cárcel, fue fusilado el día 23 de agosto.

7 de agosto. Viernes

Sin bombardeos artilleros, el día transcurre con ligero fuego de infantería. Empieza a suministrarse el agua sólo una vez al día para facilitar una tarea ya muy penosa. Nueva salida por la noche; regresa con una pequeña cantidad de víveres. *El Alcázar* publica el programa de la «sesión vermú» del Circo Alcázar. Bajas: no hubo.

8 de agosto. Sábado

Bombardeo aéreo casi al amanecer que destruye completamente el edificio de Capuchinos, seguido de otro con granadas de gases lacrimógenos. *El Alcázar* publica el proyecto de Reglamento de la Hermandad-Asociación de Defensores del Alcázar de Toledo. Bajas: cuatro muertos, dos heridos y cuatro contusos.

9 de agosto. Domingo

Desde la mañana, fuego de infantería intenso y cañoneo artillero, que culmina en un bombardeo combinado de aviación y artillería y nutrido «paqueo». Distinguidos por su comportamiento, veinticuatro guardias civiles y dos soldados de la Academia. Bajas: tres muertos, cinco heridos y dos contusos.
Sale de Sevilla la columna de Tella. Misión: llegar a Madrid.

10 de agosto. Lunes

Al desescombrar el edificio de Capuchinos se halla el cadáver de un guardia civil. Se limita el consumo de leche sólo para niños y se raciona el agua a un litro diario. Nueva salida en busca de plátanos, que se encuentran pero ya en descomposición. Bajas: un muerto y un herido.

11 de agosto. Martes

A pesar del habitual tiroteo de infantería, día tranquilo. En los escombros de Capuchinos aparece un nuevo cadáver de guardia civil y se llevan a cabo dos salidas: una en busca de suministros, que es rechazada, y otra para conectar la corriente, desde las proximidades del Carmen, pero el empalme es deficiente por falta de medios. Bajas: un muerto y una fallecida.

EL CAÑÓN TIENE LA PALABRA

Mientras las milicias hacen su guerra incendiando iglesias, saqueando lo que les apetece y paseándose por la carretera de Madrid o por los pueblos vecinos «para hacer justicia proletaria», el coronel Álvarez Coque emplea a fondo la artillería.

Quizá cae en la cuenta de que el día 25 es la festividad de Santiago Apóstol, patrón de España y del Arma de Caballería, pues felicita a los defensores del Alcázar con cinco bombardeos de artillería, el primero a las cinco de la mañana y el último a las doce de la noche.

En el interior de la fortaleza la vida sigue con normalidad de asediados. La noche anterior, un grupo de treinta jóvenes dirigido por Antonio Rivera ha celebrado la vigilia del apóstol, en la capilla se reza el rosario dos veces al día, las raciones de rancho se sirven ordenadamente. La Guardia Civil tiene una pequeña emisora de radio, pero sus intentos de establecer contacto con el exterior fracasan, no hay respuesta ni siquiera del enemigo.

El coronel está preocupado. Teme que los mandos de las columnas de Mola y de Franco den por ciertas las noticias sobre su rendición y ello los incline a desistir del costoso esfuerzo que exige la liberación de Toledo. En el mismo día de Santiago en que un héroe solitario, el alférez Mercedes Duran se dispone a entregar su vida frente al Alcázar, sale de la fortaleza otro oficial que encontrará la muerte también a solas: el capitán de la Escuela Central de Gimnasia Luis Alba Navas. Su misión: enlazar con las fuerzas nacionales.

El coronel Moscardó lo explica así:

Como el espíritu que animaba a los defensores era excelente y en ningún momento pensó en la rendición, sino, por el contrario, defender el honor de España y vender caras nuestras vidas, pensé en enviar un enlace al general Mola, a la sierra de Guadarrama, con unas líneas en un papel, manifestándole que seguíamos.

Esta misión, por su dificultad, necesitaba fuese efectuada por un hombre de extraordinarias condiciones. Pensando en el más adecuado, se me ofreció un voluntario para desempeñarla, el capitán de Infantería, profesor de la Escuela de Gimnasia don Luis Alba Navas, a quien acepté desde el primer

momento por ser el que reunía las condiciones de valor, serenidad, inteligencia y conocimiento del terreno a recorrer, así como a los gustos, pues era aficionado a la pesca y caza, lo que le puso en conocimiento de las clases humildes que con su contacto y sencillez se atrajo con verdadero cariño, todo esto unido a una gran soltura para las cuestiones prácticas de la vida.

Se le proporcionó un mono azul, una pistola, que llevaba colgada al cuello y, por el interior del traje, cien pesetas y un carnet comunista procedente de uno de los rehenes que por casualidad no tenía puesto el oficio del propietario, poniéndosele el oficio «pescador». (*¿Así fue?*, José Luis Vila-San-Juan, Ed. Nauta, Barcelona, 1971).

Pocas novedades más reseña el coronel en su Diario de Operaciones. El cañoneo no ha alterado el ritmo de vida de los asediados ni su espíritu de resistencia. Por el contrario, lo comentan con humor que se reflejará en el periódico próximo a publicar su primer número, un diario, *El Alcázar*, que prestará magníficos servicios, primero a sus lectores y más tarde a los historiadores, que encontrarán en sus páginas valiosa información. Comentan los defensores que los proyectiles del 15,5 son como el Comendador del *Tenorio*, pasan a través de las paredes. Otros yerran y se pierden, lo que invita a cantar la famosa canción *¡Adiós, Granada!*

HÉROES A SOLAS

UN ERROR DE TIRO

El alférez de Artillería Mercedes Duran Garlito está el día 26 de julio al mando de las piezas que bombardean la fachada sur del Alcázar.

En el Diario de Operaciones del coronel Moscardó se consigna, como cada día, la actividad artillera enemiga: por la mañana, dos disparos a las seis y cañoneo regular de seis treinta a ocho. Y añade: «Por la tarde vuelve la artillería a reanudar el fuego, que no molesta, pues va todo muy descorregido y no toca al edificio ni a sus dependencias».

En su número 3 (28 de julio), el diario *El Alcázar* comenta con humor el mismo extraño fenómeno: «El día 26 se caracterizó por la pasividad de la aviación y la artillería no actuó más que con piezas de 7,50 (no de treinta reales), y con tiro tan mal dirigido con respecto a un blanco tan señalado como el Alcázar, que dio sensación de que quien dirigía el tiro tenía deseos de no ocasionamos el menor daño».

Teniendo en cuenta que las posibilidades de observación desde el Alcázar no son muy buenas debido a la permanente hostilización del enemigo, los asediados no advierten algo muy chocante: los proyectiles que pasan de largo hacen impacto hacia la Fábrica de Armas.

Del otro lado, los sitiadores creen que los mandos del Alcázar han conseguido emplazar cañones, aunque se tiene noticia de que solamente disponen de una pieza ligera de campaña. Pronto comprobarán que el fuego es de su propia artillería. Y la Fábrica está ardiendo.

El alférez don Mercedes Duran Garlito ha decidido no disparar contra los suyos que están allí, en el Alcázar, en la fortaleza asediada.

Para cañonear, desde aquel emplazamiento, la fortaleza apenas es necesario utilizar tablas de tiro ni aparatos. Casi se podría decir que basta apuntar a ojo; el objetivo, enorme, está allí enfrente, bien definido y próximo. En cambio, para disparar contra la Fábrica, hundida en la vega del Tajo, sí hacen falta cálculos. Y los ha hecho. Y le han salido perfectos.

Espera tranquilo la reacción de los milicianos.

—¿Adónde está usted disparando?

Parece ser que tenía la respuesta preparada. No se hace ilusiones: ha elegido el sacrificio y habla serenamente.

—Tiro contra vosotros que sois la canalla y no contra mis compañeros que defienden el honor de España.

Es fusilado allí mismo; le fue concedida la Cruz Laureada de San Femando. Está enterrado en el Alcázar, como a él le hubiese gustado y quizá esperaba: con sus compañeros.

La noticia del bombardeo a la Fábrica y del fusilamiento del alférez corre de cuartel en cuartel y de parapeto en parapeto de los sitiadores, pero ni un solo periodista de los muchos que se pasean por la ciudad la refleja en sus crónicas. Si alguno lo hizo, la censura impidió su publicación. El mismo mando militar de la «Columna Toledo» hace lo posible por ocultar el hecho que pone en peligro la muy escasa confianza que las milicias tienen en la oficialidad que las manda y a la que apenas obedecen.

Es preciso inventar una explicación que deje tranquilos a unos y otros, a cuyo fin se recurre al expediente de atribuir el trágico fin del alférez a «unos incontrolados» inidentificables. El oficial de enlace Francisco Ciutat elaboró una ingeniosa versión de los hechos que deja en buen lugar a todo el mundo, incluido el heroico artillero que, en opinión del informante, no obró con mala fe, pero poseía muy escasos conocimientos de tiro, aunque reconoce que con un blanco de la magnitud del Alcázar situado a sólo dos mil metros, «podría haber efectuado un tiro directo de verdadera precisión». Añade: «Este hecho (*el fusilamiento*) no representa estado alguno pasional, es completamente fortuito…».

Pero los juicios para la concesión de la Cruz Laureada de San Femando son muy minuciosos y exigen pruebas contrastadas. (Véase anexo 1.)

EL CAPITÁN ALBA

Tiene treinta y tres años y es fuerte, buen atleta y formador de atletas. Confiado y tranquilo, se ha despojado de su uniforme de capitán cambiándolo por el de miliciano rojo, un mono azul. Lleva en un bolsillo el carnet de un comunista; oficio, pescador. De ello tiene sobrada experiencia. Se guarda las cien pesetas; ésas son sus dietas para un viaje cuyo destino y duración ignora: cien pesetas. Y una pistola colgada en bandolera. Y un papel muy doblado con el mensaje del coronel Moscardó dando testimonio de la resistencia.

Se despide del coronel. Sale del Alcázar, por un portillo que da a Doce Cantos, con dos compañeros, su hermano, paisano voluntario, y el capitán Águila, a quien, antes de adentrarse en el agua, le entrega su alianza de oro con este mego: «Si no regreso, entrégasela a mi mujer».

Tras un emocionado abrazo, cruza el río a nado y, por la margen izquierda, llega hasta más allá de la Fábrica de Armas, donde lo vuelve a cruzar para alejarse de Toledo y tomar después la carretera de Ávila. Al llegar a Burujón ve movimiento de milicianos, entra en el pueblo y se dirige al comité local. Explica que lleva un mensaje importante de las milicias de Toledo para las fuerzas que operan en Arenas de San Pedro y pide que le faciliten el transporte en algún camión que vaya hacia aquella zona.

Le atienden bien; han creído su historia, y cuando va a subir al camión, un paisano que anda por allí lo reconoce: «¡Mi capitán!». Había sido asistente suyo y se pone muy contento al verlo. El capitán trata de disimular; dice a su asistente que está confundido, esperando, quizá, que se dé cuenta de la situación y le ayude. Pero no es posible, la identificación está hecha: «Tenemos al capitán Luis Alba que ha salido del Alcázar».

Comunicada la noticia a Torrijos y después a Toledo, los milicianos reciben orden de conducirlo a la capital para ser interrogado; pero aquella gente pertenece a una de las patrullas que hacen la guerra en la retaguardia y saben que, si entregan al prisionero, ni siquiera aunque lo condenen a muerte —que eso es seguro— se lo devolverán a ellos para ejecutarlo.

Al llegar a la Venta del Hoyo lo fusilan. No se sabe bien si sus asesinos han sido los milicianos del comité de Burujón o unos que, procedentes de Bargas, se han cruzado con ellos. Los testimonios son de segunda y tercera mano, comentarios de gente que ha oído hablar del fusilamiento. La noticia se extiende por Toledo rápidamente; tanto el capitán como su esposa, hija de un prestigioso ginecólogo, don Emilio Orúe, son muy conocidos. Pero nadie lo ha visto. Se dice que ha sido paseado por Madrid en un camión de basura con un cartel: «Cadáver de un fascista del Alcázar». En cualquier caso, las últimas horas del heroico capitán han debido de ser un calvario de interrogatorios, insultos y malos tratos: es el estilo de los comités y de sus milicias.

Su mayor amargura debió de ser no poder cumplir la misión. Y el recuerdo de su familia.

El coronel Moscardó solicitó para él la Cruz Laureada de San Fernando. Y le fue concedida.

Todos fueron héroes. Leónidas y sus trescientos espartanos que defendieron el paso de las Termopilas fueron héroes. Como los treinta falangistas de Alcubierre. Pero Leónidas tuvo que decidir entre la retirada o la muerte. Sólo hay uno entre los héroes sobre quien recae el peso tremendo de elegir el destino común.

Ese hombre a solas con su conciencia y su destino, a solas con sus lealtades, sus afectos y sus compromisos, la disciplina, la familia, las vidas y las conciencias de quienes obedecen sus órdenes. Si hasta los santos dudan a veces de su fe, cómo dudaría un hombre de honor, un militar recto y disciplinado, un patriota, padre de familia, en esos momentos; sólo hay dos caminos, obedecer o negarse, unirse a los alzados o defender al Gobierno que ha protegido el asesinato de Calvo Sotelo y atropella la paz y la libertad. Sólo él ha de tomar la decisión, decidir por todos. Y en esos momentos la voz del hijo, «me fusilan si no te rindes». No duda. Eso está tan claro que su respuesta es inmediata: «Puede usted ahorrarse los diez minutos». Pero la certeza no atenúa el dolor, el desgarrón: le arrancan la vida de un hijo. Serán dos los hijos muertos mientras él defiende el Alcázar.

Y a eso se suma la incertidumbre durante aquellos días; ¿habrán cumplido la amenaza? ¿Y su mujer y sus otros hijos? Un día, contemplando desde el Alcázar la azotea de su casa, se pregunta: «¡Qué será de los míos!». Y con la liberación, la respuesta: Luis fue fusilado tal como le había amenazado Cándido Cabello, jefe de las milicias del Partido Socialista; José, fusilado en Barcelona.

Hay un testimonio de Carmelo Moscardó; tenía diecisiete años en julio de 1936. Compartió la prisión con su madre y con Luis y vio cómo se llevaban a su hermano con otros presos para ser asesinados al pie de las murallas de Toledo:

La noche de la liberación del Alcázar —ya era otro, con barba, delgado, extraordinariamente nervioso— cenó con mi madre y conmigo… Terminada la cena me eché en la cama en una de las habitaciones del hotel. Al poco rato lo vi entrar. Me hice el dormido no sé por qué. Estuvo mirándome un rato. Luego se acercó y me dio un beso en la frente. Cayó de rodillas y lloró. Pensé que sólo entonces se daba cabal cuenta del significado de aquella pérdida: dos hijos… Cada honra o halago que se le otorgaba parecía ofrecerlos a

«sus hijos muertos». Y cuando supo la concesión de la Laureada, sólo se limitó a balbucear: «Ellos la merecían más que yo…», (*Crónica de la guerra española*, Editorial Codex, Buenos Aires, Argentina, 1966).

MUERTE EN EL TEJADO

Estábamos en el patio de casa, sin atrevemos a salir a la calle porque había mucho tiroteo. Oímos ruido en la azotea; desde lo alto nos hablaban tres hombres aterrados; decían que los querían matar.

Mi padre les gritó que no temieran y me mandó subir a abrirles la puerta de la terraza, pero uno de ellos tenía tanto miedo que intentó bajar por las cuerdas del toldo. Iba yo hacia la escalera para abrirles la puerta de arriba cuando se le rompieron las cuerdas y cayó al patio. Me quedé paralizado.

Mientras, por los tejados, llegaron sus perseguidores, cuatro asturianos de las milicias anarquistas, eso lo supimos después, y mataron allí mismo, en la azotea, a los dos que encontraron.

El caído tuvo la suerte, o la desgracia mejor dicho, de tropezar con las cuerdas de los tendederos, lo que amortiguó el golpe, y estaba sentado en el suelo, donde tratábamos de ayudarle, pero bajaron los de la terraza y, junto a otros que llegaron por la calle, nos empujaron con los cañones de los fusiles gritando que nos iban a matar. Yo tenía quince años y soy el mayor de los hermanos, pero nos iban a matar a todos, a mi madre, a las niñas, a todos. Entonces nos enteramos de que los fugitivos eran frailes carmelitas. A mi padre lo tomaron por fraile también; estaban como locos. Mi madre es pequeña y parece apocada; no sé de dónde sacó fuerzas, les agarraba los fusiles gritando que éramos niños, que su mando era un trabajador… No sé cómo los convenció, y cuando iban a matar al pobre fraile herido, les volvió a sujetar los fusiles y les dijo que por favor no lo hicieran delante de los niños. Entonces sacaron al fraile al portal y, sin llegar a la calle, lo acribillaron a tiros. Los sesos salpicaron la pared y quedaron pegados a los baldosines. Luego nos echaron de casa y se quedaron allí a vivir. Salimos con lo puesto, lo poco puesto, y sin saber qué hacer. Un ferretero, Víctor Sánchez Beato, que tenía a la familia veraneando, nos abrió su casa.

Unos días después volví a la mía a pedirles por favor que nos dejaran sacar algo de ropa. Y me dejaron. Todavía estaban los pegotes de seso del fraile, resecos, en la pared del portal.

Al señor Sánchez Beato lo fusilaron unos días después. Para que luego hablen de Sarajevo.

Y EN LA PUERTA DE CASA, SIN IR MÁS LEJOS

No son, éstos, los únicos mártires del día; el convento de los carmelitas ha estado ocupado durante unas horas por un destacamento de guardias civiles. El padre prior reúne a los frailes y les ordena dirigirse a los domicilios de familias conocidas que están dispuestas a darles refugio, pero son denunciados por gente que los ha visto entrar en las casas; muy pronto aparecen patrullas de milicianos en su busca. Algunos religiosos huyen por puertas traseras y tejados para no comprometer a sus protectores.

Los milicianos son anarquistas de batallones con nombres como «Venganza», «Águilas Libertarias» y otros igualmente truculentos. Después de saquear el convento deshabitado comienzan la caza del fraile. Una patrulla aporrea la puerta de la casa donde se ha refugiado el padre Eusebio, prior de la comunidad, quien, sin pensarlo ni un momento, sale a la calle y se entrega: lo fusilan allí mismo. Todos son cazados fuera de las casas en que habían encontrado refugio o en los tejados.

La matanza no se limita a los carmelitas por una supuesta ayuda a la Guardia Civil. El canónigo lectoral don Agustín Rodríguez es visto cuando va a entrar en un hotel junto a la plaza de Zocodover, lo detienen y es fusilado horas más tarde. Dos capellanes de la catedral, don Toribio y don Gregorio Gómez de las Heras, con el franciscano padre Emilio Rubio, al saber que son buscados, salen voluntariamente de la casa y son detenidos. Los milicianos los registran; quitan el dinero a los dos sacerdotes —el fraile no lleva ni un céntimo—, les dicen que están libres y que pueden irse; a continuación, les disparan por la espalda. El franciscano y uno de los sacerdotes caen y son rematados en el suelo, el otro sacerdote logra huir, pero más tarde es asesinado.

El párroco de San Nicolás, don Pascual Martín de Mera, muy anciano, oye el griterío de los milicianos que van en su busca, se asoma al balcón vestido de sotana y le ordenan a coro que baje, que baje, que baje. Entra en la habitación, se despide de su hermana, también anciana, se echa sobre los hombros el manteo, sale a la calle y le rodean con gritos e insultos:

—¡Pajarraco, di viva el comunismo!

El anciano responde que no puede y, como insisten, grita:

—¡Viva Cristo Rey!

Queda muerto junto a la puerta. Su hermana puede ver el cadáver; el manteo que se va tiñendo de sangre.

Día tras día, la caza continuará hasta la llegada de las columnas del sur.

¡QUÉ SALEN LOS DEL ALCÁZAR!

El teniente coronel Romero Basart tenía razón: hay que hacer algo, y el coronel Moscardó ordena una salida en busca de víveres. Misión imposible. Los sitiados ocupan, en línea y en profundidad, numerosas posiciones en todas las calles próximas al Alcázar.

El día 24 dos compañías de la Guardia Civil salen a las doce treinta. La primera respuesta del enemigo es una desbandada general; los parapetos de Zocodover, la Magdalena y otros próximos a la fortaleza son abandonados; hay milicianos que llegan despavoridos hasta Santo Tomé y el Cristo de la Luz gritando la alarma, ¡salen los del Alcázar!, pero los parapetados en balcones y azoteas acaban reaccionando y responden a la salida con fuego de fusilería y ametralladoras —además de un tanque situado en Zocodover—, lo que hace imposible el avance después del éxito inicial.

El Diario de Operaciones da cuenta brevemente del resultado de la operación. El coronel Moscardó comprueba que, en adelante, sólo debe contar, para la defensa, con lo que tiene de puertas adentro, y para la liberación, con lo que le pueda llegar de fuera, de muy lejos todavía: ¿cuatro días?, ¿una semana? La resistencia no va a depender, sólo, de la casi indestructible solidez de los muros del Alcázar y del excelente plan de fuegos que hace prácticamente imposible al enemigo pasar la aduana mortífera del recinto exterior y tocar con la mano el aldabón de las puertas. Ni de la magnífica moral y la capacidad combativa de sus tropas: el hambre; ése puede ser el gran enemigo. Tanto, que ya considera un tesoro dos recursos alimenticios que pueden ser —y van a serlo— fundamentales: el ganado y el pienso; los caballos, los mulos, el trigo y la cebada. Con eso, la esperanza de vida, de resistencia, se prolonga casi indefinidamente, dentro de los plazos previsibles: por muchas dificultades que encuentren las columnas de Mola o las del sur, la población del Alcázar tendrá algo que llevarse a la boca. Será un rancho poco atractivo, una comida casi infame: una ración de supervivencia. La defensa va a ser, también en este aspecto, heroica.

Y no sólo se ha de proporcionar a quienes padecen tan difícil situación alimento material. Será preciso alimentar su moral; mantenerlos informados y

animados. Y ante sí tiene el coronel, hecho realidad, el medio apropiado: una hoja impresa en ciclostil.

Fuera, allí al lado, arde la iglesia de la Magdalena.

Del Diario de Operaciones:

Día 24 de julio. Viernes.

Por no saber el número de días que puede durar el asedio y ser grande el número de personas alojadas en el Alcázar (unas mil ochocientas), dispuso el comandante militar una salida a Toledo con objeto de procurarse víveres, que ya escaseaban. Hicieron la salida a las doce y media la 1.ª y 3.ª Compañías de la Guardia Civil, llegando, por distintos itinerarios, una a Zocodover y otra a la cuesta de Belén, regresando inmediatamente sin cumplir su objetivo por la superioridad del enemigo en número y posiciones ventajosas. No obstante, tomaron en rehenes tres mujeres y un hombre, familia de un significado dirigente, causando bajas vistas al enemigo.

En este día fue incendiado el torreón noroeste a consecuencia de bombardeo de avión, lo mismo que la parroquia de la Magdalena.

Los muertos fueron enterrados por la madrugada en el ángulo suroeste del picadero.

Bajas de este día: tres muertos, tres heridos y seis contusos.

EL PRECIO

Tres muertos en la salida a Zocodover son precio demasiado alto para el resultado obtenido: algunos embutidos, ciento cincuenta kilos de café, dos sacos de judías, dos de arroz, dos de garbanzos, dos de azúcar y dos de sal.

El sobresalto en las filas enemigas es considerable; cunde el pánico en los parapetos, por lo que se ordena reforzarlos y extremar la vigilancia. En días sucesivos rebrotará el miedo sin otras razones que la desconfianza; los sitiados no intentarán más acciones de este tipo, limitándose a salidas sigilosas en busca de alimentos y pequeños golpes de mano con objetivos muy localizados en las inmediaciones de la fortaleza. A veces un ruido, una sombra que se mueve, sobresalta a algún centinela y desencadena la alarma: «¡Qué salen los del Alcázar!». Siempre hay quien pierde los nervios y corre por las calles sembrando el pánico. Mientras todo el cerco se enciende en fuego de fusilería y ametralladoras, los sitiados se preguntan si tanto alboroto

será anuncio de un asalto. Sólo es tiroteo; lluvia de balas y ruido contra un enemigo del que nadie habla: el miedo.

12 de agosto. Miércoles

Bombardeo artillero sobre los frentes norte y este del Alcázar: 42 granadas que no causan grandes desperfectos. Nueva salida, al anochecer, a las casas de enfrente de la puerta de los Carros, que regresa con muy pocos víveres. Bajas: dos heridos.

13 de agosto. Jueves

Bombardeos artilleros en la comida y en la cena: *El Alcázar* comenta lo incómodo de la hora. Por la noche se repite: han caído un total de 131 proyectiles. Nueva salida de requisa que regresa con escasos víveres. Orden prohibiendo hacer salidas por cuenta propia, deporte que entusiasma pero muy arriesgado y más porque el enemigo ha colocado reflectores que iluminan, desde Zocodover, la cuesta del Alcázar. Bajas: seis heridos y dos contusos.

14 de agosto. Viernes

Nuevos bombardeos a las horas de comer y de cenar: 159 proyectiles del 10,5 y del 7,5. Tiroteo abundante pero no intenso: «molesto», dice el parte. El enemigo, que ha instalado otro reflector iluminando el arco de la Sangre y la cuesta del Carmen, intenta un golpe arrojando chorros de gasolina que no puede prender a causa del fuego de los defensores. Se oye que Unión Radio asegura que, a pesar de que el Gobierno ha asegurado, por dos veces, que el Alcázar se ha rendido, todavía resisten en él un centenar de locos con sus familias. Bajas: no hubo.
Las columnas de Sevilla toman Badajoz.

15 de agosto. Sábado

Por la mañana bombardeo combinado de aviación y artillería con granadas rompedoras, incendiarias y fumígenas. Por la tarde fuego de artillería y de mortero durante dos horas. Por la noche el enemigo hace un boquete en el muro y por él lanza chorros de gasolina sobre los pabellones y la cuarta cuadra, pero el fuego de los sitiados consigue que se les incendie a ellos el combustible. Bajas: no hubo.

¡HA SALIDO «EL ALCÁZAR»!

El día 26 de julio, uno de los voluntarios civiles, Luis Montemayor Mateo, recorre parapetos y galerías voceando un diario nuevo:

—¡Ha salido *El Alcázar*!

Lo reparte gratis.

Montemayor es un joven abogado, dirigente de Acción Popular, y forma parte del equipo del diario *El Alcázar* con el modesto cometido de repartidor. La estructura del periódico es mínima.

Supervisor: coronel José Moscardó Ituarte.

Director: comandante Víctor Martínez Simancas.

Redactor: comandante Félix Gutiérrez Cano.

Taquígrafo: profesor Andrés Marín Martín.

Radio-Recepción: perito industrial Vicente Labandera Genover.

Confección: técnico administrativo Amadeo Roig Jiménez.

Reparto: abogado y procurador Luis Montemayor Mateo.

El Alcázar es único; no hay constancia anterior de un periódico semejante. Es el diario de un asedio, de una gesta heroica, realizado con estructura periodística y con los fines propios de un periódico: informar.

Podría argumentarse que no es objetivo, y que en él no hay contraste de opiniones, sino la sola opinión del mando. Pero, comparada su objetividad con la de los más importantes diarios de la España republicana, con cabeceras tan prestigiosas como las de *ABC*, *El Sol*, *Ahora*, por hablar sólo de las más importantes de Madrid, *El Alcázar* queda muy por delante; en sus páginas se habla a diario de lo mal que lo están pasando, aunque utilizan el humor para suavizar tanta calamidad; en la prensa republicana no hay más opinión que la del mando, se le oculta la verdad absolutamente al lector, se niega la evidencia, se titula a toda página la rendición de Moscardó, se dan como victorias militares las requisas de ganado en la Sierra y como valerosas acciones de guerra la caza y el asesinato de pacíficos ciudadanos fusilados en pijama.

El Alcázar es un periódico patriótico, católico, valeroso y puntual; tan puntual que ni quinientos cañonazos y seis mil kilos de trilita en un día impiden su edición y reparto. Es, sobre todo, estímulo moral para una

población de combatientes que luchan aislados y a la desesperada, y otra de refugiados sumidos en las tinieblas y hostigados hasta el terror. Y el mayor sostén que les proporciona es la información veraz.

Al Alcázar llega información muy directa: altavoces que propagan falsas noticias; escucha de radios que intoxican a sus oyentes y desconciertan a sus propios soldados; insultos de los milicianos en los que, con ánimo desmoralizador, mezclan noticias truculentas. *El Alcázar* tiene como principal fuente de información las emisoras madrileñas y poco más. Pero en una inteligente labor de análisis, su redacción confronta las innumerables contradicciones o descuidos de la prensa y la radio republicanas para entresacar la verdad. Contrasta la noticia de que Zaragoza, Huesca, Oviedo, Teruel, Córdoba están sitiadas y agonizantes con la de que se han librado victoriosas batallas a cincuenta kilómetros de Zaragoza, en Cariñena. Contrasta las noticias sobre la normalidad y el fervor patriótico de la retaguardia republicana con los bandos y amenazas contra quienes entorpecen el abastecimiento y propagan falsas noticias sobre la marcha de las operaciones. De las truculentas noticias sobre las fuerzas nacionales, deduce *El Alcázar* información optimista: «Los facciosos, a su paso por los pueblos, se disfrazan de legionarios para sembrar el terror». Deducciones: 1.ª, pese a que la prensa y los partes de guerra lo niegan cada día, las columnas del sur avanzan (pasan por los pueblos), y 2.ª, los legionarios son gente muy temida por los milicianos: les producen espanto.

Hay siempre en *El Alcázar* un componente de humor, no sólo por la inclusión de noticias divertidas, cuando las hay; también en la redacción de las referencias a la lucha de cada día: a los impactos de artillería, morteros y aviación los llama «chupinazos», a las granadas, «pepinos», y se hacen comentarios ingeniosos al informar: «La batería —entonces sólo una, la de Pinedo—, sin cambiar de objetivo, ha cambiado de posición. Esperamos que muy pronto cambie de dueño». Hay «información local» comentando conciertos, funciones de circo, paseos de señoras y muchachas por las galerías, pérdidas y hallazgo de objetos, instrucciones sanitarias, consejos sobre higiene y alimentación, noticias tiernas: ha nacido un niño, se solicita un biberón para otro niño, y también pasatiempos como éste: «*Comemos*… 100 Arte -t NOICISOPERP 500 100 LEGUMBRE-H 50 500», facilísimo de traducir: «Carne de caballo». O éste: «*Estamos*… TE TI TO TU DIOS», que significa «Sin tabaco».

Incluye también la orden del día de la Comandancia Militar, con mención de los distinguidos en combate, de los ascensos y premios por méritos de

guerra, con menciones como esta que relata, sin florituras, en el número del día 24 de agosto, un episodio del más puro heroísmo:

Artículo 5. *En la mañana de ayer, prestando servicio en la puerta de Hierro, fue herido el guardia civil don José Pérez Serrano, que murió a los pocos momentos de entrar en la enfermería. Desde que cayó herido hasta que expiró, no cesó de manifestar su amor a España y a nuestra causa demostrando su orgullo por haber caído en su defensa, animando a los compañeros y dando muestra de fe religiosa, entereza y patriotismo que debe animamos a todos. No olvidemos la muerte ejemplar de este verdadero héroe y que nos conforte si alguien sintiese flaquear su espíritu. El coronel comandante militar: J. Moscardó.*

Asombra comprobar cómo, en tan tremendas circunstancias, sometidos día y noche al fuego enemigo y a la presión psicológica de una de esas que ahora se llaman «situaciones límite», en el Alcázar todo funciona con regularidad, todo se hace de acuerdo con códigos y ordenanzas, como si no ocurriese nada anormal, porque lo anormal, la guerra, el asedio, el combate, tienen sus reglas y todas se cumplen, con lo que la anormalidad se «normaliza» y no altera el cumplimiento del deber, la ordenada satisfacción de las necesidades personales y colectivas, la eficacia de tropas y servicios, la nada anecdótica, sino muy importante, labor de editar algo más que una orden de la Comandancia: un boletín de noticias; un periódico diario.

La redacción trabaja esforzándose en conseguir un producto presentable y veraz; el confeccionador Amadeo Roig, republicano independiente, se esmera en diseñar una primera página periodística y artísticamente atractiva, y hasta sensacionalista cuando el contenido es sensacional.

A lo largo del asedio, el equipo va perfeccionando sus fuentes de información; lo que en los primeros días se limitaba a la interpretación y «traducción a la verdad» de las noticias propagadas por el enemigo tan torpemente, se va ampliando al conseguir, con paciente y casi milagrosa mejora de los medios técnicos, captar emisoras de Portugal, Italia y de la zona nacional, Sevilla, Burgos, Zaragoza, que proporcionan información preciosa para el mantenimiento de la fe en un final victorioso, y, sobre todo, de la tranquilidad de espíritu de quienes comprueban que les asiste la razón, que están luchando por aquello en lo que creen, por aquello que mueve a otros muchos españoles que soportan otro tipo de guerra diferente pero también terrible y también ilusionada.

Imposible parece que un solo taquígrafo, el profesor don Andrés Marín, pueda ofrecer transcripciones fieles de noticiarios y charlas radiofónicas que, en ocasiones, ocupan varias páginas del periódico. Son muchos imposibles los que se superan cada día.

La religiosidad de los defensores —acentuada por lo dramático de la situación, por el riesgo constante— se refleja en párrafos como este del día 14 de septiembre, en el que se alude al peligro inminente de explosión de las minas:

De amenazar con nuevos métodos de destrucción, sabed que todo está previsto y que nada grave puede ocurrir, confiemos tanto en la pericia de nuestros oficiales encargados de evitarlo como en la torpeza e ineptitud de nuestros enemigos, así como en la DIVINA PROVIDENCIA, que tan manifiestamente nos protege, como lo prueban las escasas bajas que sufrimos, comparadas con la magnitud de la destrucción.

Hoy, en España, a estas alturas del casi agotado siglo XX, y a sesenta años de distancia de las fechas en que se publicaba este diario de una fortaleza bombardeada y destruida piedra a piedra, habrá «progresistas» que sonrían al leer testimonios, como éste, de fe en la providencia de Dios. Pero sólo tiene que acercarse, en un par de horas de vuelo, a lo que fue Yugoslavia, y verá cómo gentes agredidas, acosadas, sitiadas, asesinadas, violadas por un enemigo antes progresista, civilizado y culto, rezan con angustia y confían en la ayuda divina. Y pueden preguntar a nuestros aguerridos legionarios, a nuestros duros paracaidistas que viven de cerca aquel horror: ellos les darán testimonio de la fe, que nunca muere, de los pueblos; y les dirán que, en la incertidumbre de un convoy de ayuda, del traslado de unos niños heridos o de un canje de prisioneros, ellos, nuestros soldados de este final de siglo, a la vuelta de cada curva tras la que no saben qué les espera, también rezan y confían en cumplir su deber, el servicio que les han encomendado, con ayuda de la DIVINA PROVIDENCIA.

En la vieja Academia que empieza a ver destruidos por las llamas sus torreones, que asiste a la demolición artillera de su fachada principal, que entierra a sus muertos en el picadero y transforma en capilla un rincón de sus galerías subterráneas, resuena alegre un pregón de aire pacífico y callejero: «¡Ha salido *El Alcázar*!».

La Unión de Intelectuales Franceses Independientes (en una lápida): «Los defensores del Alcázar pertenecen a la España inicial de la que son encarnación simbólica, tan admirable como la de los héroes de la Reconquista y del Caballero enterrado en Burgos, que con tan grandes virtudes pueden servir de ejemplo.»



"El Alcázar" Nº 1.

Domingo 26 de Julio de 1936.

INFORMACION GENERAL.- Noticias recogidas de Unión Radio, no obstante ser tendenciosas nos afirman en franco optimismo.

Los combates con las columnas al mando del General Mola en Somosierra, la muerte del comunista Díaz en dichos combates, las llamadas angustiosas en petición de dinero y elementos antiaéreos, material de curación y cirugía, requisado bajo pena de muerte al que no lo entregue voluntariamente, creación de hospitales y puestos de socorro, llamando a todas las familias comunistas y socialistas.

Anteayer, retransmitiendo un discurso del ex Ministro Prieto del que se deduce en interpretación el mismo optimismo; hablaba con elogio del Coronel Aranda que se mantiene en Oviedo y en jaque a los mineros asturianos y trata de enfervorizar a sus partidarios con acentos de angustia y tragedia reveladores de que nos encontramos en los días finales de la completa liberación de España.

INFORMACION ALCAZAREÑA.- El espíritu excelente, a pesar de las molestias inherentes a la situación. Precisa que, no obstante, ese buen espíritu se aumente y controle por todos, atendiendo con entusiasmo y sin queja las órdenes de racionamiento en alimentación y agua, pues a pesar de los optimismos de la información general, la previsión exige el ser cautos y atenerse y colaborar en lo que se dispone, todo menos favorecer al enemigo común atendiendo primeramente al interés de España, esto bastaría; al que no bastara esto tenga en cuenta que este enemigo no da cuartel a nadie y menos a los que en este recinto resistimos su antipatriotismo y salvajismo; los servicios exigen trabajo y esfuerzo de los que los tiene encomendados, baste saber que estamos alrededor de 1500 personas, a tener ánimo fuerte y a mantenernos unidos en el fervor a España.

MISCELANEA.-Meditar en el cuento del portugués que perdonaba la vida a su enemigo si le sacaba del pozo.

Se admite colaboración para todas las secciones, en la Redacción y Administración del periódico: MUSEO ROMERO ORTIZ.

Facsímil del número 1 del diario *El Alcázar*: información, órdenes, admoniciones y humor. El humor, privilegio de espíritus selectos: en plena guerra surgió en España el germen de *La Codorniz*, el movimiento literario humorístico más importante de este siglo. *El Alcázar* es uno de los documentos más vivos de la historia de la guerra civil. Merecería ser objeto de estudio en las facultades de Periodismo.

REZAR

En el Alcázar no hay capellán ni buscó refugio alguno de los muy numerosos sacerdotes y religiosos de la archidiócesis que, en tan poco tiempo, dio a la Iglesia 286 mártires; de ellos, 107 en Toledo capital.

El capitán de Caballería José Sanz de Diego es quien primero asume, en lo posible, las funciones propias del sacerdote bautizando a un niño recién nacido y enterrando cristianamente a los muertos.

El sentimiento religioso crece en tan dramática y peligrosa situación; otro militar, el comandante de Infantería Víctor Martínez Simancas, y un paisano, el profesor del instituto Andrés Marín, organizan actos piadosos y, con el doctor Ortega, improvisan una capilla para la imagen de la Inmaculada, patrona de España y de la Infantería, en un espacio próximo a la también improvisada enfermería. La capilla, la enfermería, la farmacia y otras instalaciones de la Academia han sido destruidas por los primeros bombardeos. Pronto se une a ellos Antonio Rivera.

Antonio es amigo de casi todos los civiles que se han unido a los sublevados. Con algunos ha coincidido en el instituto y en la universidad, y todos lo conocen por su infatigable y destacada actividad apostólica.

A muchos los sorprende la presencia de Antonio, ligero de equipaje y beatífico de expresión, entre el grupo de combatientes voluntarios. Lo suyo son las conferencias, las ultreyas peregrinas, los actos piadosos, las sesiones de estudio, trabajo y formación de dirigentes para el apostolado. Existe un acuerdo con el Consejo Superior de la Juventud de no comprometer con actos políticos a la Iglesia.

Pero aquello no es un mitin ni una algarada callejera; es la revolución marxista que incendia templos, otra vez, desde el poder, y ya sin disimulo. Y allí está él pidiendo un puesto de combate; allí comparte con falangistas, tradicionalistas y milicia de Acción Popular los más duros servicios. Y lo hace voluntariamente.

Al principio del asedio, el comandante Martínez Simancas lo ha encuadrado en un lugar bastante seguro, dentro de la fortaleza, el museo Romero Ortiz, donde, además de cumplirse los habituales servicios de defensa, se edita el diario *El Alcázar*. Un día se encuentra con alguno de sus

amigos que defienden el edificio de la sección de tropa —Santiago—, uno de los destacamentos más peligrosos y una de las mayores desazones del enemigo: domina la zona del Corralillo, el cauce del Tajo y algunos accesos a la ciudad, y se enfrenta con el castillo de San Servando y los cigarrales. El edificio, de construcción normal no apta para soportar cañonazos, tiene tres plantas ocupadas por una fuerte y brava guarnición muy castigada por fusilería, ametralladoras y artillería. En los parapetos adversarios hay tiradores, con la mira puesta permanentemente en el edificio, y disparan cada vez que advierten cualquier movimiento. La planta baja está defendida por efectivos de la sección de tropa, la segunda por la Guardia Civil, la tercera por los llamados globalmente falangistas, al ser los más numerosos entre los jóvenes paisanos voluntarios. Conocedor el mando del elevado espíritu combativo de aquellos muchachos, les confía frecuentemente acciones muy arriesgadas, salidas de reconocimiento, ataques a parapetos enemigos y misiones de aprovisionamiento. De los catorce que formaban el destacamento, cuatro han muerto y todos han sufrido heridas, algunos más de una vez, sin contar las pequeñas lesiones que ellos mismos remedian sin molestar a los médicos, ninguno cirujano, que hacen en el Alcázar las veces de internistas, cirujanos, tocólogos y hasta psiquiatras.

Rivera sigue muy atento el relato de las anécdotas y peripecias de sus amigos en aquel peligroso —para ellos también divertido— destacamento en el que, como estudiantes en un internado, corren pequeñas aunque arriesgadísimas aventuras haciendo escapadas nocturnas a las abandonadas casas de los alrededores.

—¿Rezáis? —pregunta Antonio.

—Sí, cada uno a su aire. Un día empezamos el rosario, pero recordamos mal los misterios y ni uno solo se sabe la letanía.

—Me voy con vosotros.

Habían pedido algún refuerzo, pues entre los diez tienen que repartirse las cuatro fachadas —todas ellas con amplias ventanas— durante las veinticuatro horas del día. Muy satisfecho con la decisión del nuevo voluntario, el jefe provincial, Pedro Villaescusa, solicita el traslado de Antonio, ya que es necesario justificar una por una las preciadas, escasas y bien controladas raciones del rancho de supervivencia.

La llegada de Antonio Rivera a Santiago no es que eleve la moral de aquel grupo de muchachos en la tercera planta de la batida y hostilizada sección de tropa; su moral ya era muy alta, pero la presencia de Antonio le da otro aire, una suerte de contenido espiritual que, en aquellos momentos, enfrentados

con la muerte día y noche, tiene enorme importancia. Antonio es un muchacho alegre y lo mismo los anima recomendándoles la lectura de buenas novelas, que les presta su libro de los Evangelios, los dirige en algún rezo comunitario y comenta con ellos noviazgos, planes para el futuro y enamoramientos más o menos platónicos. Juntos recuerdan anécdotas de la infancia, de los estudios, de los mítines y luchas políticas en la calle y en la universidad. Pero todo esto ocurre entre chasquidos de bala e impacto de cañonazos que se estrellan contra los muros exteriores o penetran en el reducto y lanzan metralla en todas direcciones.

«Empezó a sobrenaturalizar nuestras vidas —cuenta un testigo— y a elevar nuestros deseos; nos hablaba de Dios, pero prefería hacerlo particularmente. Las guardias le ofrecían ocasión…», (María de Pablos, op. cit.).

BAUTISMO DE SANGRE

En aquella posición sufre su primera herida, su bautismo de sangre, un balazo en el cuello, muy aparatoso y con gran hemorragia, que a todos alarmó. Un compañero lo acompañó a la enfermería, en contra de su deseo, y al poco tiempo estaban los dos de regreso, Antonio curado y sonriente; podría haber aprovechado la oportunidad para descansar unos días y para buscarse un destino más seguro, pero él prefiere volver a Santiago, a la sección de tropa, aquel tercer piso tan peligroso que, cuando la artillería lo elige como blanco, se ven obligados a buscar mejor protección en la segunda planta dejando sólo un observador en el parapeto que domina la zona de aproximación del enemigo. Cuando esto sucede, Antonio se queda junto al centinela ayudándolo con su sonriente serenidad.

Cada día corre el riesgo de atravesar las explanadas de la zona oriental, muy batidas por fuego de cañón, fusilería y ametralladoras, para visitar a la Virgen en la capilla y a los heridos en la enfermería. A pesar de que sus fuerzas van debilitándose —guardias, combates, transporte de sacos de trigo y cajas de munición, penitencia, oraciones privadas y colectivas, hambre—, siempre sonríe.

A NUMANCIA PASO A PASO

El día 27 de julio la vida de los sitiados civiles y militares entra en una fase clásica de los asedios: la historia nos enseña que, tarde o temprano, hay que empezar a comer cosas raras. El Diario de Operaciones se inicia con novedades alimentarias: «Por haberse terminado la harina se distribuye, en vez de pan, trigo tostado… Por falta de carne, se empezó también en este día a sacrificar caballos…».

Trigo y carne de caballo son alimentos de excelente calidad. Pero no dejan de ser «cosas raras» para quienes están habituados a una alimentación en la que el trigo se consume panificado y la carne procede de la cabaña alimentaria clásica.

El diario *El Alcázar* lo comenta con humor en el número 4, el día 29:

Los servicios superándose como lo evidencian todos, y muy especialmente en la alimentación. Anteayer por la tarde comimos un excelente estofado de carne de caballo, excelente en su condimento en sí, carne sustanciosa y jugosa de blandura casi similar a la ternera. Fue despachado con júbilo…

El hambre es buen condimento, y hambre tienen. El estofado es bueno; la calidad de la carne de caballo, excelente, aunque su consumo no forma parte de los usos culinarios en España: no hay costumbre. Algunos sienten una injustificada inapetencia, leves escrúpulos, pero la reacción general es de alegría. La alegría de saber que tienen asegurado el rancho para mucho tiempo: carne de caballo, ¡gracias a Dios! «Asco de verdad —comenta uno—, el día que me pusieron delante una cazuela de angulas; y, lo que son las cosas, estaban riquísimas; quién las pillara». Hay muchas fantasías gastronómicas inspiradas por aquel primer rancho numantino; se habla de paellas, de merluza a la vasca, «calla, calla, no me hables de los vascos, aunque la merluza la cocinan como nadie», de cordero asado, de cabrito, «para cabritos esos tíos de ahí enfrente», de mazapán; hay quien propone hacer una salida sólo hasta Zocodover, para requisar en la confitería de Telesforo unas cajas de empanadillas. La cocina regional anima las conversaciones y los sueños; y también la cocina insólita, «el gato a la cazadora está riquísimo», «¿lomos de

lagarto, ancas de rana?, qué asco»; «en París, cuando lo sitiaron los alemanes en la guerra del setenta, los parisinos, tan delicados, pagaban las ratas a precio de ternera»; «el otro día, en Santiago, hicieron una paella con gato y estaba riquísima, pero cuando me lo dijeron la devolví; una lástima, lo reconozco, porque me había sabido a gloria; ahora no me importaría repetir».

No podrá repetir; los gatos de los alrededores del Alcázar han desaparecido espantados por la artillería, las bombas de mano y la dinamita que los mineros asturianos disparan con honda. Y por la persecución de los que hacen con ellos ejercicios de tiro. Sin éxito; es muy difícil acertarle con fusil a un gato.

NOTAS DE SOCIEDAD

La señora de Valero lee *El Alcázar*, la primera noticia de «Información alcazareña» es la del bautismo de su hijo. Toda la población militar y civil de la fortaleza está enterada y emocionada. Al niño lo ha bautizado el capitán Sanz de Diego. La señora de Valero está bien, el niño duerme casi todo el día; ha nacido entre el estallido de las granadas de artillería. El sargento cadete Valero recibe muchas felicitaciones.

Cada familia ha encontrado ya su acomodo, la parcela de sótano a la que el marido, el padre, se acerca cuando puede, cuando el servicio lo permite. Es una vida difícil, durísima como el suelo sobre el que se han tendido unas mantas, colchonetas rellenas de crin o de trapos, vida de catacumba y de constante inquietud. Alguno se despide con un beso de la mujer, de los pequeños, y vuelve, poco después, con la cabeza vendada o arrastrando una pierna… «No es nada, no es nada», dice. Ha pedido al médico que lo cure pronto para ser él mismo quien dé la noticia a su familia, y no otro, un compañero, alarmándola innecesariamente. No es nada, ya lo ven, una esquirla de metralla. Se queda un rato, hasta que la familia se tranquiliza, y después vuelve a su puesto, se presenta al cabo, que lo autoriza a volver con la familia, pero él coge el fusil y ocupa su puesto en el parapeto; no es nada, no es nada.

Lo dice el Diario de Operaciones: tranquilidad. «Bajas en este día, dos heridos y un contuso».

LOS PROBLEMAS DEL CORONEL

El coronel Álvarez Coque habla con el general Riquelme por teléfono:

—Esto es un maremágnum, mi general, un desbarajuste, y tú lo sabes, nadie obedece, los asesinos andan sueltos, la disciplina está por los suelos…

—Dime novedades, hablame de resultados.

—Sí, mi general, hay resultados, pero hoy no he podido utilizar la artillería, se ha quedado sin munición y la pedí no sé cuántas veces. El gobernador…

—No me hables del gobernador, ya se lo he dicho a los dos ministros, quiero novedades del asedio…

El coronel Álvarez Coque no tiene novedades que comunicar; sólo que el Alcázar no se rinde por el momento.

—Deben de estar a punto de rendirse, mi general.

—Pero me han contado que dio un concierto la banda de música, se oía desde los parapetos.

—Eso no significa nada; es una banda militar; si el mando ordena dar un concierto, lo dan aunque el mundo se esté hundiendo. En Rocroy, los pífanos y los atambores…

—Sí, ya sé, mientras se hundía el imperio. ¿No ha habido ninguna acción ofensiva, ningún intento de… algo?

—Estoy preparando una operación combinada, pero cuando le hablo de ello al gobernador siempre me corta con la misma respuesta: «Lo que hay que hacer aquí…», y entonces se convierte en un Gonzalo de Córdoba y suelta una sarta de sandeces; pero de colaborar, nada; soy yo quien le debe colaboración y obediencia.

—Olvídate del gobernador. Eres el jefe de la «Columna Toledo» y tienes medios propios: úsalos.

El coronel Álvarez Coque espera que Moscardó se rinda. No puede tardar; sabe que no tiene salida, que sólo hay un final, la rendición o la muerte; en cualquier momento se derrumbará. O le obligarán a capitular. El coronel de Estado Mayor Aureliano Álvarez Coque es historiador. Eso es lo malo; sabe que, puestos a resistir, los españoles son bastante cabezotas: no suelen derrumbarse en lugares como Numancia.

MÚSICA

El maestro Martín Gil, director de la banda de música, trabaja en la composición del *Himno a la defensa del Alcázar*, briosa marcha a la que pone

letra el comandante Martínez Leal, de Infantería.

El director de la banda y sus músicos hacen los mismos servicios de armas que los combatientes de cualquier unidad. Y, además, música.

16 de agosto. Domingo

Bombardeo artillero por la mañana y por la tarde y tiroteo muy intenso. Se oyen ruidos subterráneos que se sospecha puedan ser los trabajos de una mina. Salida a plena luz, a las once de la mañana, de la que se regresa con quince libras de chocolate. Se escucha por primera vez Radio Club Portugués, consiguiendo así las primeras noticias verídicas de la guerra. Bajas: dos contusos.

17 de agosto. Lunes

Bombardeo artillero por la mañana: caen más de ciento cincuenta granadas cuyos destrozos obligan a trasladar la cocina. De noche, salida, de la que se regresa con treinta sacos de trigo. La instalación de alambradas y barricadas por el sur y el oeste hacen sospechar a los defensores que el enemigo teme que se efectúe alguna salida. Bajas: un herido.

18 de agosto. Martes

Se vuelve a trasladar la cocina debido al humo que produce. Por la tarde, tras un bombardeo con morteros, se vuelven a escuchar los trabajos de la mina que está cavando el enemigo y se dispone incendiar la casa de la que se supone parte. Posiblemente en este día se da a conocer el *Himno del Alcázar*, que se ensaya con entusiasmo. Bajas: cuatro heridos.

19 de agosto. Miércoles

Fuego de mortero. Como por las radios extranjeras se tiene conocimiento del avance de las columnas nacionales, se colocan, en la explanada y en el patio, paneles indicando el emplazamiento de las piezas enemigas. A las once de la noche se ataca la casa de la que se cree parte la mina y se la incendia. El enemigo responde con fuego de artillería de escasa eficacia. Bajas: dos heridos.

20 de agosto. Jueves

Además del tiroteo habitual, bombardeo de artillería y morteros por la mañana: ante el peligro, se traslada el ganado a los sótanos. Salida de requisa, a las once de la mañana, a una casa cercana. Por la tarde bombardeo artillero que causa grandes desperfectos en la fachada norte. Por la noche se comprueba que se han instalado nuevos reflectores. *El Alcázar* publica una orden: queda prohibido transportar los proyectiles de aviación que no hayan hecho explosión. Bajas: un niño fallecido.

EL LARGO AGOSTO

DÍAS, DÍAS Y DÍAS

La historia del asedio día por día está llena de noticias, pequeños acontecimientos; tantos, que valdría la pena reproducir literalmente el Diario de Operaciones y la colección completa del diario *El Alcázar*. Pero no es ése el objeto de este libro.

La población sitiada se ha habituado a las incomodidades y al peligro. Todavía el 12 de agosto se pasea por las galerías. Civiles y militares francos de servicio salen, como en una ciudad en paz, a pasear arriba y abajo por la plaza mayor, que es, en el Alcázar, el patio y sus galerías. Como si la plaza de Zocodover se hubiese refugiado también en la fortaleza.

Ayer terminó el animado paseo por las galerías del artístico e histórico patio de nuestro Alcázar con unos «chupinazos» del 15,5 cm, que continuaron hasta el número de cuarenta y dos, sin que sirviesen para otra finalidad que mostrar el hábito y buen espíritu de todos.

Más adelante informa respecto a la recién creada Hermandad del Alcázar, cuyo reglamento fue publicado en una hoja extraordinaria el día 8 de agosto. Finalmente, reitera instrucciones sobre higiene y un delicado problema: evacuatorios.

A lo largo del mes de agosto el Alcázar es una ciudad aparte, una ciudad en la que todos son amigos, todos se ayudan y se soportan, una ciudad incómoda y peligrosa en la que el enemigo está fuera y su presencia amenazadora y hostil une más estrechamente a quienes la habitan. Una ciudad que se divierte.

POCO PAN Y ALGO DE CIRCO

El día 7 de agosto se publica el programa de una función del «Circo Alcázar», celebrada el día 6, quizá para compensar un poco la escasez de pan.

CIRCO ALCÁZAR
Empresa 15 y 1/2 and company
PROGRAMA de la función vermouth que
tendrá lugar esta tarde a las 5 y 30

Jueves 6 Agosto 1936

1. Sinfonía a cargo de la notable y numerosa orquesta
2. Los notables magos
TRAPIELLINI AND SISTER
3. Los contumaces del regocijo
4. Exhibición del formidable equilibrista
de fama mundial
CHU-LING-KAL-VAR
5. Presentación del genial humorista
MISTER ZAKA
6. Final del Campeonato Internacional
de lucha grecorromana individual
(peso caballo)
7. Fandango estilo carioca por
LOS MANUELES

Desde el día 1 de agosto *El Alcázar* —que se publica por las mañanas— se hace vespertino para servir las noticias del día y no las del anterior. El primer vespertino es una segunda edición actualizada del matutino de la misma fecha. Ni un solo día dejará de publicarse.

BUSCANDO SIGNOS, HACIENDO CONJETURAS

Los últimos días de julio y los primeros de agosto se caracterizan por la incertidumbre; los sitiados miran al cielo buscando signos; ¿es nacional ese avión que volaba a gran altura?; procedía del sur, puede ser un enlace de las tropas de Franco con las de Mola. (Quizá lo fuese realmente; después se ha sabido que una de las primeras decisiones de Franco fue enviar municiones a Mola, que estaba combatiendo con cartuchos usados que muchachas voluntarias recargaban en la retaguardia). Se ignora la suerte que haya podido

correr el capitán Alba; ¿habrá logrado llegar con su mensaje a las filas nacionales?

Un desertor «hábilmente interrogado» informa al enemigo sobre aspectos de la vida en el Alcázar. Resultado: día 13 de agosto; el reparto de la comida se ve interrumpido por un violento bombardeo con artillería del 15,5; lo mismo sucede a la hora de la cena. El uso de artillería pesada para molestar parece excesivo, pero entra dentro de sus posibilidades. Ya que no destruye demasiado y mata bastante poco, vale la pena utilizarla como perturbador psicológico y alterador del orden. Estos bombardeos afectan a algo tan importante como la comida y obligan a cambiar el horario.

La principal fuente de información sigue siendo Unión Radio, EAJ-7, de Madrid, infatigable en la difusión de falsas noticias y medias verdades para evitar la desmoralización de combatientes y retaguardia. Sus numerosas contradicciones, debidamente analizadas, permiten hacerse una idea, muy aproximada, de la realidad. Un día dice que Oviedo está a punto de ser ocupado y dos días después da cuenta de una arrolladora victoria a veinte kilómetros; Córdoba está al caer, Zaragoza lo mismo… Los sitiados van haciendo la lista de los territorios y ciudades que el ejército del pueblo va a recuperar o casi ha recuperado, y comprueban que el mapa de España está bastante repartido, y que si alguien se mueve son las fuerzas nacionales avanzando desde Andalucía hasta Extremadura, desde Galicia hasta Asturias, desde Navarra hasta el País Vasco, desde Segovia y Soria hasta Madrid.

Para quienes están aislados, sometidos al castigo tremendo del tiroteo constante y doscientos o cuatrocientos cañonazos diarios, estos análisis de la información adversaria son oxígeno puro. Sus interpretaciones pecan de excesivo optimismo, pero eso no es malo: falta les hace.

Transición hacia el apocalipsis

Desde la lejana perspectiva de los años transcurridos, y en una visión global del asedio, agosto se ve como un período largo, monótono y de transición entre las dos semanas de julio y las dos últimas de septiembre. Las de julio, azarosas, entusiásticas, preocupantes; los sitiados van de sorpresa en sorpresa, de susto en susto, desorientados respecto a lo que están haciendo y a lo que los espera, orgullosos, dubitativos, eufóricos, alicaídos, enfrentados con los primeros bombardeos aéreos, el martilleo de la artillería, el paqueo constante, la difícil convivencia y su aspecto generoso, la mutua ayuda, las

incomodidades, la vida precaria, la obsesión por todo lo que falta, ropa, alimentos… Y por la muerte… Este largo y agotador estío conduce a las apocalípticas dos últimas semanas de septiembre, tragedia y horror crecientes en vísperas de la liberación.

En agosto se hacen rutina los males mayores: la agresión de las armas y los padecimientos de una vida de privaciones y miseria. Rutina desde la distancia y el tiempo.

Sin embargo, día por día, es un mes lleno de acontecimientos que alteran la monotonía de una situación en la que todo lo que se puede hacer es esperar. Esperar en condiciones muy adversas, soportando los rigores del duro verano mesetario; esperar impotentes contra el clima, contra la artillería, contra el aislamiento. Ocurren cosas, pequeñas cosas y grandes acontecimientos, pero ante todo ello sólo una actitud es posible: esperar, esperar; resistir.

Espera no significa inacción; los defensores han de atender la vigilancia constante en los parapetos, la reconstrucción de las fortificaciones e instalaciones destrozadas una y otra vez por la artillería, los incendios, arreglo de caminos, combatir, rechazar ataques y golpes de mano, y la rutina, servicios de limpieza, aguada, recoger el rancho, salidas al campo enemigo, requisas en las edificaciones próximas…

UN ACONTECIMIENTO IMPORTANTE

Finalizando el mes de julio, el día 30, alguien sopla a la redacción de *El Alcázar* una confidencia que se publica en clave de anuncio humorístico.

OFRECEN TRABAJO…

Necesítase chico dispuesto y valiente capaz de transportar de una sola vez varios sacos desde la Ciudad Imperial hasta el Palacio de Carlos V. No se dice el contenido de dichos sacos por temor a que todo se convierta en humo. (*El Alcázar, núm. 5, 30 de julio de 1936, sección «Anuncios»).*

Éste es uno de los grandes acontecimientos del mes de agosto; se reflejará más tarde, el día 3, en el Diario de Operaciones del coronel:

… Por una confidencia se entera el comandante militar que en una casa próxima a la explanada del picadero hay gran cantidad de trigo de muy buena calidad propiedad de un banco de Toledo…

Buscan pequeños tesoros en las cocinas y en las despensas de las casas vecinas: botellas de aceite, latas de conservas, especias, sal, legumbres, chorizo, pan duro, querido y añorado pan. Los más jóvenes, los cornetas, los falangistas, los soldados, hacen escapadas durante la noche. A veces el botín consiste en casi nada, un charco de aceite derramado en el suelo de una cocina; lo recogen empapándolo en trapos y lo aprovechan para hacer el más estrafalario gazpacho imaginable: aceite, agua, ajos y bicarbonato como sucedáneo de la sal. Hay varias versiones respecto al hallazgo del trigo. Un paisano lo dijo; conocía el depósito; un trigo magnífico estaba almacenado allí, al lado, como garantía de un préstamo bancario. Unos cornetas de la sección de tropa, en escapada nocturna a la caza de alimentos, habían entrado en el almacén por un agujero del tejado y se encontraron con toda una cosecha de trigo: miles y miles de sacos. Ambas versiones deben de ser ciertas y, en cualquier caso, poco importa; el hecho es que aquel trigo aleja por completo del Alcázar el fantasma del hambre. El día 3, un grupo de guardias civiles y falangistas al mando del comandante Araujo sale por la noche y regresa con veintitrés sacos de noventa kilos: sólo en esta primera requisa duplican las existencias de trigo en el almacén de piensos, lo que permitirá suministrar un chusco de ciento cincuenta gramos diarios por persona y, lo que es muy importante, mantener bien alimentado el ganado, rica fuente de proteínas en la dieta de los sitiados. A lo largo del asedio se repitieron las expediciones a la Casa de Trigo, un servicio duro y arriesgado. En el Diario de Operaciones figuran ocho partidas con un total próximo a los treinta mil kilos.

Fuera de la cuenta oficial, salieron algunos sacos más, que se repartían generosamente. No había dificultad para obtener un puñado —o un talego— de trigo. En la cocina, los despojos del ganado que se sacrificaba estaban a disposición de quien quisiera aprovecharlos. Con el sebo y trigo molturado a mano entre dos piedras o en almirez improvisado con un casco de metralla del 15,5 se fabricaban galletas. Unas galletas horribles que, en aquellas circunstancias, sabían a delicias vienesas.

El sebo no se tiraba; era el remedio de las tinieblas. Una lata de conservas vieja, una taza o un plato, con una pella de sebo y una torcida de tela, servían para iluminar la pequeña parcela de galería subterránea donde se alojaba una familia. El humo era denso y apestoso, pero de la torcida salía una llamita débil: era la luz.

De las incursiones privadas volvían, a veces, los jóvenes con alimentos cogidos en las casas de la tierra de nadie. Cuando entre el botín había leche

condensada, galletas, medicinas, las entregaban para los niños y los enfermos. Si se localizaba, o se suponía, un botín importante, la salida era un servicio de campaña a las órdenes de un oficial, como consta en el Diario de Operaciones del día 11 de agosto, martes, en que el capitán Miguel Ossorio, de la 3.ª Compañía de la Guardia Civil, llega con algunos de sus hombres hasta las casas de Capuchinos, «trayendo —dice— escasos víveres».

LUZ, MÁS LUZ

Ese día señala el coronel un nuevo acontecimiento: el enemigo ha instalado en Zocodover reflectores que iluminan la cuesta del Alcázar. El dispositivo de iluminación se amplía en días sucesivos al arco de la Sangre y la cuesta del Carmen. Temen posibles salidas de los sitiados y los reflectores les facilitan la vigilancia en evitación de sorpresas que siempre desencadenan pánico generalizado. Un pánico del que es testigo la pacífica población civil con gran perjuicio para el prestigio de las heroicas milicias populares.

LAS OTRAS RUTINAS

En el exterior del Alcázar agosto es, también, un período de aparente rutina; dentro de lo que cabe, claro. Rutina en una ciudad sobre cuya zona más céntrica y comercial —la histórica y literariamente famosa plaza de Zocodover y sus alrededores, confluente social, lugar de encuentro en cafés, bares y terrazas— y su más importante monumento profano, el Alcázar, palacio y fortaleza, caen cada día cincuenta, cien, trescientas granadas de cañón que pasan estremeciendo el aire por encima de los tejados del caserío. Rutina en una ciudad en la que regularmente amanecen asesinados en un céntrico paseo, junto a la Casa del Greco, unos cuantos ciudadanos inocentes. Rutina de cientos de sujetos —miles a ratos— repartidos por toda el área urbana; disparan ininterrumpidamente fusiles, ametralladoras, morteros y cartuchos de dinamita. Rutina incendiaria e iconoclasta; cuando a alguien se le antoja, arde una iglesia o se fusilan las imágenes de un retablo del siglo XV o de anteayer, da lo mismo.

Sí; a pesar de todo, la ciudad, la gente, hace lo más parecido a una vida rutinaria. No hay clases, en los centros de enseñanza, por vacaciones. No se trabaja en los talleres y fábricas porque los sindicatos declararon la huelga general. Todo lo demás está como en suspenso hasta que se resuelva el asedio del Alcázar. O hasta que lleguen los de Franco. O hasta que el mítico Mangada —a quien los milicianos han ascendido a general poniéndole el fajín por las buenas— ataque a los de Franco por la retaguardia y los extermine a todos. Cada cual en Toledo espera una solución que, según Unión Radio, Madrid EAJ7, será la victoria total sobre los facciosos y, según noticias que difunden en voz baja los que escuchan a Queipo de Llano en Radio Sevilla, será la conquista de Toledo y la liberación del Alcázar. Los aparatos de radio han sido requisados: prohibido oír.

La gente se ha habituado a estas alteraciones de lo normal y en la ciudad, como en el Alcázar, la anormalidad se vive rutinariamente. Incluso los presos hacen su vida rutinaria, que a veces se altera cuando a uno se lo llevan y le ordenan que recoja todas sus cosas.

La actividad bélica es constante. Continúa el ir y venir de milicianos madrileños; los componentes de la «Columna Toledo» del general Riquelme

funcionan con cierta regularidad, especialmente las unidades de la Guardia de Asalto, las de los regimientos de Infantería y los artilleros; el componente miliciano sigue haciendo la guerra a su manera, que es la anarquista, y solamente se sienten medianamente obligados a obedecer al mando militar en lo relativo a su puesto en el combate: que se les diga lo que han de hacer y ellos lo harán como les parezca.

Las milicias locales —voluntarios de la ciudad y la provincia— sólo reconocen como mandos los de los partidos y sindicatos, y, aunque tienen a su cargo algunos parapetos del cerco, respetan muy poco las órdenes del mando de la columna. Su autoridad máxima, dentro de unos confusos límites, es el jefe de milicias Cándido Cabello, pero hay unidades autónomas e independientes que no reconocen otra autoridad que la de su jefe, militar o civil. Tenientes y capitanes profesionales hay que han agrupado y armado en cualquier cuartel un centenar o dos de voluntarios y están en Toledo por decisión propia. Según sus preferencias, se ponen a las órdenes del comandante militar, de su partido, del gobernador civil o del Comité de Defensa. Llegan de Madrid en vehículos militares o requisados. El día 29 de julio se presenta en la Comandancia un sargento apellidado Rey; ofrece al mando una compañía, la denominada «Teniente Castillo», formada principalmente por guardias, suboficiales y cabos de la Guardia de Asalto.

—Pongo a sus órdenes esa compañía —dice—, pero la mando yo, sólo a mí me obedecen, a otro no. Lo que digo es que conviene que me asciendan a teniente porque hay otros sargentos en la compañía y yo tengo que ser más, eso está claro.

El comandante militar le comunica el ascenso pocos días después.

La checa de la CNT es un mundo aparte. Muy activa en saqueo y fusilamientos, tiene su parcela de parapetos en el cerco del Alcázar, pero no tolera el menor control de autoridad civil o militar. Es como una columna independiente; sus gentes, en opinión de los comunistas, sólo hacen turismo, terror, saqueo y juergas. Líster los recuerda en *Nuestra guerra* (París, 1966), milicianos con gorros y pañuelos rojinegros y «varios centenares de “señoras”, también con pañuelo rojo y negro, traídas de los burdeles de Madrid, se dieron la gran vida»…

A lo largo del mes de agosto estas fuerzas bullen por la ciudad y la provincia. Teóricamente las manda el coronel Álvarez Coque, pero todos los jefes y jefecillos adoptan decisiones sin consultarle; hablan directamente con el ministro de la Guerra o el de Gobernación y el pobre coronel se lleva unos disgustos tremendos cuando le llama un compañero del Estado Mayor y le

ordena que solicite por escrito esas ayudas que se han pedido por teléfono hace un rato.

—Yo no he pedido nada por teléfono hace un rato —responde extrañadísimo.

—No, tú no; ha sido el gobernador civil; llamó al ministro y le ha pedido artillería del quince y medio y aviación…, ¿es que no lo sabes?

El gobernador civil, José Vega López, tiene su propio cuartel general y en él fantasea e imagina soluciones para acabar con los facciosos. Los jefes de unidades milicianas y algún militar afecto a ellas le dan ideas, le proponen acciones, le comunican extrañas noticias: los sitiados envían mensajes luminosos a sus cómplices de fuera; en la sierra de Layos hay una facción enemiga que hace señales al Alcázar; en Navahermosa han visto una partida de fascistas…

El gobernador civil se guarda toda su información y toma decisiones sin consultar con el comandante militar y jefe de operaciones.

A lo largo del mes de agosto se reúne varias veces Álvarez Coque con el gobernador civil y las demás autoridades con milicias propias. Las reuniones son formales en apariencia; se cuenta mucho chisme, historias fantásticas respecto a los sitiados, armas misteriosas, rebeliones internas, túneles que pasan por debajo del Tajo y les permiten entrar y salir. Cuando el coronel tímidamente pregunta qué fuerza ha realizado las ejecuciones observadas en el paseo del Tránsito y en otros lugares de la ciudad le contestan que esos muertos son curas y fascistas fusilados: normal.

Como resultado de esta pluralidad de mandos, la presión sobre el Alcázar está salpicada de pequeños episodios aislados. El comandante militar ejerce el mando sobre la artillería —que, por esa razón, actúa con regularidad— y provee de medios y material a los batallones de su columna, que corresponden animando el escenario con mucho tiroteo, acciones de hostigamiento e intentos de asalto al recinto exterior. Hacen todo el ruido posible y el daño que sus armas les permiten. Así, los cañones continúan su labor destructora y desmoralizadora. Los resultados, en uno y otro sentido, son modestos, pero el trabajo está bien hecho; el día 4 han cambiado el emplazamiento y a las once de la noche inician un tremendo bombardeo: ciento setenta disparos que baten objetivos de la zona este a los que antes no había llegado el cañón. Poco a poco, el número de baterías va aumentando.

El paqueo continuo es consecuencia de la descoordinación. No hay orden de fuego ni de alto el fuego que sea reconocida por todas las fuerzas. A cualquier hora y con cualquier pretexto alguien inicia un tiroteo; nada hay

más contagioso que el fuego de trinchera; un perro anda por la tierra de nadie y mueve una lata; un centinela oye el ruido, ve la sombra del perro y, a sus ojos, es un soldado con barba negra, de sitiado, y una bomba en la mano. Dispara sin apuntar; los centinelas próximos ni siquiera ven el perro, ni la sombra del perro, pero disparan. Algunos, sugestionados por el tiroteo, creen ver soldados reptando en dirección al parapeto: en unos segundos todos los centinelas han disparado su primer cargador y el parapeto se eriza de fusiles que llegan para unirse a la defensa contra un enemigo inexistente.

La aviación, que fue la primer arma represora enviada desde Madrid, repite sus incursiones. Los días 8 y 9 bombardean causando grandes destrozos en los edificios del recinto exterior. Al mismo tiempo lo hace la artillería y el día 8 uno de los bombarderos arroja granadas con gases lacrimógenos de las que tres caen en el patio del Alcázar sin producir más que pequeñas molestias. Pero hay cuatro muertos el día 8 y tres el día 9, además de heridos y contusos. La orden de la Comandancia del día 9 cita como distinguidos a veinte guardias civiles propuestos por el comandante Méndez Parada y cuatro guardias y dos soldados de la Academia propuestos por el capitán Frejo.

Son acciones dirigidas, probablemente, por el coronel Álvarez Coque, aunque quizá se deban a gestiones del gobernador o de alguno de los ministros que visitan la ciudad y charlan con sus milicianos.

El día 20 el coronel es convocado a una reunión en el Gobierno Civil. Allí se encuentra con un nuevo estratega improvisado, el diputado Emilio Palomo, de Izquierda Republicana, quien se dice enviado por el ministro de la Guerra.

—Me ha dicho ayer el ministro que ya está «cansado de esta estabilidad».

Y da al coronel, de orden del ministro, cuarenta y ocho horas de plazo para resolver la situación.

El coronel responde con algunas explicaciones técnicas, pero en eso es en lo que —según opinan el ministro y el señor Palomo— está más equivocado: de técnica anda fatal; no sabe utilizar las armas.

—Me ha dicho el ministro que sitúe usted los cañones de 15,5 a una distancia entre cero y quinientos metros del Alcázar.

—¿Eso le ha dicho el señor ministro? —pregunta asombrado Álvarez Coque.

—Sí, señor.

El diputado Palomo le explica que, a esa distancia, los cañones deshacen el Alcázar como un polvorón, se lo ha dicho el ministro, sí, señor.

El coronel no se lo cree; piensa que, en realidad, el diputado ni siquiera ha visto al ministro. Verdad o no, envía a través de su Estado Mayor una nota

informando de la reunión; en ella lamenta las injerencias del gobernador y los políticos, tan dañinas para la disciplina y la buena marcha de las operaciones. ¿Qué operaciones?

Han llegado a la ciudad dos grupos de mineros asturianos. Pero nadie da noticia de ello al mando militar; sólo, cada uno de los grupos por separado, a sus mandos políticos, UGT y CNT. A los de UGT los visita la diputada del PSOE Margarita Nelken.

—Os he traído para que tengáis el honor de destruir ese foco de rebelión… Un alcázar no es nada…

Viene a decir que sobre las ruinas del palacio rebelde se edificará la libertad.

Éste es otro de los grandes acontecimientos del mes de agosto. Pero está rodeado del secreto más absoluto. Aunque, tarde o temprano, todo se sabe.

Todo: el coronel Álvarez Coque se entera —porque alguien se lo cuenta— de que el gobernador civil organizó una columna expedicionaria sacando una compañía del frente del Alcázar. La envió a Navahermosa en busca de un enemigo imaginario. Volvieron con las manos vacías y todo se hizo sin contar con él; sin darle, ni por cortesía, una condenada novedad.

Recuenta sus efectivos, mira al Alcázar y se encoge de hombros. Con esta tropa no podrá tomarlo al asalto.

Pero es cuestión de tiempo. Ya caerá… Ha oído hablar de unos mineros asturianos.

Daily Telegraph *dedica al Alcázar su editorial el 24 de septiembre, en el que se comenta la gesta, lo mismo si han sucumbido que si aún alientan: «La historia de España está llena de casos de defensa desesperada contra los asedios. Lo mismo los generales de Roma que los mariscales de Napoleón descubrieron que los españoles son sobrehumanos en la resistencia tras los muros de un fuerte. A la guarnición que defiende el Alcázar hay que concederle el honor de un heroísmo tan grande como el de los defensores de Numancia y de Zaragoza. Reducidos a un puñado de hombres, tienen con ellos muchas mujeres y niños; están mal provistos de municiones; los alimentos les faltan, y, sin embargo, desde hace más de nueve semanas han defendido la fortaleza medieval contra un ataque con armamento moderno: cualquiera que sea el resultado definitivo, han ganado una fama inmortal.»*

21 de agosto. Viernes

Bombardeo artillero a lo largo del día: caen más de cien granadas. Por la tarde se ataca con gasolina que pretenden incendiar (inútilmente) con bombas de mano. Por la mañana, salida a la sastrería Gago, de donde se regresa con algunas piezas de tela. Noticias esperanzadoras sobre la marcha de las columnas. Se instalan equipos de transmisiones en los torreones para cuando sea posible establecer contacto. Bajas: dos heridos contusos.

22 de agosto. Sábado

De madrugada se observa un avión que se toma por el primer aparato nacional que sobrevuela el Alcázar. Más tarde, bombardeo con morteros mientras la aviación arroja bombas y latas de gasolina que no se incendia. Entonces se generaliza el fuego artillero y de infantería. Entre dos luces un avión muy bajo arroja al patio un paquete y otro cae en la puerta de Hierro: son los primeros víveres que envían los nacionales, que alimentan, sobre todo, la seguridad del triunfo. El enemigo respondió con un nutrido fuego de artillería, ametralladoras y fusil. Bajas: un muerto, un fallecido, cinco heridos y tres contusos.

23 de agosto. Domingo

Por la mañana se encuentra en la explanada este un mensaje lastrado, arrojado por el avión nacional, con dos cartas de Franco y un código de señales para la aviación: «Un abrazo de este Ejército a los bravos defensores del Alcázar.» Siguen bombardeos de mortero y artillería y de nuevo la aviación arroja bombas y latas de gasolina con el mismo resultado nulo. Se repone la bandera bicolor y se da una comida extra: sardinas, mortadela y fruta en dulce. En un ataque nocturno contra la puerta de Hierro cae herido gravemente un guardia civil, José Pérez Serrano, que expira exhortando a los demás a no cejar en la defensa, pues la victoria es segura y mostrándose alegre de morir por España. Bajas: un muerto, dos heridos y dos contusos.
Es fusilado junto a las murallas de Toledo Luis Moscardó Guzmán.

NO SE LO PODÍAN CREER (INTERMEDIO SOBRE INFORMACIÓN)

MENTIR

Como es costumbre, los políticos mienten con absoluta desenvoltura cuando las cosas les van mal.

Desde que empezó la batalla del Alcázar toda la información —no sólo oficial sino la puramente periodística inspirada por la izquierda, ya que la prensa había sido incautada— fue una continua mentira.

El mismo día 21 de julio, cuando las primeras unidades de la columna de Riquelme aún no habían puesto el pie en las calles de Toledo, daban la ciudad por conquistada salvo algunos focos rebeldes que se esperaba fuesen aplastados en pocas horas. El día 22 ocuparon, efectivamente, la ciudad y restaban importancia al «puñado de rebeldes» refugiados en el Alcázar.

Durante estos primeros días, tanto desde el Ministerio de la Guerra como desde los numerosos cuarteles generales de unas u otras milicias se daba la noticia del fin de la resistencia.

UNA VICTORIA DE PELÍCULA

El día 28 de julio los toledanos leían asombrados, en el diario *Ahora* de Madrid, la siguiente noticia a cuatro columnas: «De cinco en cinco, desarmados y con los brazos en alto, salen del Alcázar toledano los rebeldes que lo defendían».

La noticia la daba la tarde anterior el mismísimo director general de Seguridad, y la había publicado en la misma tarde el *Heraldo de Madrid*, brevemente pero en mayúsculas, «en este momento, dos y cuarto de la tarde», y se la atribuía, igualmente, al director general de Seguridad, quien, en rueda de prensa, refirió, con detalles minuciosos, el triunfal acontecimiento; parecía estar viendo la salida de los rebeldes, de cinco en cinco, desarmados después de llegar al convencimiento de que la resistencia sería un suicidio.

Terminó afirmando que, tras la rendición, «Toledo recobró en absoluto la normalidad», y añadió: «La noticia fue acogida en la ciudad con júbilo indescriptible». Y tanto: nadie en la ciudad hubiese sido capaz de describirlo.

¿De dónde había sacado el director general noticia tan importante? ¿De dónde tanto detalle? No se limitó a confundir, como a diario, con ambiguos comunicados de seguro fin del episodio, aplastamiento prácticamente definitivo de un foco rebelde, rendición de un jefe faccioso; no habló de un se dice, de tenemos noticias; refirió punto por punto el final feliz de la película que, quizá, había inventado él minutos antes con el deseo de levantar la moral al pueblo en armas.

EE UN DÍA DE CALMA DOMÉSTICA

Porque no existía absolutamente ningún motivo que originase error tan abultado. El 27 fue, en el Diario de Operaciones del coronel y en el diario *El Alcázar*, un día tranquilo y casi aburrido en el que lo más destacado fueron acontecimientos que podríamos calificar de domésticos, familiares y casi pacíficos. El coronel tuvo preocupaciones de padre de familia, de ama de casa: la harina, la carne, el agua… Para remediar todo ello da cuenta de las decisiones adoptadas. Reseña también la presencia temprana de un avión enemigo que pasa por allí sin hostigar y termina: «El día, con “paqueo”, pasó con tranquilidad y lo mismo la noche. Bajas: dos heridos y un contuso». Una jornada casi de paz.

El diario *El Alcázar* habla también de tranquilidad y da una nota que califica de «regocijadora»: «… una nueva vida en los sótanos de este Alcázar-palacio, al haber dado a luz una de las animosas mujeres que aquí habitan». Una «nota de sociedad»; quizá por ello, el cronista la realzó consignando la calidad de palacio de la fortaleza.

Pero, además, comenta que ese día, el 27, «se jugó al fútbol en el patio… y por la tarde hubo canciones a cargo de la juventud».

Y, mientras tanto, el director general de Seguridad, inventándose una película de buenos y malos con apoteosis.

El día 6 de septiembre, domingo, el diario *ABC* de Madrid informa a tres columnas: «Hacia la total dominación del Alcázar de Toledo». Radio Madrid, más optimista, emite la esperada noticia: «El Alcázar se ha rendido».

VOLUNTAD DE RESISTIR

Ese mismo día fue uno de los más animados del asedio; en todos los sentidos: la gran alegría de una visita de la aviación nacional que dejó caer víveres y varios mensajes del jefe del Ejército del Norte, general Mola, de unas chicas burgalesas que animaban a los cadetes, y de un piloto voluntario, ingeniero de minas, hijo del general Kindelán, para su amigo el caballero cadete Jaime Milans del Bosch. Por otra parte, el bombardeo de la artillería fue muy intenso y se produjeron varios ataques contra instalaciones exteriores del Alcázar; breves pero durísimos combates en los que se comprobó el buen ánimo de los defensores que acudieron desde todos los puntos a los sectores atacados sin esperar órdenes para hacerlo aquellos que estaban fuera de servicio u ocupados en misiones de menor riesgo. La orden de la Comandancia Militar da una larga lista de distinguidos, desde soldados de la sección de tropa, guardias civiles y paisanos, hasta oficiales y jefes, destacando entre ellos el guardia civil Antonio Díaz Herrero y su sargento Manuel Cañizares, a quienes un proyectil del 15,5 destruyó el parapeto y permanecieron defendiéndolo entre los escombros; al guardia hubo que amputarle después una pierna. Otro guardia civil que estaba herido acudió al combate mostrándose, además de valeroso, incansable: se le ascendió a cabo por méritos de guerra. Se cita igualmente al sargento Salomé Corrochano Barroso, de la sección de tropa de la Academia, quien al advertir que unos milicianos ocupaban el garaje, tomó su fusil, caló la bayoneta y se lanzó solo contra ellos poniéndolos en fuga. Fue un día abundante en gestos heroicos, en acciones intrépidas de iniciativa personal; más de cincuenta distinguidos, una felicitación general para todos y sólo un ascenso por méritos: moderación hasta en los premios. Porque todo ello había sido el resultado de un común espíritu de servicio, de un común sentido del deber, de una común voluntad de resistir y de vencer. Ese guardia herido que acude al combate, ese soldado de segunda, Pascasio Almodóvar, que con el cabo de Seguridad Manuel del Monte se presenta voluntario para atacar a pecho descubierto con granadas de mano a los asaltantes de la puerta de Hierro… Ésos y tantos otros. Podría hablar *ABC* de la destrucción del Alcázar pero no de su conquista. Podría haberse ahorrado, una vez más, Radio Madrid la noticia de la rendición. El Alcázar resistía; a sus defensores no se les pasaba por la mente la idea de rendirse, ni siquiera como eso que ahora llaman hipótesis de trabajo.

Estas falsas informaciones no se desmentían jamás. La gente se encontraba con la sorpresa de que después de publicar la noticia de la rendición el mismo periódico, tras unos días de no mencionar el asedio, comunicaba las últimas novedades sobre la lucha contra los rebeldes que resistían —ya muy débilmente— entre las ruinas del Alcázar.

EXTREMADURA, IDA Y VUELTA

Cuando las columnas del sur llegaron a las puertas de Madrid los partes oficiales del Ministerio de la Guerra seguían hablando del frente de Extremadura, del sector del Tajo. La pérdida de Badajoz no fue nunca publicada. Cuando se daban por varias veces aniquiladas en Andalucía las columnas de Yagüe y Castejón y éstas habían sobrepasado Talavera de la Reina, se empezó a incluir en el parte el frente de Extremadura; cuando cayó Toledo empezó a hablarse del sector del Tajo, y eso para anunciar que las fuerzas facciosas avanzaban hacia el centro de España huyendo de la columna de Mangada.

El mismo *ABC* anunciaba, tras su fábula de la total dominación del Alcázar: «Oviedo se tomará a sangre y fuego». Mal día para los profetas del diario madrileño: Oviedo resistiría, como la fortaleza toledana, hasta la llegada de sus liberadores.

La batalla de Talavera fue, quizá, la más dura en el avance hacia Toledo y Madrid. El Gobierno rojo advirtió su importancia: tanta era, que, presionado por los líderes socialistas y comunistas, el primer ministro Giral dimitió el día 4 de septiembre; las tropas de Yagüe habían entrado en Talavera a las 14.30 del día 3.

Sustituye a Giral el socialista Largo Caballero, que toma para sí el Ministerio de la Guerra y la dirección de las operaciones. Como primera providencia destituye al general Riquelme y asciende a general a un coronel, Asensio Torrado, dándole el mando del Ejército del Centro. Casualidad histórica: el jefe que manda la columna que ocupó Talavera se llama también Asensio: Asensio Cabanillas.

Pues bien; los partes de guerra de los días 3 y 4 de septiembre dan versiones tan chapuceras que sólo sirven para desorientar a sus propias fuerzas y generar bulos en la retaguardia.

Aún no sabe el pueblo —tampoco las tropas comprometidas en otros frentes— que Badajoz, Navalmoral de la Mata, Oropesa y otros puntos

importantes han sido conquistados por el enemigo. A veces, estas pérdidas las comunican de forma indirecta y con notable retraso, como se advierte claramente en el parte del jueves 3 de septiembre de 1936, en el que hablan de la ciudad de Llerena, «abandonada e incendiada por las fuerzas rebeldes que se han retirado a Mérida», lugares ambos de los que nunca se reconoció que habían caído en poder de los nacionales.

Este párrafo del parte, en el que se habla de lucha en Badajoz, no tiene otro objeto que paliar el efecto tremendo que puede producir el párrafo siguiente: «En el sector de Talavera del Tajo-Oropesa, las tropas de la República iniciaron en la madrugada de hoy un violento ataque contra las fuerzas facciosas que se retiran ante el empuje de nuestras columnas».

Era el día 3; el día en que a las 14.30 las tropas de Asensio Cabanillas entran en Talavera del Tajo (que vuelve a ser Talavera de la Reina por el mismo precio), apoderándose de gran cantidad de material y armamento. Ese día 3, en el que «las fuerzas facciosas se retiran ante el empuje de nuestras columnas», la conquista de Talavera —unida por carretera y ferrocarril a Madrid, cien kilómetros, dos horas en transporte, tres jornadas de marcha a pie— provoca la caída del Gobierno Giral.

Largo Caballero piensa que un clavo saca otro clavo, asciende a Asensio Torrado y le ordena echar de Talavera a Asensio Cabanillas.

ASENSIO CONTRA ASENSIO: FIN DE UNA CARRERA

Salen zumbando para el frente batallones, grupos de artillería, carros y trenes blindados al mando de un flamante general que conoce su oficio y sabe que es inmensamente superior al enemigo en todo: tropas, armamento, servicios, enlaces por ferrocarril y carretera con una retaguardia pletórica de medios, capacidad para elegir los puntos fuertes de resistencia, fijar al enemigo que avanza con los flancos al descubierto, y maniobrar para envolverlo por la retaguardia.

El parte del día 4, en el que Franco mismo visita en Talavera el cuartel general de Yagüe y después se adelanta temerariamente hasta las líneas más avanzadas para felicitar a los hombres de Castejón y Asensio que han combatido duramente y con grandes bajas, ese día el texto no puede ser más tranquilizante: «En el sector de Extremadura (que se confunde con el de Talavera a través del truco “Tajo-Extremadura”) ha quedado detenido el

ataque enemigo, rectificadas nuestras posiciones hacia vanguardia y reforzada la línea general».

Asensio Torrado despliega sus tropas en esa línea general: quiere recuperar Talavera para que el Gobierno se ahorre la confesión de que la ha perdido. El parte de guerra del día 5, dos fechas más tarde de la pérdida de la ciudad, describe la situación olvidando los sectores «Extremadura» y «Talavera del Tajo-Oropesa».

«En el frente de Talavera, nuestras tropas han iniciado a primera hora de la madrugada una gran ofensiva, cuyo resultado ha sido un retroceso del enemigo a veinte kilómetros. El espíritu magnífico y el ardor combativo de nuestras tropas hacen esperar una rápida eliminación de la columna rebelde, que aún resiste en este frente. Con ello finalizará virtualmente esta segunda fase de la guerra civil, que se caracteriza por ataques de las columnas rebeldes».

El día 11 de septiembre resucitan el frente de Extremadura. ¿Otra vez? No es que hayan hecho retroceder más allá de la provincia de Toledo a las columnas rebeldes: se trata de comunicar, sutilmente, que han perdido Talavera: «Frente de Extremadura: continúa la acción de nuestras tropas sobre Talavera del Tajo, en donde, desde el día de ayer, están ardiendo varios edificios. En el resto de este frente, sin novedad».

Es probable que el entusiasta general Asensio Torrado comunicase a la superioridad militar —y, directamente, al presidente del Gobierno, que mostraba un gran interés por la marcha de las operaciones— la realidad de lo sucedido en el frente. Se puede afirmar con certeza que un militar profesional no haría con sus partes de operaciones tales disparates, lo que podría llevarlo ante un consejo de guerra. Pero en el ministerio el texto ni siquiera lo maquillaban: hacían otro completamente ajeno a la realidad.

En cualquier caso, el vencido pagó por unas derrotas de las que no era totalmente culpable. Largo Caballero lo retiró del frente dándole un cargo de subsecretario en el ministerio, pero *Pasionaria* y el embajador soviético Rosenberg consiguieron que fuese acusado de traición. No llegó a ser juzgado; su amigo el presidente consiguió que se sobreseyese la causa y lo mandó a Estados Unidos como agregado militar.

Para los sitiados del Alcázar aquellos partes demenciales fueron la confirmación por el enemigo de que sus liberadores estaban ya muy cerca. Y, sobre todo, de que nada podía detenerlos. Aquel día además habían recibido un gran refuerzo espiritual: misa, absolución general y comunión. La visita del canónigo Vázquez Camarasa quien, aunque hizo lo posible por debilitar

su moral absolviéndolos *in articulo mortis*, los dejó notablemente confortados y decididos a resistir hasta el límite de sus fuerzas.

LA VERDAD PUEDE RESULTAR MORTAL

Días más tarde, cuando los defensores del Alcázar, ya liberados, se recuperaban de las miserias del asedio, agasajados como héroes desde todo el mundo, la zona roja seguía sin enterarse. Los mismos milicianos, que en gran número habían llegado a Madrid fugitivos de la batalla perdida, callaban temerosos de verse acusados de espías, enemigos infiltrados, derrotistas, conducidos a una checa y fusilados en descampado. El parte de guerra del día 2 de octubre dice: «La Aviación republicana ha bombardeado durante toda la mañana el territorio del sector del Tajo ocupado por los sediciosos».

El Tajo es el río más largo de España: 1007 kilómetros.

AÑO VII — NUM. 1.744

PRIMERA EDICION

Número suelto: 15 céntimos

Apartado 8.094

AHORA

PASEO DE SAN VICENTE, 26

Madrid, martes 28 de julio de 1936

Precios de suscripción: Madrid, 3,50 pesetas al mes. Provincias, 12,00 pesetas trimestre; Extranjero, 36,00 pesetas trimestre

Teléfono 18340

DE CINCO EN CINCO, DESARMADOS Y CON LOS BRAZOS EN ALTO, SALEN DEL ALCAZAR TOLEDANO LOS REBELDES QUE LO DEFENDIAN

EN UN AVANCE DE VEINTE KILOMETROS, EN SOMOSIERRA, CAE EN PODER DE TROPAS Y MILICIAS UN CONVOY ENEMIGO DE ARMAS, MUNICIONES Y MANTENENCIAS

LOS SUBLEVADOS DE CORDOBA, DISPUESTOS A RENDIRSE A LAS TROPAS DEL GOBIERNO, PERO NO A LAS MILICIAS

EL CUARTEL DE LOYOLA, DE SAN SEBASTIAN, IZA BANDERA BLANCA

Al recibir a primera hora de la tarde a los periodistas, el director general de Seguridad les manifestó que en aquellos momentos acababa de recibir la noticia de que se han rendido, sin condiciones, los facciosos que con sus familiares se habían refugiado en el Alcázar de Toledo.

Según informes de origen particular, parece que esta resolución obedece a que los rebeldes consideraban inútil e imposible toda defensa, puesto que en el día de ayer habían comenzado los trabajos para la construcción de una mina, que tenía por objeto volar el Alcázar.

Los jefes, oficiales y guardias civiles fueron saliendo, desarmados, en grupos de cinco en cinco.

Después de la rendición de los últimos rebeldes, Toledo recobró en absoluto la normalidad.

La noticia fué acogida en la ciudad con júbilo indescriptible.

Al conocerse el hecho en Madrid se dispuso la salida inmediata de cuatro camiones con guardias de Asalto para hacerse cargo de los que se han entregado.

des, quienes, en su huída, abandonan abundante material de guerra.

Varios diputados luchan valientemente

En la acción de hoy lucharon valientemente en el frente de Somosierra el director general de Obras Hidráulicas, don Julio Just, y los diputados socialistas señores Vidarte, Lamoneda y Rubiera.

En el Alto del León

Como no hacía aire, la lucha se sostenía a base de la artillería, haciéndose poco fuego de fusil y ametralladora. Desde una de las baterías hemos podido observar con potentes gemelos de campaña que nuestra artillería ha logrado desalojar las posiciones de los facciosos, que están abandonadas por completo. Protegidas por la artillería, las fuerzas leales a la República avanzan en guerrillas.

A partir de las doce y media de la mañana, en el frente escasean los disparos. Los rebeldes están faltos de municiones en gran escala, y la mayoría de las que tiran caen sin explotar.

Grande fue la sorpresa de los habitantes de Toledo y, sobre todo, de los combatientes de la «Columna Toledo», cuando a media mañana llegó de Madrid el diario *Ahora* con esta sorprendente primera plana. Pero más sorprendidos aún quedaron los defensores del Alcázar. Un avión les llevó el periódico a domicilio dejándolo caer en la explanada este.

DESTRUIR LA HISTORIA

Todavía hay gente que no cree que los astronautas norteamericanos hayan pisado la Luna. Gente con estudios, preparada para entender la posibilidad técnica del acontecimiento, cree que el alunizaje fue simulado en unos estudios de televisión: un timo propagandístico de los Estados Unidos. Recuerdo muy bien a un profesor universitario —a quien el acontecimiento le pilló un poco mayor— que llegó al fin de sus días convencido de que lo del alunizaje era mentira. Lo repitió momentos antes de morir: «A mí no me han engañado los americanos».

SEGUNDO INTENTO DE DESTRUCCIÓN DEL ALCÁZAR DE TOLEDO

Con la gesta del Alcázar de Toledo ocurrió algo parecido. Muchos años después de terminada la guerra civil, todavía se publicaron libros en los que se negaba un episodio del que habían sido testigos y cronistas gentes de uno y otro bando, un episodio que hasta en las filas enemigas había sido valorado públicamente en toda su grandeza, como lo demuestra la crónica del periodista y ministro de Negrín Julián Zugazagoitia: «Los héroes habían quedado dentro, dueños de una casa que, con mayor razón que nunca, será sagrada para los infantes españoles». (En el anexo 4 se da un más amplio extracto del artículo).

Partes de guerra, testimonios de políticos y militares, fotografías y reportajes cinematográficos, libros de historiadores, memorias de combatientes, resonancia internacional, seguimiento día a día de los combates, fueron desmentidos como si todo aquello hubiese sido una invención de la propaganda de Franco.

Sabían muy bien cómo hacerlo: el clásico procedimiento de reescribir la historia tan utilizado por el comunismo, examinar los hechos de la guerra civil y la posterior historia de España y desmenuzarlo todo demostrando, con «pruebas», que cualquier dato favorable a los nacionales y al régimen fue fruto de la propaganda fascista.

LOS CADETES

En lo referente al Alcázar tenían una carta que les pareció un as: la leyenda de los cadetes. Por el mundo corrió la imagen del coronel al mando de un batallón de muchachos luchando heroicamente en defensa del solar centenario en el que aprendían a ser hombres, en el que se les daba trato y enseñanza de caballeros. Los «rehistoriadores» descubrieron que la leyenda era falsa: en el Alcázar no hubo cadetes, podían demostrarlo. Y si no hubo cadetes, todo lo demás se venía abajo: no hubo héroes ni resistencia ni, apenas, lucha: sólo propaganda.

La baza parecía buena porque, realmente, los héroes fueron, en su mayoría, otros; los alumnos, ya lo sabemos, estaban de vacaciones. En la defensa del Alcázar tuvieron el honor, por feliz coincidencia, de estar representadas todas las armas y servicios del Ejército y de las fuerzas del Orden Público, además de todos los partidos políticos no izquierdistas: un mosaico de las fuerzas nacionales, del pueblo. Cadetes sólo hubo nueve. Éstos son sus nombres:

Don Antonio Sotelo Fernández, don José Luis Coloma, don Jaime Milans del Bosch y Ussía, don Juan Rodríguez de Santiago, don Juan Languin Cruz, don Juan José María Crespo, don Eugenio Boronat Terol, don Ángel Valero González y don Francisco Valencia Remón (de la Academia de Artillería).

Pudo haber uno más: el caballero cadete don José de la Cruz Presa, hijo del general Cruz Boullosa, quien lo obligó a regresar a Madrid. Como sabemos, murió defendiendo el cuartel de la Montaña.

La leyenda no la inventó nadie; se engendró a sí misma por el hecho de ser la Academia el escenario de la gesta. El coronel Moscardó era director de la Escuela Central de Gimnasia y, por antigüedad, comandante militar de la plaza. La leyenda de los cadetes nació y se propagó porque así lo quiso el carácter romántico y heroico de aquella resistencia ejemplar y sobrehumana. Nunca tuvo carácter oficial ni fue inspirada por los mandos nacionales.

Cuando, después de la liberación, y en los años posteriores a la guerra, comentaristas poco escrupulosos, adversarios de los vencedores, descubrieron que en la «heroica gesta de los cadetes» apenas hubo cadetes, creyeron encontrar un argumento irrebatible para negar la gesta misma.

Entre los defensores, el teniente Barrientos, que tenía su casa cerca del Alcázar, no pudiendo resistir por más tiempo la idea de no ver a su mujer y al hijo que esperaba, se decidió una noche a salir para verlos, siendo hecho prisionero. Creyendo los jefes rojos que era desertor, le propusieron el mando de tropas para un ataque al Alcázar. Rehusando firmemente, manifestó: «Yo he salido para ver a mi familia y a mi hijo, por si ha nacido, pero no a ser traidor.» Fue inmediatamente fusilado.

LOS REHENES

Otro asidero para su campaña lo encontraron en el Diario de Operaciones. Moscardó hablaba de rehenes; luego las mujeres y los niños fueron encerrados a la fuerza en el Alcázar, secuestrados por un rebelde para utilizarlos como escudo protector. La mentira es tan torpe que cae por sí sola. Eran muchas vidas, muchas familias, muchos testimonios. Aún viven.

Ciertamente, el coronel utiliza la palabra «rehenes» para hablar de media docena de detenidos —algunos detenidos voluntarios como el gobernador civil y su familia— que nunca fueron utilizados como valor de cambio ni como vidas negociables. A Moscardó no se le pasó por la mente la idea de responder al jefe de las milicias socialistas que si mataba a su hijo él fusilaría al gobernador civil. Ni siquiera se le ocurrió proponer un canje. Hubo prisioneros pero nunca fueron utilizados como rehenes.

LA PÁGINA MÁS HERMOSA DEL LIBRO

No eran éstas las únicas bazas. Los destructores de la historia tenían otras. Y las jugaron con su habitual desenvoltura. Una de ellas —y muy importante— era la conversación telefónica del coronel Moscardó con su hijo Luis; una de las páginas más emotivas de la historia del asedio y de la historia de España, en razón de su paralelismo con otro episodio que los españoles conocen desde la edad escolar y les queda grabado en la memoria para siempre: el del sitio de Tarifa, con el gesto de Guzmán el Bueno negándose a entregar la plaza a cambio de la vida de su hijo.

No es un disparate que a cualquier desconfiado el diálogo del coronel con su hijo pueda parecerle demasiado literario para ser cierto; es difícil aceptar como real la serenidad, brevedad, concisión y enorme vigor de cada frase. Ni un balbuceo, ni expresiones de duda, de sorpresa, ni una exclamación de ira, de miedo, ni siquiera de tristeza: tanto el padre como el hijo aceptan la realidad y se enfrentan sencillamente con ella. A los grandes personajes históricos se les atribuyen frases o expresiones dignas de su grandeza. Muchas son invención de sus enemigos o de sus panegiristas, ocurrencias de cronistas y testigos, versión literaria de algo más simple y hasta vulgar: la frase afortunada pasa a las crónicas y queda en la Historia.

Pero aquel dramático episodio puede ser reconstruido en su totalidad porque al lado de ambos teléfonos hubo testigos. De ellos es la versión repetidamente contrastada; quizá al coronel Moscardó le hubiese sido imposible repetirlo palabra por palabra, pero los testimonios de un lado y otro de la línea coinciden con la versión histórica.

Hay, además, un testigo que oyó todas y cada una de las palabras del coronel, de su hijo y del jefe de las milicias del PSOE: el soldado telefonista Luis Fernández Cela, *Varillas*, cuyo testimonio fue publicado en la muy fiable revista *Historia y Vida* (mayo de 1968).

José Luis Vila-San-Juan lo reproduce en su libro *¿Así fue? Enigmas de la guerra civil española* (Ed. Nauta, Barcelona, 1971). En él hace un análisis completo de todas las maniobras realizadas para destruir la verdad del Alcázar. (Véase anexo 4.)

MATTHEWS, DIEZ AÑOS DESPUÉS

Una de las maniobras más señaladas fue la del periodista norteamericano Herbert Matthews, para quien el Diario de Operaciones de Moscardó es un invento chapucero de la propaganda franquista. En él se anota el ultimátum del jefe socialista y el diálogo del coronel con su hijo el día 23. Matthews se siente feliz con su «hallazgo»: nada menos que dos errores en texto tan breve; dos gazapos que destruyen completamente la leyenda:

1) El hijo de Moscardó había muerto en Madrid, en el cuartel de la Montaña.

2) La línea telefónica del Alcázar había sido cortada el día 22.

¿Cómo pudo el bellaco periodista, corresponsal del *New York Times* en Madrid diez años después de los hechos, publicar en el año 1957 datos tan

enfrentados con la realidad admitida, historiada y copiosamente testimoniada desde 1936 sin contrastarlos antes con una mínima investigación?

La razón es muy simple: mentía a conciencia. Su propósito era publicar y documentar un falso testimonio, porque Franco no le gustaba y con su libro se sumaba a una campaña permanente de heridos por la derrota y de gentes —algunas de buena fe, fíeles a las esencias democráticas, otras de mala fe, fíeles a esencias de diferente pelaje— empeñadas en desprestigiar al vencedor y en salvar a España de la dictadura. En adelante dispondrían de un libro en el que se demostraba cómo uno de los episodios de la guerra civil que más simpatías despertó en el mundo era pura invención de la propaganda franquista.

Desmentido por el historiador inglés Hugh Thomas en *The Spanish Civil War*, por el embajador y periodista Manuel Aznar en *The Alcázar will not surrender* y por numerosos testigos indignados al conocer la aparición del libro que el travieso periodista tituló *The Yoke and the Arrows* («El Yugo y las Flechas»), Matthews se limitó, más tarde, a reconocer en la edición inglesa de su libro (la primera se publicó en Estados Unidos) que, efectivamente, Luis Moscardó estaba vivo y en Toledo el día 23 de agosto. Pero continuó manteniendo las demás falsedades. Son las reglas del juego. Sólo que en esta ocasión no se ha producido el fenómeno de la mentira repetida mil veces para convertirla en verdad. Ésta se repitió sólo una vez; nadie más, nunca más. Sin embargo, pese a su torpe invención y fulminante descrédito, inexplicablemente, hizo correr mucha tinta durante algún tiempo. La gesta del Alcázar es tan deslumbrante y había causado tanta admiración en todo el mundo que la reacción de menosprecio contra el periodista norteamericano fue unánime, y hasta una editorial como Ruedo Ibérico de París, tan hostil a Franco y a su régimen, publicó el desmentido de Hugh Thomas.

EL DESQUITE DE ASENSIO

Lo extraño es que una de las fuentes de Matthews fue el general Asensio Torrado, militar comunista que dirigió personalmente la última fase del asedio del Alcázar. Si lo dijo, mintió a conciencia; quizá aliviaba con su falso testimonio la amargura de sus repetidos reveses desde que, ascendido fulgurantemente a general, intentó reconquistar Talavera. Y sobre todo la decepción de que, tras hacer estallar las minas que volarían la fortaleza con sus defensores dentro, el Alcázar, que daba ya por conquistado, siguió resistiendo. Aún pudo, cuando definitivamente derrotado se retiraba hacia

Madrid, ver ondeando sobre las ruinas una enorme bandera nacional contra la que inútilmente disparaban los restos de sus tropas vencidas y a punto de perder la ciudad. Nunca había tenido la gloria tan al alcance de su mano.

Y eso duele, qué le vamos a hacer.

LOS FALSOS HÉROES

Está sobradamente demostrado que mienten o se equivocan cuantos afirman que los nacionales utilizaron la resistencia del Alcázar como factor de propaganda en las primeras semanas de la guerra. Los nacionales apenas sabían lo que estaba sucediendo en Toledo. El Gobierno y los líderes de las milicias iniciaron la épica del Alcázar; ellos inventaron y airearon noticias triunfales sobre un falso heroísmo de los sitiadores. Así empezó, paradójicamente, la leyenda; los gobernantes de Madrid visitaban a diario Toledo rodeados de periodistas y de personajes políticos extranjeros invitados a presenciar el brillante comportamiento de las tropas «leales». Armados de pistolón y correajes, se retrataban en los parapetos, y sus fotografías circulaban por todo el mundo. Luego se les servía un excelente almuerzo en el palacio Arzobispal, convertido en Gobierno Civil, cuartel general y centro de relaciones públicas y se despedían de los combatientes con una frase que se hizo muy común: la de tomar café próximamente en el objetivo por el que estaban luchando.

VOCES PARA EL BRONCE. PALABRAS INCREÍBLES

Respecto a la casi increíble sobriedad del dramático diálogo entre el coronel Moscardó y su hijo no hay razón para extrañarse. En el año 36, antes aún de que estallase la guerra, los españoles sabían que la lucha iba a ser, estaba siendo, a muerte. La revolución de Asturias —1934—, conducida y ejecutada por el PSOE, fue un anticipo de lo que estaba siendo la de 1936: fusilamientos, torturas, persecución religiosa implacable con bárbaros martirios de sacerdotes, religiosos y seglares católicos, incendios y voladuras de templos, asesinato y tortura de guardias civiles, saqueo de bancos.

Y era natural, a nadie le extrañaba, la revolución era eso; eso predicaban los líderes; lo que se vio en Asturias no era otra cosa que la repetición de lo sucedido en Rusia; lo de que aún estaba sucediendo en Rusia; sólo hacía dieciocho años que unas milicias como aquéllas y unos líderes como Ibárruri

y Largo Caballero habían fusilado a los zares y a sus hijos; nadie esperaba otra cosa. Por eso, el diálogo del coronel Moscardó y su hijo puede parecer melodramático y demasiado bien recitado para quien no estuviera viviendo aquella España en llamas. No hay melodrama ni guión literario: las cosas eran así, y el jefe de las milicias se comportaba exactamente igual en Toledo que en Madrid o Guadalajara, igual que lo hiciera González Peña en Asturias veinte meses antes:

—*Papá, dicen que si no te rindes me van a fusilar.*

—*Pues encomienda tu alma a Dios.*

Esto es lo esencial, y todo el diálogo está impregnado de lo mismo: fe, disposición animosa para el martirio, exaltación patriótica, cumplimiento del deber a toda costa. A las nuevas generaciones les suenan raro expresiones como «dar hasta la última gota de sangre» por la patria. Entonces se entendían muy bien. Y se juraban. Se juraban de verdad y se cumplía el juramento sin amargura.

Este diálogo tuvo varios testigos; son ellos quienes lo han divulgado. De lo contrario resultaría increíble. No su sentido, el significado de sus palabras, sino su literalidad, esas frases breves, espléndidas, que en cualquier escenario resultarían un exceso y allí, en el Alcázar de Toledo, en el Alcázar asediado de 1936, a nadie le parecieron extrañas, aunque a todos los conmovieran acreciendo en ellos su respeto por el coronel, su confianza en el mando.

La mentira fue un cáncer que debilitó a las fuerzas gubernamentales a lo largo de toda la guerra. La mentira descompuso también a la sociedad civil. La mentira hundió la moral de sus tropas haciéndoles perder numerosas batallas y, finalmente, la guerra.

La mentira provocó movimientos de pánico crueles e injustificados en la retaguardia, el éxodo de poblaciones enteras obligadas a huir hasta traspasar la frontera francesa condenándolas a tremendos sufrimientos y a destierros irrazonables de gentes que merecían la paz.

La mentira que siguió tenaz, terca y cobarde tras la derrota. Que sigue aún.

24 de agosto. Lunes

Setenta cañonazos de 15,5, alternados con morteros y fusilería: según *El Alcázar* no constituyen novedad digna de mención. En la excavación de la mina se está usando una perforadora accionada por un compresor. Salida, a noche cerrada, para regresar con cincuenta sacos de trigo. Bajas: un herido.

25 de agosto. Martes

Un solo disparo del 15,5, en todo el día, lo que causa sensación en los defensores, y un bombardeo aéreo cuyos proyectiles caen a gran distancia del Alcázar. Por la noche el enemigo quiere incendiar a todo trance la puerta de Hierro. No lo consigue. Bajas: un herido y un contuso.

26 de agosto. Miércoles

Por primera vez aviones nacionales bombardean al enemigo que sitia el Alcázar. Un avión de observación viene de Madrid para apreciar los efectos. Una nueva salida regresa con algunas frutas. Bajas: no hubo.

27 de agosto. Jueves

Fuego de artillería durante todo el día que destruye la artística fachada norte. El cañoneo ha durado once horas. Bajas: un muerto, cuatro heridos y dos contusos.

28 de agosto. Viernes

La artillería sigue abriendo brecha en la fachada norte, con 81 proyectiles; también se usan artillería del 7,5, petardos de trilita y ametralladoras. Bajas: no hay.

29 de agosto. Sábado

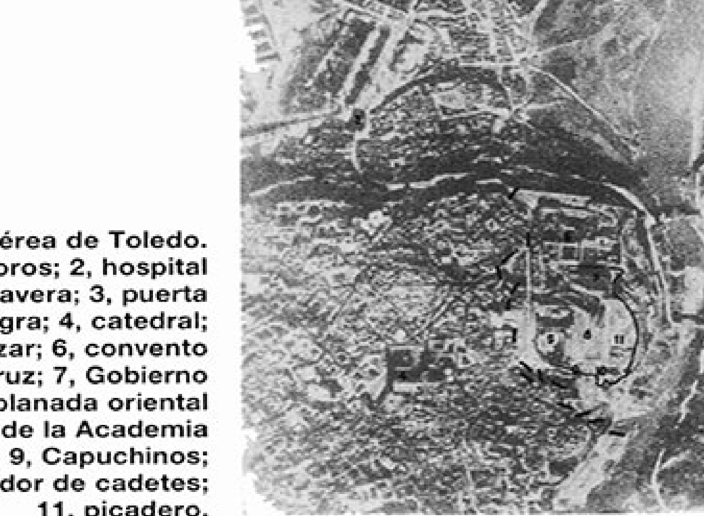
Fuego artillero contra la fachada norte y contra Capuchinos, ensanchando la brecha casi hasta el torreón noroeste: 53 proyectiles del 15,5 y otros de menor calibre que llegan a proyectar dos enormes piedras de cantería, a través de unas claraboyas, al sótano sur, atestado de gente, sin que esto produzca ningún herido. Bajas: dos contusos.



Magnífica vista de la fortaleza (fachada norte y este) y parte del recinto defensivo exterior. Al pie, el puente de Alcántara.



Zocodover. A la izquierda del reloj, sede de la Falange, saqueada por el Frente Popular tras las elecciones de febrero de 1936.



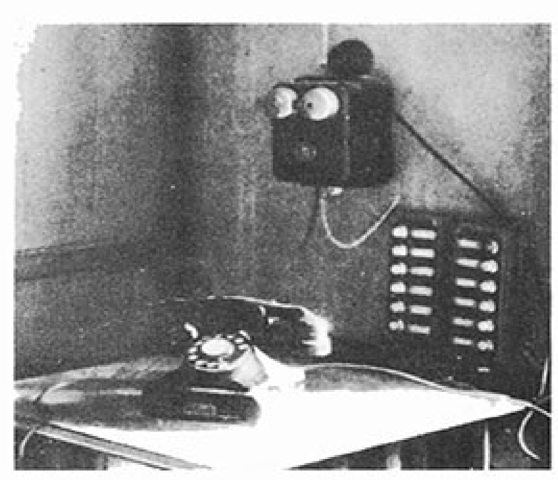
Vista aérea de Toledo. 1, plaza de Toros; 2, hospital de Tavera; 3, puerta de Visagra; 4, catedral; 5, Alcázar; 6, convento de Santa Cruz; 7, Gobierno Militar; 8, explanada oriental y gimnasio de la Academia Militar; 9, Capuchinos; 10, comedor de cadetes; 11, picadero.



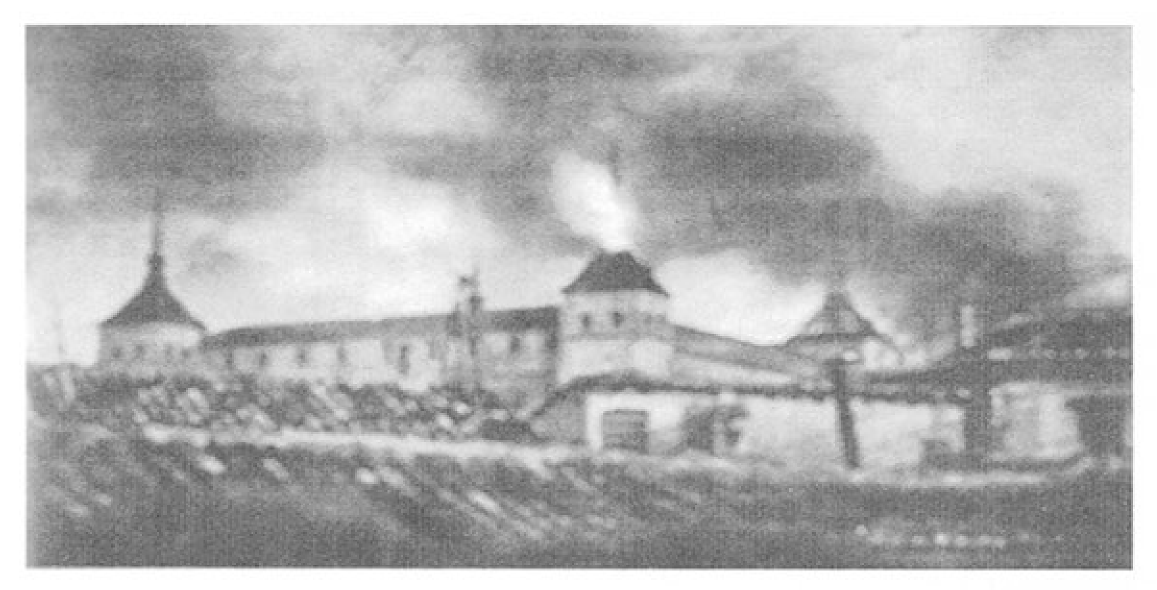
21 de julio, 07.00 horas. El capitán Emilio Vela declara el estado de guerra. Pocas horas después la guerra empieza realmente: el Alcázar sufre el primer bombardeo.



Despacho del coronel Moscardó.



Teléfono del coronel Moscardó:
«Un beso muy fuerte, papá.»
«Adiós, hijo mío.
Un beso muy fuerte.»



Un torreón en llamas. El general Riquelme espera quebrantar la moral de los sitiados con la contundencia de la artillería.



Barricada próxima a Zocodover. Un lugar seguro para el turismo de guerra.



La bandera soviética identifica a los milicianos: Quinto Regimiento creado en España por la URSS antes de 1936. Líster mandaba la unidad; en Toledo sufrió el primero de una larga serie de reveses.



Milicianos avanzando por la brecha; esperaban caminar sobre cadáveres.

Largo Caballero, disfrazado de miliciano. Los altos cargos acuden frecuentemente a Toledo; en cualquier momento podrán hacerse la foto de la victoria.



«Yo os saludo, héroes gloriosos de España.»





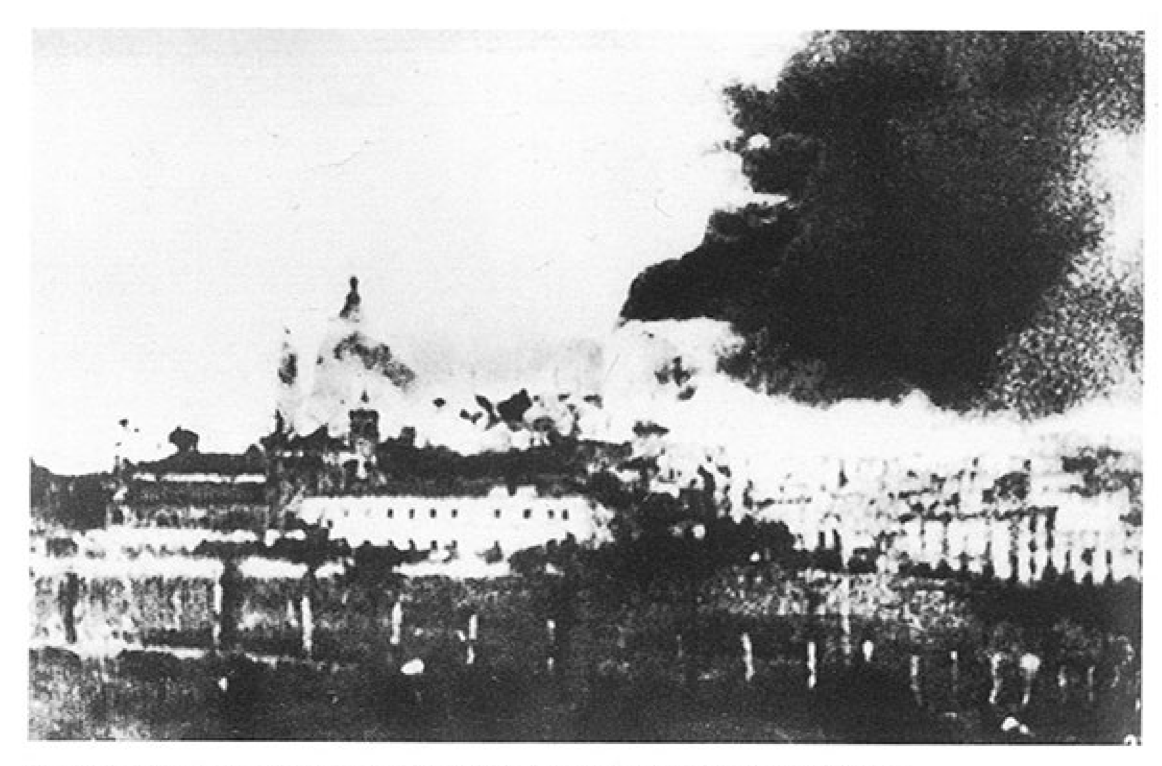

Antonio Rivera y Luis Moscardó, estudiantes. Los dos entregaron la vida con plena conciencia de su sacrificio.



El capitán Milans del Bosch ha llegado con las columnas liberadoras. El cadete Jaime Milans del Bosch ha defendido el Alcázar. Padre e hijo se unen en un abrazo.



Moscardó camino de su nuevo puesto de mando: el hotel Castilla. Por esa calle, muy próxima al Alcázar, parece no haber pasado la guerra.



Una gran llamarada; una espesa nube de polvo y humo. Cinco mil
kilos de trilita abrieron brecha en un costado de la fortaleza,
derribaron un torreón y no lograron mellar
la espada de los defensores.

Franco escucha atentamente.
Varela ha cumplido: llegar
a Toledo en tres días.
Los héroes cumplieron: resistir.
Franco cumplió: liberarlos.



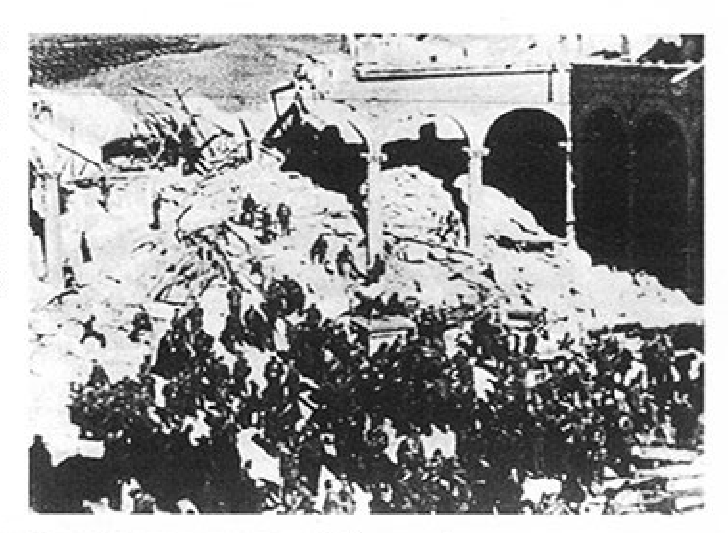
Sobre las ruinas recién
liberadas ondea la bandera.
Centinela, un guardia civil
correctamente uniformado:
«Siempre fiel a su deber.»





Los primeros asaltantes penetran por la brecha.
Nadie los sigue. El asalto fracasa:
la brecha se ha convertido en trampa mortal.

Unos están en sus
puestos de combate.
Otros en un intento
de formación.
Llega Varela,
vibra el cornetín,
se adelanta
Moscardó:
«Sin novedad
en el Alcázar.»





Atrás quedan
la suciedad,
la atmósfera casi
irrespirable,
el miedo; la vida
empieza otra vez
para este niño;
este pequeño héroe.



Dominados los parapetos milicianos de la cuesta de las Armas, éste es el escenario que encuentran legionarios y regulares.



Quedaron atrapados. La propaganda les hizo creer que los liberadores eran fuerzas de la fantasmal «Columna Mangada».



Diez mil cañonazos, treinta bombardeos aéreos, tres minas, diez incendios; estas ruinas atrajeron la atención y la simpatía del mundo entero.

TERCERA DIMENSIÓN PARA UN DUELO

El duelo a muerte entre el Gobierno de Madrid y los defensores del Alcázar adquiere una nueva dimensión para los sitiados.

Del Diario de Operaciones:

Día 16 de agosto. Domingo.

A las siete de la mañana las piezas de 10,5 cm empiezan a disparar, enviando unos veinte proyectiles sobre la explanada este y Paso Curvo, cesando el fuego a las siete y cuarenta y cinco.

El paqueo no es intenso durante la mañana y tarde.

A las dieciocho y treinta vuelve a romper el fuego la batería contra la fachada norte, disparando diez proyectiles y cesando a las dieciocho y cuarenta y cinco horas.

Con tranquilidad termina el día.

Durante la mañana y parte de la tarde se han oído ruidos subterráneos hacia la parte sudeste del Alcázar, y escuchados por personal técnico pudieran ser trabajos para construir una mina que partiese de las casas de enfrente del torreón sudoeste y quisieran llevarla debajo de este torreón, que es el camino más corto; informan asimismo los técnicos que supone un trabajo lento, muy difícil, de mucha duración y casi ineficaz, porque todo el terreno en que se asienta el Alcázar, así como el que lo rodea, es de roca viva y además, por lo escuchado, parece ser que el trabajo lo están haciendo con maza y barreno.

Como a falta de víveres se usa trigo en las comidas, en sustitución de garbanzos, arroz y alubias, no parece ser que agrade mucho, pues se ha observado que no se pone blando y que no se digiere, por lo que se dispone se triture antes, y así se logra que agrade y que se digiera perfectamente.

Al atardecer se vio regresar del sudoeste una escuadrilla de tres aviones que días antes pasó en esa dirección y que no volaron sobre Toledo ni el Alcázar.

A las once de la mañana unos cuantos individuos de la Escuela, con un paisano dueño de la casa que iban a reconocer, efectuaron una requisa de

chocolate, unas quince libras, que entregaron, como se hace en todas las requisas, a la enfermería.

Los puestos que dan a la cuesta del Alcázar han reforzado con alambreras sus ventanas, porque desde la casa de enfrente les tiran con granadas de mano.

Por combinaciones hechas con todos los receptores que hay en el Alcázar y sus válvulas se consiguió por fin, en la noche de este día, captar la estación portuguesa de Radio Club Portugués y algunas italianas, elevando este hecho aún más el espíritu, pues las noticias no son tendenciosas y se va descubriendo la verdad de la situación, que es la que se había deducido por las noticias tendenciosas de Unión Radio.

Bajas de este día: dos contusos.

Hasta entonces, la hostilidad enemiga se ha manifestado en dos dimensiones: acción directa de la infantería y acción indirecta —bombas que llegan por el aire— de la artillería y la aviación. Los sitiados perciben una nueva amenaza que llega del subsuelo. El coronel refleja en el Diario el resultado de la evaluación que ha hecho del problema con sus técnicos, entre los que hay un teniente de Ingenieros y un ayudante de Obras y Fortificaciones. Da la impresión de que han tratado de animarse unos a otros quitando importancia a la amenaza: el terreno es roca viva y el trabajo se está haciendo con medios muy pobres; suena a optimismo forzado, a buenos deseos.

Pero es una amenaza preocupante: la más seria desde que empezó el asedio.

Hay, felizmente, constancia de otra nueva dimensión: los escuchas de radio han perfeccionado el receptor y alcanzan emisoras extranjeras que les confirman lo que hasta entonces eran sólo deducciones obtenidas mediante un inteligente análisis de los noticiarios gubernamentales.

FISIOLOGÍA MANDA

La respuesta intestinal a la dieta alimenticia no es satisfactoria; los sitiados observan que el trigo pasa por su cuerpo sin perder la forma ni dejar en él sus elementos nutrientes. Es de muy buena calidad, según los entendidos, pero ni les gusta ni los alimenta. La intendencia y la cocina unen sus esfuerzos y el problema queda resuelto.

Un refugiado ofrece algo que quedó en su casa: chocolate. La salida se hace en pleno día: siete kilos para dos mil personas, pero las circunstancias realzan la importancia de algo tan modesto; un paisano y unos soldados han arriesgado mucho para hacer ese obsequio a quienes serán últimos destinatarios del botín: los niños.

«Con tranquilidad termina el día», dice el coronel. Lo dice muy pronto, en las primeras líneas, pero sin duda no está tranquilo; la guerra de minas es insidiosa y terrible.

El día 19 deja constancia de su preocupación en el Diario: no piensa esperar con los brazos cruzados.

A las veintitrés horas se puso en ejecución el plan de incendiar la casa de donde se supone parta la mina, lo que se consiguió plenamente por medio de granadas incendiarias de mano y botellas de gasolina; el enemigo, al darse cuenta, apagó la luz de muchos sectores de la población e hizo fuego con artillería del 7,5, pero sin eficacia. El resto de la noche, tranquilo.

Bajas de este día: dos heridos.

Más tarde, los escuchas de la mina comprobarán que el incendio no ha detenido los trabajos subterráneos. A partir de ese día se repetirán los intentos de abortarlos llegando a su origen.

La mina estará ya presente en la mente del coronel y, poco a poco, en la de todos los sitiados que, antes o después, se enteran de su existencia.

Hay un equipo de vigilancia permanente. Los mineros trabajan en la roca viva del subsuelo, que es un excelente conductor del sonido. Desde un sótano, el más profundo, se sigue la marcha de la perforación; no hay más medios técnicos que un fonendoscopio; el teniente Barber lo ha obtenido en la enfermería. Pero con sólo aplicar el oído a la roca se distingue el sonido de los barrenos, las palas y, más adelante, el compresor, la perforadora y, a veces, las voces de los mineros.

En todo lo que resta del mes de agosto la amenaza de la mina se irá incorporando a la vida y el pensamiento de los sitiados: conviven con ella, como conviven con las granadas de artillería, cada vez más próximas, más en el interior de la fortaleza; como con el hambre y la sed y la ropa sucia y los parásitos; la mina está ahí; avanza cada día bajo tierra tan implacable como la destrucción que avanza sobre las propias ruinas.

Pero también avanzan las tropas de Franco.

El día 23 de agosto el Diario de Operaciones termina hablando de sardinas. El día anterior, de leche condensada; pero es en el texto del día 23 donde más claro y explícito se manifiesta el júbilo por este otro gran acontecimiento que rompe la rutina agosteña. El día 22 el Diario da cuenta, con la natural alegría, del sorprendente paso de un avión que, en vuelo rasante, arroja en el patio un gran fardo con víveres y otro cerca de la puerta de Hierro. La alegría es grande; las columnas amigas han dado un testimonio de gran valor: saben que el Alcázar resiste.

Pero el día 23 es el del gran júbilo. Han encontrado una parte de lo que arrojó el avión; no contiene alimentos, sólo papeles. Pero para los sitiados es lo más valioso del envío.

Del Diario de Operaciones:

Día 23 de agosto. Domingo.

A primeras horas de la mañana se hace un reconocimiento por la explanada este que da por resultado encontrar un mensaje lastrado que produce inmenso júbilo, pues contiene dos cartas del general Franco y un código de señales para nuestra aviación. Ante la seguridad de que nuestros hermanos velan por nosotros, el espíritu, que siempre ha sido excelente, aún mejora mucho más. Las cartas, una vez leídas por el mando, se exponen en el patio para que sean leídas por toda la guarnición, e inmediatamente se ponen en el patio y explanada este los paneles para comunicar a nuestra aviación que podemos resistir. Las cartas dicen textualmente: «Hay un membrete que dice: con escudo y corona mural: General Jefe del Ejército de África y Sur de España: A los bravos defensores del Alcázar toledano.—Nos enteramos de vuestra heroica resistencia y os llevamos un adelanto del auxilio que os vamos a prestar.—Pronto llegaremos a ésa; mientras, resistid a toda costa, que os iremos llevando los pequeños socorros que podamos.—¡Viva España! —El General, Francisco Franco.—Rubricado».

La otra, con el mismo escudo y membrete: «Un abrazo de este Ejército a los bravos defensores del Alcázar. Nos acercamos a vosotros, iremos a socorreros; mientras, resistid; para ello os llevaremos pequeños auxilios. Vencidas todas las dificultades, avanzan nuestras columnas destruyendo

resistencias.—¡Viva España! ¡Vivan los bravos defensores del Alcázar!—El General, Francisco Franco.—Rubricado.—22 de agosto de 1936».

Próximamente a las siete horas disparó el enemigo unas cuantas granadas de mortero sobre su objetivo preferido: comedor y sección de tropa. A las 7.15 rompen el fuego las piezas del 15,5, lanzando sobre el mismo objetivo, fachada norte, diecisiete granadas, cesando el fuego a las ocho y treinta y causando efecto en la fachada. Hasta las doce dispararon de cuando en cuando con el mortero de 50 mm.

Sobre las doce aparece el avión de bombardeo con un sesquiplano que, como el día anterior, repiten la operación de bombardear y tirar latas de gasolina, con el mismo nulo resultado. Arrojaron entre los dos unas veinticuatro bombas y doce latas de gasolina, dando seis en el patio y tejados. Al mismo tiempo, las piezas pesadas lanzaron veintiocho proyectiles; también los morteros y cañones de Alijares hicieron unos doce disparos.

Como el mensaje del general Franco trae las cintas de la bandera bicolor, se da la orden de reponer ésta, operación que efectúan las mujeres, y todo el mundo se procura escarapelas y cintas bicolor que ostentan como distintivo de la España sana. La primera comida ha sido extraordinaria, por comerse, además del plato diario, lo que el avión nos trajo: sardinas, mortadela y fruta en dulce.

Se dispone por el señor coronel se refuercen los servicios en el comedor y Zig-zag, y también que en los torreones haya un servicio permanente de vigilancia de todas las carreteras que afluyen a Toledo. Por la noche atacaron desde Santa Cruz a Puerta de Hierro con granadas de mano que no hicieron bajas. Una ametralladora emplazada en una ventana de Santa Cruz disparó sobre un puesto, atravesando el parapeto e hiriendo gravemente a un guardia civil de la 3.ª Compañía, José Pérez Serrano, que estaba de puesto, dando desde este momento hasta que murió en la enfermería, poco después, pruebas de su gran patriotismo, como valor y fe en la victoria de nuestra causa, con vivas a España, alegría de morir por ella y exhortar a los demás a no cejar en la defensa, pues la victoria definitiva era segura. La orden de la Comandancia le citó como muy distinguido.

Bajas de este día: un muerto, dos heridos y dos contusos.

El diario *El Alcázar* reproduce también las cartas y un comunicado del coronel Moscardó en el que se congratula por el significado del «vuelo heroico y arriesgado». En el mismo, advierte que el triunfo es seguro pero que «debemos preparamos… ahora como siempre, a los mayores sacrificios,

incluso de nuestras vidas, nunca mejor ofrendadas que al servicio de una futura España tan grande…».

Son ya unos treinta los que han dado su vida, hay más de cien heridos, aunque la mayor parte abandonan la enfermería y se incorporan a su puesto tan pronto se sienten con fuerzas para ello; aún cojean, aún les sangra la herida, pero están en el parapeto, con el arma en la mano… Sólo hace unos días que Yagüe ha tomado al asalto Badajoz; se combate en Guadalupe… El coronel no puede evitar el recuerdo de la mina.

DOS VELOCIDADES Y UNA INCÓGNITA

Agosto se va acercando a su fin y la situación apenas ha cambiado en el Alcázar y en el doble círculo de fuego que lo rodea.

Moscardó prefiere no hacer cuentas. Cuando alguien trata de calcular velocidades de marcha y promedios kilométricos, el coronel no entra en el juego. Sí, de Sevilla a Badajoz han tardado unos doce o catorce días… Sí, ya saben por Radio Club Portugués que Badajoz fue tomada al asalto el día 14… De Sevilla a Badajoz tuvieron que recorrer combatiendo unos doscientos kilómetros de territorio enemigo, a un promedio de más de quince kilómetros diarios[3]. De Badajoz a Toledo la distancia es de 374 km, que a 16 km diarios…

Del Diario de Operaciones:

Día 24 de agosto. Lunes.

Se oyen nuevamente ruidos subterráneos, asegurándose ser de una perforadora accionada por un compresor, por lo que se dispone observación y escuchas para determinar si en efecto es perforadora y localizar su emplazamiento para decidir en su caso.

Bajas de este día: un herido.

No vale la pena hacer cálculos sin otros parámetros que la velocidad de marcha de las columnas del sur; a efectos de cálculo es imprescindible conocer la capacidad de avance de los mineros que perforan la roca sobre la que se asienta el Alcázar y comparar ambas velocidades. Ya no trabajan con martillos y barras; los escuchas han detectado una máquina perforadora. La incógnita es quién llegará antes, los mineros o los legionarios. Y qué ocurrirá si los primeros en llegar son los mineros.

En opinión del teniente Barber, su llegada no tiene por qué significar el fin de la resistencia. Para volar todo el Alcázar necesitarían varias minas y, al parecer, sólo están excavando una o dos galerías. Pueden llegar al punto de explosión en pocos días, ocho quizá. Se sabrá con tiempo y se podrán adoptar medidas para paliar los efectos de la voladura.

El día 26, como prueba contundente de que un ejército bien dotado avanza hacia Toledo, tres aviones nacionales bombardean las posiciones enemigas. Desde el Alcázar se observa con ansiedad todo el horizonte visible; cualquier movimiento enemigo que se sale de la rutina parece señal de próxima liberación, indicio de que las tropas de Yagüe están cerca. El coronel ha ordenado que se vigile atentamente el puente Nuevo por si el enemigo intenta dinamitarlo para obstaculizar el avance de las columnas liberadoras; en caso de que lo intenten, hay que evitarlo a toda costa.

El Gobierno se impacienta

En el exterior los mineros trabajan en dos galerías. Los de la ministra Margarita Nelken no ocultan su actividad, puesto que lo hacen por orden del Gobierno.

(Aunque más tarde nadie aceptó ser el autor de la feliz ocurrencia —volar en el centro de una ciudad un monumento artístico, antiguo palacio imperial, con un grupo de rebeldes y varios centenares de mujeres y niños dentro—, lo cierto es que la decisión fue adoptada en Consejo de Ministros).

La guerra de minas es una barbaridad; la posible destrucción del centro urbano de Toledo es una barbaridad; la matanza de las mujeres y los niños es, además de una barbaridad, un horror, una vergüenza histórica. Pero la defensa del Alcázar es una vergüenza presente y diaria; los está poniendo en ridículo; los partes de guerra mienten profusamente pero, en general, los embustes son menos evidentes; callar la pérdida de Badajoz o decir que Mangada triunfa en la Sierra o que a los facciosos se les han hecho centenares de bajas en un combate inexistente son noticias que el pueblo acepta; está deseando creer que las operaciones marchan bien; y los que desean que marchen mal se fastidian si lo creen, y se fastidian si no lo creen porque tienen que callar si quieren evitar ir a una checa acusados de espías y derrotistas. Pero el fracaso del Alcázar es como llevar un rótulo de tonto en la frente, está a la vista de todo el mundo; hasta en Río de Janeiro se interesan por la marcha del asedio y manifiestan simpatía hacia los sitiados; en Madrid se ha publicado varias veces el fin de la resistencia, mientras todos los días llegan cientos de milicianos que hacen la guerra en Toledo y cuentan la realidad del asedio. El Gobierno está humillado e iracundo. Si en otros frentes el enemigo se mueve, en Toledo está encerrado y a tiro de fusil, de cañón; se le puede aplastar.

Pero hasta la guerra de minas les está resultando difícil. El incendio del que habla el Diario de Operaciones (19 de septiembre) fue un acierto y destruyó la casa en la que se amparaban para hacer el trabajo. Anteriormente se inició otra galería en el hotel Imperial, situado en la cuesta del Alcázar, y hubo de ser abandonada por la misma razón. Ahora trabajan en la calle de Juan Labrador, la zona está protegida por un fuerte dispositivo de fortificaciones y un estricto cinturón de vigilancia que no permite acercarse a quien carezca de autorización. Ni siquiera al comandante militar; allí manda la UGT.

La otra galería es de la CNT; tampoco se admiten visitas; ni siquiera el coronel Álvarez Coque. Se sabe que existe, que se trabaja en ella, pero el secreto es absoluto.

30 de agosto. Domingo

Se cumple mes y medio del asedio. Pese a los destrozos de la artillería el Alcázar sigue siendo una fortaleza inexpugnable. Tras varios bombardeos artilleros, se usan petardos y gasolina, en especial contra la puerta de Hierro. Bajas: un herido y dos contusos. *Las columnas de Yagüe toman Oropesa.*

31 de agosto. Lunes

Varios ataques contra la puerta de Hierro con dinamita y trilita, además de con gasolina y líquidos inflamables, que no consiguen incendiar el Alcázar. Bajas: dos contusos.

1 de septiembre. Martes

Entre la mañana y la tarde explosionan más de sesenta proyectiles del 15,5 y algunos del 7,5, siempre ensanchando la brecha de la fachada norte. Las granadas entran directamente en el patio. Siguen ataques con petardos y botellas de líquido inflamable. Bajas: dos contusos.

2 de septiembre. Miércoles

Con petardos de trilita y fuego de artillería el enemigo sigue tratando de abrir brecha en la puerta de Hierro y en el torreón nordeste, con 44 proyectiles del 15,5 y varios más del 7,5. Como consecuencia, la cocina y el horno de campaña se trasladan —una vez más—, esta vez a la enfermería. Bajas: dos contusos. *El coronel Álvarez Coque sufre un pequeño accidente de automóvil, lo que le permite dejar el mando de la columna y del asedio. La concentración artillera contra el Alcázar es ya de veinte piezas.*

3 de septiembre. Jueves

Cincuenta y cinco proyectiles del 15,5 y varios petardos de trilita siguen tratando de abrir brecha desde las siete de la mañana en la puerta de Hierro. La cocina y el horno, decididamente itinerantes, se trasladan al sótano, al sitio de los almacenes. Tras un fuego persistente del 7,5, el torreón nordeste pierde su cara norte y parte de las este y oeste, quedando la cúpula en el aire, como sostenida por la fe más que por la arquitectura. Se sigue oyendo el ruido de la perforadora de la mina. Bajas: tres muertos y dos contusos.

AL CORONEL NO LE SIRVEN LOS TRIMOTORES

Álvarez Coque está muy desanimado; le están fallando los medios clásicos y los de fortuna, la aviación y los petardos, la artillería y la gasolina. Parecía en julio que los ataques aéreos serían decisivos: nada. De ocho bombardeos en los pocos días de julio se pasa a sólo seis en agosto, y el coronel ya no los solicita, porque al Alcázar no parecen afectarle y, en cambio, producen bajas en los sitiadores, lo que provoca reacciones de ira entre los milicianos que no dudan en acusar de traición a los militares. La artillería es más precisa y está consiguiendo efectos visibles; al Alcázar le arranca pedazos, pero hay mucha piedra allá, en lo alto, y los defensores no parecen afectados por la erosión. La gasolina se muestra rebelde, arde al revés; rocían la cuarta cuadra, el Gobierno Militar, y casi siempre los sitiados consiguen que el fuego les estalle en las manos a los incendiarios. Los petardos lanzados con honda y a mano tampoco resuelven nada.

LUCHA URBANA Y EXIGENCIA DE URBANIDAD

Se ha luchado repetidamente en la zona del Zig-zag y la cuesta del Carmen; el Gobierno Militar está allí mismo, en la acera de enfrente. Pero lo defiende una guarnición decidida y siempre alerta. Lo aguantan todo; les caen encima cañonazos, morterazos, dinamita, gasolina, granadas de mano, bombas incendiarias, fuego graneado, y ellos callan. Si algo arde, actúan con extraordinaria diligencia como eficaces bomberos; si les destruyen un parapeto lo rehacen, como pueden, al instante. Y en el momento en que el enemigo intenta acercarse, lo inmovilizan con sus fuegos cruzados. A veces en el asalto van por delante un tanque o dos, lo que envalentona a los atacantes que consiguen aproximarse a la posición para morir en la tierra de nadie cuando los blindados, al verse en peligro, dan media vuelta. Los intentos por la cuesta del Alcázar tienen el mismo resultado; en uno de ellos, al retirarse los guardias de Asalto rechazados por la guarnición del Simplón se dejan detrás un compañero muerto. Poco después, uno de los guardias anuncia

que va a salir del parapeto sin armas y pide que le dejen hablar. Se le responde afirmativamente:

—Puedes salir, te habla un oficial, no te ocurrirá nada.

El guardia salta del parapeto y dice algo así:

—Oye, los del Alcázar; que nos dejéis retirar a ese compañero muerto.

El oficial, teniente Silvano Cirujano, le responde:

—He dicho que hablas con un oficial; cuando te dirijas a un superior, ponte firmes y pide permiso correctamente.

El guardia se pone firmes y contesta:

—A sus órdenes; solicito permiso para retirar el cadáver de un compañero.

—Así está bien; podéis retirarlo.

Y se lo llevan sin que nadie los moleste.

Pocas ocasiones hay para cortesías de esta especie. Los guardias de Asalto son buenos combatientes, pero cuando se dirigen a los del Alcázar lo hacen con intención de atemorizarlos, insultarlos y anunciarles un terrible y próximo fin. En su intento de quebrantarles la moral amplifican con altavoces las emisiones de Radio Madrid. Magnífica ayuda; las noticias alentadoras que publica *El Alcázar* en las primeras semanas de aislamiento nacen del análisis de esas informaciones tan descaradamente falsas.

El rector de la Universidad Complutense, A. Schuller: «En este bastión y raíz de la España eterna, con la emoción que produce el reencuentro con tantos héroes.»

OTRAS MANERAS, OTROS MODALES

Una muestra de todo lo contrario a este ejemplo de comportamiento caballeresco, en el Diario de Operaciones:

Día 7 de septiembre. Lunes.

Por la mañana, a las once y treinta, unos falangistas hicieron una salida, resultando muerto el falangista Maximiliano Fink, quedando su cadáver en sitio muy batido; salió a recogerlo su compañero Godoredo Bravo, que quedó muerto en el cruce de calles y también en un sitio muy batido; un tercero, José Canosa, logró atar el cadáver del primero, y un cuarto, José Berzosa, retiró el del segundo, quedando el de Fink para retirarlo de noche, ya que en pleno día era aumentar las bajas. Se distinguió notablemente en

estas operaciones el falangista José Conde, que resultó herido. Sobre las veintidós salieron los falangistas a retirar el cadáver de Fink, lo que lograron valerosamente en medio de un nutrido fuego enemigo que tenía gran empeño, no sólo en que no se retirase el cadáver, sino en apoderarse de él.

El «paqueo» durante la noche y madrugada fue bastante intenso por el frente sur, sitio donde cayeron los de Falange por la mañana. Los ruidos subterráneos se siguen oyendo con más intensidad.

Bajas de este día: cuatro muertos y nueve heridos.

El diario *El Alcázar* del día 8 reproduce la orden de la Jefatura provincial de Falange:

Por su heroico comportamiento al intentar retirar el cadáver de su camarada Maximiliano Fink, se le concede la Palma de Plata al camarada Godofredo Bravo (q.e.p.d.).

Quedan propuestos al jefe nacional del Movimiento, para igual honor, los camaradas José Canosa, José Berzosa, José Conde, Antonio María Iraola, Feliciano González, Ramón Astarloa y José María Oliveros.

Igualmente queda propuesto (si sus superiores jerárquicos se lo permiten) para Aspa Blanca el teniente de Artillería Eduardo Ríos.

No hubo cortesía para Maximiliano Fink, estudiante falangista caído cuando, en pleno día, cumple con su escuadra un arriesgado servicio de reconocimiento en el exterior de la fortaleza. El fuego de los sitiadores les corta el paso; Fink cae muerto. Júbilo en los parapetos enemigos, tienen un muerto a la vista, un defensor del Alcázar: es como una victoria. De lo que ocurre dentro apenas tienen noticias, sólo conjeturas, pero aquel muerto está allí, es una evidencia, podrán retirarlo, llevarlo a Zocodover o a la plaza del Ayuntamiento y mostrarlo a la gente, con orgullo, como el cazador que exhibe un trofeo.

En los parapetos se agolpan los milicianos que quieren verlo y apuntan al muerto con fusiles y ametralladoras. A los gritos de los defensores pidiendo unos minutos de alto el fuego para retirar al camarada caído, responden con la contundente voz de las armas: fuego graneado. Otro muchacho, Godofredo Bravo, se dispone a intentarlo.

—Cubridme —dice a sus compañeros—. Siguen disparándole, voy a por él.

Y muere en el intento. Pepe Canosa tiene más fortuna y logra atar una cuerda al cuerpo de Fink y Berzosa retira el de Bravo. A Pepe Conde lo

hieren en uno de los intentos; se combate por rescatar los dos cuerpos hasta bien entrada la noche.

No hubo cortesía con los caídos del Alcázar; no hubo en los parapetos oficial que, como el teniente Cirujano, ordenase el alto el fuego, pero los falangistas lucharon hasta conseguir retirarlos y dieron su sangre por ellos, por enterrarlos con sus compañeros, por rendirles los últimos honores, rezarles una oración y cantarles su himno que habla de luceros, paz y primavera.

Del plano al terreno. De lo pintado a lo vivo

El general Riquelme creyó poder desentenderse de Toledo y su molesto nido de rebeldes. Como el cirujano prestigioso que deja a sus ayudantes las últimas puntadas de una intervención quirúrgica, dejó a su fiel Álvarez Coque encargado de apuntillar el Alcázar y ponerle grilletes a Moscardó, para marcharse al más brillante frente de la Sierra, tan jaleado en Madrid. Y estando en esa guerra aparentemente fácil y vistosa en la que tampoco logra un solo éxito pero es menos evidente el fracaso, viene a complicarle la existencia su compañero el general Puigdendolas, que ha perdido Badajoz. Después de huir a Portugal y regresar a Madrid, recobra el mando del Ejército de Extremadura y continúa perdiendo una batalla tras otra. Ya puede decirse que no hay realmente Ejército de Extremadura, pues sólo un pequeño pueblo, Alía (Cáceres), permanece en zona no ocupada; lo que queda del Ejército de Extremadura es un conjunto mal coordinado de columnas enviadas desde Madrid, y algunos pequeños grupos de fugitivas milicias extremeñas.

Como jefe del Ejército del Centro, Riquelme tiene que dedicar atención creciente a esa amenaza que se disparó como una saeta desde Badajoz y avanza con desparpajo asombroso hacia la provincia de Toledo.

Tres frentes: el serrano, Somosierra-Guadarrama-Gredos; el valle del Tajo, también llamado —para disimular— frente de Extremadura, y el inastillable hueso de Toledo. El frente del Tajo es un sobresalto continuo; se le hunde todos los días.

Como general de carrera que es —y nada tonto—, estudia sobre el plano la situación, y el plan de operaciones se dibuja solo; el atacante no es numeroso y avanza como quien se mete en la boca del lobo: unos seis mil hombres rodeados al norte y al sur por territorio enemigo. Riquelme dispone de treinta mil hombres; sólo tiene que enviar al Tajo doce o quince mil, fijar

por el frente, atacar por los flancos, envolver por la retaguardia a esos seis mil insensatos y las tropas del mítico Franco quedarán sepultadas en los llanos donde Extremadura empieza a llamarse Castilla.

Tiene a su lado generales y jefes profesionales; mandan las columnas hombres como Mangada, Álvarez Coque, Asensio Torrado, Burillo, Uribarri, a quienes la prensa ha convertido en héroes: puede operar con estas fuerzas y ganar la guerra. Todos los días traza unas líneas en el plano —frenar aquí, atacar allá—, señala objetivos, ordena la salida de nuevas unidades, trenes blindados, artillería, batallones reorganizados con fugitivos de batallas perdidas y otros, flamantes, procedentes de Valencia, Asturias, Cataluña, voluntarios polacos e italianos, la famosa «Columna Fantasma» del capitán Uribarri, que, haciendo honor a su nombre, sale de Madrid ostensiblemente hacia El Escorial y, en el mayor secreto, dobla hacia Extremadura con la misión de tomar Guadalupe y, desde allí, formar parte de la tenaza que va a trincar a las columnas de Yagüe para dar fin a su temeraria aventura. La «Columna Fantasma» se ha motorizado a sí misma mediante la requisa de camiones y turismos, lo que le permite moverse gran soltura. Así, después de ser derrotada en Guadalupe aparece en Talavera y finalmente —fugitiva sin disimulo y desarmada— en Navalcarnero, contándole a la gente cuentos de terror y visiones de pesadilla como que los moros y los legionarios avanzan montados en lo alto de unos tanques enormes erizados de cañones y ametralladoras; algo terrorífico. Riquelme da orden de fusilar a algunos de los fugitivos para acabar con tanto bulo y, si es posible, fortalecer la disciplina. Uribarri, vergüenza y deshonra de la Guardia Civil, huyó a Francia en 1938 llevándose un tesoro en joyas y dinero robados a gentes asesinadas por sus patrullas. Tan delictiva fue su conducta, que el Gobierno de la República pidió su extradición. Pero el Gobierno estaba muy desacreditado por los crímenes cometidos en su zona Francia no la concedió.

Cuando termina agosto Riquelme y Álvarez Coque han perdido la poca fe que hayan podido tener en sus tropas, y las tropas se afirman en la desconfianza con que siempre miraron a los militares de carrera. Militares y milicianos observan impotentes el Alcázar; ya sólo confían en algo que tiene poco que ver con el arte de la guerra y con el heroísmo del pueblo en armas: la trilita.

Septiembre, 5, en el Excelsior de París: «Se anuncia oficialmente que, después de un ataque con granadas de mano, las milicias han conseguido penetrar en el Alcázar y que muchos de los sitiados se han rendido. El edificio de la Academia está ardiendo.» Dos días después: «El Gobierno ha decidido volar el Alcázar con dinamita, para lo cual se ha comenzado a minarlo. Una lluvia de obuses cae noche y día sobre las murallas en ruinas. El edificio del Gobierno Militar ha sido volado y sus ruinas están ardiendo, lo mismo que otras construcciones que rodean el Alcázar.»

LA CUARTA MINA

En el subsuelo próximo al Alcázar se trabaja para volarlo. Hay tres minas en ejecución, pero el Gobierno y los sitiadores preferirían la estética de la rendición, ver hecha realidad la foto soñada y falsamente anunciada: los sitiados saliendo de cinco en cinco y con los brazos en alto. Muchos quisieran repetir con la cabeza de Moscardó el macabro paseo callejero que le dieron a la del decapitado general López Ochoa —tras asesinarlo en el hospital de Carabanchel— y volver victoriosos a Madrid con el botín ganado. El coronel Álvarez Coque quisiera perder de vista a toda esta gente que lo desprecia, ignora su autoridad, recibe a los ministros y a los diputados que ni preguntan por él, el jefe de la columna, a quien sólo ven cuando van acompañados por el general Riquelme que lo presenta: «Éste es el coronel jefe de la columna», y los políticos le dedican una sonrisa casi siempre desdeñosa; él y Riquelme preferirían vivir ese momento histórico, los defensores desarmados, Moscardó entregando su espada o, simplemente, entregándose a sí mismo con la tristeza y el desaseo de los vencidos.

—Ya se lo avisé —le diría Riquelme—, yo no amenazo en vano.

Riquelme no sabe que tiene los días contados. Álvarez Coque también tiene los días contados, y él lo sabe; ignora cuántos son, pero está decidido a irse tan pronto como encuentre un pretexto medio decente.

La voladura con todos dentro sólo la desean los anarquistas y los comunistas. Los primeros porque les chiflan las bombas; la dinamita, hacer saltar por los aires a reyes y presidentes. Los comunistas porque es su estilo, el modelo estalinista; hacer desaparecer hasta los retoños y la simiente de la casta odiada, sea capitalista, religiosa, militar o terrateniente: borrar del mapa a hombres, mujeres y niños; que el enemigo nunca más pueda renacer.

El Gobierno está dividido, pero en general, y por el qué dirán en el extranjero, los ministros encuentran más atractiva la idea de la victoria militar clásica: el sometimiento del enemigo; su rendición. Naturalmente, sin permitir que el entusiasmo perforador de los mineros decaiga un instante. Mientras tanto —mientras se terminan las galerías o se agota la resistencia—, se puede hacer estallar dentro de la fortaleza la «cuarta mina», última en el orden de

creación y primera en el de ejecución, la mina psicológica: un estallido en el ánimo de los sitiados.

ROJO

Tienen al hombre ideal. Y él sabe que es el hombre ideal, el comandante Vicente Rojo, diplomado de Estado Mayor, antiguo profesor de la Academia de Infantería, católico, buen padre de familia, profesional muy estimado, amigo personal de Franco, serio, intelectual; si hubiese estado destinado en Toledo, sería uno de los defensores del Alcázar. Pero está en Madrid, en la Escuela Superior del Ejército, entre los numerosos militares que no se vieron en la situación de tomar partido; sin moverse, sin hablar ni pronunciarse, están «al servicio de la legalidad», a las órdenes de la autoridad civil, del Gobierno.

Algunos se alzaron presentándose en los cuarteles, poniéndose a las órdenes de los jefes de unidades sublevadas; otros —el comandante Vicente Rojo entre ellos— siguen en sus puestos, asisten a sus despachos, cumplen sus horarios y, cuando les preguntan, afirman su lealtad a la República y su disposición para el desempeño de cualquier servicio que se les encomiende. Él, como oficial de Estado Mayor, está desde muy pronto en el frente de Somosierra tratando de impedir que el ejército de Mola llegue a Madrid.

El comandante Rojo será la perforadora que taladre la galería de la «cuarta mina». La trilita se encamará después en un canónigo, el magistral de la catedral de Madrid: el explosivo psicológico.

Sí, Rojo sabe que es el hombre ideal. Ha visto caer a sus compañeros sublevados en Madrid; piensa que el alzamiento ha fracasado y será reducido en toda España; ama el Alcázar, la Academia de la que fue excelente profesor; ama a sus compañeros sublevados; piensa que puede salvar a algunos, y, desde luego, a los mandos de inferior graduación y a la tropa; compadece a las familias; cree que si Moscardó no se rinde, serán volados y morirán todos. No está seguro de convencer a sus compañeros porque entiende muy bien su actitud y comparte las razones que los empujaron a adoptarla; pero está seguro de que si hay alguien que pueda inclinarlos a deponer las armas, es él. A él, por lo menos, lo escucharán.

Y acepta la misión; parlamentará con el coronel Moscardó —si éste accede a recibirlo— en nombre del Gobierno de la República.

DUELO DESIGUAL

No saben qué inventar. Los sitiadores lo están probando todo; pese a que siempre les falla, siguen gastando gasolina en intentos de provocar incendios; rara vez consiguen su propósito y con frecuencia son ellos los incendiados. El día 28 de agosto hacen una prueba de aproximación de la artillería al objetivo, quizá siguiendo la recomendación del diputado Palomo, quien atribuía al ministro la idea de emplazar los cañones del 15,5 a quinientos metros del Alcázar. El experimento lo hacen con dos piezas más modestas —del 7,5— situándolas en el interior de una casa próxima al castillo de San Servando, antigua fortaleza avanzada al otro lado del Tajo, de la que fue alcaide Rodrigo Díaz de Vivar.

Desde la casa tienen casi a tiro de piedra la sección de tropa. Es como disparar en una barraca de feria: todo son dianas.

Respuesta inmediata: en la biblioteca de Caballería, fachada este, sitúan los sitiados una sección de ametralladoras y se acaba el juego. Los observadores del Alcázar descubren, además, tres ametralladoras en San Servando, pero unos disparos de advertencia bastan para que sus servidores se sientan avisados y no se aproximen a ellas. Ni estas ametralladoras ni los dos cañones causan más molestias.

Otra prueba fallida.

El diario *El Alcázar* continúa dando información optimista. Ya es conocido en el exterior. El día 10 de agosto, el periodista francés Rieu Vernet informa en *La Dèpeche*: «Reducidos a un mínimum de racionamiento, puede decirse que los sitiados se alimentan de esperanza. Para mantenerlos, se les distribuye todos los días *El Alcázar*, periódico redactado por los oficiales y tirado en "ciclostilo"».

AGOSTO SE ACABA

El puente de transición entre agosto y septiembre no tiene altibajos. Los sitiadores perfeccionan su dispositivo; cada día llegan nuevos reflectores y el Alcázar va siendo progresivamente iluminado desde todos los ángulos. Se

pretende con ello dificultarles la vida, evitar que se muevan o intenten salidas durante la noche, y poner el blanco en perfectas condiciones de visibilidad para añadir a los sitiados el castigo y el desgaste de los bombardeos nocturnos.

En el frente del Tajo las columnas de Yagüe continúan avanzando hacia Talavera. La ciudad, unida a Madrid por carretera de primer orden y por ferrocarril, recibe importantes refuerzos humanos y material de guerra. Riquelme está convencido de que puede no sólo detener en seco la marcha del enemigo, sino, también, encerrarlo como gato en un talego, y aniquilarlo. Lo malo es que no paran, y antes de que haya podido organizar su despliegue de tropas ya se lo han desbaratado. Así todos los días.

Y SE LLEVA POR DELANTE AL GENERAL

A Riquelme se le acaban los jefes de confianza y tiene que recomendar que se llame al coronel Salafranca, cuyo mayor mérito consiste en no haberse sublevado: no tenía tropas a las que sublevar. El 18 de julio era jefe de la Zona de Movilización y Comandancia Militar de Ciudad Real; con sólo estarse quieto, permaneció leal al Gobierno mientras la capital y la provincia caían en manos de las milicias locales, de los depredadores llegados de Madrid y de los grupos de excursionistas armados procedentes del cerco del Alcázar.

Dice Hugh Thomas: «… los crímenes fueron realmente atroces. A la madre de dos jesuitas la obligaron a tragarse un crucifijo. Ochocientas personas fueron arrojadas al pozo de una mina. A menudo, el momento de la muerte era acogido con aplausos…». No es que el coronel Salafranca tuviese algo que ver con estas atrocidades, pero era un coronel y era leal a la República, así que el ministro Saravia —que también tiene sus días contados — lo llama y le ordena relevar a Riquelme.

—¿Relevar? —pregunta Riquelme al enterarse.

—Sí, relevar: Salafranca toma el mando de las operaciones.

Riquelme ha sido cesado en la madrugada del día 31 de agosto.

Álvarez Coque piensa que cada minuto se le va a hacer, en adelante, mucho más largo.

En el Alcázar, sin novedad.

Es decir, con las novedades habituales: se resiste y los sitiadores comprueban, cada día, muy a su pesar, que toda acción produce una reacción.

Día 30 de agosto. Domingo.

Por la Comandancia militar se dicta una orden diciendo que los destrozos causados ayer por la artillería afectan más a la visualidad que a la resistencia del edificio, que sigue siendo tan inexpugnable como al principio. A las trece, con una botella de gasolina, incendiaron la parte alta de puerta de Hierro y lanzando petardos intentaron evitar que se apagase, enviándose desde el Alcázar hombres con aparatos extintores y agua, logrando dominar el incendio a pesar de seguir tirando petardos, contestándoles con fusiles y fusiles ametralladores hasta conseguir reducirlos a silencio.

Día 31 de agosto. Lunes.

A las dieciséis ataca el enemigo de Santa Cruz y puerta de Hierro con petardos de dinamita y trilita. La casa que el enemigo incendió ayer sigue quemándose y se observa que la están apagando con una manga de agua, no molestándoles aun estando bajo nuestro alcance, por convenir a este frente no desaparezcan estas casas que le protegen del fuego de fusil y de las vistas de esta parte de la población. A las nueve empiezan otra vez el ataque contra Puerta de Hierro, lanzando, además de petardos, algodones impregnados de gasolina y botellas de líquido inflamable, pero sin conseguir provocar el incendio. A las diecisiete horas se reanuda otra vez el ataque a Puerta de Hierro con petardos, ataques todos que son contestados desde el Alcázar con fuego de mortero, fusil ametrallador y mosquetón.

No hay saltos en la transición, nada cambia, ha caído una hoja más del calendario: el día 31 de agosto la lista de bajas sumaba treinta y un muertos, el día uno de septiembre siguen siendo treinta y uno, y el día tres ya son treinta y cuatro. El día 31 de agosto no hay cañonazos del 15,5, el día uno de septiembre llueven desde las 8.50 sobre la fachada norte, que ya tiene una brecha por la que los proyectiles entran en el patio y estallan produciendo destrozos en el interior.

No hay diferencias importantes; las que hay podrían calificarse de normales; algún muerto más, lento pero inexorable avance en la demolición de la fortaleza, intentos de asalto al cinturón exterior, obstinado empleo por el enemigo del arma incendiaria con escasísimo provecho, situación bélica estacionaria, noticias esperanzadoras del exterior, impaciencia de los sitiadores que acumulan cada día más medios materiales… El día 31 de agosto el guardia Saturnino López ha perdido un anillo de oro; el día 1 de

septiembre se cita como distinguido al falangista Nicolás Hernández por su comportamiento en la extinción de un incendio bajo el fuego enemigo. Nicolás Hernández, un estudiante alegre y bullicioso, morirá durante la tregua del día 11 —visita del canónigo Vázquez Camarasa— asesinado por el disparo de un miliciano desconocido que rompe el alto el fuego. El día 1 de septiembre el soldado de la Academia José Palomares observa desde su parapeto en Pabellones que el enemigo se dispone a disparar un cañón del 7,5. Es un bello romántico episodio de duelo infantería-artillería; José Palomares dispara su mosquetón contra los artilleros impidiéndoles cargar el cañón. Los artilleros le responden con fuego de fusil, pero no consiguen que el bravo soldado cese de hostigarlos pese a la lluvia de balas que acribilla su parapeto. Lanzan unos botes de humo para dificultarle la visibilidad y él sigue disparando, pero sus tiros pierden precisión, lo que permite a los artilleros cargar la pieza y enviarle un cañonazo tan certero que el proyectil destroza el parapeto y estalla esparciendo metralla por todo el puesto. El soldado Palomares cae al interior envuelto en arena, cascotes y trozos de arpillera, se palpa el cuerpo, recupera su mosquetón y se dispone a seguir disparando porque no está herido. Tampoco parece asustado a juzgar por lo que les grita a sus agresores. José Palomares es citado como «muy distinguido» en la Orden del Día de la Comandancia según consta en el diario *El Alcázar*.

Un detalle curioso para quien no esté familiarizado con los modos y las reglas militares; el artículo 4 de dicha Orden del Día resuelve un asunto administrativo: «Las raciones de pan y comida consumida por cada persona en el Alcázar pueden considerarse como raciones de campaña, abonadas por el Estado, sin cargo a los consumidores».

Invita la casa. Es una orden sugerida quizá por el interventor que, en ese día, pasa la revista de comisario reglamentaria por la que dará fe de la existencia de los militares y paisanos militarizados presentes en el Alcázar el día último del mes.

Como los cañonazos penetran en el patio, el diario comenta la indignación que produce entre los asediados «el destrozo artístico», indignación y no temor; indignación que «aumentó el fervor por la causa y nuevos bríos para llevar a término esta gloriosa empresa». La moral no se cuartea con los cañonazos.

Sigue avanzando septiembre y el día 5 es ascendido a cabo por méritos de guerra el bravo soldado José Palomares Garrido que fuera citado como «muy distinguido» por su duelo personal con un cañón enemigo. Dos días después

se comporta otra vez como un jabato con motivo de un nuevo incendio en Pabellones.

El comandante Rojo espera órdenes. Actuará en el momento que el mando estime oportuno. Y eso sucederá cuando los mineros anuncien que su trabajo ha progresado lo suficiente como para anunciar la fecha en que será posible volar el Alcázar.

Actos de heroísmo cada día, sangre, dolor y fe cada minuto. Y esperanza; el día 6 un avión nacional deja caer víveres y mensajes del general Mola. Y el día 7 son ya treinta y ocho los muertos.

El general Lanusse, de Argentina: «Nuevamente en este significativo Alcázar, donde siempre he de sentir, como volviendo a las fuentes para acrecentar mi fe en Dios, mis deudas y compromisos con la patria, con dignidad y heroísmo, como lo hicieron quienes en la resistencia y en la lucha ofrendaron su vida —sin pedir nada en recompensa— nada más y nada menos que cumpliendo con su deber.»

SUENA UNA VOZ AMIGA

El comandante Rojo ha recibido orden de trasladarse a Toledo. Contempla desolado el Alcázar en ruinas, piensa en sus compañeros que no están locos, él lo sabe: él no está loco y podría ser uno más allí dentro; él no está loco y el corazón se le va al lado de los héroes.

Del Diario de Operaciones:

Día 8 de septiembre. Martes.

A las veintidós y treinta, desde las casas del frente sur, un parlamentario, el comandante Rojo, solicitó una entrevista con el coronel, que la concedió a las nueve de la mañana siguiente, dándole todas las garantías.

El comandante Rojo, con un megáfono, rompe el silencio de la noche.

El día 8 ha empezado con un estropicio espectacular: la artillería del 15,5 ha conseguido derribar con veintinueve disparos el torreón noroeste; un éxito notable; el estrépito es enorme y la cuesta del Alcázar queda cubierta de escombros y hierro. Se han hundido varias casas próximas. Después, los

cañones hacen sólo siete disparos más; la infantería parece estar celebrándolo, apenas hay tiroteo durante el día y el silencio es casi absoluto cuando suena la voz amplificada del comandante Rojo. Solicita ser recibido como parlamentario y hablar con el coronel Moscardó o con el capitán Alamán, querido amigo suyo.

4 de septiembre. Viernes

Desde las siete y media de la mañana caen 72 proyectiles del 15,5 y 280 del 7,5, apoyados con fuego de morteros y de fusiles. Durante el cañoneo se hizo una salida para intentar empalmar unos cables y conseguir electricidad. El ataque contra la puerta de Hierro se reanuda con líquidos inflamables que inician un fuego en la farmacia que pronto se comunica al resto del edificio, lo que obliga a la fuerza a retirarse a Santiago. Al anochecer los sitiados consiguen 53 sacos de trigo. Bajas: tres heridos y un contuso.
Las columnas del sur toman Talavera de la Reina. Dimite el Gobierno de Madrid.

5 de septiembre. Sábado

Una salida, a las dos y media de la madrugada, incendia una casa de la cuesta del Alcázar detrás de la que se supone trabaja el compresor de la mina. El bombardeo artillero, desde las siete, castiga la fachada norte con 75 proyectiles del 15,5 e innumerables del 7,5: por la brecha de la fachada las granadas que entran en el patio producen el derrumbamiento total del lado sur de su ángulo sudoeste. Una salida de combate ocupa terreno enemigo, llegando hasta la verja de la casa del guarda. Por su comportamiento en el incendio se asciende a cabo a un soldado de la Academia y se distingue a otros dos y a un falangista. Una salida retira 36 sacos de trigo y otra alcanza la casa incendiada antes y consigue precisar la existencia de dos compresores más alejados. Bajas: un fallecido, nueve heridos y dos contusos.

6 de septiembre. Domingo

A las siete de la mañana comienza un bombardeo que arrojará, en el día, 136 proyectiles del 15,5 e innumerables del 7,5, castigando, sobre todo, el torreón noroeste, hasta casi las siete de la tarde. Este día se reciben, por avión, dos cartas del general Mola: «Mi respeto, mi cariño, mi entusiasmo y mi corazón de viejo infante para los gloriosos defensores de la Cuna de la Infantería española», y una de las muchachas de Burgos a los caballeros cadetes: «Hoy damos nuestras vidas, mañana daremos cuanto somos...» De anochecida, se retiran cuarenta sacos de trigo y se sale por la puerta de Carros para observar y concretar la posición de la perforadora, calculando que el enemigo necesita ocho días más para llegar bajo los muros del Alcázar. Bajas: un herido.

VESTIDO DE «ROJO»

A Moscardó le produce una impresión desagradable el aspecto del comandante Vicente Rojo; viste un mono. Le parece una claudicación, casi un acto deshonroso; él se hubiera dejado fusilar —y otros lo hicieron en Madrid— antes de aceptar cambiar su uniforme por el mono de los milicianos rojos. Conoce y valora el prestigio del antiguo profesor de la Academia; se siente decepcionado.

El comandante Rojo ha comparecido a las nueve en punto en la plaza de Capuchinos. Lleva en alto una bandera blanca y se encamina hacia la puerta de la fachada sur.

Los centinelas le dicen que se dirija a la puerta de Carros, en la fachada oeste.

El coronel ha designado para recibirle —además del capitán Alamán— al comandante Blas Piñar, compañero de promoción y también amigo del parlamentario.

Rojo conoce el Alcázar y se dirige hacia la puerta de Carros. Allí le esperan sus compañeros. Alamán, con quien la relación es más que amistosa, fraternal, lo abraza emocionado.

—Tenemos que vendarte los ojos.

—Ya lo sé.

Es lo que prescribe el Reglamento de Campaña, y las cosas van a hacerse con todo el ceremonial.

Tienen que recorrer un largo camino; lo hacen en silencio; sus pasos resuenan en la galería. No hablan; sólo en el primer momento, Rojo dice a Alamán:

—Ayer vi a tus hijas, están bien.

Alamán tiene a su esposa y a sus hijas en Toledo. Dice Rojo que ha visto a sus hijas… ¿Habrán fusilado a su mujer? ¿Estará en prisión? Suben por la escalera en la que Carlos V decía sentirse emperador; a lo largo del camino pasan entre los defensores; nadie pronuncia una palabra; algunos tienen la sensación de estar viendo una película, pero es un hecho real, viven un momento dramático, historia auténtica, esos tres hombres —uno con los ojos vendados— que caminan erguidos y serios, son tres militares en guerra y uno

de ellos viene a parlamentar en nombre del enemigo: es portador de un mensaje de vida o muerte, de honor o deshonor.

LAS CONDICIONES

Llegan al antedespacho del coronel. Entran Rojo y Piñar, los dos comandantes; Alamán queda fuera. Cuando le quitan la venda está frente a Moscardó. Rojo se cuadra disciplinadamente: el coronel se cuadra, pero no le tiende la mano. (Véase anexo 2.)

—A la orden de usía, mi coronel, se presenta el comandante Vicente Rojo como emisario de la Junta de Defensa de Toledo.

Y entrega el pliego con las condiciones para la rendición.

Si alguna duda hubiese tenido el coronel sobre las posibilidades de negociar con el enemigo, la lectura de la lista de firmantes la habría disipado: firman con el jefe de la columna comandante Barceló y con el comandante Rojo ocho individuos más; son los representantes de los partidos Comunista, Socialista e Izquierda Republicana y los de las milicias, entre otras la CNT y la UGT. Ésta es la triste realidad: un honorable militar, Vicente Rojo, firma con… no vale la pena leer los nombres. Considera que el Reglamento de la Campaña exige ceñirse al objeto de la visita y ojea las «condiciones para la rendición del Alcázar». Porque lo exige el reglamento. La redacción es flojilla.

1. *Garantía completa de todos los residentes en el Alcázar.*
2. *Libertad inmediata de todas las mujeres, soldados y niños menores de dieciséis años.*
3. *Todos los demás serán entregados a los jueces para que delimiten su culpabilidad.*

Sabe que sólo es un papel; sus firmantes mienten. Un miliciano comunista, Rosel, les habla con un megáfono a diario y dice que tienen a sus mujeres presas y se acuestan con ellas: podían haber empezado por ponerlas en libertad antes de parlamentar. Con aire solemne responde que no acepta las condiciones. Después añade que dará respuesta por escrito: sigue ciñéndose al reglamento.

Redacta una nota muy formal, pero nada fría, en papel con el membrete de la Comandancia Militar de Toledo:

Enterado de las condiciones que para la rendición del Alcázar presenta el Comité de Defensa de Toledo, tengo la inmensa satisfacción de manifestarle que desde el último soldado hasta el jefe que suscribe rechazan dichas condiciones y continuarán la defensa del Alcázar y de la dignidad de España hasta el último momento. Toledo, 9 de septiembre de 1936.

Ya ha dado permiso de entrada al capitán Alamán y a los ayudantes. Cumplida la parte formal del acto, el coronel adopta un aire menos rígido; el comandante Rojo comenta que la Junta de Defensa desea evitar la muerte segura de quienes están en el Alcázar.

Si pensaban que se iba a comportar como un «compañero por encima de todo», estaban equivocados. Es un militar profesional, pero del otro ejército. Le preguntan que si se está refiriendo a la mina. Sí, es la mina lo que les está anunciando.

—¿Existe la mina?

Sí, existe; Rojo no les permite albergar la menor duda: la mina existe.

—¿Seguro?

Sí, está seguro; pero cuando le preguntan la situación de la galería, responde que no la ha visto.

El deber

Lógicamente, ha visto la mina, pero no parece dispuesto a faltar a su deber proporcionando información al enemigo; sus compañeros, sus amigos, son «el enemigo». Es algo muy duro; su corazón está con aquellos hombres, pero su honor —y otros compromisos— le impide ayudarlos. Admira su heroísmo; desea decírselo, pero está cumpliendo una misión: la de animarlos a rendirse. Le hacen más preguntas y a todas responde con ambigüedad. Moscardó no entra en el juego; prefiere callar como si le pareciese impropio conversar con ese militar que entrega su carrera a una causa injusta y viene a proponerles el deshonor.

Preguntan por la marcha de las columnas nacionales; saben que ocuparon Talavera, pero se limitan a decirle que, evidentemente, avanzan, los partes de guerra de Madrid hablan de Extremadura; no lo puede negar, pero les comenta que lo tienen muy difícil, tardarán. ¿Y Mola? Mola está más cerca de Madrid, pero no avanza.

El coronel decide pedirle un favor; están sin páter; no hay cura en la Academia; ¿puede pedir al Gobierno que pregunte entre los sacerdotes presos que están muriendo fusilados si hay uno que quiera unirse a ellos en el Alcázar?

El comandante Rojo promete hacer lo que pueda. Promete, pero no puede comprometerse; la cosa dependerá del Comité de Defensa, o de más altas instancias. Y en las más altas instancias decidirán encantados conceder el auxilio espiritual que pide el rebelde Moscardó. Será el explosivo, la trilita que estallará en la mina excavada por el comandante.

Ha pasado casi el plazo de la tregua. Al emisario le vendan los ojos otra vez; no verá a los sitiados pálidos, fatigados, andrajosos, famélicos; pero tampoco verá sus miradas tranquilas, sus gestos decididos. Ni sus sonrisas amistosas, o desdeñosas… Casi todos lo miran con simpatía, piensan que quisiera estar allí, con ellos, que es uno de los suyos: ellos, los heridos, los hambrientos, los acosados, lo compadecen.

Continúa el silencio. Ya está llegando a la puerta. Alamán, emocionado, le pregunta por qué no se queda: «Es tu gran ocasión».

La respuesta es firme:

«Imposible, me he comprometido con esa gente y no debo ni quiero faltar a mi palabra. Además, tengo mi familia en Madrid. Su seguridad depende de lo que yo haga. Mi suerte está echada. Resistid sin desmayo. Sois los mejores y ganaréis. Adiós, ¡viva España!».

Palabras de emoción y de amistad. Palabras sinceras en aquel momento. No, no le gustaría estar con ellos, van a morir. No lo podría explicar: siente envidia; y alivio. El tiempo hará de él el jefe del Ejército Rojo al que tratará de convertir en Ejército Republicano. Y será el primer general que informará al Gobierno y al presidente de la República de que la guerra está perdida varios meses antes del desplome final.

«Adiós, Alamán, amigo querido, ya no te veré más; ya no editaremos juntos la Colección Bibliográfica Militar, tan prestigiosa. Adiós, mi coronel, es usted un hombre de honor. Adiós, compañeros…». Quizá esto es lo que va pensando camino de los parapetos de la plaza de Capuchinos: adiós a los que van a morir; parece un tópico, siempre mueren los mejores.

El diario *El Alcázar* no dedica ni una línea a comentar la visita.

El comandante Rojo informa: el Alcázar no se rinde. Y traslada la petición del coronel: quieren un sacerdote.

El comandante Rojo no lo sabe. Nadie sabe ni puede imaginar las verdaderas dimensiones de la amenaza que les ha insinuado ni la fecha exacta en que la contundente agresión se va a producir. Éstas son las dimensiones; lo que realmente sucedió diez días después:

DATOS PARA LA VALORACIÓN
DE UNA JORNADA HEROICA
18 DE SEPTIEMBRE MCMXXXVI

Horas de paqueo	*24*
Horas de cañoneo	*9 horas y 6 minutos*
Granadas de 15,5	*172*
Minas	*2*
Carga de las minas	*5000 kg de trilita*
Muertos en la defensa	*13*
Heridos ídem	*48*
Contusos	*11*
Heridos y contusos no declarados	*100 aprox.*

La previsión del comandante Rojo es mucho más sencilla; consta de un solo dato:

Muertos 2000

LAS DOS PROCESIONES DEL PADRE VÁZQUEZ CAMARASA

UN PICO DE ORO

El canónigo magistral de la catedral de Madrid don Enrique Vázquez Camarasa ha pasado el susto del martirio que llama a la puerta en los primeros días del Madrid rojo. Saqueada su casa, y él en peligro de muerte, está a salvo bajo la protección de la CNT, que lo tiene escondido en la Comandancia de Milicias.

Es hombre mundano; en Madrid, desde que llegó la República en 1931, muchos sacerdotes visten de seglar fuera de los templos; él es uno de ellos y, además, lo hace muy bien; tan elegante como cuando viste la sotana que lleva con gran empaque e innegable garbo.

Tiene fama de buen orador, y lo es. Barroco y ampuloso, como se acostumbra en aquel tiempo, vehemente, culto y con hermosa voz. Éste es el hombre a quien el Gobierno ha escogido para la voladura psicológica del Alcázar.

Confían en su oratoria. Confía él mismo en su capacidad de conmover. Muchas veces, desde el púlpito, ha visto lágrimas en los ojos de hombres y mujeres; él, con su palabra, les ha hecho sentir en sus propias carnes, uno a uno, los latigazos que sufrió Cristo; él los ha visto llorar de compasión, sentir taladradas sus manos por los clavos.

Don Enrique ha llegado en secreto a Toledo. Está escondido en la Comandancia de Milicias, bien protegido, porque es cura y su vida peligra.

UN PERIODISTA FLORIDO

Si el asedio del Alcázar se ha convertido en noticia universal, no es porque lo hayan pregonado los sitiados desde su aislamiento, ni el mando nacional, que apenas habla del asunto; es el Gobierno de Madrid —y su prensa que es toda — el altavoz de la increíble hazaña. La presentan a su manera: rebeldía, odio, locura, contumacia, traición…, pero con tan duras pinceladas les está

saliendo, paradójicamente, un retrato llamativo y atrayente: el mundo mira con simpatía a los valientes que soportan uno de los más duros asedios que registra la historia.

Enviado por el diario madrileño *El Sol*, un periodista, José Luis Moreno, intenta hacerse famoso con sus crónicas de guerra, en las que da cuenta de los nobles intentos del Gobierno para salvar las vidas de los sitiados —sobre todo las de las mujeres y los niños— y del proceder inhumano de un coronel rebelde. Crónicas extensas, llenas de alabanzas para el Gobierno y de reproches para los rebeldes. «Hasta dónde llega la generosidad de la República», subtitula una crónica en la que relata la visita del canónigo Vázquez Camarasa al Alcázar. Cuenta que los fascistas agonizan entre los escombros por culpa de su insensato y criminal plan de sublevación y han pedido al Gobierno de la República un sacerdote que les lleve los auxilios espirituales de una religión «que dicen sentir». El Gobierno de la República laica se lo ha concedido «para que los consuele en sus últimos momentos».

José Luis Moreno cuenta cómo acompañó al canónigo hasta las inmediaciones del Alcázar escoltado por jefes, milicianos y camaradas: «… sale un militar que quiere aparentar porte gallardo. Su estado físico delata las privaciones que están pasando. Es el capitán Varela (*este personaje se lo inventa el periodista*), uno de los jefes facciosos. Llega el sacerdote junto al militar traidor…».

UN ENVIADO DE DIOS

El coronel Moscardó se muestra lacónico respecto a la visita del canónigo:

Día 11 de septiembre. Viernes.

… Durante su estancia dijo la santa misa, ofreció la comunión, después de dar la absolución general, a los que no habían comido nada y a los heridos y enfermos. A las doce se marchó con las formalidades reglamentarias.

El día 10 se les comunicó desde el sector sur que el Gobierno autorizaba la visita de un sacerdote. El canónigo Vázquez Camarasa estará en la plaza de Capuchinos a las nueve de la mañana. La noticia produce enorme júbilo entre los sitiados. No sólo porque van a tener asistencia espiritual, sino por el nombre del sacerdote cuya fama de brillante orador sagrado conocen. Por eso, su llegada al Alcázar es seguida con emoción en aquel ambiente de dolor y

religiosidad exaltada, angustiada. Las criaturas en peligro piensan en Dios, quien ve la muerte de cerca necesita más a Dios; Dios puede salvarle la vida, y, si ha de perderla, le puede salvar el alma —en el año 36 aún existía el infierno, tan olvidado después—, y entre los sitiados hay muchos que temen morir sin la absolución de un sacerdote. Piensan que esa oración conjunta, esa comunión de las almas en unas mismas plegarias, ésa eucaristía que se va a celebrar cuando están luchando en defensa de la fe y de la Iglesia perseguida pueden conmover a Dios como en otros momentos históricos; es el Dios de los ejércitos, el Dios de los milagros, el Dios que paró el sol, el que derribó las murallas de Jericó. Y es también el Dios que abre las puertas del cielo.

A los sitiados les espera, psicológicamente, una ducha escocesa en la que van a pasar de la angustia al júbilo, del temor a la esperanza, del abatimiento a la exaltación.

Comparadas con todas las sacudidas de ánimo soportadas en el asedio, con todos los sustos, las alegrías, las emociones, los momentos críticos, los choques físicos y psíquicos, las horas de máxima conmoción anímica son estas que, de nueve a doce del día 11 de septiembre, viven los héroes del Alcázar. (Véase anexo 3.)

El 12 de septiembre, Agencia Havas: «Dentro de poco el problema quedará resuelto, gracias a los medios de que dispone el Gobierno.»

DE RODILLAS

Hay dos momentos en ese día en los que el canónigo de Madrid camina rodeado del calor popular. Dos procesiones.

Ha dicho la misa con gran fervor. Es una escena increíble en el siglo XX, un retroceso de casi veinte siglos; un sacerdote vestido de seglar, un altar de circunstancias, una muchedumbre famélica, demacrada, con estigmas de sufrimiento, heridas mal curadas, vendas sucias de sangre y polvo, palidez, fatiga, ojos enrojecidos, gargantas rasposas; el oficiante y el pueblo perseguido siguen la liturgia prohibida, rezan en la oscuridad de las catacumbas; el sacerdote se vuelve hacia los fieles, y sobre la miseria que le rodea, se eleva su voz atractiva, elocuente y bien timbrada. Les habla de la fe en Dios, y de que en Dios hallarán la gloria… En sus palabras hay tanta esperanza de otra vida, la eterna, que bien clara se evidencia la alusión a esta

vida que se acaba; tened fe, hijos míos, sólo con que seáis como el buen ladrón, mañana estaréis con Cristo en el paraíso. Por eso les va a dar la absolución, arrodillaos, no puede confesar a todos, pero el Dios de bondad les permite recibir la absolución *sub conditione*; si no mueren, si salen vivos de este trance en el que están y tienen ocasión de confesar sus pecados a un sacerdote, confiesen los que hoy les va a perdonar y les perdona en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

De rodillas el coronel Moscardó, de rodillas los fieros guerreros, de rodillas los rebeldes, de rodillas los tenientes coroneles y los comandantes; y esos hombres arrodillados que suman cientos, son guardias civiles; de rodillas los soldados, los requetés, los falangistas; de rodillas quinientas mujeres. Hombres y mujeres, todos de rodillas, y de rodillas los niños, y aquellos heridos que estaban de pie oyendo la misa y el sermón; de rodillas las monjas y los obreros de la Academia. Se oye algún sollozo contenido, nadie quiere llorar, nadie quiere temblar, pero tiemblan; hay hombres que tiemblan y hombres que se limpian un lagrimón casi a puñetazos; de rodillas piden perdón por sus pecados; de rodillas reciben el perdón con que, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, les está devolviendo la gracia el deán de la catedral de Madrid, don Enrique Vázquez Camarasa.

Reparte la sagrada comunión a unos pocos. Podrían comulgar todos, cualquier pan puede transustanciarse, pero no hay tiempo.

Mientras, aprovechando la calma de la tregua, un falangista, Nicolás Hernández, saca la cabeza por encima del parapeto —quiere quizá ver su casa muy próxima al Alcázar— y recibe un tiro en la frente. Es el muerto de ese día: un miliciano rompió la tregua y le quitó la vida.

Terminada la misa, imparte el sacerdote la bendición que, otra vez, pone de rodillas a los héroes y otra vez les devuelve el recuerdo: nadie va a apartar de ellos el cáliz en este Huerto de los Olivos; van a morir. Y otra vez pone de rodillas a las mujeres que piensan en la muerte inevitable y sienten el tirón numantino que llevan en la sangre, el tirón numantino que las anima a preferir esa muerte a la agonía de una vida que se les ha anunciado indigna desde que la revolución las eligió como enemigo indeseable, como especie desprotegida destinada a la extinción.

«SURSUM CORDA»

El sacerdote anuncia que va a dar la comunión a los heridos y los enfermos; lleva el copón junto a su pecho y empieza a caminar hacia la enfermería. Es la primera procesión de Vázquez Camarasa.

A medida que va pasando, los que están de rodillas se ponen en pie y marchan en procesión tras el Señor. Y las miradas se iluminan, los cuerpos se yerguen y crece un rumor, ¡cantan!, «Alabado sea el Santísimo, sacramento del altar…», «Cantemos al Amor de los amores…».

Alabado sea el Santísimo; van tras él y están alegres, Dios ha venido a verlos, Dios les hace sentirse fuertes, Dios está aquí, venid adoradores y adoremos a Cristo: marchan apretujados y alegres; lloran muchos, más que antes, y no lo disimulan, son lágrimas de alegría; los cánticos han transformado el subterráneo en calle engalanada, la oscuridad en mañana luminosa, el viernes en jueves eucarístico, en Corpus Christi toledano que relumbra más que el sol.

Bautiza a una niña y un niño nacidos en el asedio y bautizados antes por el capitán Sanz de Diego. El niño quizá haya visto alguna vez la luz del sol, nació en los primeros días del asedio; la niña es recién nacida; la artillería no ha permitido a su madre sacarla de las tinieblas.

LA CARGA FINAL DE LA CUARTA MINA

Hay dos momentos de aparente distensión, dos reuniones informales en el despacho del coronel. No es, quien llega, un emisario del enemigo, es el enviado de Dios, el sacerdote que les lleva asistencia espiritual; Moscardó lo recibe, sin formalidades, rodeado de jefes y oficiales; charlan confiados, esperan de él la verdad, lo que la radio no cuenta. El sacerdote miente, quizá con buena intención, para tranquilizarlos y animarlos a rendirse o a que, por lo menos, hagan salir a las mujeres, los niños y los que deseen abandonar la fortaleza. Don Enrique miente al hablarles de la situación en la zona roja, todo es normal, sí, padre, pero hablan de colas, dan instrucciones para conseguir alimentos racionados, bueno sí hay colas pero son muy pequeñas. Miente; las iglesias están precintadas y respetadas. Observa gestos de decepción y hasta de sospecha a su alrededor y se reserva para después de la misa; quizá espera una reacción de las madres, de los que están allí por la fuerza, de los más débiles, de aquellas gentes angustiadas, pidiéndole clamorosamente ayuda para salir del Alcázar. Ante Dios y ante quienes pidan la libertad, el coronel —que se declara católico— se verá obligado a concederles el derecho a elegir

entre la vida y la muerte. Pero la reacción no se ha producido, y el canónigo está dispuesto a cumplir el encargo que le han hecho aquéllos a quienes debe su vida que pende de un hilo. Confía otra vez en la persuasión, en ese arte de transfigurarse, cuando habla, para conmover y fascinar.

Y otra vez en el despacho del coronel inicia el discurso, halaga a los sitiados, son militares que defienden su posición, pero ¿y la conciencia?: los niños y las mujeres deben salir de allí. No se lo han pedido, y aún tiene que oír el testimonio de una señora que le habla en nombre de todas tras consultarlo con ellas: prefieren morir con sus esposos. (Véase anexo 3.)

SEGUNDA PROCESIÓN

Ha terminado su misión humanitaria. No se le puede discutir ese carácter al intento de salvar de la muerte inmediata a unos inocentes. Tampoco a su interesado intento de dividir a los defensores y ofrecer al Gobierno la posibilidad de salvar a unos y condenar a otros, puesto que la resistencia los lleva a la muerte. Ha terminado su misión humanitaria y sale del Alcázar con la trilita declarada, la amenaza intacta.

Fuera lo esperan Barceló, los jefes de las milicias, muchos periodistas, cámaras de cine, fotógrafos… Y el cronista de *El Sol* José Luis Moreno, quien cuenta en su crónica cómo el canónigo, que sale muy impresionado, al verlos respira con alivio y dice: «¡Vaya! Ya me encuentro otra vez entre ustedes. Ya estoy más tranquilo». Esa misma frase la reproducen *ABC* y otros medios; debe ser cierta. Claro que dentro del Alcázar —de haberse quedado con los cristianos— no viviría más seguro, pero cuesta trabajo creer que un canónigo se sintiese tranquilo entre aquellos hombres que —desde el teniente coronel hasta el más modesto jefe de milicias— todos tenían checa propia.

Atraviesan con él la plaza de Capuchinos; detrás de los parapetos, fuera del alcance de las armas del Alcázar, el periodista sitúa una muchedumbre enfervorizada.

La multitud abre calle y pasamos entre un bosque de puños en alto. El sacerdote contesta con el saludo antifascista y proletario diciendo:

—¡Salud, mis buenos camaradas, salud!

Varios milicianos ofrecen al sacerdote agua fresca mientras fotógrafos y operadores de cine nos tiran infinidad de placas y fotogramas. Seguidos de una imponente multitud llegamos hasta la Comandancia, donde el Comité de Defensa y Vázquez Camarasa celebran una larga entrevista.

Es la segunda procesión del canónigo madrileño: puños en alto. José Luis Moreno es un periodista cursi, uno de tantos que hacen antiperiodismo y desinformación. Sus crónicas son tan irreales que producen efecto contrario al deseado; los lectores de Toledo se asombran —no mucho, ya están acostumbrados— y los de cualquier otro lugar de España saben, sin necesidad de verlo, que esa procesión es una fantasía relamida y ñoña, una versión ridícula de la hosca y bronca realidad.

El Alcázar comenta la visita de Vázquez Camarasa. Se congratula del beneficio espiritual que a todos alcanza, del bautizo de dos niños y de la Providencia de Dios tantas veces mostrada.

El canónigo transmitió al capitán Alamán un mensaje del comandante Rojo: su esposa ha sido puesta en libertad. Pero nada le ha dicho de otras señoras que se supone están encarceladas.

La cuarta mina ha fallado. El día 13 se produce un nuevo intento de mediación por iniciativa del embajador de Chile y decano del Cuerpo Diplomático don Aurelio Núñez Morgado —que cuenta con la colaboración de Cruz Roja Internacional—, acompañado por diplomáticos de Argentina y Rumania. Pone mucho empeño en su intento pero no logra parlamentar con los sitiados. El presidente del Gobierno, Largo Caballero, autorizó su intervención; también el nuevo jefe de la «Columna Toledo», teniente coronel Barceló, comunista; pero el Comité de Defensa rechaza cualquier autoridad que no sea la propia. Con muy escaso sentido de las formas diplomáticas reciben al embajador con este jarro de agua fría: «Puede ser el señor Largo Caballero todo lo presidente del Consejo de Ministros que usted quiera, pero aquí somos nosotros la única autoridad». Tras larga y difícil negociación, autorizan al buen embajador a dirigirse por megafonía a los sitiados desde Zocodover, aunque no ordenan el cese de la actividad artillera, por lo que el ruido de los cañonazos hace imposible el diálogo.

El embajador Núñez Morgado ha demostrado nobles sentimientos, buena voluntad y enorme paciencia. El periodista José Luis Moreno aprovecha la oportunidad para hacer periodismo rosa: «Entre el decano del Cuerpo Diplomático y Largo Caballero se desarrolla un interesante diálogo que pone de relieve los humanitarios sentimientos que a ambos embargan… Miles de milicianos saludan a los diplomáticos con los puños en alto. Los diplomáticos contestan con inclinaciones de cabeza al saludo antifascista… La representación del mundo civilizado está llamando a las puertas de la barbarie…».

La torpeza del Gobierno y de sus servicios de prensa y propaganda, invitando a tantos medios a presenciar estos acontecimientos con el fin de acreditar sus buenos sentimientos, ha conseguido que el mundo entero y las cancillerías de las naciones más importantes se interesen por la increíble hazaña de los sitiados, que resisten la tremenda presión de un poderoso ejército y prefieren la muerte a la rendición después de haber recibido de un sacerdote los últimos auxilios espirituales, los que se proporcionan a quien va a morir. La sobrehumana defensa del Alcázar, presentada por el periodista Moreno y sus colegas gubernamentales como «una muestra de la falta de sentimientos humanos del fascismo español», se ha convertido en episodio romántico, ejemplar y heroico; en la prensa internacional independiente no se habla ya de rebeldes sino de héroes. No se habla de columnas facciosas sino de fuerzas nacionales.

Aunque en Madrid no se enteran y la revolución —el terror rojo— continúa su marcha hacia la estalinización de España, el Alcázar de Toledo, su epopeya, es, a los ojos del mundo, lo más limpio y honroso de cuanto aquí sucede, independientemente de quién tenga razón.

El Gobierno necesita la victoria. La necesita urgentemente. Aunque nadie le evitará la vergüenza: cualquiera de los dos resultados posibles —la victoria sangrienta o la pérdida de Toledo— se traducirá en quebranto para su prestigio, en descrédito para su ejército.

VOLADURA LIMITADA

La «cuarta mina» ha fracasado, pero no sin producir algunas bajas. En realidad, más bajas que las dos auténticas minas preparadas para estallar simultáneamente el día 18. Como probable consecuencia de la mediación de los dos parlamentarios y del intento mediador del embajador Núñez Morgado pregonado por los altavoces como última oportunidad de salvar vidas inocentes, los días 12 y 16 desertan ocho hombres, entre ellos un oficial y cuatro guardias civiles, algo insólito. Ocho bajas tan irreparables como ocho muertes: la gran explosión sólo producirá cuatro muertos.

7 de septiembre. Lunes

Desde las ocho menos cuarto de la mañana hasta las seis y media, con algún intervalo, caen sobre el Alcázar 114 proyectiles del 15,5 y más del triple del 7,5, principalmente sobre el torreón noroeste, que puede derrumbarse de un momento a otro. En la última media hora del bombardeo la aviación lanza diecinueve bombas de hasta cincuenta kilos. Por la mañana unos falangistas hicieron una salida por el frente sur, resultando muerto uno de ellos, cuyo cadáver quedó en un sitio muy batido. Salió a recogerlo un compañero que también cayó muerto en lugar muy batido. Los camaradas hicieron nuevas salidas, recibiendo heridas, hasta recoger a los muertos, ya de noche, bajo un nutrido fuego. Bajas: cuatro muertos y nueve heridos.

8 de septiembre. Martes

Bombardeo artillero desde las ocho y media: al veintinueve disparo del 15,5 se derrumbó el torreón noroeste, causando grandes desperfectos y cerrando por completo la cuesta del Alcázar. Ya de noche, desde el frente sur, un parlamentario, el comandante Rojo, solicitó una entrevista con Moscardó, que fue fijada para las nueve de la mañana. Bajas: tres heridos.

9 de septiembre. Miércoles

A la hora exacta el parlamentario penetró en el Alcázar, bajo bandera blanca, por la puerta de Carros: traía condiciones de rendición que fueron rechazadas, a lo que el emisario respondió con amenazas. Apenas salido empezó el fuego de artillería, sólo interrumpido por el bombardeo de una escuadrilla de trimotores supuestamente nacionales, aunque una bomba de cincuenta kilos cae sobre el alojamiento de la Falange sin hacer explosión. La artillería, activa hasta bien entrada la noche, totalizó más de setenta y cinco granadas de 15,5 y un centenar del 7,5. A las cuatro de la madrugada, una unidad que había salido para localizar la boca de la mina y destruirla, mantuvo fuego con el enemigo y regresó con la seguridad de ser dos las minas en construcción. Nace una niña en los sótanos: el segundo nacimiento durante el sitio. Bajas: un muerto y trece heridos.

El Gobierno autoriza a un sacerdote para prestar auxilios espirituales. La evacuación de las mujeres, los ancianos y los niños.—"¡Salud, mis buenos camaradas, salud!", dice al pueblo toledano el Sr. Vázquez Camarasa, deán de Madrid.—Promesas de quienes siempre las han incumplido.—La situación moral y material de los sitiados.—El Comité de Defensa de la que fué imperial ciudad

(De nuestro redactor y enviado especial a Toledo, José Luis Moreno)

Ya casi es un tópico decir que la situación de los fascistas encerrados entre los escombros del Alcázar de Toledo es, más que angustiosa, trágica. Muchos hechos lo han venido demostrando desde que su insensato y criminal plan de sublevación se llevó a efecto. Por si faltaba un detalle, se dió ayer por la mañana en la que fué imperial ciudad: los facciosos que agonizan entre los escombros de lo que fué Academia del Arma de Infantería han pedido al Gobierno de la República les envíe un sacerdote que lleve a su alma los auxilios espirituales de una religión que dicen sentir. La petición se hizo llegar al jefe de la columna que opera en Toledo. Y el Gobierno de la República laica ha tenido la gentileza de enviarles un sacerdote católico para que les consuele en sus últimos momentos. Los hombres que actualmente gobiernan España con el asenso y el aplauso de la opinión entera no han sentido el sectarismo. Les ha enviado un sacerdote. Cabe preguntar: ¿esa gentileza la hubieran tenido ellos con nosotros? Mejor dicho, la pregunta huelga. Aún están recientes, sangrando en el alma de la opinión republicana y proletaria española, los trágicos episodios de Badajoz, los fusilamientos de Navarra, los crímenes de Sevilla. Todo el horror desencadenado por los traidores.

UN SACERDOTE EN LA ANTIGUA ACADEMIA MILITAR

La petición del sacerdote parece que fué hecha cuando el comandante Rojo parlamentó por vez primera con los fascistas [illegible]

es. Colgada de su brazo izquierdo, una bolsa con objetos del culto católico. Salta el sacerdote entre las alambradas, y al llegar a unos diez metros de las ruinas del Alcázar sale un militar que quiere aparentar porte gallardo. Su estado físico delata las privaciones que están pasando. Es el capitán Varela, uno de los jefes facciosos. Llega el sacerdote junto al militar traidor. Este le venda los ojos con un pañuelo blanco. Le coge del brazo. Lentamente avanzan entre los escombros, y a poco los perdemos de vista. Parece que el sacerdote, además de administrar a los rebeldes los auxilios de la religión católica, lleva la misión de exigirles que evacuen las mujeres, los ancianos y los niños que los fascistas tienen en su poder. Va a pedirles, según nuestros informes, que no continúen amparándose en esos desgraciados para intentar sostener una causa que

[illegible]. La multitud abre calle y pasamos entre un bosque de puños en alto. El sacerdote contesta con el saludo antifascista y proletario diciendo:

—¡Salud, mis buenos camaradas, salud!

Varios milicianos ofrecen al sacerdote agua fresca mientras fotógrafos y operadores de cine [illegible] infinidad de placas y fotografías. Seguidos de una imponente multitud llegamos hasta la Comandancia, donde el Comité de Defensa y Vázquez Camarasa celebran una larga entrevista.

UNA CONTINUA ESCENA DE HORROR

Según los informes que hemos podido recoger, el sacerdote recibió la confesión de todos los que están encerrados en el Alcázar. Primero, a los enfermos graves; después, a los de menor gravedad, y por último, a mujeres, niños y [illegible]

Reportaje de *El Sol*. El enviado de *El Sol* redacta como un cronista de sociedad en lugar de hacer reportaje de guerra; transforma en reverencia de minué el saludo proletario. J. L. Moreno es un escritor cursi que hace relato cortesano en la descripción de un esperpento: «Salud, mis buenos camaradas...»

EL PROBLEMA SE INTERNACIONALIZA

El Alcázar de Toledo obsesiona al presidente del Gobierno y ministro de la Guerra Francisco Largo Caballero. Madrid, pese al ambiente revolucionario, el terror, los lívidos amaneceres de paseos y fusilamientos en descampado, la incesante actividad de las checas —se llaman checas como en Rusia, checas en las noticias de prensa, checas en los documentos, Checa de Bellas Artes, Checa de Fomento—, pese a todo eso, Madrid sigue siendo capital de España y las embajadas mantienen las relaciones habituales entre sus gobiernos y el de Madrid; el cuerpo diplomático actúa cautelosamente, con el miedo que inspira una revolución calcada de la soviética. Los diplomáticos se interesan por los asilados que llegan cada día a las embajadas huyendo del terror, por personajes importantes, políticos, intelectuales, artistas que están encarcelados y en peligro de muerte. Y crece su interés por el Alcázar de Toledo, por esos cientos de mujeres y niños decididos a morir voluntariamente con los defensores. Los diplomáticos han intentado salvarlos con la protección de la Cruz Roja Internacional. Piden al Gobierno que evite la voladura, que continúe el cerco hasta que los sitiados agoten sus fuerzas, pero el Gobierno responde que la guerra es así; sus mandos militares disponen de un arma que les permitirá terminar con ese patético episodio; habrá víctimas inocentes, y es lamentable que el coronel Moscardó no haga lo necesario para evitarlo; que él y sus hombres salgan de la fortaleza como sería deseo del Gobierno, de las milicias y de los corresponsables de guerra: «de cinco en cinco y con los brazos en alto».

TODOS A TOLEDO

El espectáculo está programado. El día 17 hay desfile de coches oficiales hacia Toledo. El presidente del Gobierno, ministros, altos mandos militares, diputados, jerarcas de los partidos y de las milicias, jefecillos, periodistas españoles y extranjeros, equipos de los más importantes noticiarios cinematográficos acuden a la ciudad en guerra. Van a ver la gran apoteosis, el fin de la resistencia, la espectacular destrucción de una enorme fortaleza, la

voladura de mil ochocientos combatientes, quinientos civiles, hombres y mujeres, y cincuenta niños: saltarán por los aires para quedar sepultados entre los escombros.

La población ha sido evacuada. Los defensores del Alcázar no lo saben, pero a su alrededor tienen una ciudad vacía. La orden de abandonarla es terminante. Sin embargo, hay familias que deciden arriesgarse y permanecer en los pisos bajos o en los sótanos de sus casas; seguir escondidos en lugar de exponerse a caer en manos de las milicias que andan tras ellos desde que se adueñaron de las calles.

En los mejores cigarrales que rodean la ciudad se ha preparado alojamiento y buen yantar para los distinguidos invitados.

Milicianos armados recorren las calles de Toledo, aporrean las puertas ordenando la huida al campo. Los cerros del valle reciben la invasión de cientos de familias; han salido aterradas de sus casas, les dicen que la ciudad puede quedar destruida: acampan con sus cestas de comida, tienden mantas y colchones en el suelo; miran hacia el Alcázar, iluminado a trechos por potentes reflectores. Unos cantan, están alegres, celebran por anticipado la victoria, la muerte de los militares, de sus mujeres, de sus hijos, que no quede ni rastro de su casta; otros, disimuladamente, rezan por los que van a morir. Porque eso es seguro: van a morir.

El 16 de septiembre, **The Daily Telegraph:** *«La mina ha llegado a la parte central del edificio y puede estallar a cualquier hora.»*

Sin novedad en el Alcázar

En el Alcázar, tranquilidad, orden y decisión de resistir. Saben que la explosión de las minas está próxima. Y están preparados para superar la prueba. El Diario de Operaciones refleja, en lacónica prosa, la serenidad y acierto con que se acepta el tremendo desafío.

Día 17 de septiembre. Jueves.

A las ocho y diez rompen el fuego las piezas del 15,5 de los dos frentes y hasta las nueve y treinta lanzan diez proyectiles; baten el frente este y el ángulo sudoeste del patio.

La observación de las minas no acusa ruido subterráneo alguno, por lo que se dan órdenes para el traslado definitivo de mujeres, niños, enfermería y

capilla, que quedan instalados definitivamente en los sótanos de los frentes norte y anejos y parte del sótano este, dejando solamente puesto en las proximidades de la puerta de Carros, que de cuando en cuando mandan un observador; la enfermería quedó establecida en el parque de armamento y la capilla en la sala del botiquín antigua.

A las diecisiete rompen el fuego otra vez las piezas del 15,5 de los dos frentes, habiendo acusado la observación momentos antes el emplazamiento de una tercera pieza del 15,5 en el campamento de los Alijares, disparando diez granadas.

Momentos después se acusa por la observación el emplazamiento de dos piezas más del calibre 15,5 en el campamento de los Alijares, que hacen un disparo sobre la fachada este para tener corregido el tiro.

Al anochecer y por la noche el paqueo fue intenso en todo el frente.

El motor compresor funcionó también, por lo visto con miras a desorientar a la guarnición sobre la terminación de la mina.

Termina el día sin más novedad.

Bajas de este día: tres heridos.

La artillería bombardea el frente este. Objetivo: empujar a los sitiados combatientes y civiles hacia la zona oeste, la que está sobre las minas; ponerlos sobre la trilita.

El teniente Barber, de Ingenieros, y su equipo de observadores voluntarios, improvisados especialistas en guerra subterránea, advierten el cese de los trabajos. Las mujeres y los niños, los médicos, las hermanas de la caridad, los habitantes de los subterráneos, reciben orden de recoger sus pertenencias, preparar a los heridos y empaquetar el material: van a ser trasladados. La Virgen del Alcázar también: otro refugio para la oración; otra capilla de catacumba junto a la enfermería.

Se oye el compresor. Sólo el compresor, para simular que aún se trabaja en las minas. Pero a través de las piedras no llega ruido de perforadoras ni de explosiones: ya no se abren camino con la dinamita de los barrenos.

Las fuerzas están preparadas. Todos saben lo que han de hacer; el enemigo tiene la palabra; el enemigo va a elegir la hora de la explosión y los caminos del asalto. Y en esa hora, en esos caminos hay que estar. Sin dudas ni vacilaciones.

UN PLAN PERFECTO PARA LA VICTORIA FINAL

Pocas veces, desde que empezó la guerra, los estados mayores han preparado un plan tan minucioso. No se ha descuidado detalle alguno ni se ha escatimado el material de guerra. Veinte piezas de artillería apuntan a un solo objetivo.

La «Columna Toledo» tiene un nuevo jefe: el teniente coronel Barceló, recién ascendido por méritos políticos. Comandante jefe del Grupo de Infantería del Ministerio de la Guerra y afiliado al Partido Comunista, «al estallar la guerra civil —dice el nada sospechoso *Diccionario* de Rubio Cabeza— parece ser que tomó parte en los fusilamientos que se sucedieron en Madrid a raíz del fracaso del alzamiento militar encargándose luego del reclutamiento y organización de unidades milicianas»… Llegó a alcanzar el grado de coronel con mando de cuerpo de ejército y finalizó sus días fusilado. Fusilado por los suyos en Madrid cuando faltaban dos semanas para terminar la guerra. Fusilado él, que tanto había fusilado.

UN NUEVO ESTILO DE MANDO

Pero ahora está en Toledo. Sustituye al coronel Álvarez Coque, aparcado en Madrid después de su accidente automovilístico. Estrena sus estrellas de teniente coronel con un mando brillante y prometedor; será el vencedor de Moscardó: conquistará el Alcázar.

Con la superioridad moral que le dan su pasado prerrevolucionario y el carnet del Partido Comunista se hace cargo de la presidencia del Comité de Defensa y comunica al gobernador y a los jefes de milicias que allí manda él y, lo mismo que ha fusilado a generales y coroneles facciosos en Madrid, fusilará en Toledo a cualquier republicano que desobedezca sus órdenes u obstaculice la buena marcha de las operaciones. Y pronto cumple la amenaza; juzga él, sentencia él y fusilan los hombres de su escolta: tiene checa propia.

El jefe de la división, general Asensio, anda muy ajetreado por culpa de las columnas del sur, que ya son del oeste y le han derrotado en su intento de reconquistar Talavera. Sin embargo, no quiere dejar solo a Barceló, a quien conoce bien por afinidades ideológicas; el general es muy amigo del Partido Comunista; no se sabe si llegó a inscribirse como militante, pero sí que fue nombrado comandante honorario del 5.º Regimiento, mítica unidad, madre de las milicias comunistas. Estima poco al teniente coronel; no se fía de su capacidad operativa y, a pesar de lo mucho que le absorbe la lucha contra las fuerzas de Yagüe, Castejón y el otro Asensio, todos los días inspecciona el

cerco del Alcázar y exige a Barceló detalladas explicaciones sobre el terreno, pero también le proporciona medios materiales y humanos que le aseguren el éxito.

Parece decirle: «Tienes cañones, hombres, morteros, ametralladoras, tanques. Y tienes la mina. ¿Qué piensas hacer con todo eso?».

El resultado es la orden de operaciones para el día 18. Las minas están cargadas y selladas; después de la explosión sólo será preciso ocupar el inmenso montón de escombros y, si hay algún superviviente, capturarlo. Ojalá; la batalla resultará mucho más vistosa si, además de banderas victoriosas y milicianos aguerridos, en las fotografías aparecen unos cuantos prisioneros, diez, veinte, cincuenta… No; cincuenta no; son muy cabezotas y podría resultar demasiado costoso sacarlos de entre los escombros.

Su plan consiste en dividir la columna y asignarle dos frentes, norte y sur, al mando de los comandantes Madroñero y Torres respectivamente. Detalla los efectivos unidad por unidad, con los nombres de cada una y de sus mandos, así como las asistencias de sanidad y municionamiento, los puntos de partida y los objetivos. Y la hora decisiva. La mina estallará a las 6.15. El asalto empezará a la 6.30. (Véase anexo 5.)

PLAN PARA MOMENTOS DIFÍCILES

El coronel Moscardó —que no sabe cómo quedará el Alcázar tras la explosión ni por dónde va a llegar el enemigo— pone a punto un inteligente plan que le permitirá llevar el núcleo principal de combate allá donde la situación lo demande. Para ello tiene organizados, desde finales de agosto, dos batallones que no actúan como tales en circunstancias normales, pero formarán en unos minutos cuando sea necesario.

Al toque de corneta, una parte de los defensores, la llamada «guarnición del Alcázar», dejará lo que esté haciendo y acudirá al puesto que a cada uno se le ha señalado para la defensa del edificio, relevando a quienes pertenezcan a los dos batallones de choque. Igualmente, ocuparán sus puestos los encargados de los servicios de armamento, municiones, víveres, sanidad, etc. Los dos batallones formarán en el patio, y los servicios, al pie de la escalera principal.

Excelente idea. El coronel dispone así de una masa de maniobra formada por más de la mitad del total de sus efectivos en el interior de la fortaleza, lo

que le permitirá actuar con intensidad en cualquier lugar del dispositivo de defensa que se vea seriamente amenazado.

LAS FUERZAS EN PRESENCIA

Éstas son las fuerzas que se van a enfrentar: pocos más de mil defensores contra cerca de cinco mil atacantes, sin contar las milicias incontroladas que hacen fuego de fusilería desde parapetos, ventanas y terrazas para apuntarse su parte de la victoria.

Pero el desequilibrio es, en teoría, mucho mayor: los asediados estarán muertos casi todos antes del asalto; y los supervivientes, si los hay, no reaccionarán paralizados por tan terrible conmoción. El teniente coronel ha conseguido infundir moral de victoria a sus huestes; van a clavar las banderas en lo más alto del Alcázar y lo harán caminando sobre dos mil cadáveres. Pero, por si acaso, les ordena que avancen tirando bombas de mano; podría quedar algún despistado vivo, algún loco que se niegue a enterarse de que el Alcázar ha volado con todos sus habitantes. A ése, bomba.

Se reza mucho en el Alcázar. Y se vigila. Los observadores de la mina, en lo más profundo de los sótanos, se relevan de quince en quince minutos. Es como jugar a la ruleta rusa; alguno estará allí, con el oído pegado a la pared, cuando la tierra tiemble sacudida por la trilita.

El fuego de fusilería no cesa.

PREPARADO PARA LA APOTEOSIS

El presidente del Gobierno, don Francisco Largo Caballero, se ha vestido de miliciano: mono tipo «pichi», sandalias ¡y sombrero! Lleva un arma larga; no es un fusil máuser, probablemente un rifle caro requisado en la casa de algún aristócrata. Las sandalias le permitirán andar con comodidad entre los escombros cuando suba a las ruinas para hacerse unas fotos con las bravas milicias.

Una jornada histórica, un día de victoria: ya sería hora después de tanta desazón.

10 de septiembre. Jueves

Ciento cuarenta y nueve granadas del 15,5 estallan desde la mañana hasta la noche cerrada. El enemigo accede a enviar a un sacerdote, pero no consiente que alguno voluntario acuda y comparta la suerte de los sitiados. Bajas: un muerto y trece heridos.

11 de septiembre. Viernes

De madrugada, salida para encontrar la boca de la mina, pero el enemigo se ha fortificado y ocupado las casas de los alrededores. Tres horas de bombardeo artillero, 62 granadas del 15,5, causan graves desperfectos; al cesar el fuego, a las nueve, el enemigo accede a que un capellán, el canónigo Vázquez Camarasa, pase tres horas en el Alcázar atendiendo las necesidades espirituales de los sitiados, decir misa, dar la comunión y bautizar a los dos niños. Por la tarde el enemigo pide hablar con Moscardó sobre la evacuación de mujeres y niños. Se le da una negativa por respuesta. Bajas: un muerto y seis heridos.

12 de septiembre. Sábado

Desde el amanecer, y durante todo el día, fuego de artillería sobre las fachadas del patio, totalizando 159 proyectiles del 15,5 y más del doble del 7,5. Se siguen oyendo los ruidos subterráneos de las minas que avanzan y es sofocado un incendio en la sala de Dibujo, un terreno batido constantemente. Bajas: un fallecido y dos heridos leves.

13 de septiembre. Domingo

A las siete rompe el fuego la artillería del 15,5: cien proyectiles y otros tantos del 7,5. Destrozos notables en las galerías este y oeste y la fachada sur. Por la noche se anuncia el intento de un diplomático chileno por tratar con Moscardó sobre mujeres y niños del Alcázar, a lo que se responde que «lo que quieran lo hagan por conducto del Gobierno de Burgos». Al dejarse de oír los compresores de las minas, se traslada a los enfermos y heridos a los lugares más resguardados. Bajas: un herido y un contuso.

EL MUNDO TEMBLÓ, LOS HOMBRES NO

La mina va a estallar; hay ambiente de fiesta entre los sitiadores y sus invitados. Para los sitiados es un día más; a lo largo de la noche se cumplen los servicios, se hacen los relevos con puntualidad; algunos saben que la mina está concluida y la explosión puede producirse en cualquier momento. Otros sólo saben que la mina es una amenaza cierta, aunque ignoran que ya está lista para asestar el gran puñetazo en el bajo vientre del Alcázar.

Los asediados soportan con paciencia el fuego enemigo. Que la fusilería los haya hostilizado todo el día y toda la noche no hace mella en su ánimo; casi ni la oyen. Cualquiera que convive con un ruido habitual acaba por no sentirlo; soportan el paqueo como quien oye llover. La artillería los mortifica más; inicia el martilleo de pronto y anuncia unas horas tremendas en las que el humo de la trilita se introduce por los respiraderos de las galerías; se oye el pedregoso estrépito de la arquitectura rota que cae sobre sus mismos escombros. Los defensores han visto derrumbarse las dos torres de la fachada principal; el día 4, el torreón nordeste cayó tras recibir el impacto de 138 granadas rompedoras del 15,5; el día 8 se arruinó su gemelo del noroeste con 285 impactos del mismo calibre. El general Asensio Torrado ha concedido a la artillería el protagonismo en la que cree será fase final de la batalla.

Éstos son sus poderes: nueve cañones del 15,5, cuatro del 10,5 y siete del 7,5. Total, veinte.

Para una fuerza expedicionaria como la «Columna Toledo» la dotación artillera es soberbia, sobre todo teniendo en cuenta que todas las piezas disparan contra un solo objetivo, que éste lo tienen poco más que a tiro de piedra —lo que favorece la efectividad del impacto— y que no se pierde ni una sola granada.

La violencia artillera ha crecido súbitamente tanto que en ella se adivina la ira de un enemigo impaciente por sus frustrados intentos; más impaciente, quizá, porque las columnas liberadoras avanzan imparables hacia Toledo. Este día, el 18, la fortaleza se hace infierno por todas partes y desde muy temprano. A las seis el fuego de fusilería, que no ha cesado durante la noche, aumenta como si regueros de pólvora corriesen por toda la ciudad. Pero a las seis y cinco parece como silenciado, anulado de pronto por un furioso

cañoneo. En los sótanos, para las mujeres y los niños empiezan las mismas penalidades de cada día; sólo lamentan que el terror ha madrugado más de lo habitual. Los defensores están en sus puestos unos, descansando otros, alerta todos; los que duermen lo hacen con el correaje ceñido y el arma en la mano; duermen un sopor animal, cansado, fruto de la desnutrición y la fatiga física. Duermen hasta en esos momentos en que las granadas llueven, estallando contra la fachada este y dentro, en el patio. El coronel Moscardó, al terminar este día terrible y heroico, lo describe con su habitual y objetiva precisión, sin dramatizarlo. Como quien sabe que aún le quedan horas y días más duros.

Día 18 de septiembre. Viernes.

En las primeras horas de la madrugada sigue el paqueo intenso del día anterior, que va aumentando; incluso toman parte en el fuego las piezas de 7,5 cm, que baten la sección de tropa. El ruido del compresor se sigue oyendo; pero como no se ha oído la perforadora desde el día anterior, se supone ser con ánimo de desorientamos, lo que no se logra, puesto que están tomadas las medidas posibles a nuestro alcance.

A las seis y cinco de la mañana rompen las piezas de 15,5 cm, desde los dos emplazamientos, un violento fuego contra el frente este de la compañía de tropa, patio del Alcázar y frente oeste por el interior.

A las seis y treinta y uno, cuando llevaban disparadas ochenta y seis granadas, se oye una detonación más fuerte, seguida de muchísimo humo negro que invade todos los locales, y hace creer a todo el mundo ha sido un cañonazo en sus inmediaciones; se comprueba acto seguido ha sido la explosión de las dos minas, que han derrumbado el torreón sudoeste y casi toda la fachada oeste, más todas las casas de los frentes oeste y sur en su mitad derecha.

Inmediatamente a esto un tiroteo intensísimo en todos los frentes, en especial norte y oeste, nos anuncia el asalto, que es rechazado con gran espíritu por todas las fuerzas sin distinción. A las trece horas se puede considerar que el ataque ha fracasado, aunque el tiroteo sigue intenso en los frentes noroeste y sur.

El enemigo, por los escombros del torreón noroeste y procedente del Zig-zag, coronó éste y allí se hizo fuerte, lanzando granadas de mano por el techo de las galerías y habitaciones del frente oeste; costó gran trabajo ocupar las ruinas, por encontrarse todas las escaleras obstruidas y rotas, y con escaleras de mano empalmadas y escaleras marinas se pudo ocupar esa parte, la más peligrosa, cogiendo al enemigo una bandera que tenía para ponerla, en su creencia en la victoria.

Al mismo tiempo atacaron también por el Corralillo y puerta de Hierro, ataques que también fueron rechazados, a pesar de intervenir en puerta de Hierro un tanque de artillería que forzó la verja y separó los coches que había de barricada, pero que tuvo que retroceder ante el empuje de nuestras fuerzas de la compañía de tropa y la instalada en el comedor y lavadero.

Como a las diez y veinte iba decayendo el empuje del enemigo, rompen otra vez el fuego las piezas del 15,5 cm de los Alijares y hasta las trece y treinta dispararon ochenta y dos granadas; a esta hora callan las piezas y sigue el paqueo, muy intenso, sobre todo por el frente este.

A las once aparecen dos aviones nuestros, que hacen vuelos de reconocimiento sobre nosotros; al poco rato aparecen tres aviones enemigos, que también vuelan en reconocimiento, y cuando éstos se retiran aparecen cuatro más, enemigos, que, como los anteriores, hacen reconocimiento y observación.

El paqueo muy intenso, y a las dieciocho y treinta rompen otra vez el fuego las piezas del 15,5 cm de los emplazamientos, y con ritmo muy lento baten sus objetivos acostumbrados.

Como los caballos y mulos corren peligro de ser batidos en la cuadra de los fregaderos, adonde habían sido llevados por el mismo motivo, se trasladan otra vez a las cuadras de los sótanos laterales a la piscina.

El fuego de la artillería sigue con ritmo lento.

Las comidas de este día han sido distintas a las normales, por haber estropeado la artillería del 15,5 cm la carne de caballo y mulo preparada para este fin; consistieron la primera en arroz con chorizo y bacalao y la segunda en arroz y judías.

La artillería de 15,5 cm bate la parte oriental del depósito de armamento, donde se había instalado la enfermería y parte del botiquín, por lo que inmediatamente se da la orden de trasladar los enfermos a un sitio más seguro, capilla antigua en el ángulo noroeste, así como el botiquín.

La noche sigue con paqueo menos intenso que durante el día y la artillería sigue con ritmo no muy rápido, disparando unas setenta y cinco granadas sobre la fachada norte, lavadero, paso Curvo, Capuchinos y de vez en cuando a la fachada sur por el interior. El total de proyectiles disparados fue de 272.

El día transcurrió sin más novedad.

Bajas de este día: trece muertos, cuarenta y ocho heridos y once contusos.

Siete líneas dedica el coronel a la explosión de cinco mil kilos de trilita que han derrumbado el torreón sudoeste y casi toda la fachada oeste. Con la misma naturalidad y concisión anota un cambio en el menú del día. Éste ha sido el impacto de la mina para el personal de cocina: tener que tirar la carne de caballo y echar mano de las preciosas reservas de bacalao, chorizo, judías y arroz.

El plan defensivo ha funcionado como un motor puesto a punto y resistente a golpes, baches y malos tratos: todos sabían lo que tenían que hacer. Pero, además, la reacción ha sido instantánea, brillante y eficaz, surgiendo por todas partes iniciativas eficacísimas, y heroicas acciones individuales. Mandos y tropa, viejos y jóvenes, han cumplido con su deber, y quienes han tenido oportunidad se han excedido más allá de lo exigible, exponiendo sus vidas a la desesperada, lanzándose ciegamente al cuerpo a cuerpo con el enemigo allí donde hace acto de presencia.

Manchester Guardian *escribe: «Con la voladura del Alcázar los leales han obtenido su gran triunfo moral y material de esta guerra. Este hecho no solamente los libra de una amenaza a las comunicaciones de Madrid con la costa oriental, sino que les da una base segura para organizar la resistencia contra el peligroso avance del coronel Yagüe.»*

EL ASALTO TAL COMO DEBERÍA SER

Las dos fracciones de la «Columna Toledo» ocupan sus bases de partida durante la noche. La del comandante Madroñera en el paseo del Miradero; su misión, subir a Zocodover y allí dividirse en dos frentes de asalto, uno por la cuesta del Alcázar para escalar las ruinas del torreón noroeste, y el otro por la explanada norte hacia el hueco de la puerta principal. La del comandante Torres, en la plaza de San Lucas, para dividirse también en dos; una atacará por el hueco creado con la voladura en la fachada oeste y la otra cruzará la plaza de Capuchinos, rodeará el edificio y entrará en el Alcázar por la fachada este.

LOS DE LA FOTO

La población evacuada soporta —unos con alegría, otros con angustia— la incomodidad de una acampada imprevista acompañada de llovizna intermitente. Los invitados procedentes de Madrid están contentos; han vivido una noche de guerra, de generales en campaña, sumergidos en el estimulante crepitar del tiroteo, comentando la complicada, anárquica, situación política y la marcha de las operaciones; algunos juegan a las cartas, otros se han dejado caer vestidos sobre una cama advirtiendo que los llamen a las cinco. Noche de guerra, noche de peces gordos y corifeos; el presidente del Gobierno y ministro de la Guerra, Largo Caballero, acaricia su rifle; ha disparado unos tiros para participar personalmente, como un miliciano más, en la batalla: éste para Moscardó; dispara y después mira hacia el Alcázar como si quisiese ver al coronel herido por su certero balazo.

Todos los altos mandos de unos y otros partidos tienen sus cuarteles generales en los cigarrales. Algunos, muy bien organizados, están desayunando a las cinco y media. La orden de operaciones anuncia la voladura para las seis y cuarto y todo el mundo lo sabe, civiles y combatientes, porque cuando los milicianos recorrieron la ciudad forzando al vecindario a huir al campo lo decían a gritos: el Alcázar será volado a las seis.

Alrededor de Toledo hay decenas de miles de criaturas, un círculo, un anillo de miradas atentas; acechan la mole herida plantada como un bravo toro estoqueado que se niega a doblar las manos; esperan el golpe de verduguillo que lo haga caer fulminado. La primera claridad del amanecer siluetea el perfil de la ciudad.

A las seis y cinco habla el cañón. La voz poderosa del quince y medio despierta a los pocos que aún duermen. Los impactos en el Alcázar levantan pequeñas nubes de humo y polvo que, lentamente, se adensan sobre las ruinas. Los operadores de cine no tienen aún la luz adecuada pero están rodando. Pasan diez minutos, las seis y cuarto, la hora señalada, las minas no estallan, sigue el cañoneo, en la ciudad han sido retiradas las fuerzas de los parapetos, en el Alcázar alguien cuenta, como siempre, los cañonazos, treinta y uno, treinta y dos, y los anota en una hoja minutada, treinta y seis —un palote—, treinta y siete —otro palote—, treinta y… En algunas casas rezan los que no salieron al campo.

EL CHICO QUE NO PUDO ESTAR EN EL ALCÁZAR

A las diez de la noche aporrean la puerta: milicianos. Cuando mi madre se asoma al balcón la apabullan: ¿qué hacéis aquí todavía?, ¡hay que evacuar!, ¡fuera de Toledo!

Mi madre se pone muy nerviosa, ¿qué hacemos?, vamos a morir aplastados, tú no puedes salir, hijo. Mi padre está hablando por teléfono con Manolo, un empleado de casa que es algo en la UGT. De acuerdo, de acuerdo, mi padre habla tranquilo, aquí esperamos, gracias, Manolo, y cuelga el teléfono, ya está todo arreglado. Va a venir una ambulancia con el pretexto de que mi abuela está enferma y en ella irá mi padre como acompañante. Así no hay peligro de que le vean; Manolo los lleva a casa de un primo suyo en la carretera de Piedrabuena. Mi madre y los demás irán andando, saben dónde está la casa del primo de Manolo, cerca del cigarral de nuestro amigo Serrano. Por mí, que no se preocupen, me quedo en el sótano con unas velas, un rosario y Quo vadis. *Mi madre dice que no me deja solo y yo respondo que si va a dejar solos a mis hermanos. Total, que la convenzo y se van. Llevan huevos duros, leche, pan y chocolate. Llevan mantas también. Salen a las once, asustados, con cara de fugitivos; los veo marcharse desde el balcón, apiñados, temerosos, calle abajo. Mi padre está llorando; me echa un brazo sobre los hombros y aprieta hasta hacerme chasquear los huesos, no le digo que me hace daño. La ambulancia llega a la una; la abuela está contentísima, menudo lujo, mi padre le dice que ponga cara de enferma, ay, perdona hijo, es verdad, vamos, vamos. Y saluda con vocecita débil a los de la ambulancia, buenas noches, camaradas, que Dios os lo pague, ay, perdón, y los milicianos de Sanidad de la UGT lo toman a broma, no se preocupe, abuela, Dios era socialista. Mi padre me ha dado un abrazo y diez o doce besos. Luego se ha puesto una boina y gafas oscuras, va en mangas de camisa y con un pantalón viejo. Lleva cogida a mi abuela como si necesitase ayuda, y la llama madre, es su suegra, pero se lo ha explicado, así es mejor, eres mi madre, no lo olvides. Ha dejado todas las luces apagadas. A tientas me voy al sótano, enciendo una vela, extiendo una hamaca vieja, intento leer, no me entero de nada. Rezo por mis amigos, por los que están allá arriba, por los que van a morir.*

El corresponsal del órgano comunista de París, L'Humanité, *J. Berlioz, se enfada porque no han muerto los sitiados «contra todas las previsiones y anuncios. Hora es ya de acabar. Demasiados combatientes están inmovilizados en la medieval Toledo, mientras el frente los reclama. Considerables esfuerzos han sido desviados por esa causa de su principal objetivo. La tragedia del Alcázar se acerca a su desenlace. Muertos a montones. Ruinas.»*

LA EXPLOSIÓN

El coronel Moscardó la describe con muy pocas palabras: «… una detonación más fuerte, seguida de muchísimo humo negro que invade todos los locales y hace creer a todo el mundo ha sido un cañonazo en sus inmediaciones…».

Así, a primera vista, esta referencia puede hacer creer que el efecto de la explosión en los asediados ha sido mínimo. Y lo ha sido en cuanto al número de bajas —sólo cuatro muertos, no los mil o dos mil que el enemigo esperaba—, pero no en cuanto al efecto psicológico, a la sensación de aniquilamiento; porque todos y cada uno de los asediados lo han sentido *como si un proyectil del quince y medio hubiese estallado a sus pies*; una sacudida brutal, un enorme estampido y, por si fuera poco, una espesa, asfixiante nube de humo negro, polvo, gases de trilita, mientras caen sobre las ruinas cientos de toneladas de piedras. Todos han visto la muerte a su lado, todos se han sentido sofocados en una atmósfera irrespirable, un fuego acre les ha lacerado los ojos, la garganta y los pulmones. Pero apenas si se han palpado la ropa; un movimiento reflejo los ha puesto en pie con el arma en la mano; ya corren a sus puestos de combate. Las madres han abrazado a sus hijos; médicos, panaderos, cocineros, las hermanas de la caridad buscan el desorden a su alrededor para remediarlo; y lo remedian tosiendo, llorando, a ciegas. Y cuando los combatientes emergen a la luz, mientras acuden a los parapetos o improvisan otros nuevos sobre la ruina y el caos recién creados, de los sótanos llega un canto que se eleva entre los escombros: «*Salve Regina, Mater misericordiae…*». La salve une a todos en las catacumbas mientras los que han de combatir buscan al enemigo y sitúan sus armas frente a las enormes brechas abiertas por la gran convulsión. No, no es cosa de película, no es invención de un novelista; esto es lo que ocurrió: *Salve Regina Mater*,

con la voz, con las toses, con las gargantas martirizadas por el humo y el polvo, con el horror y la esperanza.

Los que lo vieron

En el gran palco rocoso de las alturas que rodean la ciudad los espectadores han tenido una visión, también engañosa pero más real, de la voladura. Luis Quintanilla, uno de los creadores de la antileyenda del Alcázar, declara: «Sentimos una especie de trepidación atmosférica, y de repente vimos, en la parte interior del Alcázar próxima al oeste, un agudo reflejo luminoso que se envolvió en humo negro, llegando hasta nosotros el prolongado retumbar del trueno. La enorme masa de humo cubrió todo el Alcázar y las casas adyacentes».

Han visto ese instante tremendo de la explosión, la llamarada y el humo. Sienten el trueno y el temblar del suelo. Después la nube negra lo borra todo y han de pasar más de quince minutos para que empiece a mostrarse el nuevo perfil del Alcázar; ya se han delineado las siluetas de la catedral, San Ildefonso, San Marcos; poco a poco el viento adelgaza la nube y lo primero que comenta el público asistente al espectáculo es que aún queda en pie un torreón. Largo Caballero quiere llegar pronto al Alcázar; camina hacia el coche con el rifle en la mano.

El asalto

Las tropas de Barceló se han puesto en marcha tras esperar el cese de la lluvia de escombros que ha bombardeado Toledo; el patio de una casa próxima a la iglesia de San Nicolás ha recibido en lo alto un chasis entero de camión; piedras de doscientos, cien y cincuenta kilos han roto tejados en un círculo de radio superior a cien metros en torno a la voladura.

Llega el comandante Madroñera a Zocodover y Torres al Corralillo. Sus hombres están impresionados; gente dura, algunos tienen lo que se dice «mal cuerpo», unos porque han pasado mala noche, otros por la conmoción, el suelo temblando, el diluvio de piedra, la idea de avanzar pisoteando cadáveres de mujeres y de niños. Los hay que no se fían: la mole del Alcázar sigue allí, el coloso ha sido herido, un hachazo superior a cualquier bombardeo; pero ahí está: arriba.

Voces de mando ordenan avanzar y empieza el asalto con las bombas de mano como arma de ruptura.

Salen los hombres de Moscardó, ciegos, tropezando con el nuevo escenario: moles de piedra donde antes se alzaban columnas; han desaparecido la fachada oeste y las galerías: ¡el patio del Alcázar y el primer piso se comunican directamente con la calle! Hay que situar tiradores y asentar armas automáticas que impidan al enemigo llegar al patio. El fuego de fusilería es intensísimo, pero con los escombros se construyen nuevos parapetos mientras las fuerzas de Torres y Madroñera avanzan animándose con gritos de barricada y el canto estimulante de *La internacional*. Por las ruinas del torreón y por la explanada principal llegan, lanzando bombas, y ocupan la primera galería donde clavan una bandera roja: ¡victoria!

UNA BANDERA ROJA

El enemigo, 4200 hombres, ataca por todas partes. Se han aproximado bajo la protección de la nube de polvo y humo, con la inconsciencia de quienes dan a los sitiados por muertos. No han muerto, y cuando ven la bandera roja se lanzan ciegamente hacia ella. Pero desde dentro el lugar es inaccesible, han desaparecido, derruidas, las escaleras, y, en medio del diluvio de balas, de los estallidos de las bombas de mano, cuatro jóvenes tenientes, Cirujano, Gómez Oliveros, Trovo, de Infantería, y Castro, de Intendencia, cogen del gimnasio escalas de cuerdas con las que intentan inútilmente llegar hasta la galería ocupada por milicianos y guardias de Asalto: no es posible. Consiguen, después, tres escaleras de madera, las atan para formar una sola y con ella logran trepar hasta donde han llegado los atacantes y, en fiero combate cuerpo a cuerpo, los obligan a retroceder. El teniente Gómez Oliveros arranca la bandera marxista y la arroja al patio. Llegan en su ayuda guardias civiles y falangistas; el combate es durísimo, con bajas por ambas partes; los asaltantes luchan, desesperados, en retirada; esperaban encontrar cadáveres y ahora se ven cogidos en una trampa mortal; están aislados. Sus seguidores, al ver con cuánta viveza responden los «muertos», se han parado en seco, nadie llega en su auxilio, huyen y caen abatidos por el fuego cruzado de las armas que han surgido entre las ruinas, en el túnel del Simplón en el Museo Romero Ortiz, en los huecos abiertos por la artillería durante tantas semanas de acción destructora. Pocos logran escapar.

Antonio Rivera ya no está en Santiago; ha sido trasladado a una sección de ametralladoras urgentemente enviada al Museo Romero Ortiz hacia el que avanzan los atacantes por la montaña de escombros que cubre la cuesta del Alcázar; desde la altura dominan el museo llegando fácilmente con sus granadas de mano hasta las dependencias de la Academia y al patio mismo. La ametralladora les responde tan desprotegida que dos de sus sirvientes caen heridos; las bombas de mano estallan a su alrededor y pasan por encima de sus cabezas. El oficial da orden de retirar los heridos y replegarse al interior: la ametralladora queda abandonada.

Mientras en la planta superior se lucha a muerte por la bandera roja, Antonio piensa en la ametralladora abandonada: puede caer en manos del enemigo. A su lado está un cadete, Jaime Milans del Bosch, a quien propone volver al museo y rescatarla. Cuando están a punto de conseguirlo, una bomba de mano cae de lo alto, estalla y casi le arranca el brazo izquierdo. No se detiene y consiguen retirar la máquina; el oficial le ordena marcharse a la enfermería pero él se niega. Al fin lo llevan a la fuerza y cruza el patio sujetándose con la mano derecha el brazo herido. Por su pie, con la cabeza alta, gritando «¡Viva España! ¡Viva Cristo Rey!»; quiere animar a los demás y dar ejemplo. Llega a la enfermería, le ponen un sencillo vendaje para sostenerle el brazo; a su alrededor hay otros heridos. Antonio pide que los atiendan antes que a él: «Yo puedo esperar».

L'Humanité, *el 21 de septiembre: «La atmósfera estaba hasta tal punto cargada de humo y de polvo, que el aire se hizo irrespirable, por lo que la situación debe de ser insostenible en los subterráneos donde se encuentran retenidos los quinientos inocentes niños, mujeres y ancianos.»*

De sorpresa en sorpresa

El teniente coronel Barceló, en su plan de operaciones, había pensado quizá que la voladura sepultaría los edificios del cinturón exterior, desde el Gobierno Militar hasta Santiago y Capuchinos. O bien sus jefes de agrupación, Madroñera y Torres, interpretan en forma muy limitada el artículo 3 en el que se les concede «un amplio margen de iniciativa». Ambas agrupaciones se lanzan con total inconsciencia hacia el edificio del Alcázar como si a su alrededor sólo hubiese ruinas y muertos.

Grave error: desde el Gobierno Militar los hombres de Madroñera, y desde Capuchinos los de Torres, son objeto de una áspera acogida. Nadie se ha ocupado de neutralizar estos puntos fuertes de la defensa; los destinados, precisamente, a evitar que el enemigo pueda aproximarse al Alcázar. Ni siquiera los han tenido en cuenta para hostilizarlos; lo único que se le ha ocurrido al brillante teniente coronel es proporcionar a las vanguardias de las agrupaciones algún elemento blindado, un cañón y varios morteros que los capitanes, faltos del amplio margen de iniciativa, no sabrán utilizar adecuadamente. La única iniciativa que funciona es la de pararse en seco: ni un paso más.

Peor suerte corren quienes, alegres y envalentonados, se lanzan por la brecha de la mina; un cráter que los conduce directamente al interior de la fortaleza. El avance les resulta más difícil de lo que esperaban.

Tras abrirse las entrañas de la tierra, el boquete es una confusa depresión obstaculizada por hierros retorcidos y bloques de granito y argamasa; una ratonera. Cazados en el embudo, les llueven balas por uno y otro lado. Allí queda toda la vanguardia mientras sus camaradas se retiran, como pueden, hacia Zocodover a contarle al teniente coronel —Barceló tiene en la plaza su puesto de mando— que los facciosos no han muerto. Ni mucho menos.

EL CHICO QUE NO PUDO ESTAR EN EL ALCÁZAR

Me despertó un cañonazo. De mi casa al Alcázar habrá doscientos metros en línea recta; oíamos el estampido de salida, el desgarramiento del aire, por la granada y la explosión final. La vela se estaba agotando; encendí otra. Sentía haberme dormido; quería pasar la noche entera recordando a mis amigos, envidiándolos a pesar de todo. De pronto, la tierra tembló, la vela nueva cayó al suelo, oí un trueno sordo, una gran explosión, un trueno y después ruido de cristales rotos, tableteo de granizada, un golpe fuerte en el techo del sótano, del que se desprendió tierra y polvo. Salí al patio; estaba lleno de cristales y cascotes; en el centro, una roca que luego pesó setenta y dos kilos. La claraboya estaba destrozada y sus hierros colgaban de las paredes. Salí al portal; la puerta estaba abierta, la cerradura rota y las bisagras medio arrancadas. La calle estaba llena de humo y se oían gritos que supuse eran de milicianos, por lo que encajé la puerta como pude, volví al sótano y caí de rodillas rezando. No sé cuánto tiempo estuve así, creo que hasta que oí el tac-tac de una ametralladora del Alcázar. Desde mi casa se distinguía muy

bien la diferencia entre los disparos de los sitiadores y de los sitiados; las rojas hacían toc-toc, las del Alcázar, tac-tac. Aquella ametralladora era de los míos, ¡estaban vivos!

A las once paró la ambulancia en la calle. Me había salido del sótano y, desde el balcón del comedor, a través de la persiana, vi a unos enfermeros que ayudaban a bajar a mi abuela. Oí abrir la puerta a empujones.

Mi abuela entró en el comedor. Le di un abrazo, la besé, estaba muy seria. Salí en busca de mi padre pensando que estaría atrancando la puerta de la calle.

No estaba mi padre. Habían parado la ambulancia en el puente de San Martín; entró un miliciano a registrarla, le hizo apearse y ordenó a los sanitarios que siguieran su camino.

Aquel mismo día lo fusilaron. Mi familia no vio la explosión; mis hermanos estaban dormidos y mi madre no quiso ni verlo. Estaban en casa del primo de Manolo. Ni ella ni mi padre salieron; la abuela tampoco.

Fue en el Tránsito. A mi padre lo llevaron al paseo del Tránsito y lo fusilaron «para vengar la sangre de los camaradas muertos por la mañana». Eso le dijeron a Manolo cuando fue a preguntar por él.

PAUSA PARA UN BANQUETE DE CAMPAÑA

Los invitados de Madrid han visto la explosión, el asalto, pequeñas figuras humanas trepando por los escombros, el estallido de las bombas de mano, ¡la bandera! ¡Hay una bandera roja en lo alto de las ruinas! Pero se sigue peleando, deben quedar algunos rebeldes vivos, pronto serán exterminados… A las diez y veinte entra en acción, otra vez, la artillería: el asalto ha fracasado, aunque el coronel Moscardó no lo considera concluido hasta las trece treinta. A esa hora enmudecen los cañones que han estado machacando el reducto con la esperanza de facilitar nuevos asaltos a la infantería. Pero la infantería no se anima. Solamente las vanguardias se trabaron en combate; ellos creyeron que iban a pasear sobre los muertos.

Los toledanos han empezado a regresar a sus casas a media mañana, cuando cesan los estallidos de las granadas de mano y decrece ligeramente el fuego de fusilería. Muchos encontrarán las puertas de sus casas desencajadas por la explosión y los tejados horadados por grandes pedruscos: algunos han atravesado hasta tres pisos. En los puentes y las puertas hay escuadras de

milicianos observando el regreso; entre la riada humana hay quien no llegará a su casa.

El presidente del Gobierno sigue el consejo de sus asesores: primero comer, después visitar el Alcázar cuando hayan sido reducidos esos pocos supervivientes que aún insisten en su loca actitud de rebeldía.

El teniente coronel Barceló ha sido herido levemente. Lo bastante para entregar el mando y ahorrarse explicaciones. Le han vendado una pierna y está furioso; en su puesto de mando hay mucha gente; su plana mayor, algunos políticos, varios periodistas españoles y extranjeros. El jefe de la fracasada operación exhibe su pierna vendada; otro jefe de columna que se va herido; poca cosa, pero basta con eso, esa venda y su indignación por culpa de algo inconcreto, que equivale a una acusación contra no se sabe quién. No necesita más; la herida es leve, bien claro está, pero suficiente para llamar al comandante Torres y entregarle el mando. Adiós, «Columna Toledo».

«HÉROES» DE PAPEL

El camarada Mijaíl Koltsov está en Toledo. Es uno de los rusos que mandan en el Partido Comunista español y, por infiltración, en casi todas partes. Personaje misterioso, enviado especial de Stalin y Vorochilov, a quienes envía directamente sus informes, conoce España desde que se instauró la República en 1931 y pertenece a la vieja guardia soviética. Como periodista, su firma aparece en *Pravda* desde 1920; como agitador internacional, viaja por todo el mundo y es decidido impulsor de las asociaciones de Escritores Antifascistas, club de agentes, con etiqueta de intelectuales, al servicio, consciente o no, de Moscú.

De su estancia en Toledo da testimonio él mismo. Falso testimonio, como los de casi todos los escritores extranjeros antinacionalistas que aprovecharon la guerra de España para crearse una falsa leyenda de combatientes; Malraux, Hemingway, Willy Brandt y tantos otros.

Del día 18 Koltsov hace su versión particular, buena para quien no conozca Toledo ni el Alcázar ni la batalla que se libra este día. Batalla que él presencia de lejos y le da una preciosa oportunidad para exaltar al Partido Comunista, desacreditar a los odiados anarquistas e inventarse una hazaña personal.

En *Diario de la guerra de España* relata su participación en un asalto; el reportaje es extenso y a él pertenecen estos párrafos:

Los jóvenes están alertas, emocionados, pero se les ve alumbrados por cierta tranquila luz interior. Éstos son los que han acudido hoy a Toledo en respuesta al llamamiento de José Díaz: «Para la toma del Alcázar hacen falta aún mil hombres, de los cuales por lo menos doscientos perecerán irremisiblemente…».

La artillería gubernamental aquí casi no ha destruido nada. Es raro: lleva disparando contra este punto desde hace más de un mes sin descanso. ¿No ha habido algún engaño? ¿Ha disparado honestamente la artillería?

Los fascistas hacen fuego graneado, pero nosotros no estamos mal defendidos por su propio muro. Las balas se hunden por detrás, en la pendiente.

De todos modos es necesario esperar aunque sólo sea otro grupo. Somos, aquí, poco más de cien hombres. Sin una ametralladora, sólo con granadas de mano. Dentro hay dos mil hombres, bien armados y desesperados. Hay que esperar cinco o diez minutos, mientras suben los anarquistas con las ametralladoras.

¿Pero dónde está el segundo grupo? Miramos hacia abajo: algo pasa. Los anarquistas no suben. Los sediciosos han dejado de ahorrar municiones y han establecido una cortina de fuego de ametralladora hacia la mitad de la colina. La unidad anarquista no se atreve a subir.

¡Pero nosotros hemos pasado! Un obrero con barbita se levanta, agita un pañuelo, llama a los que están abajo. Nos levantamos todos. Gritamos, agitamos los brazos.

¡Subid! ¡Aquí estamos los comunistas! ¡No tengáis miedo! ¡Hacéis falta aquí!

Como de costumbre, los comunistas son los héroes y los anarquistas unos gallinas; para justificar la derrota siembra todo tipo de sospechas: la artillería traiciona al ejército del pueblo, la ciudad está plagada de agentes enemigos, tiradores fascistas emboscados disparan en las calles contra los milicianos. Inventa un asalto final desesperado y heroico en el que llega —con otros bravos comunistas— a arrojar sus bombas de mano en el mismo patio del Alcázar: «Estrépito espantoso, humo; caen las ramas de los viejos árboles del patio, rotas…». ¿De qué patio hablas, Mijaíl? En el del Alcázar no hay árboles. De su turismo revolucionario y agitador quizá recuerda algún patio de naranjos, Barcelona, Córdoba, Sevilla… Así describieron la guerra de España muchos «intelectuales comprometidos» que la aprovecharon para autodiplomarse de héroes progresistas. Falso porque no lucharon, falso

porque mintieron creando episodios inexistentes, falso porque lo suyo nunca fue progresismo.

Koltsov se hacía llamar «Miguel Martínez», él fue quien acordó con Santiago Carrillo las sacas de presos que darían lugar a las matanzas de Paracuellos del Jarama y Torrejón de Ardoz. En el *Diccionario* de Rubio Cabeza se dice: «Según escribe el propio Koltsov, la orden de traslado de tales presos —los de las cárceles de Madrid— la dio el miliciano mexicano "Miguel Martínez", el cual era el nombre que se daba a sí mismo para la realización de determinadas misiones secretas… En 1938 regresó a la URSS, donde fue detenido y ejecutado como consecuencia de una de las purgas de Stalin».

Ejecutado como Barceló. Una coincidencia en cierto modo reconfortante: ambos tenían un notable historial de fusilamientos. Estremecedora coincidencia porque fueron injustamente condenados a muerte —Koltsov por Stalin, Barceló por Casado— como tantos a quienes ellos hicieron ejecutar.

La vida sigue en la fortaleza. El rancho se sirve con alguna diferencia respecto a la rutina de cada día. La redacción de *El Alcázar* trabaja: tres apretadas páginas en las que da amplia información de la zona roja, audiencias del presidente Azaña, un telegrama del alcalde de Madrid a Moscú agradeciendo ayudas, partes de guerra y noticias políticas. Siguen los resúmenes de Radio Italia y Radio Club Portugués y, como siempre, al final, la «sección local».

Información alcazareña (número 54, pp. 2 y 3):

Seis cañones del 15,5 cm a plena intensidad de fuego y dos minas de a dos toneladas para arriba cada una, en acción simultánea, no han podido producir otro resultado que el aumento de estas gloriosas ruinas, que han de quedar como mudo testigo de una lucha épica.

Día duro, a prueba del ánimo de estas tropas que tienen dentro de sí el espíritu y la representación de esta sagrada joya. La sangre tan generosamente vertida en el rechazo de los asaltos que han seguido y que tan valientemente han hecho fracasar será semilla de un porvenir gloriosísimo; imposible dar indicación de los que se han distinguido, todas las fuerzas, todas, militares y civiles, sin olvidar a estas mujercitas —ni una sola baja entre ellas, que es nuestra mayor satisfacción— que en el sentir a España y a sus tradiciones no ceden a los propios hombres.

Siempre hemos tenido un apoyo providencial, llegado a nosotros por nuestra Virgen bendita, que si bien es difícil añadir títulos al que ostenta la

Inmaculada Concepción, yo me permitiría pedir a nuestras autoridades eclesiásticas que le añadieran el sobrenombre del Alcázar:

¡A SEGUIR, PUES, HASTA EL FINAL DE ESTA GENEROSÍSIMA EMPRESA!

El frustrado intento de asalto de nuestro Alcázar por el enemigo en la mañana de hoy, ha obligado a nuestro taquígrafo don Andrés Marín a realizar servicios apremiantes e ineludibles en la enfermería y, por ende, a demorar, bien a su pesar, la traducción de las cuartillas que contenían las últimas noticias captadas a Radio Club Portugués, de las que, si Dios quiere, haremos mañana un resumen.

El taquígrafo don Andrés Marín ha estado muy ocupado en la enfermería. Profesor del instituto, conoce a Antonio Rivera; casi todos los voluntarios jóvenes han sido alumnos suyos. Tiene amistad con Antonio y lo admira por sus actividades de apostolado. En la enfermería, lo acoge con palabras afectuosas, compasivas.

«Esto no es nada —le responde el herido—. Tendrán que amputarme, ¿verdad?».

«Sí, creo que sí».

«Por favor, avíseme antes; quiero estar bien preparado».

Es el doctor Lozano quien le avisa: va a amputar y apenas tiene anestesia. Antonio Rivera contesta que no le importa. Sólo pide que le pongan su rosario en la mano derecha: con él resistirá cualquier dolor.

El coronel baja a verle. Lo vio cruzar el patio durante el combate gritando para animar a sus compañeros.

«Eres un valiente, Riverita —le dice—. Hoy te citará la Orden del Día como muy distinguido. Voy a darte un beso en nombre de tu padre». (Véase anexo 5. Testimonio del doctor Ortega).

«El día transcurrió sin más novedad», dice el coronel. Que el paqueo continúe sin pausa, que el cañón añada ruina a las ruinas apenas tiene importancia. Los mandos hacen recuento de sus hombres, los heridos leves y los contusos se curan a sí mismos para no estorbar en la enfermería, los amigos buscan a los amigos, todos tienen algo que contar. El entusiasmo es grande; se ha despejado la gran incógnita, no hay que temer a la mina: ya ha estallado.

Ha sido un día terrible.

Los siguientes van a ser peores.

El almirante jefe de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos, William Crowre: «Es un honor para mí firmar en este libro y en este despacho que pertenece a la Historia.»

14 de septiembre. Lunes

Por la mañana se oye otra vez el ruido de los compresores y el trabajo de barrena, a mano, en las minas. Sobre las ocho comienza un cañoneo de tres horas y cuarto y ya al anochecer el enemigo lanza petardos sobre la puerta de Carros y la puerta de Hierro y grita que «se suelte» a mujeres y niños porque si no va a ser tarde, lo que da la seguridad de que las minas están muy avanzadas. Bajas: siete heridos.

15 de septiembre. Martes

Bombardeo temprano sobre la fachada sur, que sufre grandes desperfectos, lo que no impide percibir perfectamente los ruidos subterráneos de las minas. Una nueva batería del 15,5 abre fuego desde los Alijares sobre el Paso Curvo durante la tarde. Se tiene noticia de la lucha de los nacionales en Maqueda, lo que causa entusiasmo. Bajas: cinco muertos y cuatro heridos.

16 de septiembre. Miércoles

Bombardeo artillero, a lo largo del día: 144 granadas del 15,5, y se observa que se han añadido dos piezas más de este calibre. Se siguen oyendo explosiones subterráneas en las minas. Tres aviones nacionales bombardean Zocodover, seguidos, poco después, por un vuelo de reconocimiento de dos aviones rojos. Por la noche, se consigue retirar cuarenta sacos de trigo. Bajas: un muerto, tres heridos y tres contusos.

17 de septiembre. Jueves.

A pesar del fuego de las seis piezas del 15,5, al no acusar ruidos subterráneos, se trasladan definitivamente mujeres, niños, capilla y enfermería a los sótanos de los frentes norte y este. El enemigo todavía emplaza dos piezas más del 15,5. Bajas: tres heridos.

18 de septiembre. Viernes

Estallan las minas. Dice *El Alcázar*: «Seis cañones del 15,5 a plena intensidad de fuego y dos minas de a dos toneladas cada una, en acción simultánea, no han podido producir otro resultado que el aumento de estas gloriosas ruinas que han de quedar como mudo testigo.» Se rechazan varios asaltos simultáneos, incluso con carros, capturando al enemigo una bandera. La aviación nacional y la roja hacen vuelos de reconocimiento. La artillería y la infantería siguen disparando intensamente, cayendo, en total, 272 granadas. Bajas: trece muertos y ocho heridos.

OTRA VUELTA DE TUERCA

El día 19 no es para los sitiados una jornada de reflexión: no los dejan.

La realidad es muy dura, golpea sin pausa: Moscardó y sus oficiales, y hasta el último soldado, se ven obligados a reflexionar sobre la marcha y moverse muy de prisa, apretando los dientes para no dar un solo paso en falso ni dejar una agresión sin respuesta, porque no ha terminado el enemigo de ponerlos en el límite de la supervivencia cuando ya les plantea un nuevo desafío imposible de superar con lo que podríamos considerar capacidad humana de aguante, de resistencia a la desdicha. Cada día será, en adelante, una prueba más dura que la del día anterior: una vuelta de tuerca más.

El general Asensio Torrado ha sufrido los efectos de la explosión de la mina con más intensidad que el coronel Moscardó. No le ha temblado la tierra bajo los pies con tanta violencia como a los defensores del Alcázar; no ha sentido sus pulmones abrasados por el infierno de la trilita ni le ha llegado a los oídos el eco trémulo de una salve cantada por quienes vieron pasar la muerte en la oscuridad aterrada de unas catacumbas mientras del cielo les llovían sus propias minas. La mina, sin causarle padecimientos físicos, le ha estallado en su hoja de servicios, en su prestigio profesional, en sus aspiraciones de revancha por no haber logrado reconquistar Talavera ni frenar a Yagüe, Castejón y el otro Asensio tan audaz, tan seguro al mando de sus tropas. No hay testimonio de los momentos —si los hubo— en que se enfrentó con su padrino político, Largo Caballero, para confesar que sus tropas no habían avanzado ni un metro más que los permitidos por la sobrehumana entereza de quienes iban a morir y no han muerto.

Profesional, y autocrítico al fin y al cabo, cae en la cuenta de que el recinto exterior ha sido, también ese día, el más eficaz elemento defensivo del Alcázar. Hay que arrancar uno a uno los granos de esa granada: el Gobierno Militar, Santiago, Capuchinos… Y demoler la fachada este, qué diablos, que caigan todos los muros, todas las paredes, que no puedan moverse esos locos ni por fuera ni por dentro de la fortaleza: hay que destruir el Alcázar piedra a piedra, aunque para cada piedra sea necesario un cañonazo. Va a enviarles cientos, miles de cañonazos. Y una mina más; una mina fácil que ayudará a conseguir la ruina total del frente este.

No serán miles; pese al frenesí artillero que se ha apoderado del general desde las diez y veinte de la mañana del día en que, airado porque la mina hizo grandes destrozos en el escenario pero no alteró el argumento del drama, y ordenó a sus baterías fuego sin pausa, fuego a mansalva: pese a tanta cólera destructora, sus cañones están disparando sólo sus últimos cientos de cañonazos contra la heroica gente del Alcázar.

Bien sabe Dios que en el breve espacio de tiempo que les queda para sembrar ruina y muerte hasta el día de la liberación harán más daño que en los dos meses anteriores. El general aporrea con puño de hierro el Alcázar de su adolescencia, la Academia en la que se hizo hombre y caballero; no parece que le pese hacerlo; le duele la derrota; muchos años después, todavía habla de ella —de su fracaso— con resentimiento; hubiese sido más elegante, más justo y, sobre todo, más militar, declarar que hizo cuanto pudo por doblegar a un grupo de rebeldes, pero no lo consiguió porque su heroísmo los hizo invencibles. Para un militar no es deshonra ser vencido por un puñado de héroes sino honor haberlos combatido.

*«La posteridad discutirá el caso (***liberar el Alcázar retrasando la marcha hacia Madrid***), pero ya quedó indicado que en Méntrida cerramos los tratados de táctica y abrimos el gran libro del corazón dejando actuar a nuestros sentimientos» (Alfredo Kindelán,* **Mis cuadernos de guerra***, Planeta, Barcelona, 1982).*

UNA INICIATIVA COSTOSA PERO EFICAZ

Al general Asensio Torrado se le ocurre, en medio de tanta frustración, una idea revolucionaria: cazar hombres a cañonazos, utilizar la artillería como rifle de safari. Ordena apuntar sus cañones a los puntos de paso obligado con orden de disparar contra cualquiera que se ponga a tiro: no dejarlos ni respirar, ni dar un paso. Quizá es la primera vez que se utiliza artillería pesada en tan ruin cometido. Con excelentes resultados, hay que reconocerlo.

El día 19 el coronel Moscardó tiene perfecto conocimiento de la situación, ha contado sus hombres y sus armas, conoce al detalle el despliegue de sus fuerzas y la eficacia del plan defensivo que, pese a tanto destrozo, apenas ha variado. Pero hay trece muertos, ésos no tienen sustituto, y las dificultades que afectan a la línea exterior le preocupan: la artillería, que machacó todo el

recinto a lo largo del día 18 —excepto las cuatro horas escasas desde la explosión hasta el asalto—, continúa su obra destructora desde la madrugada del 19. En los Alijares hay catorce cañones —la mitad del 15,5— disparando contra la fachada este y la explanada que la une con el conjunto del comedor, lavaderos, Santiago, Capuchinos; el Paso Curvo —camino obligado para el enlace— lo han destrozado y sobre la puerta de la piscina, salida por la que se accede al Paso Curvo, ha caído tal cantidad de escombros que está cegada: la comunicación entre el recinto exterior y la fortaleza, que ya era muy arriesgada, se torna peligrosísima y difícil.

Del Diario de Operaciones:

Día 19 de septiembre. Sábado.

Por la madrugada se oye el fuego de la artillería con el ritmo del día anterior, y hasta las seis y treinta disparan las piezas del 7,5 también sobre la compañía de tropa. Han causado grandes desperfectos en el paso Curvo, puerta y entrada al sótano y piscina y en el torreón sudoeste, llegando a cegar el paso de la piscina al paso Curvo, por lo que se empieza a trabajar para establecer las comunicaciones del Alcázar con el paso Curvo, comedor de alumnos y compañía de tropa.

Por estar en peligro el depósito de víveres instalado en el depósito de armamento, se da orden de trasladarlo a la habitación que ocupaban antes los productos farmacéuticos, en la fachada sur.

Sobre las siete, apenas la artillería calla, empieza un intensísimo tiroteo por todos los frentes, que nos da la impresión de un ataque en serio, como el del día de ayer, pues aunque es muy nutrido se observa es desde los edificios que rodean nuestro frente. Por el Corralillo es donde parece ser más factible, pero tampoco se lanzan al asalto.

Las piezas del 15,5 cm han disparado setenta y cinco proyectiles y las de 7,5 *cm, cien.*

El paqueo, a las nueve y treinta, sigue, pero con mucha menos intensidad.

Por la Comandancia militar se da una orden para que todo aquel que tenga más de una prenda de abrigo la entregue en almacén, con objeto de proveer a las fuerzas que hacen el servicio de noche a la intemperie. También se publica una relación de distinguidos por su comportamiento en el ataque de ayer.

A las trece horas rompen el fuego las piezas del 15,5 de los dos emplazamientos y lanzan cuarenta y dos proyectiles sobre sus acostumbrados

objetivos. Al terminar se reproduce el paqueo, aunque no con la intensidad de por la mañana.

A las dieciséis y cuarenta y cinco la observación del frente este acusa el paso por la carretera de la Sisla de dos camiones arrastrando dos piezas de artillería, sin poder precisar el calibre ni características.

Poco después se precisa que son piezas ligeras de campaña de 7,5 cm.

El total de granadas disparadas por la artillería fue de ochenta y ocho, que causaron grandes destrozos en la fachada este, en el comedor y distribuidor y lavaderos, cuya guarnición, por lo duro y peligroso de este puesto, es relevada por treinta hombres pertenecientes a la Escuela de Gimnasia, Falange y Guardia Civil, a las órdenes del comandante Llorente, jefe de aquel sector.

Por la tarde, a las trece y a las dieciséis, hubo por el enemigo dos intentos de asalto por el Zig-zag y puerta de Hierro, saliendo inmediatamente fuerzas de Falange, Escuela y Guardia Civil, a las órdenes del comandante Méndez, de Artillería, que hacen un reconocimiento por estos sitios, poniéndose al habla con los de puerta de Hierro y cogiéndole al enemigo un fusil, granadas de mano y una bandera roja.

La observación acusa el emplazamiento de dos nuevas piezas en el campamento de los Alijares, apreciándose son contra aeronaves, una terrestre y otra de barco, y a poco llega un camión transportando cuarenta cajas de granadas.

El paqueo sigue intenso en todos los frentes y así termina el día.

Bajas de este día: cuatro muertos, treinta y un heridos y dos contusos.

«DIES IRAE»

Todo un día de «ira, de calamidad y de miseria» —que recuerda el responsorio de difuntos—; día de ira en las filas de los sitiadores, la ciega ira del impotente, del perdedor soberbio.

Los jefes de las milicias quieren la revancha; el general quiere la revancha; los milicianos quieren la revancha con una condición: que la artillería mate antes a esos rebeldes, facciosos, locos y tercos sujetos tan empeñados en permanecer allí encerrados dándole al fusil.

Las sucesivas oleadas de metralla que refleja el Diario de Operaciones son, sin duda, acciones artilleras que el mando ordena para facilitar nuevos asaltos a la infantería. Los guardias de Asalto son los mejor preparados y los

más dispuestos, pero no se deciden a atacar. Después del primero y madrugador bombardeo, el nutridísimo fuego de infantería es preludio a las siete de la mañana de un ataque contra el que los defensores se preparan con el cuerpo fatigado, la mente despierta y el dedo en el gatillo: no hay ataque. Tampoco lo hay a las trece horas aunque los signos son inequívocos: bombardeo, tiroteo y envainársela. Lo intentan por el Zig-zag y puerta de Hierro contra los edificios de la cuesta del Carmen machacados por el cañón y prácticamente aislados. Unidades de la Guardia de Asalto inician un ataque y llegan a penetrar en algunas dependencias, pero se ven sorprendidos por el comandante Méndez. El bravo artillero que dirigió el transporte de munición de la Fábrica de Armas ha hecho una arriesgada salida con un grupo de falangistas, guardias civiles y tropa de la Escuela de Gimnasia y pone en fuga a los de Asalto.

Día duro; durísimo para las guarniciones del recinto exterior. Casi quinientas granadas de cañón dirigidas a la demolición de las defensas y a la caza de los defensores. A tan corta distancia el tiro es muy preciso; tienen encañonada la puerta de la piscina y tan pronto aparece alguien por ella disparan como cazadores apostados a la espera. Cuatro muertos y treinta y un heridos, sin contar, como de costumbre, los que no han querido pasar por la enfermería.

La vida de los refugiados también se ha visto muy empeorada; desde el día 17 han tenido que cambiar varias veces de alojamiento, siempre acosados por el estallido de las granadas sobre sus cabezas. Nada abate su ánimo, pero las incomodidades, la suciedad, la atmósfera irrespirable, las noticias sobre sus familiares muertos, heridos o aislados en el recinto exterior los someten a pruebas terribles que soportan ayudándose unos a otros, animándose, cumpliendo disciplinadamente las órdenes del mando. El diario *El Alcázar* publica pérdidas y hallazgos de prendas de vestir, llaveros, medallas, maletas; un niño de dos años ha perdido un zapatito de goma y no aparece. Noticias mínimas, enternecedoras algunas, en medio de un caos ordenado, de un infierno: cuatrocientos setenta y dos proyectiles.

A LA VISTA DE UN OBJETIVO CRUCIAL

El general Asensio se ha dado una vuelta por ese que llaman ellos «sector del Tajo», «Tajo-Talavera» o «Extremadura-Tajo» al que envía constantemente nuevas unidades y material desde Madrid. Es un frente voraz e insaciable que

se traga batallones, los devora; llegan de Madrid con una moral magnífica, entonando cánticos, bajan de los camiones, entran en combate y desaparecen en desbandada. Asensio Torrado teme que le queda poco tiempo si quiere apuntarse la conquista del Alcázar. Tiene a los nacionales ya encima de Maqueda; en pocos días, la «Columna Toledo» puede verse cogida entre el fuego de los sitiados y el de las columnas que acuden en su socorro.

Pese al fracaso de los dos asaltos iniciados en este día 19 decide tomar el Alcázar por las bravas el día 20. Desprecia la salida del comandante Méndez con una pequeña unidad; los cañones se encargarán de impedir más salidas. Organizará cuidadosamente el ataque: mejor fuego de artillería y más infantería. Al Zig-zag se puede llegar a cubierto y tomar primero el Gobierno Militar; con ello, el acceso a la fortaleza por la fachada principal (sur) queda despejado.

Tiene a sus órdenes un buen artillero, cuyo nombre prefiero no citar, no lo merece quien, como él, puso tanto empeño y tantos conocimientos de balística en la caza del hombre. Calcula con exactitud las parábolas precisas para llegar con el quince y medio al antes inalcanzable Gobierno Militar y machacarlo a conciencia.

Todo está listo: el día 20 será decisivo. Y, mientras tanto, al frente de su columna, Asensio Cabanillas —el otro Asensio— se dispone para, en brillante maniobra combinada con la columna de Castejón, ocupar Santa Olalla. Y tienen a la vista un segundo objetivo precioso: el castillo de Maqueda señoreando la llanura y el pueblo a sus pies. Precioso paisajística y estratégicamente. Asensio Torrado lo sabe.

19 de septiembre. Sábado

El fuego de artillería empieza de madrugada; a las seis y media ya han caído 75 proyectiles del 15,5. Durante todo el día sigue el hostigamiento artillero y se aprecia que el enemigo ha instalado dos piezas más del 15,5 y otras dos del 7,5. El tiroteo es intensísimo en todos los frentes, pero *El Alcázar* escribe «la impresión general es inmejorable, pese a la presión que sufrimos». Bajas: cuatro muertos, treinta y un heridos y dos contusos.

20 de septiembre. Domingo

A las cero horas treinta minutos empieza el bombardeo artillero, que a lo largo del día arrojará 450 granadas del 15,5 e innumerables del 7,5. En algunas ocasiones el fuego de fusil aumenta de tal manera que se teme un asalto que no llega a suceder. Ya de noche, se evacuan la cuarta cuadra, Santiago, Víveres y Fregaderos. Bajas: diez muertos, un fallecido y cincuenta y nueve heridos.
Las columnas del sur toman Santa Olalla.

21 de septiembre. Lunes

El bombardeo artillero, intermitente desde la madrugada, consigue derribar el único torreón que quedaba en pie: el sudoeste. Dos proyectiles entran en la biblioteca pero no producen bajas, y uno impacta en el despacho de Moscardó, que está reunido con sus mandos, pero no hiere a nadie, aunque sí destruye material y mobiliario. Han sido 238 proyectiles. Se confirma el avance de Yagüe. Bajas: cinco muertos, un fallecido, veinticinco heridos y un contuso.
Toma de Maqueda. Misión: llegar a Toledo.

22 de septiembre. Martes

Con escasa actividad artillera, los sitiados observan que desaparecen las tres piezas del 15,5 de los Alijares, seguramente para enfrentarlas al avance de los liberadores. El enemigo sigue tirando con petardos y ametralladoras sobre la puerta de Hierro, Santiago, Comedor y Fregaderos, que han sido evacuados. A las once, un nutrido fuego y tiroteo de armas automáticas. Por la tarde un trimotor nacional bombardea Zocodover, el seminario y cigarrales de San Servando. Bajas: dos muertos, veintidós heridos y cinco contusos.
Toma de Torrijos. Misión: llegar a Toledo.

RESISTIR, ÉSE ES EL PROBLEMA

El día 20 ocupa Santa Olalla Asensio Cabanillas, eficazmente ayudado por las columnas de Castejón y Barrón. Al Alcázar llegan noticias confusas a través de Radio Club Portugués: «Se combate ya en la zona de Maqueda-Santa Olalla».

El coronel Moscardó estudia la situación. Es evidente que las tropas de Yagüe van a llegar a Toledo. Pero resistir, mantenerse en el Alcázar, se está haciendo más difícil no cada día, sino cada minuto que pasa.

Por fortuna, la moral de los sitiados, su disciplina, su espíritu de combate se elevan por encima de tanta adversidad.

Asensio Torrado se equivoca una vez más. Su plan para eliminar el Gobierno Militar, como paso previo para asaltar el Alcázar y conquistarlo, se pone en marcha muy temprano: a las 0.30. Durante toda la noche la artillería bate las fachadas este y oeste; esta última por el interior. El Gobierno Militar sufre el más tremendo castigo desde que se inició el asedio. La pericia del comandante artillero consigue que le lluevan granadas de todos los calibres; el efecto es devastador. A la artillería se unen honderos arrojando granadas de mano y cartuchos de dinamita: la resistencia se hace casi imposible.

***El jefe del Estado Mayor del Reino Unido, John Chapple:* «I am very pleased to write these words, in the office of Coronel Moscardó, in front of the famous words recorded on 23-July-1936.»**

La última salida

Una columna de milicianos y guardias de Asalto se sitúa en el Zig-zag. Intenta aproximarse, es recibida a tiros y, en el Alcázar, la corneta moviliza una unidad de maniobra. Está batida la fachada este, está cegada la puerta de la piscina, es prácticamente imposible sacar la nariz fuera del Alcázar, pero cuando suena la corneta la columna de maniobra salta por encima de los escombros, sale al exterior y limpia de enemigos la zona eliminando el

peligro que amenazaba a sus compañeros. En el Gobierno Militar hay muchas bajas, el edificio está medio derruido y difícilmente soportará otro día de castigo. El coronel ordena que resistan a toda costa y hagan los preparativos para retirarse en orden durante la noche.

En el interior de la fortaleza ha sido un día durísimo: en el Gobierno Militar y en todo el recinto exterior, un apocalipsis.

El Diario de Operaciones no dramatiza. Confirma el fenómeno de la caza de hombre a cañonazos: «… el relevo de la guarnición de los lavaderos no puede incorporarse a su sitio por impedirlo las piezas del 15,5 que se dedican, como si fuesen un fusil, a disparar al que asoma por la puerta, no pudiéndose coger la cadencia por ser completamente irregular».

Asensio Torrado les ha administrado una dosis más de ira crecida, de impaciencia y de soberbia; diez muertos, un fallecido y cincuenta y nueve heridos: doble número de bajas que el día anterior, el de la mina. *El Alcázar* comenta: «La impresión general es inmejorable pese a la presión que sufrimos».

Presión que aumentará sin cesar. El coronel Moscardó confía en la promesa de Franco y en la providencia de Dios, valores muy dignos de tenerse en cuenta pero imponderables e irrepresentables en el plano. El plano le dice que el recinto exterior está prácticamente inutilizado; el bombardeo permanente apenas permite combinar con eficacia sus fuegos. Las posiciones resisten a costa de cincuenta bajas diarias: un precio muy alto.

El cerrojo

El Alcázar es aún sólida fortaleza, puede resistir. Las columnas del sur son ya dueñas de Santa Olalla y, posiblemente, de Maqueda. El coronel piensa que es llegado el momento de la defensa pura, sin más; acorazarse, encerrarse y resistir con el mínimo esfuerzo abandonando la línea exterior. Que las fuerzas de Franco y la providencia de Dios hagan su parte; ellos, los «héroes del Alcázar» —ya saben por la radio que en todo el mundo se los conoce así—, harán la suya: mantener la posición como exigen las ordenanzas, «a toda costa».

A las 10.30 empieza el repliegue ordenado de todos los destacamentos; primero los heridos y los muertos, después el material útil. Los defensores están agotados; una sección de la Guardia Civil sale del Alcázar y carga con la dura tarea de retirar las reservas de trigo de la sección de tropa. Esta vez sí

se han cerrado las puertas. Para los hombres de las unidades de maniobra es un alivio: ya no tendrán que hacer salidas a pecho descubierto buscando el cuerpo a cuerpo.

Moscardó sabe que ésta es la fase final. Pero no puede predecir cómo será el final. Su fe ciega le dice que el Alcázar resistirá hasta que las fuerzas nacionales ocupen Toledo. El mapa del teatro de operaciones impone reflexión, cálculo y técnica, dejar a un lado la fe ciega y hacer uso de la razón. En un sencillo plano de carreteras lo tiene muy claro: de Talavera a Maqueda hay la misma distancia que de Maqueda a Toledo.

Parece que fue ayer cuando el júbilo por la noticia de la toma de Talavera levantó el ánimo de los defensores del Alcázar. Parece que fue ayer y, paradójicamente, qué largo se ha hecho ese tiempo. En el plano están marcadas las fechas: han necesitado dieciocho días para alcanzar ese objetivo que parece tan próximo; dieciocho días para conquistar Maqueda.

Moscardó no necesita mirar el calendario para calcular la fecha probable de la batalla por la conquista de Toledo; día más o día menos da igual: demasiado tiempo.

SÓLO EL ESPÍRITU NO DECAE

Los sótanos están habitados por seres de aspecto fantasmal; la inanición es manifiesta. Por suerte no se ha producido ninguna epidemia a pesar del hacinamiento y la falta de higiene. Apenas se habla de las heroínas del Alcázar. Hay heroínas activas: las enfermeras, las hermanas de la caridad, atienden a los heridos, a los enfermos, a las parturientas; heroísmo eficaz, infatigable y callado. Días de cincuenta, sesenta bajas, más los «hospitalizados» de días anteriores; y aún cuidan la capilla y atienden a los niños y rezan.

Las otras heroínas, las mujeres, las hijas, en los momentos difíciles, ejercen también un heroísmo activo: el hombre que pudiera sentir flaquear su ánimo, ve a la mujer que no duda, que traslada su «hogar» subterráneo sin miedo, que soporta las privaciones, la suciedad, la miseria, el estallido de las granadas, la incertidumbre, el temor a un final desastroso; y se enfrenta tranquilo con el riesgo, va a defender sus ideales y también a aquella mujer que lo anima, que no duda, que acepta el sacrificio y la lucha.

En los hombres se suman la desnutrición y la fatiga; delgados, esqueléticos algunos, con la piel amarilla por el humo de la trilita, andrajosos

muchos, vistiendo las mismas prendas de uniforme o de paisano que el día en que llegaron al Alcázar. Su moral sigue, por fortuna, intacta, pero los muertos son irreemplazables y el número de heridos no recuperables aumenta cada día. Quizá haya que pensar en disminuir, otra vez, la ración de carne; quedan diecinueve mulos y un caballo; se empezó sacrificando cuatro cada día; desde el 17 de septiembre se redujo el consumo a la mitad…

Bien: las cuentas están claras; las matemáticas, la geografía, la táctica, la logística, la fisiología y la lógica ponen las cosas muy mal. La conclusión es obligada: *por nosotros que no quede*.

Los defensores del Alcázar van a hacer su parte: resistir. Que Franco haga la suya. Y Dios sobre todos.

Algo ocurre en Maqueda.

FRANCO TAMBIÉN HACE SU PARTE

Maqueda ha sido conquistada el día 21 por el teniente coronel Castejón. Yagüe ha causado baja el día 20 por enfermedad y le sucede en el mando desde ese día el teniente coronel Asensio Cabanillas, un jefe brioso y decidido que se entiende perfectamente con los comandantes de las demás agrupaciones, Barrón, Delgado Serrano y Castejón. La ofensiva no se detiene y el día 22 Asensio ocupa Torrijos.

Mientras tanto, Franco, en Cáceres, llama al prestigioso general Varela, dos veces laureado en Marruecos, para que sustituya a Yagüe en el mando de la columna.

El día 24, tras estudiar la situación sobre el plano, Franco le marca el programa: la orden de operaciones rompe el calendario. Si llegar de Talavera a Maqueda costó dieciocho días, de Maqueda a Toledo hay que pisar el acelerador. La orden establece tres etapas: partiendo de la línea Maqueda-Torrijos, alcanzar el río Guadarrama y pasar su puente el día 25; ocupar Bargas y establecer un frente próximo a Toledo el día 26; tomar Toledo el día 27.

El plan no ofrece alternativas; le ponga como le ponga las cosas el enemigo, el general Varela tiene tres días para ejecutarlo.

El enemigo es el general Asensio Torrado, que ve cómo sus dos frentes de Toledo —el del asedio y el del Tajo— se aproximan pese a los tremendos esfuerzos que está realizando en ambos.

Asensio Torrado traza apresuradamente sobre el plano un último esquema defensivo. Desde que el día 4 intentó reconquistar Talavera, ha estado volcando sobre la ruta de los liberadores batallones y material de guerra sacados de la inagotable cantera de Madrid. Batallones, algunos con nombres de mucho vestir, «Columna Fantasma», «Batallón Thaelman», mandados por militares de carrera, Uribarri, Bernal, Fernández Navarro, Casado, Burillo y por mandos milicianos de gran renombre, Líster y Modesto entre otros. En algún momento ha manejado una masa de casi treinta mil hombres para intentar detener a pocos más de seis mil que forman la columna de Yagüe.

Ya sólo le queda una salida honrosa: defender Toledo y conquistar el Alcázar.

renta y ocho horas últimas.

FRENTE DEL CENTRO.—En Toledo se ha realizado un ataque de gran envergadura contra los sitiados del Alcázar, al cual no se ha contestado con un solo tiro. Las radios facciosas han difundido en el día de hoy la especie de la ocupación de la ciudad por una columna enemiga. Los sitiados del Alcázar saben bien hasta qué punto es cierta esta noticia, y los ruidos durante esta tarde de los sótanos de este edificio han podido comprobar la inexactitud de esa informaciones de los rebeldes.

Las tropas republicanas han ocupado, después de una gran ofensiva, los puertos de Mijares y San Bernardo, Lanzahita e Iglesuela, Fresnedilla, Buenaventura y Casavieja, en el sector occidental de este frente, y una nueva posición en el sector de Somosierra, después de hacer huir al enemigo, que ha dejado abandonados cuatro ametralladoras, bastantes fusiles y 17 cadáveres.

Una de las más disparatadas noticias publicadas por la prensa gubernamental. El «ataque de gran envergadura» al que los sitiados «no contestaron con un solo tiro» y, sin embargo, el Alcázar no fue ocupado. Recuerda las guerras de Gila. «No hemos podido ocupar el objetivo, mi general; les hemos hecho un ataque de gran envergadura pero esos asquerosos no hacen caso.»

LAS ÚLTIMAS LLAMARADAS

UN FINAL FELIZ

Hubo unas horas en las que Asensio Torrado acarició la idea de un final feliz en Toledo. Las fuerzas nacionales han conquistado Santa Olalla y amenazan Maqueda, un punto fuerte, un obstáculo que no salvarán fácilmente. El general Masquelet, de Ingenieros, experto en fortificaciones de campaña, ha creado en torno al castillo y a la eminencia topográfica sobre la que se asienta, un centro de resistencia que debe detener en seco el avance del enemigo. En cualquier caso, aun suponiendo que no cumpla su papel como debe y se pierda Maqueda —lo que requerirá varios días de combate y un fuerte desgaste—, Franco no resistirá la tentación, la obligación profesional, de marchar directamente a Madrid.

Piensa, frente al plano, que si él dirigiese las operaciones del enemigo, no lo dudaría ni un instante: de Maqueda a Madrid.

¿Y el Alcázar?

Lo del Alcázar es una anécdota. Asensio Torrado confiaría en que continuaran resistiendo; y si la resistencia se agotara, los héroes serían más héroes y se los honraría con funerales solemnes, hermosas condecoraciones póstumas y algún monumento.

El general ignora que Franco trazó, mientras aún se luchaba en Extremadura, una línea de marcha en la que una vez conseguido Maqueda —muy lejos aún— el primer objetivo será Toledo.

En mi obra *Caudillo* (Planeta, 1992) comento esta decisión.

Toledo y el teorema de Pitágoras. *Naturalmente, antes de ordenar el rumbo hacia Toledo Franco sabía que abandonaba la línea recta y que la distancia más corta hasta Madrid no pasa por la ciudad del Alcázar.*

Por si acaso no había reparado en lo que esa desviación podría significar, su entusiasta colaborador, el prestigioso general Kindelán, le comentó el asunto y así lo cuenta:

«—¿Sabe, mi general, que Toledo puede costarle Madrid? —le dije.

»*—Sí lo sé, he meditado mucho sobre las consecuencias de mi decisión. ¿Usted qué haría?*

»*—Yo —le contesté sin vacilar— iría a Toledo aunque con ello me expusiera a no tomar Madrid.*

»*—Yo así lo tengo decidido —me respondió— por apreciar que en toda guerra*, y más en las civiles, los factores espirituales cuentan de modo extraordinario, *hemos de impresionar al enemigo por el convencimiento llevado a su ánimo de que cuanto nos proponemos lo realizamos sin que puedan impedirlo. Además, yo espero que un retraso de ocho días en la marcha sobre Madrid no se traduzca en las consecuencias que usted pronostica, pero aunque así fuera yo no desistiría de conquistar Toledo y liberar a los heroicos defensores del Alcázar, a quienes por mensaje aéreo* se lo tengo prometido». (*Alfredo Kindelán*, Mis cuadernos de guerra, *Planeta, 1982*).

El Alcázar fue liberado el día 27 de septiembre de 1936. La ciudad, Toledo, se tomó al día siguiente. Sorprendente noticia: el Alcázar está en lugar eminente de la ciudad y junto a la plaza de Zocodover. ¿Cómo se puede ocupar un lugar céntrico de Toledo sin antes tomar Toledo? ¿Cómo, si, además, está sitiado por seis mil hombres al mando de Asensio Torrado, general profesional de Estado Mayor, y Líster, espejo de caudillos comunistas?

Se logró saltándose a la torera las más elementales reglas del arte militar; abriéndose paso, por las bravas, entre las fuerzas enemigas.

Los defensores del Alcázar consiguieron con su heroísmo resucitar el recuerdo de Sagunto y Numancia. Franco hizo lo que les había prometido *y condujo el combate para evitar que los numantinos, los saguntinos de Toledo, pasasen a la historia como sus antepasados: los quería héroes, pero no héroes muertos.*

Todos tenemos nuestra teoría. Algo sé de esto, porque […] he sido profesor de historia militar en la Academia de Infantería de Toledo. La mía es simple:

Desde Villanueva de la Serena Franco ha ordenado ya la línea de marcha: Oropesa, Talavera, Maqueda, Toledo y finalmente un arco que va de Navalcarnero a Villaverde.

Llegar pisándoles los talones hasta Madrid será costoso, duro, pero está seguro de conseguirlo.

¿Tomar la capital? Hasta entonces las columnas de Yagüe —de Varela después— lo han tomado todo, pero Badajoz costó muchas bajas: Oropesa,

Talavera y Maqueda no se tomaron sin sacrificio. La aguerrida columna contaba con seis mil hombres, muy escasa artillería y escasísima aviación. El enemigo era superior en número, superior en artillería —sólo dedicados a tirar al blanco apuntando por el tubo tenía, destrozando el Alcázar, cinco baterías de 105 y 155 mm—, dominaba el espacio aéreo y tenía una urbe en la que atrincherarse. Además, si lograba acabar con la resistencia del Alcázar le quedarían libres para reforzar Madrid unos miles de hombres con la moral muy alta por haber logrado la victoria en una batalla que estaba siguiendo, asombrado, el mundo entero.

No ocurrió así y el ejército sitiador del Alcázar continuó retenido ante su objetivo mientras los liberadores avanzaban en socorro de los sitiados.

Franco pudo llegar a Madrid en los primeros días de octubre, lo hizo un mes más tarde.

¿Hubiese podido ocuparlo con sus seis mil hombres?

¿Qué porvenir esperaba a sus ágiles pero mínimas columnas diluidas en la gran ciudad? ¿Qué era frente a Madrid un ejército que no daba ni para media entrada en la plaza de toros de Las Ventas?

Camino de Madrid marchaban ya las Brigadas Internacionales. Unidades muy bien pertrechadas e instruidas; sus mandos profesionales serían más tarde los mariscales que vencerían a Hitler; los mandos político-militares eran la crema de la crema del comunismo internacional: Kléber, Haz, Petrov, Picciardi, los generales Gall, Kulic, Stern, Zhúkov, el vencedor de Stalingrado y de Berlín.

Madrid pudo ser, un mes antes o un mes después, la ciudad dividida, la ciudad disputada casa por casa en diarios combates, la ciudad aterrada y enterrada, destruida, atacada y defendida de un sector a otro hasta el día de la victoria. Incluso pudo cambiar su signo de ciudad medio sitiada por los nacionales a ciudad sitiada por los internacionales.

Madrid muerta y el Alcázar muerto. Y muertos los héroes del Alcázar.

Prefiero que podamos contarlo tal como sucedió. La del 36 fue, para los nacionales, una guerra romántica.

El mundo fue testigo y se alegró, también románticamente, de la victoria del heroísmo sobre la fuerza.

El 23 de septiembre, la Agencia Fabra telegrafía: «Al amanecer, cuatrocientos hombres escogidos se lanzaron al asalto, reduciendo a la impotencia a los rebeldes que se habían atrincherado en las cocinas y en el refectorio. Las fuerzas leales son dueñas de los restos de la fortaleza. El presidente del Consejo, Largo Caballero, se trasladó inmediatamente a Toledo y felicitó a las tropas gubernamentales.»

LA CRUDA REALIDAD

Poco tiempo duran las ilusiones del general Asensio Torrado; ignoraba los planes de Franco, pero ya los ve claros; a punto ha estado de caer prisionero de las vanguardias que, tras tomar Maqueda, se dirigen decididamente hacia Torrijos. Hay que tomar el Alcázar antes de que lleguen a Toledo.

—¡Hay que tomar el Alcázar! —le grita al nuevo jefe de la «Columna Toledo», teniente coronel Burillo de la Guardia de Asalto, el jefe del cuartel de Pontejos de donde salieron los que asesinaron al líder político José Calvo Sotelo. De él dijo, irónico, Azaña: «Es fiel al Ejército, al Partido Comunista y a la logia masónica». Tiene fama de duro, honrado, valiente y fanático, y está decidido a «achicharrar a los rebeldes», para lo cual ha pedido grandes cantidades de gasolina.

¿QUIÉN PUEDE CONTAR LO QUE PASA?

¿QUIÉN PUEDE CONTAR LO QUE PASA?

Los periodistas no saben ya cómo contarlo. Oyen por la radio el parte oficial de guerra que emite en estos días comunicados enigmáticos:

En el sector del Tajo nuestras tropas cumplen con la más estricta exactitud los objetivos señalados por el mando.

Otro día:

En el sector del Tajo se han cumplido todos los objetivos señalados para el día de hoy a nuestras columnas y las fuerzas rebeldes se han replegado en algunos puntos desordenadamente.

Los periodistas ven lo que no dicen los partes. O no ven nada porque siguen la guerra desde los despachos oficiales o desde el palacio Arzobispal de Toledo, donde se come bastante bien. Y el caso es que tienen que escribir algo, lo que sea. Y les salen crónicas extrañas, guerras codornicescas, batallas surrealistas:

En Toledo se ha realizado un ataque de gran envergadura contra los sitiados del Alcázar, al cual no se ha contestado con un solo tiro. Las radios facciosas han difundido en el día de hoy la especie de la ocupación de la ciudad por una columna enemiga. Los sitiados del Alcázar saben bien hasta qué punto es cierta esta noticia y los huidos esta tarde de los sótanos de este edificio han podido comprobar la inexactitud de las informaciones de los rebeldes.

Sorprendente noticia: los sitiadores han realizado un ataque de gran envergadura y los sitiados no han contestado con un solo tiro. ¿Dónde estaría durmiendo el hombre que lo soñó? O, quizá, es que —como de aquel asedio se cuentan portentos— sucedió algo muy sencillo: salió la columna de ataque disparando sus armas, se aproximó al Alcázar sin dejar de hacer fuego, muchísimo fuego, pues era «un ataque de gran envergadura», y al cabo de una hora volvió desfilando e intacta al cuartel general. Allí, el jefe de la gran envergadura se presentó al teniente coronel Burillo y le dio la novedad:

—Hemos tenido que volvernos porque no nos hacen caso, mi teniente coronel.

Daily Herald, News Chronicle, Le Populaire: *«En el curso de la mañana, los sitiados tuvieron que abandonar todas las posiciones que ocupaban fuera del Alcázar, refugiándose en los subterráneos y abandonando las cuadras, los graneros y una gran galería donde enterraban sus muertos.»*

SIN PIEDAD

Caso sí les hacen. Mientras el teniente coronel Asensio Cabanillas —y, después, el general Varela— avanzan briosamente y el general Asensio Torrado pone en juego reservas, unidades de refresco y columnas

reorganizadas procedentes de diversas desbandadas tras sucesivos reveses desde la batalla de Talavera, su correligionario Burillo mantiene una presión despiadada sobre los cada día más esforzados y heroicos hombres de Moscardó.

La artillería machaca día y noche las ruinas. Los destrozos van reduciendo la capacidad de despliegue de los tiradores, que reciben tiros por todas partes; lo que aún permanece en pie de las galerías interiores está expuesto al fuego que le llega del norte, del este, del oeste, a través de tanta destrucción, y no hay lugar donde pueda nadie estar seguro, salvo los sótanos. Y aun en lugar tan protegido, peligra la existencia; Antonio Rivera, en su camastro, ve cómo una bala perdida mata frente a él a un guardia civil herido. En el despacho del coronel Moscardó, estando reunido con varios mandos, entra un proyectil de artillería del 15,5, rebota varias veces y sólo produce algunas contusiones y destrozos sin importancia; en otra galería, por una ventanilla a ras del techo, penetra una enorme masa de granito y cae en el lugar donde habita una familia sin herir a nadie.

Todo es más difícil; el reparto de comida, el alivio de las necesidades fisiológicas, el descanso. Se pide a todos en *El Alcázar* que piensen en el bien general y «extremen las medidas de limpieza procurando mantener con el mayor aseo los sótanos y las escaleras»…

Alguien, al recordarlo, revive aquel ambiente dantesco: «… la exudación de los cuerpos sobre los que las ropas se pudrían, con los olores más heterogéneos y desagradables, con el hedor de los productos fecales que se guardaban en latas hasta que la intermitencia del cañoneo permitiese echarlos en el patio, con la miseria parasitaria que discurría descaradamente por ropas, carnes y pelambreras…».

Asensio Torrado y Burillo saben que el coloso está muy quebrantado. Y, sobre todo, saben que si no conquistan el Alcázar acabarán cogidos entre dos fuegos porque las columnas nacionales se aproximan y arrollan cuantos obstáculos se les ponen por delante.

Burillo, con sus no menos de cuatro mil hombres y sus veinte cañones, intenta una y otra vez el «asalto final» que siempre resulta ser un asalto más, unos muertos más. Los sitiados están pagando un duro preció por estos asaltos; la sangría es continua: entre el 20 y el 28 de septiembre hay días de diez muertos y cincuenta y nueve heridos, de cinco muertos y veinticinco heridos, y las bajas totales de esos nueve últimos días del asedio son veinticinco muertos y doscientos cuarenta y tres heridos.

Burillo lanza un asalto tras otro; intenta incendios locales y, finalmente, el gran incendio. Se trabaja en la tercera mina que volará la fachada este, y tiene preparados siete mil litros de gasolina que empleará si la trilita y los asaltos no acaban con la resistencia; es el arma definitiva. Hasta entonces, el arma incendiara se ha utilizado en acciones muy limitadas, consiguiendo algún efímero éxito y bastantes fracasos. Esta vez Burillo piensa que su idea no puede fallar. Imagina el Alcázar como un gran hormiguero con varios accesos: si se inunda con gasolina la superficie, el líquido correrá por el suelo, entrará por los agujeros —escaleras, ventanillas, respiraderos— y, al incendiarse, los sitiados saldrán envueltos en llamas. Los que lleguen vivos al exterior serán ametrallados sin piedad. Claro que las mujeres y los niños van a morir achicharrados, asfixiados y, los que salgan, abatidos a tiros, pero eso no es culpa de las tropas leales ni de su jefe: los facciosos se lo han buscado.

En el Alcázar podrían sentirse felices, pero no es posible en tan infernales circunstancias, ni los sitiadores les dejan tiempo para el regocijo. Esperanza sí tienen; cada día son más evidentes los signos de la presencia cercana de los liberadores.

El día 24, el Diario de Operaciones registra «movimientos de coches en gran número por las carreteras de Ávila y Madrid». Pero hay otros signos: la artillería de los Alijares no dispara; se supone que la han llevado a otro frente. Sin embargo, carecen de noticias respecto a la situación de las columnas nacionales; sólo han oído fragmentos de comunicados que indican su presencia en Torrijos, Rielves y el paso del río Guadarrama. Son las 22.30 del día 24. «Estas noticias levantan nuestro espíritu… aunque nunca se ha deprimido por estar dispuestos desde un principio a no rendirse, prefiriendo morir antes», dice Moscardó en el Diario de Operaciones.

LA VOZ AMIGA DEL CAÑÓN

El día 25 en el Alcázar se oye por primera vez con alegría el tronar de los cañones:

—¡Son nuestros!

Así es la guerra: una fuerza militar contempla la batalla desde la retaguardia enemiga. Aún no ven las vanguardias de quienes vienen en su socorro: ¡Santo Dios, si ayer estaban en Maqueda! Les cuesta trabajo creerlo, pero allí está el enemigo moviéndose nerviosamente; lo ven marchar hacia la batalla y volver en desorden; ven cañoneadas las baterías que antes los

cañoneaban, el enemigo está perdiendo la batalla de no se sabe dónde, ¿Bargas?, ¿Olías?; Guadarrama seguro: de allá vienen los que llegan por la carretera de Ávila…

Del Diario de Operaciones:

Día 25 de septiembre. Viernes.

El paqueo, de madrugada, es intenso en los frentes sur y oeste y casi nulo en los otros. Por la mañana se percibe claramente el ruido del cañoneo de nuestra columna y la del enemigo, y al ser más de día se perciben claramente las dos baterías que tiene el enemigo emplazadas en las alturas de las proximidades a la casilla del peón caminero y dominan el cauce del Guadarrama y Venta del Hoyo.

Las noticias de la radio siguen siendo excelentes, acusando un gran castigo al enemigo.

Se están viviendo los últimos momentos de este asedio llevado con tanto sacrificio y espíritu por parte de todos.

Al avanzar la mañana, tres aviones nuestros bombardean las baterías y en seguida las baterías de la columna nuestra las localizan, corrigiendo el tiro sobre ellas, neutralizándolas, viéndose al mismo tiempo gente que viene por la carretera de Ávila a pie y en camiones, que son batidos por nuestras baterías, como asimismo los camiones de la batería enemiga, que tiene que abandonar sus posiciones.

Sobre las trece se ve al enemigo que por la carretera de Madrid va en dirección a Bargas, suponiendo que los nuestros van a cortar la carretera a Madrid a esa altura, y por tanto cortarles la retirada a los que están próximos a Toledo, y desde luego a las piezas de 15,5 cm de Pinedo, las cuales, hasta el momento actual, no han hecho un solo disparo.

A las quince se ve volver al enemigo que iniciaba su marcha sobre Bargas. La observación acusa mucha gente en las cercanías de la plaza de toros, como asimismo muchos coches.

De la parte de Ávila sigue retirándose gente por la carretera y nuestra artillería batiéndolos. Las dos baterías enemigas que fueron acalladas por las de nuestros hermanos han sido retiradas de sus emplazamientos, no viéndose los nuevos.

A las diecisiete han volado sobre los alrededores de Toledo, y en dirección a Ávila, tres trimotores nuestros y una escuadrilla de cinco cazas. Concluye la tarde sin variación visible en las posiciones del enemigo.

La noche tranquila, pues el paqueo no es muy intenso.

Bajas de este día: un muerto, doce heridos y un contuso.

Un día en el que la noticia está fuera, más allá del horizonte. El Diario no habla de lo que ha ocurrido en la fortaleza, pero ha sido un día más de horror. Sólo al final —«Bajas: un muerto y doce heridos»— queda constancia de que el enemigo ha actuado en el cerco; la lucha sigue.

El Gobierno lanza la fabulosa noticia de que han soltado las presas del Alberche, que diez millones de metros cúbicos de agua se lanzan sobre las tropas de Yagüe. «Si esta impresión se confirma, la situación de la columna insurgente que avanzaba en dirección a Toledo, remontando el valle del Tajo, se vería seriamente comprometida» (*The Manchester Guardian *del 24 de septiembre).

LOS CAÑONES TIENEN OTRAS COSAS QUE HACER

El día 26 también las novedades importantes están fuera de la fortaleza. Sí, en el Alcázar se combate, y al final del día hay un muerto y seis heridos más, pero lo importante para los sitiados es lo que se ve desde los puestos de observación, el estallido de las granadas que dispara la artillería de Varela. Los cañones de Asensio y de Burillo han desaparecido; solamente quedan a la vista dos ¡y están disparando hacia Bargas!

Se acerca el momento del asalto final.

¿A Toledo?

A Toledo Varela y al Alcázar Burillo: un regalo para la Historia: dos batallas simultáneas en el mismo escenario, en la ciudad de Toledo. Pero eso sucederá el día siguiente, el 27.

En la tarde del 26, el teniente coronel Burillo pregunta cómo van los trabajos de la mina.

—Estamos llegando a la fachada este.

—Mañana la quiero. Que se aceleren los trabajos; utilicen todos los hombres y medios al máximo. La mina tiene que hacer explosión a las cinco de la mañana.

En el despacho del coronel Moscardó se intenta interpretar sobre el plano la información de los observatorios. El campo de batalla está a pocos

kilómetros de la Escuela Central de Gimnasia; el coronel y sus oficiales lo conocen muy bien. Los profesores de la Academia han realizado en aquellos terrenos ejercicios tácticos, marchas diurnas y nocturnas con los cadetes. También es territorio sobradamente conocido por los mandos de la Guardia Civil. Todos opinan que se combate duramente por segundo día en la línea de Guadarrama-Bargas-Olías del Rey; un arco que va del Tajo al Tajo envolviendo Toledo y cortando las carreteras de Ávila, Madrid y Aranjuez. Burillo sitia el Alcázar en Toledo y Varela sitia Toledo con Burillo dentro. Es una teoría; el enemigo se mueve mucho; toda la noche se ha observado trajín de vehículos y tropas; durante el día se ve salir de sus bases a unidades bien formadas y cruzarse con otras que regresan desordenadamente.

Por encima de las teorías hay una realidad: en la cuadra sólo quedan vivos —después de sacrificar los destinados a la comida del día siguiente— cinco mulos y un caballo. Las mujeres y los niños llevan más de un mes sin respirar otro aire que el de las malolientes galerías subterráneas en las que el hedor de la humanidad y sus miserias sólo se alivia con el humo acre y sofocante de la trilita. La enfermería crece: cuatrocientos heridos.

«OS ANUNCIO UN INFIERNO DE IRA Y DESOLACIÓN»

El teniente coronel Burillo sabe que está entre la espada de Varela y la de Moscardó.

Si reflexiona sobre lo que ha sucedido desde que su general, Asensio Torrado, intentó reconquistar Talavera y aniquilar las columnas de Yagüe… No, no puede reflexionar.

Es militar profesional; sabe hacer el juicio crítico de unas maniobras, de una batalla; está capacitado para analizar las decisiones de su general en cada una de las fases de la campaña… No, no quiere analizar.

Si analizara, como lo ha hecho más de una vez con el propio general, llegaría a la conclusión de que Asensio-Torrado, aunque haya tenido fallos, no ha cometido errores de bulto, no debería haber perdido una a una todas las batallas, pero su sino ha sido perderlas por razones evidentes para un militar. Y comprendería que esos legionarios y esos regulares que pelean en Bargas acabarán llegando… No, no puede comprender.

Al teniente coronel Burillo no le queda capacidad de reflexión ni de análisis ni de comprensión. De lo contrario, quizá pensase en luchar como un

soldado, como un caballero. Pero al teniente coronel Burillo sólo le queda la ira.

La ira. Odia a Moscardó. Odia a los defensores del Alcázar. No quiere combatir caballerosamente, quiere aniquilarlos. Organiza apresuradamente la defensa de Toledo y se entrega al ejercicio de la ira. Pide al fuego y a la guerra de minas el exterminio de aquéllos a quienes tan ciegamente odia.

«Cuando las compuertas del pantano se abrieron, una gran corriente de agua se precipitó por el valle abajo, arrastrándolo todo consigo, incluso las tropas, sus baterías y los depósitos de municiones. Las que estaban cerca de Torrijos fueron atacadas simultáneamente por tres lados, siéndoles imposible la retirada por la impetuosa corriente. Las noticias llegadas a Madrid dicen que los rebeldes luchan desesperadamente; pero que se encontraban en una situación sin salida»
*(***The Daily Mail***, del 25 de septiembre).*

NI EL FUEGO NI LA IRA

Las tropas de Varela han peleado porfiadamente en la cabeza de puente marcada días antes por Franco al este del río Guadarrama y en el pueblo de Bargas.

Asensio Cabanillas y Barrón van a tomar Toledo. Barrón por la carretera de Ávila; Asensio, tras duros combates para conquistar Bargas y Olías del Rey el día 26, avanzará por la carretera de Madrid.

Es ya día 27 de septiembre. Domingo.

Por la noche han empezado a llegar a Toledo cientos de voluntarios de los pueblos cercanos. Se ha corrido la voz de que el Alcázar caerá ese día; esta vez el asalto será definitivo; los voluntarios quieren participar en la gloriosa jornada.

El teniente coronel inspecciona la mina, revisa el sistema de bombeo dispuesto para anegar con gasolina el Alcázar. Su general en jefe, Asensio Torrado, despliega las tropas que han de cortar el paso a los liberadores en un arco que dista de Toledo tres kilómetros; Burillo está concentrado en el triunfo sobre Moscardó; el triunfo de la ira.

Del Diario de Operaciones:

Durante la madrugada sigue el paqueo como en la noche anterior, y a las cinco y treinta rompen el fuego las piezas de 15,5 emplazadas en Pinedo, y entre las treinta detonaciones que disparan se oye una de mayor intensidad que llena de polvo y humo muy negro todas las dependencias del Alcázar, creyendo cada uno que haya sido una granada cercana, por lo que se supone que pudiese ser la explosión de un hornillo o fogata, comprobándose lo primero, pues en la explanada este y cerca del torreón norte se veía el embudo producido por el hornillo, que tiene aproximadamente unos treinta metros de diámetro por cuatro o cinco de profundidad, como asimismo el aumento que sufrió la brecha hecha por el cañón en esta fachada este.

Inmediatamente de la explosión y cañoneo empieza el intento de asalto, que, como siempre, fue rechazado con gran espíritu. Sobre las siete, en que había decrecido el fuego, se vio en la puerta principal una gran columna de humo negro y llamas, que se elevan verticalmente, no entrando en el patio como era su propósito; estas llamas fueron producidas por el incendio de la gasolina que arrojaban con una bomba. Aumentó otra vez el tiroteo, rechazándose por segunda vez este otro intento de asalto.

Tras media hora de fuego del 15,5, a las seis ordena Burillo la explosión de la mina: mucho humo, toneladas de tierra y polvo por el aire y, cuando la infantería llega a la explanada este buscando la brecha abierta por la explosión, se encuentra lo de siempre: los del Alcázar tiran con bala.

Ha llegado el momento de la gasolina; las mangueras lanzan sus potentes chorros sobre la fachada norte y, de pronto, «¡fuego!»: les están ardiendo las mangueras. Burillo mismo lo anota en su parte de operaciones, tras relatar el fracaso de la mina:

Se ordenó en vista de ello que empezaran a funcionar los tanques de gasolina a las 6.30 horas y para echar siete mil litros. Cuando se habían inyectado unos seis mil litros, una bomba de mano de los defensores del Alcázar provocó el incendio de la gasolina y hubo que cortar la manga para que no ardiera todo Toledo; con este motivo se formó una nube de humo que favoreció a los que se encontraban en el interior del Alcázar y, aprovechándose de ella, subieron más elementos de combate y ala media hora el fuego de armas y morteros era intenso.

La orden está cumpliéndose punto por punto: con las primeras llamaradas, los hombres de Burillo se han lanzado muy bravamente al ataque. Son mandos profesionales, soldados veteranos y guardias de Asalto. Se ha inculcado a todos la idea de que hay que vencer o morir porque el enemigo se acerca a Toledo huyendo de una maniobra envolvente del glorioso general Mangada. No se puede permitir que reciba apoyo de un canalla como Moscardó.

Lo mismo el primer asalto, tras la explosión de la mina, que el segundo, coincidiendo con el incendio, se hacen a la desesperada. Burillo no podrá achacar a estas unidades sacrificadas por su ira el fracaso de la operación.

Pese a que ha estado muy cerca de ver clavada otra vez la bandera en lo alto de las ruinas, Moscardó solamente destaca que el primer asalto fue rechazado «con gran espíritu» y el segundo lo despacha sin comentarios.

Mientras tanto, Asensio, Barrón, El Mizzian, Castejón, Tella…, ven alzarse la nube de polvo y oyen el retumbo de la mina, después las llamaradas y el humo del incendio. Temen lo peor: hay que volar hacia el Alcázar; aún puede quedar algún superviviente. Asensio Cabanillas, con una bandera del Tercio y dos tabores de Regulares, avanza desde Bargas y Olías. El enemigo opone resistencia; son cinco batallones, sólo en Olías, con abundante material llegado durante la noche desde Madrid. En teoría deben destrozar a las tres unidades de Asensio, pero se destrozan ellos a sí mismos; ofrecen resistencia en puntos aislados, pero la mayoría se desmoralizan pronto y huyen hacia Toledo.

Sigue el Diario de Operaciones:

La observación acusa que por el horizonte, hacia Bargas, se ven las guerrillas de nuestras columnas que avanzan sin gran resistencia, y como se ven los mandos de las secciones a caballo, se supone fundadamente sean el Tercio y Regulares, y a más por su perfecta formación en orden de combate.

La artillería de nuestra columna bate la plaza de toros y después las lomas de Pinedo, donde estaban emplazadas las piezas de 15,5 cm, que apenas terminaron el fuego dejaron el emplazamiento.

Se ordena izar la bandera bicolor en las ruinas del torreón noroeste, que apenas es vista por el enemigo intensifica notablemente el fuego.

Se toman las disposiciones para establecer contacto, con heliógrafo y radio, con nuestra columna. Ésta sigue avanzando, al parecer sin gran resistencia, muy cerca de la dehesa de Carrasco. En los mensajes se los saluda, abraza y se les dice que resistimos bien. A las diez y cincuenta se oye

una serie de detonaciones subterráneas por las calles que circundan el Alcázar y se supone sean las fogatas que tenían preparadas en los alrededores para caso de una salida nuestra; al mismo tiempo nuestros aparatos bombardean los alrededores del Alcázar y Santa Cruz.

A las doce se ven ya perfectamente las guerrillas de nuestra columna por las lomas que dominan el cementerio, marchando hacia la Fábrica de Armas; no se oye que tengan mucho fuego.

Ya ven y son vistos. Aún están cercados, sitiados, pero ven cómo los regulares, con sus oficiales a caballo, se descuelgan hacia el cementerio. Después de setenta y dos días incomunicados, pueden emitir y recibir mensajes con heliógrafo y luminosos Magin: «Resistimos bien». Y, ciertamente, resisten, el cerco sigue, y cuando el coronel ordena izar la gran bandera bicolor, los sitiadores la saludan con una iracunda granizada de balas.

TODO SE HA PERDIDO, INCLUSO EL HONOR

A Burillo se le hunde el frente exterior después de haberse estrellado él mismo contra los muros del Alcázar. A las seis de la tarde —según su propia versión— huye por el puente de San Martín. Huye como uno más; huye y su huida lo llevará ante un consejo de guerra. Nadie se ocupa de organizar una resistencia seria; aún no han tomado los hombres de Asensio la puerta de Visagra; un paisano camina por la calle de Santo Tomé llamando a los milicianos y a los oficiales fugitivos: «¡No sos vayáis, que son cuatro gatos con un tenedor!».

Si los doce mil hombres que Asensio Torrado ha tenido empeñados en esta batalla se uniesen para resistir en los alrededores de Toledo, la ciudad nunca hubiese podido ser conquistada por aquella tropa que conduce Asensio Cabanillas, dos banderas y un tabor de Barrón, una bandera y un tabor de Mizzian. Pero no hay un Moscardó entre aquellos mandos, sean profesionales o de milicias. Todos huyen, culpándose unos a otros, por el puente de San Martín, que sabiamente se les deja libre hasta el día siguiente. Todas las demás salidas de la ciudad están en manos de los nacionales, y hay unas pequeñas unidades que se arriesgan a entrar en Toledo cuando aún está el recinto amurallado en poder del enemigo. A las dieciocho treinta hay regulares en Zocodover.

¡ESPAÑA!

El teniente Lahuerta, del tabor de Regulares de Tetuán, va por delante de su sección, trepa por los escombros y llega a la explanada de la puerta principal.

—¡Alto, quién vive!

—¡España! ¡Regulares de Tetuán!

Sigue el Diario de Operaciones:

El señor coronel dispone que, por conducto de nuestros rehenes, se envíen cartas a los dirigentes de Toledo, comunicándoles que nosotros, en nuestra salida, respetaremos sus familias, siempre, y como es natural, que ellos hayan respetado las nuestras y las sigan respetando hasta el último momento. Éstos contestaron que no les había ocurrido nada a las familias, las cuales se encontraban bien, aconsejándoles nosotros se marchasen o rindiesen para evitar luchas fratricidas en las calles de Toledo; aseguraron respetarían nuestras familias siempre que los Regulares y Tercio no cometiesen los desmanes que, según ellos decían, venían cometiendo por todos los sitios de paso. Todo esto se les comunicó a las columnas.

El cañón de montaña de 7 cm, que estaba emplazado en el sótano frente a la puerta de Capuchinos, fue trasladado a la Biblioteca de Caballería, desde donde se batió el camino de Algodor y la carretera de Mocejón, por donde el enemigo se retiraba. A las cuatro se nota por el cerro de los Palos un cañón disparado en dirección a la Fábrica y que en seguida se lo llevan por la carretera de Navalpino.

A las diecisiete, tres trimotores de bombardeo nuestros, protegidos por cinco cazas, vuelan sobre el Alcázar, bombardeando algunos puntos de Toledo.

A esta hora, la columna de nuestros hermanos se encuentra sobre San Eugenio y pista de Caballería.

A las dieciocho y treinta avisa nuestra observación que hay regulares en Zocodover y explanada norte.

Una vez identificados, pasan por los escombros un teniente con un pelotón, y después, sucesivamente, va llegando el resto de su compañía y la 5.ª Bandera del Tercio, que pernocta en el Alcázar.

Por la noche se consigue hablar con el aparato de luces con el general Varela, que nos saluda y pide datos, que por su naturaleza van destinados a

informar el general Franco y periodistas que con la columna vienen. Durante la noche no se oye un solo tiro.

Bajas de este día: dos muertos, cuarenta y un heridos y diecinueve contusos.

Tras el teniente Lahuerta y sus regulares llega la 5.ª Bandera. Como el centinela es guardia civil, adopta escrupulosamente las prevenciones reglamentarias, da el alto y pide que se identifiquen los que llegan con la liberación y la victoria. Sólo cuando han dado señales suficientes de ser quienes dicen ser, sale de entre las ruinas el capitán Rodríguez Valero de la Guardia Civil y abraza emocionado al teniente Lahuerta.

Después todo son abrazos, vivas, lágrimas.

UN TESTIGO

En mi libro *Caudillo* figura el testimonio de un veterano capitán del Tercio que estuvo allí como legionario: un testimonio vivísimo de lo que fue aquel momento.

En el Alcázar. (Habla el capitán Trujillo). *No sé si el Generalísimo lo pensó. Seguro que echó sus cuentas antes de dar la orden a Yagüe de coger el camino de Toledo, pero entre su gente nunca hubo dudas: lo primero era salvar a los del Alcázar. Al lado del Caudillo he vivido muchos momentos de esos que sientes en el cuerpo el calambre de la historia. Bueno, pues lo más grande, lo más emocionante fue la toma de Toledo.*

Ya teníamos el puesto de mando en Cáceres y, cuando cayó Talavera, entre nosotros no se hablaba de la guerra, así en general, […] casi sólo se hablaba del Alcázar, y el Caudillo preguntaba todo el día por el Alcázar, y cuando llegaba alguna noticia, inmediatamente se la pasaban. El día que Unión Radio de Madrid comunicó la voladura y dijeron que todo había terminado, ¿sabe usted cómo reaccionó?: que nadie hiciera caso, que no se lo creía, que mientras hubiera uno vivo entre las ruinas los rojos no serían capaces de tomar el Alcázar, y por la noche, cuando Unión Radio comentó que las fuerzas leales a la República estaban eliminando los últimos focos rebeldes refugiados a la desesperada entre los escombros, él dijo: «Lo sabía, lo sabía».

En Talavera tuvimos bastantes bajas y el Caudillo estuvo varias horas con Yagüe estudiando los planos. Al salir del cuartel general dijo que íbamos

a ver a Asensio y a Castejón que estaba ya más allá de Talavera, con las vanguardias. Cuando íbamos a volver para Cáceres, dije: «Mi general, yo no puedo perderme lo del Alcázar, déjeme aquí, quiero ser uno de los primeros que lleguen. Además, les hace falta gente». Y me contestó que bueno, pero sólo hasta que se tomase el Alcázar. Todavía tuvimos que pegar muchos tiros, pero lo conseguí: llegué el día 27 de septiembre entre los primeros. Los primeros de todos fueron moros, regulares de Tetuán y, detrás, nosotros, la 5.ª Bandera, con el capitán Tiede, un alemán que había empezado de legionario cuando yo; creo que antes había sido capitán en la guerra europea y aquí empezó dando el callo de legionario. No le cuento a usted lo que fue aquello; estábamos abrazando a héroes como los que salen en los libros de historia, flacos, roncos, amarillos de humo de la trilita, llorando de emoción, y ¿sabe lo que nos decían?, sólo una cosa, ¡viva España, viva España!, y que éramos cojonudos, ya ve usted, ellos nos decían que los héroes éramos nosotros. Y ¿sabe lo que más nos agradecían?, no se lo va a creer, vaciábamos los macutos, chuscos, sardinas, chorizo, y lo que más celebraban era un pitillo, con qué ansia se lo fumaban; lo otro, la comida, salían corriendo a llevárselo a las mujeres y a los niños y a las monjitas de la enfermería, que estaban a lo suyo, con sus tocas puestas y pensando solamente en los heridos, que había un montón, y de anestesia nada, ni aspirinas tenían: hubo a quien le amputaron un brazo o una pierna sin más anestesia que el aguantaformo; sabe usted lo que es eso, ¿no?; pues figúreselo.

Llegó Franco el día 29; todo el mundo lo abrazaba, le lloraban encima, y él les dijo: «¡Héroes gloriosos de España, lo que habéis hecho no lo olvidará la patria!». Abrazaba, se dejaba abrazar, dijo a Moscardó que le daba la Cruz Laureada de San Femando y repitió varias veces: «La liberación del Alcázar ha sido la mayor ambición de toda mi vida: ahora, la guerra está ganada».

Además, lo del Alcázar fue una lección para todo el mundo; ya no éramos unos rebeldes, éramos el Ejército nacional, el de los héroes, el que luchaba por un ideal, el que merecía ganar la guerra. Y Franco, un caudillo. (A. Palomino, *Caudillo*, Ed. Planeta, 1992).

EL DÍA NÚMERO 73

Se ha llegado al Alcázar, pero aún no está conquistada Toledo: Barrón desde fuera y Mizzian desde dentro reducen los focos de resistencia. En las calles encuentran grupos de milicianos desorientados, confusos.

Del Diario de Operaciones:

Día 28 de septiembre. Lunes.

A las seis salen del Alcázar la compañía de Regulares y la 5.ª Bandera a ocupar los objetivos designados por su mando, y conforme avanza la mañana van llegando las distintas fracciones de la columna. Sobre las diez entra el general Varela, que recorre todas las dependencias. Un sacerdote que viene con la columna dice misa en los sótanos.

La plana mayor se traslada al hotel Castilla y allí empiezan los trabajos de organización de la capital, en sus distintos aspectos, que después se extenderán a la provincia.

Bajas de este día: tres muertos, seis heridos y un contuso.

La puerta de Capuchinos se abre en las primeras horas del día. La luz de la calle penetra por primera vez en la galería subterránea.

Los milicianos que aún permanecen en algún cuartel de Toledo, o vagan por las calles sin un mando que les diga lo que han de hacer, preguntan a los legionarios si son «los de Mangada». No se han quedado para resistir, han creído a sus oficiales y a la prensa que dio la noticia de que el mando rojo había abierto las compuertas de la presa del Alberche; según esa inútil y, por los efectos, criminal fantasía las columnas facciosas con sus camiones y su artillería corren arrolladas por las aguas y Mangada persigue a los escasos supervivientes.

Barrón toma al asalto la puerta del Cambrón y ocupa el puente de San Martín, cerrando así la única salida libre. A partir de ese momento los fugitivos cruzan el río a nado. Pero son muchos los que se lanzan al agua sin saber nadar. Sus cadáveres irán emergiendo, poco a poco, después. En algunos cuarteles de milicias quedan combatientes que no se lo quieren creer: ¡está en la calle la Legión! En el colegio de los maristas huyen por los tejados; al llegar al borde se arrojan al vacío y mueren estrellados contra el suelo. Resisten en el seminario, que será ocupado el día 29 tras el suicidio de los únicos que no huyen; tres hombres que, después de incendiar el edificio, se encierran en un pequeño cuarto y hacen estallar una granada de mano.

Aún crepitan las armas cuando llega Varela. Es el histórico instante, el famoso gesto: Moscardó, enflaquecido, con la barba del asedio, se cuadra ante el general y pronuncia su lacónico:

«Sin novedad en el Alcázar».

El día siguiente, 29, recibe la misma novedad el general Franco, que cuarenta y ocho horas más tarde —en medio del entusiasmo nacional e internacional por la liberación del Alcázar— es nombrado Generalísimo.

A los héroes del Alcázar, militares, civiles, hombres mujeres y niños, les fue concedida la Cruz Laureada de San Femando Colectiva.

Hoy el Alcázar de Toledo está reconstruido. En sus galerías subterráneas, testigos de tanto dolor y abnegación, queda constancia del respeto de numerosas representaciones militares y civiles de todo el mundo. En una cripta descansa el general José Moscardó Ituarte con los suyos; con los que cayeron en la defensa de la fortaleza y con los que han muerto después.

En la catedral de Toledo, en una capilla próxima a la puerta Llana, tiene su altar permanente la Virgen del Alcázar. Es la misma imagen de la Inmaculada Concepción que estaba en la capilla de la Academia y acompañó a los héroes durante el asedio. Cada vez que voy a Toledo me acerco a encenderle unas luces. Siempre encuentro alguna encendida; aún sobreviven héroes de la gesta. Y sus hijos, y sus nietos. *Salve Regina…*

The Daily Mail: *«Este noble edificio, noblemente defendido, sucumbe al fin. Las ruinas del Alcázar no serán vanas. La memoria de las mujeres, de los niños y de los cadetes que murieron heroicamente vigorizará a los patriotas en su tarea purificadora y los llevará a más grandes fines.»*

23 de septiembre. Miércoles

Tras un tiroteo desde las cinco de la madrugada, a las ocho hay un intento de asalto por el frente norte en el que interviene un tanque: es rechazado al cabo de una hora de combate. Sobre las cuatro, preparación artillera; a las seis, otro asalto, también sobre el frente norte: rechazado tras hora y cuarto de combate. Bajas: un muerto, veintidós heridos y nueve contusos.

24 de septiembre. Jueves

Nutrido tiroteo por la mañana. Un avión nacional bombardea los alrededores de Toledo. Lento tiro de hostigamiento por los cañones del 15,5 que no han sido retirados aún. Por la radio portuguesa se sabe que los nacionales han tomado Barcience y Rielves. La victoria final se acerca. Bajas: doce heridos y un contuso.
Toma el mando de las columnas del sur el general Varela. Misión: llegar a Toledo el día 27.

25 de septiembre. Viernes

De madrugada, tiroteo intenso en varios frentes y casi nulo en otros. Por la mañana se percibe el cañoneo de la columna de liberación. Poco después del bombardeo de tres aviones nacionales, se avista a los liberadores y se observan retiradas parciales y mucho ir y venir del enemigo mientras el cielo lo dominan aviones nacionales. Bajas: un muerto, doce heridos y un contuso.

26 de septiembre. Sábado

De madrugada, algún tiroteo. Los defensores observan los diferentes movimientos de la columna de liberación y del enemigo, que sólo en algunos momentos tira sobre el Alcázar. Un caza enemigo derriba a un bombardero nacional, del que saltan con paracaídas los tripulantes. Bajas: un muerto, seis heridos y un contuso.
Toma de Bargas. Misión: llegar a Toledo.

— Nº 61.Pág.2ª. —

El General Mola dió un plazo para rendirse Bilbao y Santander, el cual expira esta noche.

Suponemos y contamos y hemos controlado la alegría de todos; lo que hoy es una realidad, era ayer una esperanza racional, como la demostrábamos en nuestros últimos números, ello es indudable y somos los primeros en reconocerlo; más la prudencia aconseja que examinemos la evolución probable de los acontecimientos futuros, para que al tiempo que vivimos nuestra satisfacción al ver tan próximo el término de nuestra epopeya en lo que a la defensa del Alcázar se refiere, no demos el menor pretexto ni a desilusiones, ni mucho menos a la comisión de actos que pudieran determinar o bajas inútiles o parciales y pequeños éxitos al enemigo.

El hecho de tener a la vista las columnas no quiere decir en absoluto el que obligadamente nos queden sólo unas cuantas horas de pasividad y de espera; las exigencias tácticas del conjunto de nuestras fuerzas victoriosas pueden obligarlas a estacionamientos o maniobras que dilaten nuestro contacto material por algunos días. En 2º término no debemos olvidar el empeño tenaz de amor propio que durante tanto tiempo, y no ha cesado aún, ha puesto el enemigo en rendir este glorioso reducto y en las últimas boqueadas y en su desesperación ante su fracaso cabe todo, engaños de simulación de fuerzas amigas para sorprender a nuestros puestos y servicios, intento de asaltos a los núcleos enemigos en retirada, etc. hipótesis admisibles y que pueden, o no, tener realidad.

Lo interesante es, que nadie caiga en desánimo cualquiera que sea la evolución de los acontecimientos, y que todo el mundo conserve sus energías y buen espíritu por si fuese preciso todavía escribir una última página que esté a la altura de las pasadas.

Por último no queremos dejar la pluma sin una vez más reconocer cómo la amorosa Providencia de Dios en fecha tan española como la de Nuestra Señora de las Mercedes, se pone una vez más al servicio de nuestra santa causa.

¡ V I V A E S P A Ñ A !

¡VIVA EL EJERCITO!

¡VIVA LA GUARDIA CIVIL!

¡VIVAN LOS PAISANOS HONRADOS!

¡VIVA LA LEGION! ¡VIVAN LOS REGULARES MARROQUIES!

¡VIVA ESPAÑA!

104 v

Faltan dos días para la liberación. Sin embargo, *El Alcázar* recomienda prudencia: el enemigo aún puede atacar. No se equivoca: el mismo día 27 luchará a la desesperada por ocupar la fortaleza.

27 de septiembre. Domingo

Por la mañana, tras una preparación artillera, el enemigo intenta un asalto, que es rechazado, repitiendo el intento poco después por última vez, con el mismo resultado. Al ver avanzar las guerrillas de las columnas liberadoras, se iza la bandera bicolor en las ruinas del torreón noroeste y el enemigo abre nutridísimo fuego. Tras un nuevo bombardeo de aviación amiga, el coronel Moscardó, mediante los rehenes, advierte a los dirigentes de Toledo que en su próxima salida respetarán a sus familias y les aconseja, después, que se marchen o se rindan para evitar luchas fratricidas en las calles. A las seis y media ya hay regulares en Zocodover y en la explanada norte. Son regulares de Tetuán y legionarios de la 5.ª Bandera del Tercio, que pernoctan en el Alcázar. Se habla por telégrafo de señales con el general Varela y aquella noche ya no se oyen tiros. Bajas: dos muertos, cuarenta y un heridos y diecinueve contusos.

28 de septiembre. Lunes

Mientras avanza la mañana van llegando las distintas fracciones de la columna. A las diez lo hace el general Varela. «Sin novedad en el Alcázar, mi general», le dice Moscardó. Varela recorre las dependencias. Un sacerdote que viene con la columna dice la santa misa en el sótano. La comandancia militar se traslada al hotel Castilla.



EL ALCAZAR 63

27 SETIEMBRE -Domingo- 1,936.

¡¡VIVA ESPAÑA!!

La proximidad de nuestros hermanos y órdenes de la Superioridad, hacen que éste sea el último número que de este periodicuito se publica. No lleva información de ninguna clase más que el grito de triunfo que supone el ¡Viva España!. La Redacción ha querido que la realidad sea la última página que se escriba. El periódico, pues, no continuará publicándose, por lo menos hasta que el mando no lo ordene.

NOTA A LOS COLECCIONISTAS: Una vez abandonado este glorioso recinto, deben solicitar cuantos números les falten a las señas siguientes: SR. ROIG.-Ayuntamiento.-TOLEDO.

EPÍLOGO

El día 28 termina solamente un episodio de la guerra y un capítulo de las biografías de los defensores del Alcázar. La vida sigue, la guerra también.

En el Gobierno Militar se facilita a la prensa esta nota escueta y precisa:

Días de asedio: 21 de julio a 28 septiembre	*70*
Piezas de 15,5 en Pinedo	*2*
Piezas de 15,5 en Alijares	*7*
Piezas de 7,5 en Alijares y Pinedo	*7*
Piezas de 10,5 cm en Pinedo	*4*
Disparos de 15,5	*3300*
Disparos de 10,5	*3000*
Disparos de 7,5	*3500*
Disparos de mortero de 50 mm	*2000*
Granadas de mano	*1500*
Petardos	*2000*
Intentos de asalto	*8*
Ataques de avión	*30*
Bombas de avión	*500*
Latas de gasolina de avión	*35*
Botellas de líquido inflamable	*200*
Incendios por avión y cañón	*10*
Minas	*2*
Hornillos	*2*
Día de más disparos de 15,5 cm	*472*
Fuerzas combatientes	*1100*
Muertos	*82*
Heridos	*430*
Contusos	*150*

Contusos	*150*
Desaparecidos	*57*
Desertores	*30*
Hombres fallecidos	*5*
TOTAL DE BAJAS:	*59%*
Oficiales muertos	*23%*
Oficiales heridos	*15%*
Mujeres en el Alcázar	*520*
Niños	*50*
Bajas de mujeres y niños por accidente de guerra	*0*
Muerte natural, dos señoras de 68 y 70 años.	
Nacimientos: un niño y una niña.	
Ganado: 97 caballos 27 mulos	
Quedan: 1 caballo y 5 mulos.	
Material destruido	*TODO*
Enfermería	*NULA*

No es la historia del asedio, ni mucho menos; sólo un conjunto de datos apresuradamente reunidos y en los que más de una cifra está redondeada, pero ni una sola exagerada. Faltan otras que se pueden obtener mediante el examen de los numerosos documentos que la gesta ha producido; así lo han hecho los historiadores Salas, Casas de la Vega, Martínez Bande, Arrarás, Gárate y tantos otros.

Al caer la tarde, entre dos luces ya, una camilla desciende dificultosamente por el pedrizal que empieza a ser camino entre los escombros. La llevan, con gran dificultad, dos hombres maduros, debilitados, uno por haber permanecido oculto mientras duró el asedio, el doctor don José Rivera, el otro porque es uno de los defensores del Alcázar, el profesor don Andrés Marín, redactor y taquígrafo del diario *El Alcázar*. En la camilla llevan a Antonio Rivera, hijo del doctor, el héroe a quien todos llaman ya «el Ángel del Alcázar». Se está muriendo, y cuando por la mañana ha visto emocionado a su familia les ha dicho: «Lloro de alegría por haber comulgado hoy y por volveros a ver». Después, convencido de que le queda muy poca vida, añade: «Pase lo que pase hoy, tenéis que recibirlo con tranquilidad, con resignación, porque todo lo permite o lo manda Dios». Son palabras pronunciadas en voz muy baja, está exhausto. El doctor Rivera ha pedido permiso para llevarlo a su casa donde vivirá una larga y fervorosa agonía; lo visitan Moscardó, el cardenal primado, voluntarios y oficiales del Alcázar,

periodistas, sacerdotes y compañeros de apostolado. Soporta tremendos sufrimientos; como consecuencia de las heridas todo su cuerpo está invadido por la infección; es la agonía de un santo obsesionado por dos ideas: cuanto más sufra mejor habrá correspondido al sacrificio de Cristo en la cruz, y dar ejemplo de fe. Muere el 21 de noviembre, consciente y feliz tras haber recorrido un largo, lento y doloroso calvario, hoy recogido y testimoniado en su proceso de beatificación que un día lo llevará a los altares.

En el mes de noviembre, también, muere en el frente de Madrid el capitán de Caballería Emilio Vela Hidalgo —el mismo que leyó el bando de guerra el día 21 de julio—, que tan bravamente se comportó durante el asedio mandando a los falangistas y demás jóvenes paisanos voluntarios con los que, inmediatamente, crea la «Centuria del Alcázar».

Todos los defensores continúan encuadrados en sus unidades; al terminar la guerra están combatiendo en algún frente, juntos algunos, repartidos los demás; dos años después de la liberación, aún son soldados y guardias civiles rasos muchos de aquellos héroes.

A finales del año 1938, o quizá a principios de 1939, coincidí, en el frente de Extremadura, con la sección de tropa del Alcázar. Mi compañía enlazaba con otra de «Voluntarios de Toledo», mi antiguo batallón del que salí en octubre de 1937 —como soldado de la 2.ª Compañía que mandaba el veterano capitán Gancedo— para hacer, en Granada, los cursos de alférez provisional.

A la mayor parte de mis compañeros no volví a verlos; en la Ciudad Universitaria murieron casi todos con mi capitán por explosión de una mina.

El «Batallón de Voluntarios» quedó muy disminuido de fuerzas tras la voladura y fue transformado en «Batallón Mixto» con fuerzas —creo recordar— de la Guardia Civil, de Asalto y de la sección de tropa de la Academia de Toledo: héroes del Alcázar.

Allí estaban, con su Laureada colectiva, como una compañía más de la fiel infantería.

Fui a visitarlos. Aquel grupo de modestos héroes cuya fama había dado la vuelta al mundo seguía la misma suerte que cualquier otra unidad del Ejército: el fusil con que hacían centinela era el mismo sencillo y sufrido fusil con que habían defendido el Alcázar: nadie había pensado en guardar aquellas históricas armas en un museo ni en preservar a aquellos héroes de los peligros de la guerra enviándolos a destinos seguros, tranquilos, en la retaguardia.

Se acercó un muchacho, un soldado joven, sonriente, con cara de listo, y tras saludar correctamente entregó un parte al jefe de la posición.

—Éste es *Varillas* —dijo muy orgulloso el capitán—: el telefonista del Alcázar.

Era José Luis Fernández-Cela, el mismo de quien José Luis Vila-San-Juan reproduce, treinta años más tarde, unas declaraciones que publica *Historia y Vida* confirmando, con palabras sencillas y emocionadas, la conversación del coronel Moscardó con su hijo. (Véase anexo 4.)

Este hombre, un paisano modestísimo, que recuerda su guerra sin alardes, este soldado y sus compañeros son una prueba más de que Franco nunca explotó propagandísticamente la gesta del Alcázar. En Francia o en Estados Unidos, soldados como José Luis Fernández-Cela, oficiales como el capitán Vela, voluntarios adolescentes como mis amigos Orteguita y González Ortiz, hubiesen formado una unidad de propaganda para recorrer el mundo recaudando fondos y captando adhesiones. Fernández-Cela terminó la guerra de soldado en el frente, el capitán Vela murió en el frente de Madrid, mis dos amigos estrenaron su estrella de alférez provisional y murieron en la batalla del Ebro, como Marciano Cirujano en el frente de Madrid, como Antonio Martín Pintado en Rusia con la División Azul.

Así eran los héroes. Ni se les pasó por la cabeza que la lucha y los riesgos habían terminado para ellos, ni para el coronel Moscardó, el día 28 de septiembre, cuando pronunció aquel histórico «Sin novedad en El Alcázar».

Hoy que vivimos en paz y tenemos hijos y nietos para quienes la guerra civil es un acontecimiento tan remoto como la de la Independencia, todos podemos sentimos orgullosos de la gesta del Alcázar.

Aunque no hubiese otras razones —que las hay—, quizá para muchos sea suficiente motivo de orgullo el asombro y el respeto con que fue seguida en todo el mundo. El español, que tan orgulloso se siente cuando un compatriota vence en el torneo Roland Garros de tenis, en el Tour de Francia, en la copa europea de fútbol, bien puede y debe enorgullecerse de un acontecimiento histórico que dio lugar a comentarios como éste, publicado, cuando aún resistían, el 24 de septiembre en el *Daily Telegraph*:

La historia de España está llena de casos de defensa desesperada contra los asedios. Los españoles son sobrehumanos en la resistencia tras los muros de un fuerte. A la guarnición que defiende el Alcázar hay que concederle el honor de un heroísmo tan grande como el de los defensores de Numancia y de Zaragoza. Un puñado de hombres, con muchas mujeres y niños, mal provistos de municiones, los alimentos les faltan, y desde hace más de nueve semanas han defendido la fortaleza medieval contra un ataque con

armamento moderno. Cualquiera que sea el resultado definitivo, han ganado una fama inmortal.

Y un ilustre historiador militar:

… La defensa del Alcázar brillaba con románticas luces propias y también heredadas. Aquí estaba no sólo la gesta de unos hombres concretos sino la defensa de un símbolo: la misma cuna de la Infantería española… y el mito del cadete defendiendo unas ruinas a pecho descubierto, frente a medios muy superiores, se izaba hermoso en un mundo harto materialista. Porque en el Alcázar se ha sufrido hambre, sed, miseria, infinitas privaciones y una presión psicológica creciente, a ratos insoportable… La fortaleza ha quedado convertida en un auténtico infierno, pero los hombres, llevados de su afán hispano de no ceder, inspirados por una razón superior, han superado todo, sencillamente. No sin utilidad, pues el Alcázar ha absorbido del enemigo hombres y armas, que tan necesarias le son en aquellos primeros meses de la lucha civil. El Gobierno de Madrid y su ministro de la Guerra han otorgado siempre al molesto enclave la debida importancia, y si en un primer momento han pensado que se hundiría por sí solo, luego, al ver que eso no ocurre, volcarán los necesarios medios, siempre con supremacía absoluta de los destructivos, no dejando piedra sobre piedra. El Alcázar es un doble toque de triunfo y de alerta. Franco dice: La liberación del Alcázar es lo que más he ambicionado en mi vida. ¡Ahora la guerra está ganada! (*J. M. Martínez Bande, Los asedios, Ed. San Martín, Madrid, 1983).*

ANEXOS

ANEXO 1

INFORME RESERVADO DEL TENIENTE CIUTAT DEL ESTADO MAYOR DE LA «COLUMNA TOLEDO»

La muerte del Alférez de Art. D. Mercedes Duran fue producida por las propias Milicias de la Fábrica de Armas que acudieron a la Bía., indignados por el tiro de las piezas, que les había causado tres bajas y había estado a punto de provocar la explosión del polvorín.

Los detalles externos fomentaron la duda y la sospecha entre aquellas Milicias, pues había sido el citado Oficial advertido por los Sargentos de que el tiro resultaba largo, y mandó, no obstante, aumentar el ángulo de tiro, cayendo entonces las dos descargas de Bía. en la citada fábrica.

En la impresión recogida por el que informa que el citado Oficial, procedente de la antigua E. R., y con muy escasos conocimientos de tiro, no supo dirigir el fuego de su Bía., que emplazada a unos dos mil (2000) metros del Alcázar, en los Alijares, podría haber efectuado un tiro directo de verdadera precisión. No creo en mala fe, si bien las circunstancias del caso, unidas a las sospechas que había levantado el citado Oficial desde su incorporación días atrás, favorecieron la admisión de la especie que se trataba de una traición, y con ello el desenlace tan lamentable.

No ha sido posible localizar al autor o autores de la muerte, y los responsables políticos de todas las Milicias reprueban el acto que fue cometido fuera de su control.

Este hecho no representa, desde luego, estado alguno pasional; es completamente fortuito, y para imposibilitar todo acto semejante las propias Milicias se han impuesto la obligación de dar la protección de las Bías. en lo sucesivo.

ANEXO 2

EL COMANDANTE ROJO

Declaración del general Moscardó (causa general)

Llevado a mi presencia, ordené le quitasen la venda; me saludó, no dándole yo la mano, observando una actitud fría y correctamente militar, y me pidió estuvieran delante los compañeros que le habían conducido, a lo que accedí, como asimismo que entrasen también mis ayudantes, poco más de mediada la entrevista. Me dijo que traía las condiciones de rendición que imponía el Comité de Defensa de Toledo, las que me entregó por escrito, y en ellas decían que se respetarían las vidas de todos y que saldrían por grupos a cinco, primero mujeres, niños, ancianos, enfermos y heridos, soldados y guardias civiles, los que irían depositando su armamento en sitio determinado, y el último punto en que decía que los Jefes y Oficiales saldrían del mismo modo y que, según la participación que hubieren tenido en el Movimiento, serían juzgados por los Tribunales populares. Por escrito rechacé las condiciones, manifestando que nunca sentía más honor que al mandar la guarnición del Alcázar y que me comprometía a mantener, con la defensa del edificio, el honor de España y que nunca nos rendiríamos, prefiriendo antes morir. Después, en plan particular, se le hicieron varias preguntas, a las que contestó, pero no de una manera categórica y, por tanto, no satisfacieron. Lo que más interesaba era, naturalmente, saber dónde estaba la boca de la mina, con objeto de hacer una salida, ocuparla y destruirla, pues ya se habían hecho dos y por desorientación no se pudo encontrar y, por el contrario, el enemigo, apercibido de nuestras intenciones, había redoblado su vigilancia y reforzado sus servicios; contestó que él no había visto la mina y que sólo oyó comentar a los rojos que en nuestras salidas habíamos logrado llegar muy cerca de ella. Le pregunté también sobre la marcha de nuestras columnas de Sur y Norte, y contestó que marchaban bien, pero con mucha lentitud, en especial la columna del General Mola, y que el enemigo escaseaba muchísimo de municiones. Algún compañero le indicó que por qué no se quedaba en el Alcázar, contestando que tenía mujer e hijos en Madrid y si no volvía se los matarían, objetándole los allí presentes que casi todos tenían sus familias en

Toledo y no dudaron nunca cuál era su puesto, tratándose de salvar el honor de la Patria; se notó no tenía intención de quedarse, por lo que no se le insistió más sobre el particular. Se le hicieron algunas preguntas y encargos de carácter particular, y como llegase el final del armisticio concedido se le vendaron los ojos, y con las mismas formalidades y conducido por los mismos compañeros salió del Alcázar por la puerta de Carros, diciendo visiblemente emocionado a los que le acompañaban al despedirse de ellos: «¡Que tengáis mucha suerte! y ¡viva España!».

ANEXO 3

EL CANÓNIGO VÁZQUEZ CAMARASA

Declaración del general Moscardó (causa general)

… el Padre Vázquez Camarasa, el cual se presentó vestido correctamente de paisano, llevando en una mano el Crucifijo; se le marcó desde las ventanas el camino a seguir hasta la puerta de Carros al despacho mío, donde le recibí en unión de mis ayudantes y varios Jefes y Oficiales. Le pedimos detalles sobre la situación de Madrid, contestando era casi normal, pues aunque había colas eran pequeñas y, por tanto, poco duraderas; que las Iglesias estaban precintadas y respetadas y que a él le saquearon su casa, pero que al día siguiente, sin hacer ninguna gestión, le devolvieron todo y le pusieron en su domicilio un cartel con la inscripción «Protegido por la CNT», y que a él los milicianos que le acompañaron le trataron con todo respeto, aun sabiendo su calidad de sacerdote. Me preguntó, así como distraído o sin darse cuenta de la trascendencia de la pregunta, que cuántos éramos dentro del Alcázar, contestándole que, con los debidos respetos a su condición sacerdotal, no podía, a lo que él, con grandes aspavientos, como dándose entonces cuenta de la indiscreción que suponía su pregunta, pidió perdón por estar distraído. Seguidamente celebró el Santo Sacrificio de la Misa, dirigiendo unas palabras a todos, hablando de la gloria que nos alcanzaría, pero referida a la celestial y no a la terrena, pues su convencimiento absoluto era que sucumbiríamos. Por la imposibilidad absoluta de confesar a todos dio la absolución general, momento de emoción inenarrable, y dio la Sagrada Comunión, con los pedazos de las Formas que guardaban las Hermanas de la Caridad del Alcázar, a mí, a mis Ayudantes, a algunos Jefes y Oficiales, Hermanas de la Caridad y a algunas señoras y, a continuación, en procesión magnífica de fervor y patriotismo, se llevó el Santísimo a la enfermería a los heridos graves, desarrollándose escenas de un patriotismo exaltado e imposible de describir. Una vez terminada su misión espiritual, volvimos al despacho y entre otras cosas, que comprendía nuestra actitud defendiéndonos de los ataques de los de fuera; pero que no comprendía por qué las mujeres y los inocentes niños, ajenos a toda culpa, tenían que soportar los riesgos y

privaciones del asedio, y al comprender claramente su intención de atacar a mi conciencia por este hecho y ver si así se podía poner en libertad a mujeres y niños (objetivo que le llevaba, como misión principal, al Alcázar), mandé llamar a una mujer, la que habló en nombre de todas, diciéndole que se encontraban muy bien entre caballeros y defendidas por éstos y que la suerte de ellas estaba unida a la de ellos, fuese cual fuese la solución del asedio; y ante estas rotundas y valientes declaraciones tuvo que convencerse que por este lado no sacaría ningún provecho.

ANEXO 4

Extracto del capítulo «Los cadetes del Alcázar de Toledo. ¿Mito o epopeya?».

Así fue. Enigmas de la guerra civil española.

Autor: José Luis Vila-San-Juan, Ediciones Nauta, Barcelona, 1971.

1. La epopeya del Alcázar fue verdad.

La epopeya del Alcázar de Toledo ha sido no sólo puesta en duda sino incluso clasificada como fraude histórico. De ello se encargaron el general exiliado Asensio Torrado, el pintor Luis Quintanilla, el periodista Herbert Matthews y los historiadores H. Ruttledge-Southworth y Antonio Vilanova Fuentes.

2. La primera versión.

La primera versión nacionalista, la verdad sobre la epopeya y la actual versión oficial difieren muy poco entre sí. Pero difieren.

La primera versión oficial atribuía al coronel Moscardó el mando de una fuerza compuesta por caballeros cadetes en la Academia de Infantería, tropa de la misma y Guardia Civil de la provincia que, refugiados en el Alcázar (antigua y actual Academia de Infantería) por haber fracasado el Alzamiento en Toledo, desde el 21 de julio resistieron heroicamente, hasta su liberación por las tropas del general Varela, el 28 de septiembre de 1936.

3. Aporte de dudas.

Que el Alcázar resistió el continuo asedio de un Toledo dominado por el Gobierno de Madrid y las milicias rojas, hasta que el 28 de septiembre fue liberado por la columna que en su marcha hacia Madrid desvió el general Franco precisamente para tal fin, es cosa que ni se ha puesto ni puede ponerse en duda. No precisa demostración alguna pues es un hecho observado, comprobado y admirado, incluso por los más recalcitrantes enemigos del Alzamiento nacional.

Uno de éstos, Julián Zugazagoitia, fusilado en 1940 por los nacionalistas, califica la epopeya como lo que realmente fue: una de las más brillantes

páginas de la historia de España.

«Mientras los regulares hacían la operación “limpieza”, en el Alcázar se rescataba a sus defensores, que asomaron a la luz en un estado de extrema postración física. Indiferentes al homenaje de vítores de sus compañeros, sin la ayuda de brazos ajenos se hubiesen derrumbado; tan agotados estaban. El resorte heroico que los mantuvo tiesos en tanto necesitaron resistir, se había inhibido al faltar la necesidad, y aquellos que salían de los sótanos del edificio eran débiles criaturas humanas, sin vergüenza de sus flaquezas y miserias. Los héroes habían quedado dentro, dueños de una casa que, con mayor razón que nunca, será sagrada para los infantes españoles. No les discutamos ese título, que sería mezquindad tonta. Su derecho a él no puede ser más legítimo. La proeza cumplida allí por los soldados a las órdenes de Moscardó tiene toda la fuerza de la mejor página histórica».

También los más ilustres historiadores tanto eclécticos como prorrepublicanos —¡y no hablemos de los pronacionales!— admiran el heroísmo de los sitiados, que ha pasado a ser uno de los más asombrosos jalones de esforzada valentía española a los ojos del mundo entero.

Las negativas sobre este tema se establecieron en cuanto a situaciones secundarias o derivadas del principal e indiscutible factor: la resistencia al asedio.

Y son las siguientes:

1. En el Alcázar no había cadetes.
2. Los familiares —niños y mujeres— de los combatientes sitiados no eran tales familiares. Eran rehenes.
3. Luis Moscardó, el hijo del coronel, había caído luchando en Madrid en el cuartel de la Montaña el 19 de julio. No pudo, pues, hablar por teléfono con su padre el 23 de julio.
4. El teléfono había sido cortado el 22 de julio. Se invalida, pues, otra vez, la conversación histórica de los Moscardó padre e hijo.

4. En el Alcázar había cadetes.

La primera negativa es perfectamente razonable si se tiene en cuenta que el 21 de julio los caballeros cadetes, como los estudiantes de toda España, disfrutaban de sus vacaciones de verano, por lo que cada cual había regresado a su lugar de origen o estación veraniega de temporada.

Y, sin embargo, sí hubo cadetes en el Alcázar asediado. Su cifra varía de siete a nueve alumnos, según los testimonios más verosímiles, aunque algunos elevan su número a doce y hasta veintisiete, que me parece excesivo.

El general Miguel Moscardó, en su carta del 23-6-71, me dice que, en total, fueron exactamente nueve: ocho de Infantería y uno de Artillería.

Así pues, podemos considerar que había cadetes, pero no se puede titular «La resistencia de los cadetes» a la que hubo en Toledo, como lo hacía *ABC* de Sevilla el 30 de septiembre de 1936.

5. En el Alcázar había familiares y también rehenes. ¿Fueron rehenes o, simplemente, «detenidos»?

Sobre la acusación de haberse recluido rehenes en la causa general del Ministerio de Justicia, declara (Moscardó):

a) «Desde el Gobierno Civil y por teléfono me comunicaron que un diputado socialista se había presentado con orden del Gobierno de hacerse cargo del armamento de los caballeros alumnos y de la Guardia Civil, y se le contestó que subiese al Alcázar, que allí se trataría el asunto; pero el diputado optó como mejor solución la de marcharse a Madrid directamente, viendo, indudablemente, que no sólo no conseguiría su objeto, sino que él corría un verdadero peligro de caer en rehenes».

b) «A la vista de la tirantez existente se dispuso la declaración del estado de guerra el día 21 y la recogida de las municiones, que fueron llevadas, naturalmente, al Alcázar, y desde este momento empieza el asedio del Alcázar, adonde se llevó al gobernador civil con sus familiares y varias personas izquierdistas en calidad de rehenes».

Creo que queda establecido sin lugar a dudas que hubo rehenes. Unos capturados antes del encierro voluntario y otros cogidos en las salidas de comandos que efectuaban los asediados en busca de víveres. Pero los hubo.

De eso a deducir que todas las mujeres y niños fueron rehenes hay un abismo. He conocido a varias y varios familiares que circulan por nuestras ciudades orgullosos de su Laureada colectiva.

Ahora bien, en amable contestación a una carta que dirigí al general don Miguel Moscardó Guzmán, éste me indicó que «todos los detenidos, en total unos diez, jamás fueron utilizados como rehenes pues bien probado está que, ni cuando la coacción del jefe de milicias con la vida de mi hermano Luis ni en las visitas del general Rojo y del padre Camarasa, se especuló o negoció con la vida de tales personas». Es indiscutible que esta discriminación entre «rehén» y «detenido» está fundada en los hechos. El general Miguel Moscardó tiene razón y resuelve con una inteligente simplicidad, a modo de «huevo de Colón» este problema que no se le había ocurrido a ninguno de los estudiosos del tema, ni siquiera a los más eminentemente pronacionales.

Sin embargo, aunque el repetido reconocimiento de que sí había rehenes por los escritos y declaraciones de los propios defensores pudiera atribuirse a un error de denominación debido a las exaltaciones de aquella agitada época en la que la semántica no brillaba por su exactitud, queda en el aire aún esta pregunta: ¿para qué, con qué fin, con qué objeto, las fuerzas sitiadas, en sus peligrosísimas salidas, detenían y se llevaban consigo más bocas que alimentar y vigilar, entorpeciendo, aún más, su ya difícil situación?… Y debe tenerse en cuenta, además, que algunas de esas bocas eran de mujeres y niños…

¿Fueron detenidos o fueron rehenes no utilizados?… En tal caso ¿por qué no fueron utilizados? ¿Eran, quizá, la «última baza» que no fue preciso jugar por haber llegado antes la liberación?

6. El enigma de la familia de Moscardó.

El coronel don José Moscardó e Ituarte, director de la Escuela Central de Gimnasia de Toledo, estaba casado con doña María Guzmán, de cuyo matrimonio nacieron cinco hijos. El 17 de julio de 1936 la única hija —Marichu— se hallaba en Lisboa. El mayor de los varones, Miguel, teniente de Regulares, destinado en África, se incorporó al Alzamiento nacional. José, teniente de Infantería, estaba en Barcelona, en ruta hacia Berlín para asistir a las Olimpíadas. Allí fue reconocido y fusilado. Pero en el propio Toledo, en la calle de Santa Clara, número 4, vivían los esposos Moscardó con sus hijos Luis, de veinticuatro años de edad, y Carmelo, de dieciséis.

Dice Aznar: «Cuando sonaron las cornetas del Alzamiento nacional pensó el coronel, y en ese pensamiento le acompañó su esposa, doña María Guzmán, que ella y sus hijos estarían más tranquilos en el Alcázar o en las cercanías de la fortaleza, donde Moscardó se disponía a instalar su puesto de mando».

Así pues, ocuparon la esposa y los dos hijos uno de los pabellones militares, donde residía un matrimonio amigo (el teniente coronel Tuero y su señora). Se cerró el piso de Santa Clara.

Sin embargo, en el momento de la hora real de encerrarse y organizar la defensa efectiva del Alcázar, Moscardó decide que vuelvan a la calle Santa Clara e, incluso, a su hijo Luis, «que andaba loco de contento entre todos con un fusil al hombro» —son palabras del propio coronel Moscardó—, le ordena que también vaya junto a su madre.

De allí pasaron a la casa de otros amigos (el coronel don Pedro Guadalupe), donde el 23 de julio fue apresado Luis. Más tarde, lo serían también doña María y Carmelo, aunque estos dos pudieron salvar la vida.

¿Qué razones pudieron influir en el jefe de la defensa del Alcázar para alejar de allí a los suyos, cuando estaba dando entrada a tantos familiares de otros jefes y oficiales, guardias civiles, etc., hasta un total de quinientos a seiscientos aproximadamente?

Otro hijo de Moscardó, Miguel, actual general jefe de Estado Mayor en la I Región Militar y, por herencia directa, conde del Alcázar de Toledo, me dice: «Con respecto al interrogante de que por qué no estuvieron dentro del Alcázar mi madre y mis dos hermanos, hay varias razones que lo justifican:

»Cuando la defensa de Toledo se fue estrechando hasta quedar reducida al recinto del Alcázar, un incesante desfile de familiares y habitantes de Toledo intentó refugiarse en el baluarte, incrementado en su número por los familiares de los guardias civiles de la provincia que, al concentrarse sobre Toledo, se los habían traído consigo y que lógicamente no disponían de hogar en la ciudad. Mi padre se encontró con el grave problema de que un exceso de población no combatiente, imposible de alojar en seguridad, complicase el aspecto militar de la defensa.

»Como era difícil marcar el momento de saturación de civiles y como no tendría fuerza moral para dejar fuera a nadie, teniendo los suyos dentro, optó por prescindir de su familia».

7. Luis Moscardó habló por teléfono con su padre.

No es leyenda lo del teléfono.

Y el fusilamiento del joven Moscardó no fue la inmediata reacción de venganza al pago solicitado en el chantaje, y no conseguido (la rendición). Pero pudo serlo.

Según la declaración de Bernardino García Rojo que Aznar aporta en su *El Alcázar no se rinde*, cuando el jefe de milicias Cándido Cabello terminó de hablar telefónicamente con el coronel Moscardó, y tras la negativa de éste a rendirse, entregó a Luis a los milicianos, diciéndoles:

—Ya que su padre lo quiere, haced con él lo que os dé la gana.

No sabemos si después de este frase Cándido Cabello también se lavó las manos. Pero sí que se interpusieron personas con alguna sensatez, consiguiendo que Luis Moscardó Guzmán no fuese asesinado en aquel momento. Fue, desde luego, encarcelado.

Existen varias aportaciones testificales demostrativas de que fue real la conversación padre-hijo puesta en duda.

En mayo de 1968 la excelente revista *Historia y Vida* publicó un reportaje —verdadera declaración— en su sección «Testigo directo» firmada por José Luis Fernández-Cela que era precisamente el telefonista del Alcázar de

Toledo. Este señor, con una objetividad admirable en la que, entre otras cosas, explica la picaresca a la que tuvo que recurrir para lograr el cómodo cargo de telefonista, y otras que no vienen al caso pero que nos muestran su absoluta veracidad exenta de pasión y, sobre todo, de triunfal culto a su propia personalidad, dice:

«Llamó el rojo a Moscardó y todo lo que dice la lápida es cierto, menos que no le dijo a su hijo que gritase ¡Viva España! sino ¡Viva Cristo Rey! Lo demás fue todo así. Ahora estoy casi sordo de un oído (se emociona mucho al repetir las frases, llora y repite). Llamó el rojo, yo no sé quién era, a Moscardó. Le dijo: Bueno, Moscardó, es para decirte que si a los diez minutos no os rendís, matamos a tu hijo Luis. Moscardó responde que se ahorre los diez minutos y que lo mate. Y el rojo dice: ¿Es que no te lo crees? Y Moscardó dice: Sí, me lo creo, pero ahórrate los diez minutos. Entonces le dice el rojo: ¿Quieres que se ponga? Y su hijo se pone al teléfono y le dice: Hola, padre. Hola, hijo, ¿sabes lo que te va a ocurrir? (*Varillas* se emociona y se interrumpe). Luis: Sé que voy a morir. Moscardó le dice: Muere como un héroe y da un grito de Viva Cristo Rey».

Un historiador de la categoría de Thomas, escribe:

«Hace poco tiempo se sembraron dudas acerca de la veracidad de este famoso episodio por parte de los republicanos exiliados en Nueva York, el general Asensio Torrado y Luis Quintanilla, un pintor socialista. Tales dudas fueron propagadas en la página 204 del libro *The Yoke and the Arrows* de Herbert Matthews, corresponsal del *New York Times* en Madrid. Esta versión del hecho afirma que el hijo de Moscardó había muerto en el cuartel de la Montaña, que el teléfono entre el Alcázar y Toledo había sido cortado el 22 de julio y que la historia no apareció en ningún periódico hasta varios meses después de la liberación de Toledo, en realidad hasta que los nacionalistas no necesitaron propaganda para contrarrestar los rumores que habían llegado hasta Miguel de Unamuno acerca del trato que habían recibido los rehenes encerrados en el Alcázar. Después de la aparición de la edición americana de este libro, en 1957, el historiador nacionalista Manuel Aznar escribió otro folleto plenamente convincente, *The Alcázar Will not surrender*, Nueva York, 1957. En consecuencia, en la edición inglesa de su libro (Londres, 1958), el señor Matthews abandonó la primera de sus razones para suponer la historia una invención. Personalmente, no tengo la menor duda de que el relato nacionalista es conforme a la verdad».

Luis fue fusilado el 23 de agosto de 1936, un mes después de que su padre se negase a rendirse al chantaje del jefe de milicias.

ANEXO 5

ORDEN DE LA COLUMNA DEL DÍA 17 DE SEPTIEMBRE DE 1936

(Comunicada a las 0:30 del día 18)

Artículo 1. En la madrugada del día 18 tendrá lugar la operación para la toma del Alcázar, con arreglo a las órdenes transmitidas.

La Columna se dividirá en dos sectores; el S. (Sur), mandado por el comandante Torres, y el N. (Norte), por el comandante Madroñero; componiéndose el N. (Norte) por una compañía de Asalto al mando del capitán Magán, con 200 hombres, la compañía de Asalto recientemente incorporada con 140, la CNT con 150, capitán Rueda con una compañía de Regimiento núm. 2 con 100, la compañía de Milicias «Castillo» con 150, un Batallón de Milicias de Toledo con 500; este sector llevará los dos blindados de Asalto y el Tanque Oruga, seis ametralladoras de Asalto y cuatro del Regimiento núm. 2 con los cuatro morteros del mismo Regimiento.

El Sector S. (Sur) se compondrá por una Compañía de Asalto al mando del capitán Jener con 200 hombres; de la CNT (locales) 150, llegados de Madrid 200; el capitán Rubert con una Compañía del Regimiento núm. 2 con 100 y una sección del número 1 con 38; una Compañía de Milicias «Sediles» con 100 y un batallón de Milicias Toledo con 400; este sector tendrá a su disposición un cañón de 7,5, siete ametralladoras y cinco morteros.

Cada agrupación tendrá afectos un médico con 10 camilleros y una ambulancia.

La evacuación de heridos se hará sobre los hospitales y puestos de Socorro, estableciéndose un equipo quirúrgico en el Colegio de Huérfanos.

El servicio de municionamiento estará a cargo del teniente de Ingenieros Vicente, quien se pondrá de acuerdo con los jefes de Agrupaciones para establecer los puestos, siendo responsable de este servicio, para cuya ejecución el Cuerpo de Tren le facilitará cuatro camiones; los puestos serán establecidos en San Lucas, Escuela Normal, calle de las Armas, y el 4.º en el Miradero. La Fábrica de Armas le facilitará las municiones que necesite; el oficial encargado del Hospital de Afuera le facilitará las granadas de mano y morteros que pida.

El puesto de Mando de la Columna se situará en principio en la Plaza de Zocodover, debajo de los soportales, a medida que las circunstancias aconsejen se trasladará, para lo cual por el servicio de enlace se comunicará a los jefes de Agrupación.

Las tres ametralladoras del Regimiento núm. 1, que manda el Alférez Garay, quedarán de reserva a disposición del Mando, encontrándose a las seis y media en la entrada de la calle del Comercio.

El cañón de acompañamiento de Infantería quedará igualmente a disposición de éste Mando, concentrándose igualmente en la entrada de la calle del Comercio a las seis y media.

Las reservas generales serán organizadas por los Batallones Pasionaria y 5.º Regimiento; el primero se situará en dos mitades, una en las escalerillas del Miradero, en la parte baja, y la otra mitad en la entrada de la calle de La Plata. El Batallón del 5.º Regimiento, también en dos mitades, se concentrará la primera mitad en la Plaza de las Fuentes (Teatro Rojas) y la segunda mitad en el Jardín de Ledesma.

Art. 2. A las seis de la mañana del día 18, las fuerzas que se hallen de servicio de parapeto serán retiradas por los jefes de Agrupación, situándolas en las Zonas designadas por el comandante Mozos y en los emplazamientos que ellos designen.

A las seis y cuarto harán explosión las minas; efectuada esta explosión las fuerzas marcharán rápidamente a las bases de partida que marquen los jefes de Agrupación.

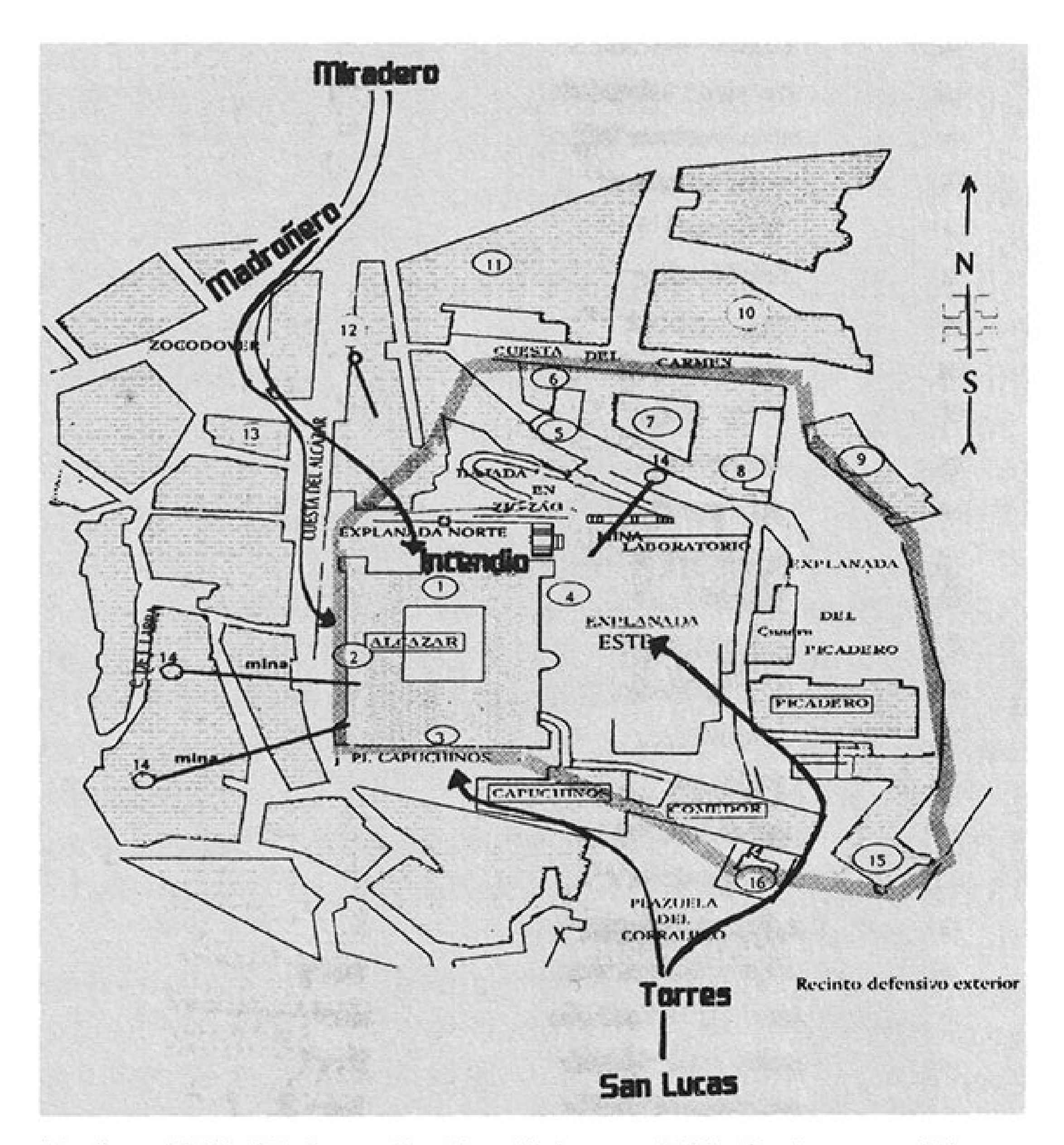
Un cuarto de hora después de la explosión se efectuará el ataque y acto seguido el asalto al Alcázar.

Art. 3. La operación se efectuará con un amplio margen de iniciativa por cada jefe de Agrupación dentro de las líneas generales trazadas en las reuniones celebradas con el mando y dando cuenta cada media hora a mi autoridad, teniendo presente los objetivos marcados y de acuerdo con el plan que para su aprobación me ha sido remitido.

Confío que todos pondrán los esfuerzos máximos en lograr el objetivo marcado y que dentro de breves horas podré felicitar a las fuerzas que componen esta Columna de cuyo mando me honró el gobierno.

¡VIVA LA REPÚBLICA!

Firman la orden el jefe de la Columna Luis Barceló y el Teniente Ayudante, Francisco Ruiz Galiano.



Asaltos del día 27 de septiembre. Columna del teniente coronel Barceló: 1, fachada principal (norte); 2, puerta de Carros; 3, puerta de Capuchinos; 4, puerta de la piscina; 5, puerta de Hierro; 6, farmacia, Gobierno Militar; 7, pabellones; 8, cuadra; 9, casa del trigo; 10, convento de la Concepción; 11, Santa Cruz; 12, primera mina fallida; 13, café Suizo; 14, minas; 15, Santiago; 16, cocina.

ANEXO 6

DECLARACIÓN DEL DOCTOR DANIEL ORTEGA

1936. 18 de septiembre

Durante las múltiples intervenciones quirúrgicas, realizadas durante el asedio del Alcázar de Toledo, por los entonces capitanes médicos don Pelayo Lozano y el que estas notas facilita, don Daniel Ortega Lechuga, hubo una que, por las características que revistió, dejó en nosotros una profunda huella de admiración y emoción.

Llevado Antonio a la enfermería, y ante las graves y extensas lesiones que tenía, hubimos de amputarle el brazo izquierdo.

Pues bien, la intervención quirúrgica hubo de realizarse, dadas las difíciles circunstancias en que nos encontrábamos en cuanto a material de cura, en general, y de anestesia, en particular, con una cantidad mínima de cloroformo, ya que en este momento sólo quedaban dos ampollas para todas las necesidades que pudieran surgir, y como Antonio no se quejaba del dolor, aunque debía de tenerlo muy intenso, puesto que hubo necesidad de cortar tejidos, serrar el hueso, suturar las partes blandas, etc., se le aplicó para todo el acto operatorio una cantidad tan pequeña de anestesia, que desde luego podemos asegurar que sufrió la operación estando casi totalmente despierto.

Y tan ello es así, que cuando yo, en un momento de la intervención quirúrgica, al comenzar ya a suturar las partes blandas, y en ocasión de tomarle el pulso y mirar su cara para poder deducir el estado en que se encontraba, observé que cerraba los párpados que tenía ligeramente entreabiertos.

Entonces le pregunté si tenía dolores y me contestó haciéndome una seña para que me acercase un poco más, que «no nos preocupásemos de los dolores que pudiera tener, ya que él deseaba sufrir cuanto le fuera posible con tal de no gastar en su persona anestésico que pudiera ser preciso emplear en otros defensores».

Éste fue el gesto de Antonio Rivera en la mesa de operaciones. Un sacrificio más a los muchos que había realizado, que le cubrieron de gloria y

le hicieron merecedor de ser elevado a cimas que solamente tiene Dios reservadas para los elegidos.

Firmado: Daniel Ortega, Coronel Médico del Ejército del Aire.

BIBLIOGRAFÍA

Debo gratitud a los historiadores Joaquín Arrarás (*Historia de la Cruzada española*, Datafilms, S. A., Madrid, 1984), y muy especialmente a José Manuel Martínez Bande (*Los asedios*, Servicio Histórico Militar, Ed. San Martín, Madrid, 1984) y a Rafael Casas de la Vega (*El Alcázar*, Ed. G. del Toro, Madrid, 1976), por la riqueza de datos que me han proporcionado sus obras. También me ha sido muy útil el tomo 2 de la obra *Crónica de la guerra española*, edición argentina, Codex, Buenos Aires, 1966.

Directamente, y a través de los libros citados, han sido fuentes de éste numerosas obras relacionadas con el asedio y defensa del Alcázar; entre ellas las siguientes:

La guerra civil española (Hugh Thomas, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1962).

General Moscardó (B. Gómez Oliveros, Ed. AHR, Barcelona, 1956).

Les cadets de l'Alcázar (R. Brasillac, París, 1936).

La epopeya del Alcázar de Toledo (A. Risco, SI, Burgos, 1937).

Guerra de la liberación (J. Díaz de Villegas, Barcelona, 1957).

Franco (B. Crozier, Madrid, 1969).

Guerra y vicisitudes de los españoles (J. Zugazagoitia, Ed. Librería Española, París, 1968).

El sitio del Alcázar (J. Arrarás y L. Jordana, Ed. Heraldo de Aragón, Zaragoza, 1937).

Memorias de un testigo (A. Martínez Leal, Ed. Católica, Toledo, 1937).

La defensa del Alcázar de Toledo (A. Vilanova, Ed. Mexicanos Unidos, México, 1963).

The Alcázar will not surrender (Manuel Aznar, Nueva York, 1957).

La vida en el Alcázar de Toledo (J. Enríquez de Salamanca, Ed. Santarén, Valladolid, 1937).

Mártires de Toledo (Luis Moreno Nieto y R. Cid Leno, Ed. Católica, Toledo, 1942).

The siege of the Alcázar (C. D., Eby, Ed. Random House, Nueva York, 1965).
¿Así fue? Enigmas de la guerra civil (José Luis Vila-San-Juan, Ed. Nauta, Barcelona, 1971).
La pequeña historia del Alcázar (Jorge Ruiz de Santayana, Ed. Nacional, Madrid, 1974).
Francisco Franco (Ricardo de la Cierva, Ed. Planeta, Barcelona, 1982).
Nuestra guerra (Enrique Líster, Ed. Ebro, París, 1966).
Diario de la guerra de España (Mijaíl Koltsov, Ed. Ruedo Ibérico, París, 1963).
The yoke and the arrows (Herbert L. Matthews, G. Braziller, Nueva York, 1957).
Historia del Ejército Popular de la República (Ramón Salas Larrazábal, Ed. Nacional, Madrid, 1973).
Historia de la persecución religiosa en España (Antonio Montero, Ed. BAC, Madrid, 1961).
La República (F. Bravo Moreta, Madrid, 1973).
Caudillo (Ángel Palomino, Ed. Planeta, Barcelona, 1992).
Historia ilustrada de la guerra civil (Ricardo de la Cierva, Madrid, 1970).
Un católico en la gran crisis de España (J. M. de Córdoba, Ed. Excma. Diputación, Toledo, 1961).
Mis cuadernos de guerra (Alfredo Kindelán, Ed. Planeta, Barcelona, 1982).
La epopeya del Alcázar (Muro Zegrí, Valladolid, 1937).
Diccionario enciclopédico de Toledo y su provincia (Luis Moreno Nieto, Toledo, 1974).
El Ángel del Alcázar (María de Pablo Ramírez de Arellano, Madrid, 1989).
Diccionario de la guerra civil española (Manuel Rubio Cabeza, Ed. Planeta, Barcelona, 1987).
Franco y Toledo (Luis Moreno Nieto, Toledo, 1972).
The siege of the Alcázar (H. R. Knickerbocker, Londres, 1936).
The epic of the Alcázar (Geoffrey Mcneill Moss, 1937).
Mort en Espagne (Louis Delaprée, 1937).
Behind the spanish barricades (John Langdon-Davies, 1937).
The patrol is ended (Olof de Wet, 1938).
La persecución religiosa en la diócesis de Toledo (Francisco Rivera Recio, Toledo, 1945).

Han sido fundamentales los repetidamente citados Diario de Operaciones del coronel Moscardó y el diario *El Alcázar*, testimonios directos y reflejo minucioso de la gesta.

Gracias también a la aportación documental de Arturo Robsy y Rafael Borrás; de los coroneles José Miranda, Francisco Berrio y José M. Gárate; de los periodistas Luis Moreno Nieto, Antonio Izquierdo y Juan Luis Calleja.

Y gracias a Editorial Planeta, que decidió la publicación de este libro; a Rafael Borrás, que me lo confió, y a Ymelda Navajo, que me alentó mucho. Y a la Virgen del Alcázar, que me alentó más.

Alguien olvido, seguro: que me perdone.

Ah, y gracias a Dios.

EL AUTOR



ÁNGEL PALOMINO JIMÉNEZ (Toledo, 2 de agosto de 1919 - Madrid, 20 de febrero de 2004) , es uno de los novelistas españoles contemporáneos más leídos. Dos firmes valores constituyen el soporte de su prestigio: la calidad literaria y una enorme facilidad para llegar al lector. Sus novelas alcanzan siempre gran difusión y, al mismo tiempo, excelentes calificaciones de la crítica.

Esta poco frecuente coincidencia de calidad y éxito le ha valido importantes galardones, como el Premio Nacional de Literatura Miguel de Cervantes por la brillantísima y divertida *Torremolinos Gran Hotel*, el Premio Internacional Club de Prensa por *Zamora y Gomorra*, y otros igualmente prestigiosos. Es también muy apreciada su labor periodística, en la que comenta y analiza, desde un punto de vista muy personal e independiente, lo que ocurre a su alrededor, y de un modo muy especial la actuación de los grandes personajes.

Pertenece a la generación de humoristas de *La Codorniz*, revista en la que colaboró durante treinta años. Ángel Palomino fue profesor de Historia Militar en la Academia de Infantería de Toledo, heredera del Alcázar, y es, además, toledano de nacimiento, testigo adolescente del asedio. Todo ello da a esta obra un valor extraordinario por el rigor histórico, la riqueza testimonial, la emoción, la amenidad y la maestría literaria con que ha sido escrita.

NOTAS

[1] La Revolución de Asturias se inició, dirigida por el PSOE, en toda España, pero sólo alteró el orden en Cataluña —con añadidos separatistas—, donde fue rápidamente sofocada, y triunfó en Asturias, Fue la antidemocrática respuesta a la victoria de las derechas en las elecciones de 1934. Es, históricamente, el primer episodio de la guerra civil. <<

[2] *Paqueo, paco*. Voces usadas durante la guerra de Marruecos. «Del sonido que produce el disparo cercano y seco —pac, pa-co, pa-cum— deriva el nombre de paco que se aplica al tirador… hombre solitario, paciente, astuto, con alma de cazador furtivo… Los moros paqueaban admirablemente» (Rafael García Serrano, *Diccionario para un macuto*, Planeta, Barcelona, 1979). <<

[3] En realidad, el avance fue de 20 km por día, pero hasta la llegada a Toledo este ritmo tuvo muchas alternativas. <<